DIARIO DE RAÏSSA

publicado

por

Jacques

Maritain

HOMBRES EN RUTA

COLECCIÓN HOMBRES EN RUTA

Henry Bars

1. **Maritain en nuestros días**

Candide Moix

2. **El pensamiento de Emmanuel Mounier**

3. **Diario de Raïssa**
   publicado por Jacques Maritain

DIARIO DE RAÏSSA

publicado

por

Jacques

Maritain

HOMBRES EN RUTA

Librería NEBLI
Serrano, 80
MADRID

DIARIO DE RAÏSSA

DIARIO DE RAÏSSA

PUBLICADO POR
JACQUES MARITAIN

PRÓLOGO DE
RENÉ VOILLAUME

EDITORIAL ESTELA, S. A.
Avda. José Antonio, 563 - pral.
BARCELONA - 11

© EDITORIAL ESTELA S.A. • Primera edición, septiembre de 1966. • Reservados todos los derechos para los países de lengua castellana. • La edición original de esta obra ha sido publicada con el título JOURNAL DE RAÏSSA, por las ediciones *Desclée de Brouwer* de Brujas, Bélgica. • La traducción castellana ha sido realizada por ANA IZQUIERDO. • Tiene las licencias eclesiásticas, Nihil Obstat: el Censor, Dr. Quírico Estop, pbro. • Imprimatur: Juan Serra, Vicario General, Barcelona, 15 de julio de 1966. • La maqueta y proyecto de la cubierta son obra del Taller Joan Vila Grau. •
Impreso en Talleres Gráficos Algueró y Baiges, S.R.C., Tortosa. • Dep. legal: T-1148-66

INTRODUCCIÓN A LA EDICIÓN CASTELLANA

UNA NUEVA «AVENTURA DE LA GRACIA»

No he recibido en mi vida regalo más dulce y grave que esta posibilidad —que agradezco a la fineza de Jacques Maritain— de escribir estas páginas al principio del Diario de Raïssa, *en su versión española. Mi único título para merecer este don es el fervor siempre creciente por la obra de estos dos maestros de mi alma y la alegría con que recibo la aparición de esta edición española, ligada a mi deseo de que libro tan fundamental se difunda por todos los ámbitos.*

Con él llegará a las dilatadas zonas del habla uno de los testimonios más significativos de nuestro tiempo; un testimonio más de la grandeza de aquel ser que constituye un pilar de la cultura viva; de la grandeza de su obra extensa, profunda, ordenada y lúcida como los bellos cristales.

Ese orden, esa lucidez y esa profundidad resplandecían en la majestuosa y sencilla presencia de Raïssa. Así la recuerdo cuando la vimos, asombrados, en esta ciudad, con motivo del Congreso del Pen Club. Y luego en aquella casa de Soissy, abierta a todos los peregrinos; casa en cuyo ámbito sereno, presidido por las imágenes de santo Tomás y Charles de Foucauld, se acallaba toda angustia y todo ruido perturbador. Porque en aquella casa se

sentía la presencia del espíritu vivo como el latido de un ave extasiada.

Allí estaban aquellos tres seres que en el corazón del hogar guardaban el Santísimo Sacramento, en el pequeño oratorio alto que no puedo olvidar. Desde entonces, siempre que contemplo el precioso icono en que Roublev pintó los Angeles de la Trinidad con sus oros extáticos junto al Cáliz sagrado, pienso en Jacques, Raïssa y Vera custodiando a Cristo sacramentado y dando junto a Él entrañable testimonio de la Comunión de los Santos.

De aquella Raïssa ya lejana, de esta Raïssa siempre viva, no sólo han quedado las páginas de una obra extensa ya bien conocida. Después de su muerte, un nuevo mensaje, liberado de sombra y olvido, nos trae otra vez su acento pleno de sabiduría y de consejo. En Kolbsheim, sitio donde sus huesos esperan bajo el signo de aquel corazón que dibujara Charles de Foucauld, Jacques Maritain ha buscado sus textos inéditos. Ellos nos llegaron en el año 1963, en una edición «hors commerce». Con un temblor y una delicadeza que se perciben en el carácter íntimo de la edición y en el conmovedor Prólogo, Jacques Maritain dio los resultados de su primera investigación de los Carnets, cuadernos y hojas sueltas dejadas por Raïssa.

Se trataba de buscar y ordenar todo eso; de enfrentarse —¡ay!— con esta realidad viviente, con esta palpitación perdurable, con esta voz segura y serena y viva que sigue diciendo, cantando y orando a través del silencio de la Muerte.

El prólogo revela los escrúpulos, el delicado tacto, la sensibilidad sufriente y la caridad vencedora que han acompañado este trabajo.

A esa edición «hors commerce», de 250 ejemplares numerados, «destinados a los que ella amó aquí abajo y que le han dado su corazón durante largo tiempo y a los nuevos amigos que ella sigue conquistando especialmente entre los Hermanitos de Jesús», siguió luego una publicación revisada y entregada a Desclée, incorporándose así el Diario, *desde el noble linaje de la literatura francesa a la literatura universal, e integrando —como una nueva, radiante gema— su acervo de obras de espiritualidad.*

El tiraje de 26.000 ejemplares que se ha hecho en Francia es un signo del espíritu de ese país, que tiene tal calidad de lectores como el libro requiere.

El acontecimiento repercutirá ahora en tierras de España, cuyas gentes están hondamente ligadas a una poderosa mística que llega hasta el Diario *de Raïssa. Alguna vez se cruzan, en estas páginas, su oración y su poesía con el canto de san Juan de la Cruz, y es como si un diálogo vivo se encendiera ante la ardiente mirada de los Angeles Músicos.*

Repercutirá también seguramente en los países americanos. Por cuanto a los del Plata se refiere, es sabido el cariño y adhesión que tanto Raïssa como Jacques despiertan en las almas; el bien que han hecho a tantos seres y el goce puro que siempre da percibirlos juntos, bajo el cielo de la Gracia, como dos alas de un mismo Espíritu...

Se trata de países en los que, a la materna raíz española, se junta una influencia marcada de la cultura francesa, que no han podido borrar las sorprendentes influencias de aluvión, espóradicas, que tanto perturban el proceso cultural, sobre todo en países jóvenes. El signo que Pascal caracterizó como «espíritu de geometría y espíritu de sutileza», tan propio del genio francés y tan presente en la obra de Raïssa, despierta súbitamente la simpatía viva que siempre nos atrae desde los sitios de origen.

Por lo demás, este libro que viene a remover ideas, sentimientos, recuerdos expresados en conocidas páginas de la autora, tiene seguramente su providencial destino en el tiempo. Viene a decir su orden, su limpidez, su sentido arraigado en el humanismo de la Encarnación en medio de un desolador clima en que soportamos los epígonos de un antropocentrismo que determina la más amarga crisis de la cultura y los más tristes trances del arte, en el que se dan, como en violenta contrafigura, los signos del hombre cuya conciencia naturalista ha sustituido a la conciencia evangélica.

Dirá también, providencialmente, un bello mensaje a propósito de la misión de la mujer en la sociedad, en el arte, en la vida de la Iglesia. En Raïssa se da el arquetipo de mujer, con

su total entidad, con su significación simbólica, ligada a la imagen de la Mujer eterna, tal como Gertrudis von Le Fort la liga a la oración dogmática de las Letanías Lauretanas cuando invocan a María como Mater Amabilis y como Virgo Potens y cuando equipara la imagen femenina de la Rosa Mística con las imágenes masculinas de Speculum Justitiae y Turris Davídica...

Jacques Maritain ha dicho en Religión y Cultura *la dificultad esencial del intelectual católico: «Como hombre está en el tiempo y sometido a todas las vicisitudes del devenir. Como miembro del Cuerpo Místico de Cristo está ligado a la eternidad; su vida más intrínseca se arraiga allá donde no se encuentra ni mutación ni sombra de vicisitud; su inteligencia está fija en la Verdad primera; la fidelidad a ésa es el fundamento de toda la Gracia en él, y el primer beneficio que toda criatura espera de él. Esta especie de mediación entre el tiempo y lo eterno es a la vez para la inteligencia cristiana una cruz dolorosa y una especie de misión redentora. Debe pensar a cada instante bajo la luz de la eternidad el mundo que pasa y cambia.»*

El Diario *de Raïssa, espejo prodigioso de su ser, lleva en sí complejas y numerosas imágenes que la reflejan en diversas situaciones, desde los ámbitos del yo profundo y la infinidad de la oración hasta el aire del existir inscrito en la historia, bajo cambiantes cielos, en campo apacible o campo de batalla. Esta vida múltiple tiene su unidad; la del heroico paso alterno entre el cielo y la tierra que hace de Raïssa un ejemplo insigne, propio para ilustrar específicamente la definición del intelectual católico que se nos ha dado en el citado pasaje de* Religión y Cultura.

En el caso de Raïssa, las posibilidades del concierto entre contemplación y acción aparecen en grado subido. Siempre lo vimos así, antes de la revelación de este Diario *a través de toda su obra, tan plena de signos de un ser integral: desde los fundamentales ensayos de Estética hasta los profundos libros de Vida espiritual (pienso en aquellos escritos en colaboración con Jacques Maritain:* De la vida de Oración, Liturgia y Contempla-

ción...) *hasta* Las grandes amistades *y los poemas, enraizados con la más alta poesía mística de todo tiempo.*

Así Raïssa pensadora, Raïssa salmista, Raïssa amiga, Raïssa siempre apóstol, nos ha dado un testimonio original, grave e intenso del pensamiento católico, del alma católica, en los registros de la más delicada sensibilidad femenina que podamos imaginar.

El Diario *que Maritain ha recogido y publicado con la generosidad y el fervor que son en él rasgos del «genio del corazón», viene a confirmar toda aquella obra de la bendita Raïssa, dándonos las imágenes más profundas, más ocultas en un nuevo espejo que refleja a las otras y que redobla milagrosamente los signos vivos de la genial mujer.*

Y si sabíamos de ella por todas sus cristalinas obras, ahora sabemos más; porque nos acercamos, con temblor y embeleso, a la celda misma en donde nació toda la vida espiritual y la expresión singular de la criatura signada por el Espíritu Santo para dar tan insigne testimonio. Como si llegásemos a esto que en la Regla benedictina se nos define con increíble encanto como el «taller de Arte espiritual».

Alguien dijo que si «el Espíritu sopla donde quiere», el Espíritu elige, como buen tañedor, su instrumento más fino. Elige, en este caso, a la criatura que ha de serle fiel y que ha de responder con delicadeza inusitada a la llamada. Ella dirá «las aventuras de la Gracia» con ese lenguaje tan adecuado como el que ella misma definió magistralmente y que el padre René Voillaume ha puesto de acápite en su hermoso prólogo al Diario: *«La belleza del estilo que conviene a la verdad de las cosas espirituales es quizás la de la pureza y la transparencia y de una muy alta personalidad más que la de una originalidad demasiado caracterizada.»*

Con ese estilo, en los tonos más ricos de intimidad, Raïssa dice en el Diario *los trances de su vida, el acontecer cotidiano y su proyección en la vida trascendente, el paso de la Gracia, los trances del amor de Dios. Toda anécdota cobra aquí su significa-*

ción esencial y trasciende a categoría. De tal modo el libro nos lleva a un contacto profundo con la persona de Raïssa, con lo que ella tiene de representativo, de simbólico. Y más que nunca aparece aquí ese simbolismo de su ser, que mide su trascendencia y que la une, por tan singular modo, a todos nosotros, dando a su acento un definitivo sentido de universalidad.

Este libro de Raïssa es un contexto riquísimo de toda su obra. En él aparecen revelaciones que además de tener un valor per se *constituyen claves para saber más de toda esa obra. Y para saber más por la vía más profunda y difícil, la más oscura vía, puesto que en cada uno de los pasajes de este libro encontramos la fuente de todo el proceso de Raïssa: la fuente de su poesía, de su doctrina; los orígenes de su pensamiento y las raíces de su vida moral. Todo ello junto a la verdad espiritual que está allí viva: como los armónicos graves de una composición musical acompañan el intenso y complejo relato. Ya se nos había dado en* Las grandes amistades *la vida de Raïssa en su época y su ambiente, con el clima en que esa vida crece y se desarrolla. Así en* Las grandes amistades, *noble documento de la historia de la cultura francesa de su época, nos encontramos con una hermosa novela. En ella aparecen los personajes con un dibujo estricto, mostrándonos sus relaciones y sus distancias de modo tal que surgen ante nosotros como en una relación de valores semejante a la relación de valores que se da en las artes plásticas. De este modo Raïssa revela junto a la verdad de su propia alma los rasgos de los seres que se congregan en el ámbito del libro, sabidos por ella según el acierto que la Caridad confiere a sus intuiciones y a su penetración intelectual.*

Mucho supimos del alma y la vida de Raïssa a través de ese libro. En el Diario *los elementos subjetivos se intensifican: el* Diario *es un diario de vida espiritual. No se excluyen los acontecimientos importantes sucedidos alrededor de la autora: pero el acento fundamental está en la revelación de la vida oculta, del secreto del alma. Se complementa así la narración de* Las grandes amistades *en un gradual hacia lo profundo y hacia lo alto, aportándose elementos de prueba esenciales para la com-*

prensión de ensayos de Raïssa sobre poesía y sobre experiencia espiritual.

El alma de la autora sigue siendo aquel alma que le conocíamos: pero se revela en etapas tan intensas y tan propias de la vida espiritual que tal libro pasa a situarse en la línea de las Confesiones de los santos que nos dejaron sus huellas autobiográficas.

Tal es el don más secreto de este libro y seguramente allí está la causa de las delicadas limitaciones que Maritain puso a la primera, recoleta edición. Y tal también una de las razones por las que encontramos un gran acierto en la aparición, al frente de las ediciones generosamente abiertas a todo lector, del prólogo pleno de responsabilidad y hondura del padre Voillaume, prior de los Hermanitos de Jesús.

El prologuista nos muestra allí la característica que en Raïssa se dio —vida activa y vida contemplativa, soledad y entrega solidaria— relacionándola con el estilo propio de algunos grandes maestros de vida espiritual. Evoca a santa Teresa de Lisieux y a Charles de Foucauld. ¡Qué compañías para nuestra Raïssa! ¡Qué nueva «aventura de la Gracia»!

Por este concierto de acción y contemplación que en el Diario *aparece como uno de los particulares dones de la autora, se explica la vinculación de este registro singular de vida oculta, de vida reclusa, de vida espiritual profunda, con las otras obras en donde, inserta en el tiempo y en el acontecer, se descubre la misión que ella asumió, la difícil misión del artista y del intelectual católico: «Pensar el mundo y el momento presente en lo eterno y por lo eterno».*

De la acción intelectual, del trabajo entregado según las exigencias del mundo, Raïssa va a la solitaria, silenciosa y desnuda celda. ¡Qué firme y oscuro puente entre las dos vías!... El impulso está dado por este deseo que se apoya en la dramática doctrina de san Pablo: completar la Pasión de Cristo. Tal vez aquí radica la más profunda fuerza del libro, intensificada en los momentos más íntimos de recogimiento y meditación y en la oración personal que se suma con emocionante humildad a la

oración de la Iglesia, a la tradicional oración patinada por voces multitudinarias. Estos momentos nos sobrecogen en niveles de una intensidad tal como la que aparece en el gesto que registra, en su carta reveladora, al fin del libro, Antoinette Grunelius.

Asombra, como don estilístico, la adecuación de los medios para hablarnos de la oración, de la meditación, de las pruebas del alma, y de las circunstancias temporales. Así como asombra el poder de síntesis con que la autora se refiere a los diversos instantes de su vida, a pesar del riesgo que supone la sucesión de indicaciones de un diario *y como si hubiera existido una voluntad de composición rigurosa y sabia. Todo está allí dicho con una agilidad y una pausa que alejan su expresión del esquematismo, en una firme y plena expresión de unidad extrañamente victoriosa.*

El acento de los diversos géneros está concertado de modo extraordinario. Ella cuenta; ella expone sus ideas filosóficas; ella canta. Encuentra los medios que son propios para la narración, para el ensayo, para la poesía; y estos alternan dentro del libro sin que se quebrante la unidad de la obra. Creo que es una patente prueba de valor ontológico de todo el libro, de la relación siempre íntima, entre cada pasaje y el mar profundo de la autora. Ella está allí, sabiéndose, sin subjetivismos extremos, dentro de los más sabios y estrictos límites de la introspección y en el aire de la contemplación donde misteriosamente se unen cielo y vuelo. Y por esta capacidad ella puede darnos, junto a sus versos, la mejor doctrina sobre la creación poética tal como cuando establece, con madura perfección, las relaciones del poeta con su canto en aquella carta a Albert Béguin sobre la inspiración: «...En cuanto a mí yo sé que no es en el rumor continuo de la imaginación sino en el corazón del silencio, cuando ese silencio ha alcanzado cierto grado de profundidad y pureza, donde han nacido todos los poemas de Lettres de Nuit *y de* La Vie Donnée». *Confesión lúcida, tan espontánea como relacionada con una experiencia larga y honda, que se repite y desarrolla en el hermoso ensayo sobre poesía de las últimas páginas.*

Nos habla así de la experiencia que se puede llamar conoci-

miento oscuro y sabroso, de sabor absolutamente espiritual, y de la Poesía como canto del conocimiento sustancial, «conocimiento tan íntimo y agudo como profundo, que golpea el corazón del poeta».

El Diario *de Raïssa tiene el poderoso y misterioso don del espejo: nos da su imagen tal como fue en su más profundo ser.*

Cuando en la lectura meditada nos acercamos a esa imagen y nos siguen con paso silencioso y tenaz las misteriosas palabras «¡O muerte! yo seré tu Muerte», sentimos a Raïssa cerca de nosotros en el aire del mundo y en la luz de la gloria según aquella verdad que en Los grados del saber *enseñó Maritain: «Hay un orden espiritual, metafísico, más allá de la naturaleza sensible, donde vive no sólo el metafísico sino también el poeta, y que está por encima de todas las leyes del universo de los cuerpos. A este orden se liga aquello que está en el sitio más escondido de la personalidad, la actividad moral y libre y más generalmente voluntaria; como tal ella no es parte de este universo (por este motivo los ángeles no saben naturalmente los secretos de los corazones), emerge por encima de todo el universo creado, sensible y suprasensible, tomado precisamente como artefacto, como obra de Arte...»*

Ya están juntos, otra vez, los dos queridos maestros de mi alma, desde el Diario *y desde* Los grados del saber, *juntos como en la frase final de una carta de Thomas Merton que he recibido en estos días. Me dice Thomas Merton: «...He estado releyendo mucho de lo de Jacques y Raïssa. ¡Qué bendición han sido para nuestro tiempo!»*

En esa luz resplandece este espejo de Raïssa, espejo en cuyas profundidades se nos da, custodiando todas las imágenes, pura y sola, la Paloma del Espíritu Santo.

ESTHER DE CÁCERES

Montevideo, Cuaresma de 1966

PRÓLOGO

«La belleza del estilo que conviene a la verdad de las cosas espirituales es quizá la de la pureza y de la transparencia, y la de cierta elevada impersonalidad muy elevada, más que la de una originalidad demasiado caracterizada.»

(*Les grands amitiés*, p. 110)

Con un sentimiento de humildad y el corazón lleno de gratitud, escribo este prólogo a la compilación de notas publicadas bajo el título de *Diario de Raïssa*. Permítaseme decir, ante todo, hasta qué punto la lectura de esas notas íntimas de Raïssa nos hace participar de una auténtica experiencia espiritual, particularmente significativa para nosotros, hijos e hijas de la familia del hermano Carlos de Jesús, así como para otros, entregados como nosotros al estado religioso, y para muchos laicos, que tuvieron ocasión de leerlas antes de su publicación. El presente volumen las pone al alcance de gran número de personas. Nos ofrecen, en su límpida sobriedad, el despliegue de la vida escondida de un alma enamorada de Dios, y, sin embargo, presente —con qué incansable caridad— en la vida del mundo, particularmente a los movimientos del pensamiento y de la búsqueda artística que caracterizaron su época.

No sin confusión abordo la delicada tarea (bien superflua a decir verdad) de redactar la introducción a un escrito que se recomienda por sí mismo. ¿Cómo no sentirse torpe ante tal empresa? La amistad que me une a Jacques Maritain me ayudó a decidirme, pero, más todavía, el deseo de dar testimonio, como de un hecho que he podido constatar, de la irradiación de la

vida que se expresa en estas páginas, y del bien profundo de que han sido ya ocasión para muchos.

Aquellos que por una gracia de contemplación han llegado a «experimentar» el misterio infinito de Dios, su amor y su misericordia, tienen algo que enseñarnos. Desde que Dios entabló diálogo con la humanidad, y desde la Antigua Alianza, acostumbra instruirnos a través de la experiencia vivida de ciertas almas. Es cierto que un gran número de las que han experimentado el misterio divino permanecerán desconocidas para siempre. La obra secreta de su unión amorosa con Dios basta. Pero algunas, sin saberlo, parecen tener además como destino el instruirnos, dejándose descubrir como son en su transparencia: porque han recibido de la Providencia el don de expresar simplemente, digamos en la «impersonalidad» y tal como las han vivido, sus aventuras con el Señor.

Las líneas que hemos puesto como epígrafe a este prólogo, las había escrito Raïssa un día en que se preguntaba, en el tiempo de su incredulidad, por qué la lectura de Pascal no la había conmovido. Lo que había en Pascal de positivamente cristiano «*apenas me conmovía* —escribe— *y estaba velado para mí sin duda a causa de mi ignorancia, pero también, creo, por la belleza misma del estilo admirable, que, en cierto modo, me sujetaba a él y me desviaba de las cosas que significaba*». El *Diario de Raïssa* no desvía de estas cosas; hace penetrar en ellas. De ahí que la belleza de su estilo sea muy distinta; yo diría que es el propio eclipsarse en la luz. Una fuerza y una frescura singularmente atrayentes provienen en ella de una simplicidad superior y de una constante humildad. Ese desprendimiento extremo corresponde bien, por otra parte, a lo que pide nuestro tiempo, que no soporta ya las explicaciones y los lugares comunes en los que se complacían en otras épocas. Al leer estas páginas se tiene la impresión de acceder de manera directa, a través de una sorprendente sobriedad de expresión, al mundo de la Verdad y del Reino de Dios. Esta cualidad de objetividad, de «impersonalidad», es precisamente lo que confiere a un escrito un valor universal.

No obstante, se podía dudar antes de emprender tal publicación. ¿Acaso no eran demasiado íntimas estas notas? Al redactarlas, su autora jamás había pensado en su publicación. ¿Se tenía derecho, sin traicionar un secreto, a entregar al público un «diario» tan personal? ¿Podría, además, interesar a quienes no conocieron a su autora?

Será para nosotros de gran utilidad poder ser guiados en el camino de la oración, en el camino del amor secreto, del «loco amor» por Dios, por el conocimiento de esas experiencias espirituales. ¿Cómo las conoceríamos si aquellos que las han vivido no tuvieran la sencillez de participárnoslas? ¿O, en el caso de que únicamente hubieran expresado algo para ellos solos, no dejaran abierta la posibilidad, la implícita autorización de aportar ese supremo testimonio a nuestro conocimiento? Sobre tal implícita autorización, esencialmente conforme con la vocación de Raïssa, ha creído poder fundarse el compañero de toda su vida para publicar el *Diario*.

Podía aducirse todavía otra objeción. La personalidad de Raïssa, la naturaleza de sus actividades, su medio, todo ello, ¿no era demasiado excepcional para que su testimonio pudiera ser recibido por el conjunto de nuestros contemporáneos? Era olvidar que en la medida en que la experiencia espiritual de un alma se sitúa al nivel del diálogo con Dios, esta experiencia trasciende la multiplicidad de las situaciones concretas. Es evidente, por otra parte, que un libro como éste no se dirige a todo el mundo; se dirige a aquellos que están ya algo habituados a las vías del espíritu —y a aquellos que mueren de sed porque no han descubierto, al azar de los encuentros, alguien que los llamara hacia esas vías con suficiente fuerza. Unos y otros —quizá más los segundos— son más numerosos de lo que pudiera creerse.

Es impresionante observar hasta qué punto el itinerario espiritual de Raïssa alcanza las enseñanzas de una santa Teresa de Lisieux, y el que nos ofrece la vida del hermano Carlos de Jesús. ¡Y no podría imaginarse, sin embargo, seres más distintos

entre sí por el carácter, el medio de origen, y el destino humano! Creo interesante apuntar algunas características de este verdadero parentesco espiritual.

El rasgo dominante de ese movimiento espiritual es, a mi parecer, la preocupación de devolver a la contemplación de Dios el primer lugar y llevarla en pleno mundo, en la plena miseria del mundo, como una necesidad vital para la expansión misma de la vida cristiana tal como los laicos de nuestro tiempo son llamados a vivirla.

La santa carmelita de Lisieux, aún permaneciendo en el claustro, recibió la misión de enseñar un camino hacia la contemplación y la santidad accesible por su misma simplicidad a todos los que viven en el mundo. En la misma línea, el padre De Foucauld, eremita en el desierto que vanamente esperó la llegada de compañeros, pone los fundamentos de un ideal de vida religiosa cuyo esencial es la entrega a la contemplación en el cuadro de la vida de Nazaret, de la vida cotidiana del trabajo de los pobres. Raïssa se siente llamada a una vida contemplativa en el mundo, en el lugar —el reino de los artistas, los poetas, los filósofos— donde lo mejor y más turbio del mundo alcanzan su grado más elevado de seducción y de peligro.

Es que, en realidad, si el fuego de la contemplación y del «coeur-à-coeur» con Dios no se produce con toda intensidad en algunos, de manera más o menos imperfecta y latente en muchos otros— en el seno mismo del mundo y no solamente en las Órdenes religiosas, los cristianos de nuestros días no podrán «recibir el golpe» en su existencia y en sus actividades cotidianas, ni ejercer una acción apostólica realmente fecunda. Y Dios parece invitarles insistentemente a través de esta línea de espiritualidad y testimonio. El origen se encuentra en la docrina de santa Teresa de Lisieux, ya que en ella ha reconocido y confirmado la Iglesia el origen divino de esta enseñanza.

Cuanto mayores sean las pruebas de inteligencia, de genio en la conquista científica, que el hombre dé y aplique su razón en organizar su existencia sobre la tierra, tanto más necesitará

conocer a Aquel que es el principio y el fin de toda cosa, de ser guiado por el Señor y confortado por su amor. Ese acrecentamiento de conocimiento y de amor sólo puede ser comunicado por la acción del Espíritu y por sus dones de luz, de sabiduría y de fuerza. Con respecto a la comunicación de la ciencia de Cristo, el hombre permanece siempre semejante a sí mismo a través de las edades, por importantes que sean los cambios y perfeccionamientos de su saber humano. A medida que el hombre conquista el universo y se instala en él como en la propia casa, tiene una mayor necesidad de las gracias de la contemplación, necesita aprender a rezar. Es significativo que las almas, en su experiencia del misterio de Dios, coincidan todas, más allá y por encima de sus diferencias de civilización o de cultura, y cualesquiera que sean su vocación sobre la tierra y las diversas maneras de expresar esta experiencia sobrenatural.

La oración contemplativa de Raïssa cuya vida estuvo consagrada ante todo al trabajo de la inteligencia, y que fue llamada a dar testimonio en el mundo del pensamiento y de las artes, coincide con la experiencia de tal obrera o de tal otra mujer totalmente dedicada a las tareas domésticas en cualquier barrio pobre. He conocido personas que, a través de estos caminos, tan distintos en apariencia, han encontrado la misma simplicidad de la mirada puesta en Dios y la misma dureza de pruebas, con miras a una unión más absoluta con el objeto supremo de su amor.

En los comienzos de su vida espiritual, Raïssa, de salud muy frágil, pudo sin duda disponer de largos espacios de tiempo consagrados a la oración: esto fue una gracia. Otros se entregarán al amor divino en la monotonía y el cansancio de incesantes trabajos manuales (podemos evocar aquí el ejemplo de María de la Encarnación, criada de una posada). Dios guía a cada uno según los designios de su misericordia. Además, más tarde veremos a Raïssa —siguiendo perfectamente una ley general del desarrollo espiritual— como desgarrada entre una llamada incesantemente más exigente a la vida de oración, y el desasosiego por un empleo del tiempo consumido en la preocu-

pación por el prójimo y por todo el sufrimiento del mundo. Conoció a su alrededor miserias espirituales o morales, más atroces quizá, que la miseria material. Escribe en 1943: «*Mi tiempo está dividido, destrozado por una multitud de pequeñas ocupaciones que no dejan posibilidad de recogimiento, de horas de silencio donde el pensamiento y la expresión encuentren su alimento.*» Y es entonces, sin embargo, cuando el trabajo de Dios se completa en su alma y asume, para transformarla en súplica de amor, el dolor de los hombres tal como se lo revela una guerra en que Dios parece «habernos abandonado», y la matanza de millones de inocentes.[1]

En los primeros estadios, la vida de plegaria depende todavía de las condiciones concretas de la existencia, con las preocupaciones, penas y alegrías que estas comportan. Pero cuando un alma experimenta en sí esa acción misteriosa de Dios que hace más o menos manifiesta su íntima Presencia, las diferencias en los caminos se borran paulatinamente; al fin, el alma es transportada a un desierto donde no existen ya senderos trazados y sólo Dios es el guía.

¿No es por eso por lo que toda experiencia contemplativa, en tanto que es auténticamente obra del Espíritu Santo, se encuentra, a medida que el alma progresa en la unión con Dios, marcada con mayor fuerza cada vez por un carácter verdaderamente universal? Las almas que han frecuentado a Dios en la intimidad se reconocen todas y siempre entre sí.

Había reunido para citarlos ahora numerosos pasajes de las notas de Raïssa que me parecen ilustrar su parentesco espiritual ya con la santa del Carmelo de Lisieux, ya con el hermano Carlos de Jesús. Es mejor, en todo caso, que se descubran por sí mismos en el curso de una atenta lectura del *Diario*. Me limitará pues a un pequeño número de citas.

He dicho anteriormente que Raïssa tenía plena conciencia de su vocación contemplativa en el mundo. «*Es un error* —escribe—

1. Cf. en *Au Creux du Rocher*, el largo poema «Deus Excelsus Terribilis», que emana de la experiencia interior de la que hablo aquí.

aislarse de los hombres porque se posee una visión más clara de la verdad. Si Dios no llama a la soledad, es preciso vivir con Dios en la multitud; hacerlo conocer allí y hacerlo amar.» (10 de marzo de 1919.)

«*Caminamos en la oscuridad, expuestos a chocar con mil obstáculos. Pero nosotros sabemos que "Dios es Amor", y que la confianza en Dios es nuestra luz. Creo que lo que se nos pide a nosotros es vivir en el torbellino sin retener nada de nuestra sustancia, sin retener para nosotros ni reposo ni amistades ni salud ni ocio —rogar incesantemente y sin descanso—, en definitiva, dejarnos arrastrar por la corriente de la voluntad divina hasta el día en que diga: basta.*» (Diciembre 1933.)

La necesidad de soledad con Dios, que trabaja el alma de todo contemplativo, no llevó a Raïssa a abandonar el mundo. En ese contacto íntimo con el Señor, aprenderá dos cosas: en primer lugar, a saber utilizar todo lo que aporta el mundo, ya en belleza, ya en miseria, como otras tantas ocasiones de alimentar su amor por Dios; luego, a lanzar sobre los hombres y la civilización de su tiempo una mirada impregnada de una comprensión, una simpatía, una lucidez, que sólo el amor divino es capaz de infundir en el corazón de una criatura.

Como todos aquellos a los que Jesús ha llamado especialmente a ser sus discípulos, comprendió que éstos han de participar por el dolor en la obra redentora de su Maestro, y «completar en su carne lo que falta a los sufrimientos de Cristo» (*Col* 1, 24). Raïssa se refiere a menudo a ese texto de san Pablo y lo comenta con gran acierto.[2] «*Destaca en él una consumación de la Pasión que sólo las criaturas falibles pueden dar, y es la lucha contra la caída, contra el atractivo de este mundo como tal, contra el atractivo de tantos pecados que representan la felicidad humana. Jesús no podía ofrecer este don al Padre; sólo nosotros podemos hacerlo. Hay una manera de rescatar el mundo y de sufrir sólo accesible a los pecadores...*» (25 noviembre 1934.)

2. Cf. Fragmento 53, p. 212.

Lo que impresiona en Raïssa ante todo —sin ninguno de esos elementos accidentales y socorros «extraordinarios» que no son en absoluto esenciales a la experiencia mística— es la simplicidad pura de una oración en el seno de la cual Dios no le ahorra duras pruebas espirituales que la hacen penetrar «en la profundidad de la Cruz». *«No quiero alejarme de la Cruz. Todos los días me abandono al sufrimiento tanto como Dios quiere. Y la Cruz de Jesús me lleva por encima de todos los abismos.»* (30 agosto de 1925.) Es también el ardor apasionado de su amor por la verdad, verdad de orden natural y verdad de orden sobrenatural. Ha podido alcanzar también una rara y perfecta unidad entre vida intelectual, conocimiento de fe, y experiencia contemplativa. Todo está simplificado en una visión plena de sabiduría, cuya unidad es generadora de paz, al mismo tiempo que una especie de comprensión sobrenatural frente al problema del error y del mal en la oración. *«El error es como la espuma sobre las olas, inaprehensible y siempre renaciente. El alma no debe agotarse en combatir la espuma. Es preciso que su celo se purifique y sosiegue; y que por la plegaria y la unión con la Voluntad divina acumule fuerzas del fondo. Y Cristo con todos sus méritos y los méritos de todos sus santos realizará su obra en el corazón mismo de las aguas. Y todo lo que puede ser salvado será salvado. Porque nuestro Dios ha elegido reinar en la humildad, y parece que verdaderamente no quiera mostrarse más que lo estrictamente necesario para que la Iglesia visible pueda subsistir hasta el fin, y que las puertas del infierno no* prevalezcan contra ella.» (7 de marzo 1924.)

«Así llego ahora a aceptar a la humanidad, tranquilamente, tal como es, sin exclamaciones lamentaciones, suspiros y gemidos. En un sentido completamente distinto al del optimismo leibnitziano, todo ocurre para bien.» Dios sabe lo que permite.

«No es como un hombre que permitiera con pesar aquello que no puede impedir. Él ha dejado ir a los hombres provistos de su libertad —y ellos van, juegan y trabajan, lo arriesgan todo— ganan más o menos, y terminan quizá por ganarlo todo. Simplemente, Dios se ha reservado en la Humanidad un Hombre que

es su Hijo. Y este Hombre-Dios llama, para su trabajo personal que debe realizar también con la libertad, a un pequeño número de hombres, un puñado por siglo, para que trabajen a su manera.» (Textos breves, 16 febrero de 1935.)

No puedo resistir el deseo de citar otro texto, escrito mucho más tarde, y donde Raïssa expresa una verdad que considero esencial en lo que concierne a la contemplación cristiana. «*Ciertos espirituales piensan que la contemplación más elevada, al estar libre de todas las imágenes de este mundo, es aquella que prescinde totalmente de imágenes, incluso de la de Jesús, y donde, por consiguiente, no entra la humanidad de Cristo. Es un profundo error, y el problema desaparece desde que se comprende con qué verdad y qué profundidad el Verbo ha asumido la naturaleza humana, de tal modo que todo lo que pertenece a esta naturaleza, sufrimiento, piedad, compasión, esperanza..., todas estas cosas se convierten por así decirlo en atributos de Dios. Al contemplarlos, son pues atributos de Dios, es el mismo Dios quien es contemplado...*» (Textos breves, 1958 ó 1959.)

He insistido en el parentesco que existe entre la experiencia espiritual de santa Teresa de Lisieux, la del hermano Carlos de Jesús, la de Raïssa. Este parentesco no impide que cada uno haya tenido su misión propia y una fisonomía espiritual tan única como el nombre escondido que en el cielo se nos revelará a cada uno de nosotros. El testimonio de Raïssa —y esto es lo característico en él— procede del encuentro poco frecuente de una auténtica experiencia del misterio de Dios tanto como de las realidades simplemente humanas, con el constante rigor del pensamiento; la claridad de una inteligencia extraordinariamente vigilante y amorosa de la verdad, está siempre allí. Ello explica sin duda que en las notas escritas para sí, Raïssa haya podido responder a numerosas cuestiones que surgen a medida que se avanza en la vida cristiana y que a veces se plantean dolorosamente a aquellos que buscan la unión con Dios. Esto es lo que a mis ojos constituye la importancia de este *Diario*.

Es bueno para nosotros, los que trabajamos sin ver claro muchas veces en la confusión de los acontecimientos y las cosas humanas, ser iluminados, tranquilizados, puestos de nuevo en el camino de la esperanza por las almas que, en virtud de gracias de luz, han sido elevadas por encima de la multiplicidad de aquello que pasa hacia la simplicidad de lo que permanece eternamente. Estas almas, si bien poco numerosas, tienen una misión irreemplazable entre los hombres.

HERMANO RENÉ VOILLAUME

Marsella, Saint-Julien, 24 junio 1963

ADVERTENCIA

La presente compilación proviene de los carnets, notas y fragmentos que he encontrado entre los papeles de Raïssa. Está compuesta de cuatro carnets que van de 1906 a 1926 (o, mejor, 1925, pues hay muy pocas páginas del año 1926); de un cuaderno verde que contiene el «diario de 1931» y algunas hojas sueltas; de notas y fragmentos encontrados en otro cuaderno (rojo), en diversos sobres y en carnets (muy incompletos) que van de 1939 a los últimos años de nuestra estancia en Princeton; y, por último, de algunos textos, cartas, comienzos o esbozos de ensayos que he considerado preferible agrupar aparte.

Todo ello es bastante dispar, y se refiere sobre todo —aunque con enormes lagunas (debidas a la falta de tiempo y también, indudablemente, al hecho de que Raïssa destruyó muchas de sus notas)— a los años que siguieron a la muerte del padre Clérissac, y a ciertos momentos, particularmente significativos para ella (1931, 1934, 1935, 1938), del período de entre dos gueras; hay también lo que ella pudo anotar, pese a todo, en el curso de los años 1940-1960, en que nuestra vida errante, apremiada y trastornada por los acontecimientos exteriores, sufrió la carga de trabajos y preocupaciones cada vez más pesados. Faltan multitud de cosas y a menudo Raïssa sólo pudo mencionar brevemente acontecimientos sobre los que hubiera tenido mucho que decir. Con todas sus lagunas y su carácter irregular, o quizás a causa de él, esta compilación —que he debido preparar apresuradamente, con las horas contadas— entraña, creo, un testimonio muy coherente y de valor singular.

En algunos sobres que contenían fragmentos o ensayos esbozados, Raïssa había escrito: «Textos quizá a conservar» y «A revisar por Jacques». He pensado que tal deseo o autorización podría aplicarse también a sus carnets, si bien ella los había guardado siempre estrictamente para sí.[1] *Mi revisión ha consistido en elegir los textos más significativos en mi opinión para transcribirlos en este* Diario de Raïssa.[2] *Además de lo que aportan sobre la vida de nosotros tres, lo que me los hace más preciosos es que dan una idea de la historia y del progreso de su experiencia espiritual, de su vocación a la vida contemplativa y a la oración, de la profundización de su pensamiento, del* martirio del corazón, *de las agonías y del don total de sí que Dios le pidió.*

Con una absoluta fidelidad, Raïssa supo seguir la vía contemplativa y dar testimonio de ella en medio de la belleza y de la miseria del mundo, y de la incesante inquietud impuesta por la compasión de las almas. No he conocido en nadie (y de ningún modo en mí) tal fortaleza de alma, tal inflexible firmeza de la voluntad, ni tal lucidez. Raïssa escribió que Dios no quiere «ofrendas muertas»,[3] *que quiere ofrendas «humanas y sin mácula».*[4] *Lo que ofrece entonces el alma son bienes caros a la naturaleza que no se han extinguido ni marchitado, que, más que nunca, conservan vida y fervor humano, pero que sólo pueden ofrecerse en la medida en que ellos han sido transfigurados. Y para eso ha sido necesaria la más fundamental y dura muerte de sí mismo.*

Hoy son muchos los que parecen sentir que la ofrenda debe permanecer «humana» y viva pero se pierden porque no saben el precio que debe pagarse, *a fin de que sea también «sin mácula».*

En cierto sentido, Raïssa lo dijo todo en sus poemas. ¿Acaso

1. Una vez, sin embargo, me permitió ver algunos pasajes (febrero y marzo de 1934, cf. *Hojas sueltas*, Fragms. 26, 27 y 28).
2. Al preparar el manuscrito para esta edición he omitido algunos pasajes que se refieren a situaciones demasiado personales.
3. Cf. más adelante, *Hojas sueltas*, Fragm. 38 (y 36).
4. Cf. *Transfiguration*, en «Lettre de Nuit, la Vie Donnée».

no brotaron del lugar donde, por un raro encuentro, se unen todas las fuentes, y donde toda la experiencia creadora del poeta no es sino el puro espejo de la experiencia mística? Esto basta para que se les haya comparado algunas veces con el ejemplo clásico de san Juan de la Cruz. Sin embargo, son dos casos bien distintos. San Juan de la Cruz es un maestro y un doctor, cuya poesía, sabiamente elaborada según las más perfectas recetas de la época, traduce por medio de símbolos y alegorías lo que inefablemente padeció en la contemplación. La poesía de Raïssa, evitando elevar el tono, no es menos definada ni menos culta, pero de una ciencia más secreta y humilde que se une a la gracia de la feminidad, y que quiere, por así decirlo, eclipsarse en un desprendimiento cada vez más riguroso donde no subsista más que la pura coincidencia del acuerdo con lo que siente el corazón. No hay necesidad ya de símbolos ni alegorías. La poesía transpone directamente en una obra tan frágil, exacta y delicada, que no es sino transparencia, lo que inefablemente se ha sufrido en la contemplación. A ello aludía Pierre Reverdy al hablar de esa «ascensión» que conduce «al punto en que el movimiento del alma termina por imponer un silencio casi absoluto a las palabras».[5]

En esa misma carta preciosa dirigida a Raïssa continuaba, «he ahí la verdadera magia de las palabras, no son nada en sí mismas, absolutamente nada, pero suscitan la realidad con tal intensidad que las transfiguran y recrean revestidas de una resplandeciente belleza. Naturalmente, se necesita talento, mejor, genio —pero lo que el suyo tiene de maravilloso es que se ofrece con la más admirable simplicidad— jamás una palabra viene a imponerse como tal, el pensamiento, el sentimiento dominan siempre en la corriente sin detenerse jamás ni envanecerse sobre un efecto. De ahí sin duda esta simplicidad, ese vuelo ligero, esa pureza y flexibilidad del ritmo, que va del corazón al alma y al espíritu en un latido tan seguro, tan regular... De hecho, pienso que, al elevar la poesía a su grado más alto por los me-

5. Carta a Raïssa, 11 de enero 1935, a propósito de *Au Creux du Rocher* (Cf. «Mercure de France», enero 1962).

dios más simples, ha utilizado el medio que necesitaba su sensibilidad para seguir a su alma al nivel de su mística pureza».

Así pues, en cierto sentido, todo ha sido dicho en sus poemas. No obstante, permanece inevitablemente, sea cual sea la transparencia, la transposición propia a la poesía, que nos conduce a un universo donde todas las cosas están envueltas por el más allá *enigmático y por esa especie de dicha fugaz que aportan el canto y la belleza. Frente a tal universo, el testimonio directo, desnudo, conserva un impacto único. Para mí, que tanto he amado los poemas de Raïssa y que he tenido el privilegio de verlos nacer; para mí, que he sido testigo de su vida y sus sufrimientos, la lectura de las notas transcritas en este volumen, ha sido como una revelación de lo que ya conocía, de lo que conocía muy bien, pero con el margen de futilidad inherente al mirar humano. Desde entonces he quedado un poco desorientado.*

Sin otra luz, ni guía,
que la que en el corazón ardía.

¿Por qué Dios mío, por qué, muchas semanas antes de nuestra desdichada partida hacia París, el 30 de junio de 1960, se había sentido ella más conmovida, más que nunca lo había estado anteriormente, por esos dos versos de san Juan de la Cruz que no cesaba de repetir o de copiar una y otra vez, como si no pudiera desprenderse de su misterioso mensaje?

Si he hecho imprimir este diario, que en sí mismo es de orden completamente íntimo y privado, es porque estoy persuadido de que debe conocerse lo que de tal modo ha sido vivido, y estas páginas son propias para ayudar e iluminar a muchas almas, y es importante el testimonio que contienen, propio para renovar y vivificar nuestra aproximación a ciertas verdades eternas, y para ampliar nuestros horizontes. Todo lo que es secreto debe ser llevado a la luz, dice el Evangelio.

Como la misma Raïssa advirtió, la misión del contemplativo, que se cumple en el silencio con Dios, exige, no obstante (si ha recibido el don de expresarse) que sea comunicada por la pala-

bra, aun imperfectamente, lo que el amor ha hecho padecer y ha enseñado; es con este acrecentamiento como alcanza toda su fecundidad.

Quiero, también, que se haga justicia a Raïssa. Si algo bueno hay en mi trabajo filosófico y en mis libros, el origen profundo y la luz deben buscarse en su oración y en la oblación que de sí misma hizo a Dios. Y Vera estaba también allí —contemplativa pero recogida en el silencio—, para sostenernos a los dos con su dedicación de cada instante y la singular fortaleza que recibía de su unión con Jesús.

Pero hay algo más todavía, nada fácil de decir, y que, sin embargo, debo añadir. Se refiere a las maneras de actuar de Dios. En un momento en que todo se desplomó para nosotros, al que siguieron cuatro meses irrespirables, Raïssa quedó encerrada en sí misma por un repentino ataque de afasia. Toda comunicación profunda quedó cortada a pesar de algunos progresos que consiguió en el curso de varias semanas a fuerza de inteligencia y de voluntad. Inmediatamente, después de una recaída, apenas podía articular las palabras. Nadie en la tierra pudo ayudarla en el supremo combate en que estaba empeñada, y yo no más que los otros. Ella conservaba la paz de su alma, su sorprendente lucidez, su humor, la preocupación por sus amigos, el temor de afligir a los demás, y su maravillosa sonrisa —esa inolvidable sonrisa con la que dijo gracias *al padre Riquet después de la extremaunción—, y la conmovedora luz de sus admirables ojos; a quienes se acercaban a ella les daba siempre —y con qué sorprendente generosidad silenciosa en la paz de los dos últimos días, donde todo no era sino respiración de amor—, un impalpable don que emanaba del misterio en el que estaba encerrada. Y durante todo ese tiempo fue implacablemente destruida, como a hachazos, por ese Dios que la amaba a su manera terrible y cuyo amor solo es «dulce» a los ojos de los santos o de los que no saben lo que dicen.*

Esa manera implacablemente sacrifical *como la trató Dios en su última enfermedad (que fue como un sello sobre toda su vida) significa para mí que Dios, con una voluntad especial, la*

quiere más que nunca abandonada, entregada, y de una manera que yo no habría podido concebir anteriormente. Nos ha tomado la túnica, démosle el manto. Todo ha sido destrozado. ¿Qué queda para uno mismo? Las leyes corrientes de discreción respecto a los secretos de la vida interior han sido destruidas bajo el mismo golpe. A Raïssa le hubiera horrorizado publicar las notas en que hablaba de tales secretos.[6] *A mí me corresponde hacerlos conocer, no sin un serio conflicto de conciencia y sin interrogarme ansiosamente. Sin embargo, cuanto más releo los textos aquí reunidos, veo con mayor claridad que sería imperdonable obstinarse en mantenerlos ocultos. Los estímulos de algunos amigos en los que tengo especial confianza, y a los que hice leer una primera edición «hors commerce», han contribuido también a decidirme. He expuesto ya las razones que actuaron sobre mi espíritu y me determinaron en último término. En una época que abunda (y no me quejo de ello) en documentos que revelan las profundidades en que, bajo la atracción del mal, se debate el pobre ser humano rescatado por la Sangre de Cristo, bueno es también mostrar algo de las profundidades de amor accesibles a ese mismo ser humano cuando busca a Dios a todo precio, y lucha y sufre por la salvación de sus hermanos y está incorporado a los combates del mundo y a las aventuras de la inteligencia, del arte y de la poesía.*[7]

* * *

6. Incluso respecto a cosas mucho menos graves, estaba convencida de que «ningún hombre del mundo es estrictamente digno de la confianza de otro hombre» (véase más adelante, 24 de octubre 1931; *Grands Amitiés*, 9.ª ed., p. 40; p. 42 en las ediciones anteriores). Al principio ella no quería publicar sus poemas, fue bajo mi presión y la de Vera que consintió. Y para decidirla a escribir *Les Grands Amitiés* (en Toronto, Gilson había sido el primero en incitarla a ello) fueron precisos nuestros reproches y los de algunos amigos (entre ellos, un amigo de exilio, refugiado en los Estados Unidos durante la guerra, el socialista austriaco Edmond Schlesinger, de ningún modo cristiano pero gran humanista, que desde que oyó hablar de este proyecto no se cansó de insistir ante Raïssa). Conste aquí mi agradecimiento.

7. Este *Diario* concierne esencialmente a la vida espiritual; los acontecimientos exteriores sólo tienen un papel secundario. Si se desea, sin embargo, situarlo en el cuadro de los acontecimientos de nuestra vida, pueden encontrarse ciertas indicaciones en *Les Grands Amitiés*, y también (en lo que concierne, por ejemplo, a nuestros años de aprendizaje, de los que el *Diario* no habla —nuestro viaje a Roma en 1918 a propósito de la Salette—, nuestro encuentro con Pierre Villard —los Círculos Tomistas y sus retiros anuales) en un volumen («Carnet de Notes») que estoy preparando y que espero aparecerá próximamente.

Raïssa ocultaba celosamente su vida profunda. A todos cuantos la conocieron se manifestaba la gracia de su acogida, su jovialidad, su vivacidad, su delicadeza exquisita, su entusiasmo por las cosas del espíritu, la compasión y la bondad con que escuchaba, *su penetración intuitiva, el encanto maravilloso de su conversación. Pocos sospechaban lo que tenía que sufrir y el recogimiento en que vivía su corazón.*

A decir verdad, ella pasaba de esas profundas soledades a las regiones iluminadas por el sol común, con una soltura y una ligereza extraordinarias. Era de esas almas cuyo ejemplo más elevado nos lo da un Felipe Neri, y que van y vienen libremente entre dos planos de actividad vital sorprendentemente distantes uno de otro. El padre Dehau había comprendido desde el principio, y me lo dijo repetidamente, que en la oración estaba hasta tal punto entregada y descendía a un nivel tan profundo —allí donde se realizan las elecciones cruciales, en los orígenes mismos de la vida, y donde el dolor se recibe en toda su pureza—, que, al remontarse a la superficie, necesitaba del clima de todas aquellas actividades humanas que amaba a la manera de los poetas, y donde encontraba el elemento de juego y alegría que le exigía su naturaleza. ¡No que buscara en ello una simple ocasión de descanso y «distracción»! Sino que es propio de esas almas la comunión con el trabajo y los sueños de los hombres con tanto fervor e intensidad (purificados, sin embargo, de todos los intereses mundanos) como aquellos que han establecido enteramente su existencia en ese nivel.

De este modo soportaría, años más tarde, en Roma, con tanta alegría y serena elegancia, el peso de sus obligaciones en el Palacio Taverna. Tal como lo observa el padre Faber, quienquiera que se haya habituado a vivir en presencia de Dios, apenas se sentirá embarazado ante los grandes de este mundo.

Más tarde todavía, cuando las pruebas crecientes de la fatiga y la enfermedad ensombrecieron nuestro horizonte, y Raïssa debió permanecer, cada vez más, confinada en su habitación, una incesante lectura la mantenía informada del movimiento del mundo, del arte, y de las ciencias, y el eco del inmenso rumor

humano del país en que vivíamos, alegraba su corazón. No dejaba de mirar las reproducciones, extendidas sobre su cama, de sus cuadros preferidos —no sin observar detenidamente, también, las de obras de moda, de las que se reía y burlaba. Contemplaba sin cesar las fotografías recortadas de periódicos o revistas, de esos niños, poco comunes, a los que ella llamaba seres, *porque no aparecía sobre su rostro ninguna de las muecas psicológicas que gustan a los adultos, sino únicamente la gravedad desnuda del misterio de la existencia. Y hasta el último momento encontró ayuda y consuelo en la comunicación con sus amigos, a través de la conversación y de aquellas charlas que tan bien sabía dirigir y animar, desde su sitio en un ángulo del sofá azul del «living room» de Princeton, ese sitio en el que la veo siempre y en el que no puedo pensar sin un vértigo de dolor.*

Y, dominando el resto, estaba su preocupación por mi trabajo filosófico, y la especie de perfección que esperaba de él. Ella lo sacrificó todo a ese trabajo. A pesar de todos los sufrimientos morales y físicos, y, en ciertos momentos, un agotamiento casi total de sus fuerzas, por un esfuerzo de voluntad, y porque la colaboración que siempre le pedí era para ella un deber sagrado, consiguió releer en manuscrito todo *lo que he escrito y publicado, sea en francés o inglés. A sus lágrimas debo el haber corregido, tal como se debía, ciertas páginas de la conclusión de mi último extenso libro. Físicamente destrozada por la muerte de Vera, lloró, más que por su duelo, a causa de algunos pasajes de mi primera versión en que había cedido a una intrusión de la subjetividad, con sus amarguras y excesos, que ella juzgaba, con razón, indigna de la filosofía; y sólo se tranquilizó su espíritu cuando la objetividad filosófica fue restablecida.*

A mi edad ya no se teme decir todo lo que se piensa. Al volver los ojos a nuestro pasado, algo referente a nuestra vida durante el período de entreguerras, especialmente durante los años de Meudon, se me aparece con mayor claridad. Y es que el trabajo cándidamente emprendido por nosotros, consistía en realidad —como todo trabajo que intenta abrir a las energías del fermento cristiano el mundo de la cultura, poesía, filosofía y arte

cristianos— en atacar al diablo en su propio terreno. Se trataba de batirlo en retirada de sus posiciones, esas que san Pablo denomina principes, et potestates, mundi rectores tenebrarum harum y spiritualia nequitiae, *contra las cuales nos dice que el* cristiano tiene que luchar más que contra la carne y la sangre.[8]

Raïssa lo presentía; ella escribió el Prince de ce monde. *Ahora comprendo mejor por qué fue necesario que sufriera tanto; pues soportaba el peso más duro del combate en las profundidades invisibles de su plegaria y de su oblación.*

También, mejor que nunca, comprendo ahora por qué los acontecimientos se mezclaban en forma tan rápida y brutal: los bautismos se sucedían, los golpes, también. Esa especie de combate sólo podían ser a modo de recursos llevados hasta el agotamiento. Y el terreno, conquistado, no seguía mucho tiempo así: el cristiano no puede establecer su morada, como en terreno definitivamente adquirido, allí donde el príncipe de este mundo tiene precisamente su reino. Lo que debe esperar el cristiano, en situación semejante, es ver aparecer —en el curso de la historia— una especie de irradiación cultural en los momentos más propicios, en los que resulta más importante el trabajo de esa irradiación, mientras perdura, que los frutos presumibles de ella.

Debo añadir que el orden de los medios corresponde al orden de los fines. Religioso o laico, todo fundador sueña fundar para la eternidad. Pero la acción del Espíritu Santo no se manifiesta únicamente en las instituciones que perduran a través de los siglos, sino también en las aventuras sin porvenir siempre dispuestas a recomenzar. Sin duda, nada queda fundado y todo se deshace en humo. Pero la pena se repara con lo que de mejor hay en el mundo, la maravilla de las amistades que Dios suscita y las puras fidelidades que inspira, que son como un espejo de la gratitud y generosidad de su amor.

J. M.

Toulouse, marzo 1963

8. *Ef. 6, 12.*

I

CUATRO CARNETS

(1906 - 1926)

DIARIO DE RAÏSSA

Cuatro Carnets

I. PRIMER CARNET: 1906-1917

Las 78 primeras páginas de este carnet están llenas de plegarias, salmos y letanías copiadas por su mano, con una atención y dilección extremas.

En el centro, su *Consagración de sí misma a Jesucristo, la Sabiduría Encarnada, de manos de María* (según Grignon de Monfort), Heidelberg, 25 de marzo de 1907.

Dos plegarias bajo forma de humildes breves cánticos: [1]

Plombières, *junio 1906.*

Dios mío, estoy ante ti
Me postro ante ti
Adoro tu grandeza
Mi miseria es inmensa
Ten piedad de mí
Que en mí viva el Espíritu Santo

1. Ingenuas canciones salidas del corazón. Raïssa no soportaba que se tomaran estos cánticos por poemas. Permanecen fuera de su obra poética. Pero han señalado momentos felices de una gran significación para ella, como para Vera y para mí que los amábamos profundamente y los cantamos durante largo tiempo. (J.)

El amor del Hijo y del Padre
A fin de que yo te ame y tú me ames.
Dios mío, que mi corazón sea puro
Que mi intención sea recta
Que mi cuerpo sea casto
Dios mío, que nadie sufra por mí
Que tu Verdad me ilumine
Que se cumpla tu Voluntad.
Amén.

Versalles, calle de l'Orangerie, 1909 (para cantar con la melodía de César Franck, en las *Cien piezas* para órgano).[2]

1. — Si estuviera segura de agradar
A Jesús mi dulce Salvador
Un paraíso en mi corazón
Tendría ya sobre la tierra.

2. — Y si María me protege
Junto a su Hijo bendito
Yo entraré en el Cortejo
De los Santos en su Paraíso.

3. — Como una oveja errante
Que busca su pastor
Búscame Madre clemente
Y dame al Señor
(*Variante:* Dame a mi Señor).

4. — Nada tengo que pueda agradar
al Dios de Majestad
Sin embargo no puedo sino
Amarlo y llamarlo.

2. Publicado más tarde en una compilación de cánticos editada por el padre Roblot.

5. — Todo mi ser te desea
Perfecta Verdad
Oh Sabiduría que atrae
Y a la que nada puede resistir.

6. — Extranjera sobre la tierra
Enséñame tu Ley
Y el temor que espera
Y el amor de tu Cruz.

7. — Bienaventurada Verónica
El Señor por tu bondad
Te ha dejado la Reliquia
Tan amada de Su faz.

8. — Pide por nosotros sin cesar
Tan generoso amor
Que en nuestra alma aparezca
La verdadera imagen de Dios.

9. — Para la divina alabanza
San Miguel victorioso
Unenos a tus ángeles
¡Que es como nuestro Dios!

10. — Benditos en la tierra
Benditos en los cielos
Los que alabáis a nuestro Padre
El Hijo y el Amor de los dos.
Amén.

26 de noviembre de 1914. — Nuestras fechas importantes hasta hoy. Léon Bloy recibe nuestra primera carta el día de la fiesta de san Bernabé, junio de 1905.

Bautismo de Jacques, Raïssa y Vera: 11 de junio de 1906, san Bernabé.

Primera confesión de Raïssa: 22 de julio de 1906, santa Magdalena.

Primera Comunión de J., R. y V., en el Sacré-Coeur: 3 de agosto de 1906, Invención de las Reliquias de san Esteban.

Conversión de Jeanne, la hermana de J.; bautismo de nuestra sobrina Eveline: 12 de noviembre de 1906.

Confirmación de J., R. y V., en Grenoble, después de pasar algunos días en La Salette: el 6 de julio de 1907, octava de los Santos Apóstoles Pedro y Pablo.

(Comienzo de las comuniones cotidianas, 27 de junio de 1907, en La Salette. — FIAT de María, 25 de marzo de 1907.)

Bautismo de mi padre: 21 de febrero de 1912, Miércoles de Ceniza. Confesión, Primera Comunión y Extremaunción: jueves 22 de febrero. Confirmación, por monseñor Gibier: viernes, 23 de febrero. Su muerte: En la noche del viernes al sábado, 24 de febrero.

Conversión de Ernest Psichari: martes 4 de febrero de 1913 (martes de carnaval).

En nuestro pequeño oratorio de la calle de l'Orangerie, ante la imagen de Nuestra Señora de La Salette, lee su profesión de fe; están presentes el padre Clérissac, Jacques y yo.

Luego, hace su primera confesión.

Sábado, 8 de febrero de 1913. Confirmación en el obispado de Versalles.

Domingo, 9 de febrero de 1913. Primera Comunión en Versalles, en la capilla de la Santa Infancia.

Esta conversión es inmediatamente seguida por la de Massis.

Oblación a san Benito de J., R. y V.: el 29 de septiembre de 1912, festividad de san Miguel, en la abadía de Saint Paul de Oosterhout, por manos del padre abad dom Jean de Puniet.

Voto definitivo de J. y R.: el 2 de octubre de 1912, en la catedral de Versalles, fiesta de los Santos Ángeles de la Guarda.

21 de noviembre de 1913, fiesta de la Presentación. Muerte de nuestro amigo el padre Baillet.

Desde octubre de 1913 a julio de 1914, el padre Clérissac celebra la Misa en nuestra casa cada vez que permanece en Versalles; así fue como tuvimos Misa durante todos los días del «Tiempo de Navidad», las 3 misas del 25 de diciembre y todo el mes de mayo. Durante todo ese tiempo, Jacques le oyó predicar en París, en Nuestra Señora de Loreto, a menudo; yo sólo le oí el último día que era el domingo de Pentecostés; por la mañana había celebrado la Misa en nuestra casa y bendecido las rosas. Ernest Psichari ayudaba la Misa; día inolvidable; por la noche, el padre, Ernest y nosotros con mamá, volvimos de París y cenamos juntos.

En *junio de 1914*, el padre Clérissac organiza con el padre abad de Solesmes nuestra estancia cerca de Quarr Abbey, para el mes de agosto.

1.º de agosto de 1914, desembarcamos en Quarr; permanecemos allí durante dos meses.

2 de agosto, declaración de la guerra que se generaliza en toda Europa.

22 de agosto de 1914. Ernest Psichari muere en Virton (Bélgica)[3].

5 de septiembre. Charles Peguy es muerto en el Marne.

Muerte de Pío X, el 20 de agosto de 1914. Jacques había recibido de él una carta y su bendición el 8 de enero de 1914, por su libro sobre Bergson.

Muerte de Benson y miss Baker.

16 de noviembre de 1914, festividad de santa Gertrudis, muerte de nuestro bienamado padre Clérissac, cinco días antes del primer aniversario de la muerte del padre Baillet, que nos hizo

3. Virton era el lugar indicado en las primeras noticias anunciando la muerte de Ernest. Es en realidad en Rossignol donde fue alcanzado por una bala en la sien.

conocer a aquél. Ambos fueron tratados con gran dulzura, los dos se extinguieron en su sueño, sin conocer las angustias de la agonía.

El *6 de noviembre de 1914*, Jacques comienza su curso en el Instituto Católico.

En estos años en que las gracias no faltaron, fueron también abundantes los sufrimientos de toda especie; casi nunca estuvimos sin sufrir, cada uno por su parte o por uno de los otros dos. En los últimos tiempos nos fueron arrebatados nuestros amigos más queridos, sus almas, maduras ya para el cielo, nos hacían esta vida demasiado amable.

Lo que ahora queda, parece tener poca importancia, y la horrible guerra que asoló con su cortejo de odios y atroces miserias, haría odiosa esta tierra si no supiéramos que de algún modo todo está bien, puesto que hay voluntad y permiso divinos. Sólo nos queda pedir más que nunca la perfección para nuestras almas, a fin de que no aspirando más que al Cielo sean dignas también de ser admitidas en él el día que Dios quiera.

1915

Versalles, *12 de septiembre* (31 de agosto de 1883 en el calendario ruso), mi 32º aniversario. XVI domingo después de Pentecostés (festividad del Dulce Nombre de María). — La liturgia de este día concuerda con mis ruegos más constantes, y me recuerda todo lo que amo.

19 de octubre. El padre Combe me envía una reliquia de Melania, tres líneas y media escritas por la mano de la vidente: «Él hiere para curar, todo es obra de mi Bienamado. Cuando falta la correspondencia es también Dios quien la sugiere. Cuando el Bienamado se hace dueño, es bueno tener la mirada puesta en Dios, sol de justicia».

27 de octubre. Visita al padre Millot (vicario general de Versalles). «Mi característica es la simplicidad», dice, y es cierto; creo incluso que es la simplicidad de un santo.

A mediados de noviembre. Alguien ha calumniado a Jacques ante el canónigo Gaudeau, denunciándolo, a él y a Bloy, como un *satanista.* Una buena cruz.

El pequeño artículo de J. sobre el padre Clérissac ha aparecido en *Couronne de Marie.*

29 de noviembre. Comienzo a leer, a traducir, mejor, la «Summa contra Gentiles»; en la segunda página, este texto: «Jucundius autem est (sapientiae studium) quia *non habet amaritudinem conversatio illius,* sed laetitiam et gaudium» (Sap. VIII, 16).

30 de noviembre. Reanudo la lectura de la Suma Teológica en el comentario del padre Pègues. Q. 35, a. 5. E inmediatamente, en el *sed contra,* reencuentro el mismo texto.

Es Dios quien me invita a salir del tedio al que me arrojan las pequeñas preocupaciones, y a fijar la mirada únicamente en Él, tal como me lo ha dicho ya tantas veces, y, nuevamente, a través de Melania: «Cuando el Bienamado se ha hecho dueño, es bueno tener la mirada puesta en Dios sol de justicia».

1.º de diciembre. Jacques trae un libro del padre Saudreau, *Les degrés de la vie spirituelle.* Lo abro al azar y encuentro lo que necesito, pp. 514-563. «...Si he de decir la verdad, después de treinta años de haberme concedido Dios la gracia de atraerme a una vida más interior, no he encontrado medio más poderoso para hacer grandes progresos que ese atrincheramiento universal de reflexiones sobre las dificultades que aparecen, y sobre todo lo que no tiende a Dios o a la práctica de las virtudes» (carta de la venerable María de la Encarnación).

5 de diciembre. Conversación importante de J. y mía con el padre Dehau, en la iglesia de san Agustín.

9 de diciembre. Adorar-adherir.

La misma disposición que nos hace anonadar ante Dios es la que exige de nosotros para unirnos a Él. De este modo «los últimos serán los primeros». ¡El gozo de adorar!, porque al anonadarse uno mismo se encuentra a Aquel que se ama. El yo es un obstáculo a la visión y a la posesión.

10 de diciembre. Hoy todo me parece tan difícil que creo poder decir a Dios con toda sinceridad: «No temas socorrerme concediéndome la gracia del renunciamiento y de las demás virtudes, puesto que veo tan bien mi impotencia que nunca más me atribuiré el menor de los bienes que obres en mí», con la ayuda, no obstante, de la divina gracia.

El otro día he osado permanecer ante Dios mostrándole mi alma en toda su fealdad, con la confianza de que quiera curarla, y embellecerla, Él, que puede hacerlo, ¡el único que puede hacerlo!

¿Acaso los pobres enfermos no atraen la misericordia mostrando sus llagas?

Buscad la perfección, ¿por qué? Nuestro Señor así lo quiere: «Sed perfectos como vuestro Padre celestial es perfecto.» ¿Y por qué lo quiere? ¡Oh! Porque Él es la justicia misma. *Sursum corda. Habemus ad Dominum. Dignum et justum est.*

Vere dignum et justum est, aequum et salutare, nos tibi semper et ubique gratias agere, esto es la perfección.

Y si no deseamos la justicia no somos verdaderamente hombres. ¿Qué deseamos, pues?

La humildad, el anonadamiento ante Dios, esto se comprende demasiado bien. Pero, ¿y la humildad de un santo ante toda criatura? Yo lo entiendo así: la criatura, aun santa, es por sí misma *la que no es,* tal como dijo Dios a santa Catalina de Siena. Considerarse por encima de un alma cualquiera, es estimarse algo y de ese modo se falta a la humildad debida a Dios, que es reconocer nuestra nada. Pero si uno no se estima nada en sí mismo, pero reconoce una gracia que proviene de la misericordia de Dios, no falta a la humildad ni a la justicia por-

que no se atribuye nada a sí mismo. De este modo pudo enumerar san Pablo un gran número de gracias que le habían sido concedidas. Generalmente, cuando uno se reconoce algún bien comparándose con el prójimo, actúa como el fariseo. Deberíamos dirigir nuestra mirada únicamente a Dios y a nuestro interior, sin ocuparnos del prójimo más que para prestarle un servicio. «Yo soy el juez —dice el Padre Celestial a santa Catalina de Siena—, no tú.» E incluso cuando no encontremos nada que reprendernos, no por ello estaremos justificados —dice san Pablo.

1916

En noviembre de 1915 habíamos conocido al padre Dehau, a quien los avatares de la guerra habían conducido a París.[4] Por recomendación del padre Garrigou-Lagrange, de quien había sido maestro, fue a escuchar a Jacques al Instituto Católico. Yo lo vi nuevamente el 5 de diciembre en la iglesia de San Agustín, luego, vino repetidas veces a Versalles, y a pesar de la necesidad que tenía de un guía no pensé en dirigirme a él. Poco antes de conocerlo yo había rogado ardientemente al padre Clérissac que nos enviara a alguien para guiarme en la oración, pero tardé algún tiempo en comprender que mi plegaria había sido escuchada.

Atravesaba, sin embargo, un momento difícil, de sequedad, de fatiga, de indigencia. Me debatía en la soledad. Me dispuse, en primer lugar, a volver a una oración más larga que comenzaba con un recogimiento durante media hora o algo más.

Al comienzo de la Cuaresma de aquel año, ofrecí al Señor el sacrificio de un sentimiento bien legítimo pero que me pa-

4. ¿Podré yo algún día hablar mejor de lo que lo he hecho cuando en uno de mis primeros libros, para esbozar el personaje de *Theonas*, me inspiraba en él, ese hombre excepcional, en quien un poderoso genio intelectual se unía a una experiencia espiritual de las más profundas, y cuya influencia ha alcanzado muchos espíritus? Fue para mí una ayuda incomparable para penetrar en las riquezas de la metafísica y de la teología de santo Tomás. (J.)

recía ocupar el lugar de su Amor. Él quiso recompensarme facilitando mi vida interior, pero, después de Pascua, caí nuevamente en una profunda tristeza, sin poder realizar el deseo de ocuparme únicamente de Dios.[5] Por fin, una conversación, el 3 de mayo de 1916, con el padre Dehau cambió mi vida de manera notable.[6] Copio aquí las notas tomadas día a día.

Versalles, *miércoles 3 de mayo.* Visita del padre Dehau: resolución, de acuerdo con su consejo, de entregar todas mis mañanas a la plegaria, al recogimiento, según lo que Dios me pida. No inquietarme por nada, a menos que se me solicite.

Viernes 5 de mayo. Oración señalada a las 10 de la mañana; *obligada* a comenzarla hacia las 10, recogimiento profundo.

6 de mayo. Oración durante una hora y tres cuartos. Recogimiento muy intenso. ¿Quién puede impedir a Dios hacerme misericordia? Lectura de santo Tomás.

Domingo 7 de mayo. Primera palabra de la Misa: *Misericordia.* Misa de siete. Apenas vuelvo, me entrego al recogimiento; los cinco minutos que mi hermana permanece a mi lado me parecen bien largos. A través de oleadas sucesivas y fuertes, dura toda la mañana. Continúa incluso durante la visita de Massis, entre las 11 y el mediodía. Corto recogimiento hacia la tarde, después del cual tengo el alma tranquila, reanimada.

5. Recuerdo la turbación y el desconcierto en que se encontraba entonces: buscando por todas partes lo que Dios quería, y no encontrando sino murallas. (J.)

6. Comprendamos que no en virtud de una teoría general aplicable a toda alma atraída hacia Dios, sino en razón de exigencias particulares y de la especial vocación discernida en el caso individual, el padre Dehau dio a Raïssa el consejo que cambió su vida. No dio jamás el mismo consejo a Vera, que recibió de él mucho más que Raïssa, y cuya vida espiritual tenía en la más alta estima.

Debo añadir que la ayuda y la dedicación de Vera, que, en su búsqueda de la unión con Dios, había asumido con nosotros —y con qué vigilante caridad— el papel de Marta, permitieron a Raïssa *vivir*, y vivir según su vocación, pero no la dispensaron jamás de las cargas impuestas por el servicio de las almas, el servicio de la verdad, porque su misma vocación le pedía asumir tales cargas como por añadidura. Cf., en lo que concierne particularmente a los años de Meudon, ver la carta de Olivier Lacombe al final del volumen. (J.)

Lunes 8 de mayo, san Miguel. Misa de seis. Quedo sola inmediatamente (en casa) y no puedo siquiera rezar Prima; recogimiento de unos veinte minutos; después de Prima, oración, Tercia, un poco santo Tomás, oración, así hasta las diez y cuarto. Después de la comida, durante el tiempo de descanso, oración de treinta a cuarenta minutos.

9 de mayo. Siempre la misma oración de recogimiento sin preparación.

14 de mayo. Misa de siete y media. Luego, oración por oleadas sucesivas hasta el mediodía.

22 de mayo. Carácter menos vehemente de la oración, más límpido.

25 de mayo. «Detente y ve que soy Dios.» Precepto del *sabbat* o del domingo. Detente, abandona todas tus ocupaciones, y *mira,* mira a Dios, contémplalo, entrégale tu pensamiento y tu corazón; dale gracias. Impresión de que es esto lo que se me pide cada mañana; me parece proporcionado a mis fuerzas, puesto que es algo simple y fácil que todos los hombres deberían hacer, por lo menos el domingo... y no lo hacen.

Sábado 27. Misa y comunión. Oración durante dos horas aproximadamente. La segunda vez, evangelio de san Juan, capítulo 20, partic. vers. 15-17. ¡María! Esta sola palabra y María ve y se abandona. *Rabboni!* ¡Maestro! Pero *Rabboni* es una palabra más entrañable, suena como «Maestro bienamado».

Durante esta oración, deliciosas lágrimas.

30 de mayo. Misa y comunión. Más de dos horas de oración.

1.º de junio. Ascensión de Nuestro Señor. Lectura; meditación sobre estas palabras: «...aplicando sus labios al costado herido de su Redentor». Contemplación del pecho sagrado del

Salvador, nuestra defensa, nuestra torre. Contemplación del Corazón filial de Jesús, delicias que prueba el Padre en toda su pureza, esta inocencia, esta confianza, este abandono, esta adhesión infinita. Contemplación del amor representado en ese Corazón adorable. El Verbo, como un gigante, ha franqueado la infinita distancia de Dios a la criatura... A partir de ese momento, nada puede detener el amor del Salvador por nosotros. Ha franqueado el infinito para tomar una carne semejante a la nuestra...

2 de junio. Visita del padre Dehau, que me asegura que «omnia clara, omnia consonant».

5 de junio. Misa y comunión. Oración casi ininterrumpida entre las nueve de la mañana y el mediodía. Primero sin consideración concreta, intentando recitar las letanías del Sagrado Corazón; en la primera invocación, *Kyrie eleison*, quedo absorta, el espíritu detenido sobre la Persona del Padre. Imposible cambiar del objeto. Suavidad, atracción, *juventud eterna* del Padre celestial. De pronto, sentimiento agudo de su proximidad, de su ternura, de su amor incomprensible que le lleva a pedir nuestro amor, nuestro pensamiento...

Vivamente emocionada, lloro lágrimas muy dulces y pido al Padre Celestial que quiera aceptar todo el tiempo que yo pueda entregar a la oración, para compensar el olvido de tantos otros. Alegría de poder llamarlo *Padre* con una gran ternura, de sentirlo tan bueno y tan cerca de mí. Nunca había sentido esto, todavía, y fue totalmente imprevisto y repentino.

(Una vez, sin embargo, en 1907 ó 1908, fui sacudida por una impresión de familiaridad con Dios, con Jesús, con María, yo lloraba, exultaba; había en mí como un manantial perpetuo de alegría, de suavidad, de certeza dichosa —esto duró largo tiempo— y el recuerdo no se ha borrado.)

28 de junio. Misa y comunión. Oración casi ininterrumpida, embriaguez de amor.

29 de junio. Larga oración con cortos intervalos. «Si conocieras el don de Dios.»

1.º de julio. Oración a la Virgen. La Virgen es la criatura predilecta de la Santísima Trinidad. No conoce ley alguna. Todo se le somete, en el cielo y sobre la tierra. El cielo entero la mira con complacencia. Juega ante los ojos maravillados del mismo Dios. El Padre no se comportó así con su Hijo bienamado; porque es su Igual, la condescendencia no es posible con Él. Acá abajo todo sucedió con el rigor de la justicia: Aquel que había cargado con los pecados del mundo, pagó por los pecados del mundo.

2 de julio. Oración muy dulce a la Virgen.

...Ella es el lago tranquilo de la Paz celestial; el espejo puro de la Luz eterna; la rosa blanca y perfumada sobre el corazón de la bondadosa Trinidad.

15 de julio al 7 de agosto. Oración más difícil. Desnudez del alma. Temor de Dios. Melancolía apacible; sentimiento de tener el corazón colmado de todos los sufrimientos pasados, presentes... y futuros. Vera enferma. Jacques fatigado, agotándose para conseguir el pan cotidiano, sin tiempo para escribir. Mamá que parece todavía tan lejos de la fe... Siempre la misma necesidad de mis mañanas de recogimiento, a pesar de que en estas tres últimas semanas la meditación sea menos intensa, más corta, y se desarrolle en una gran desnudez de sentimientos y pensamientos.

...La gracia es algo divino; por ella exclamamos *Abba! Pater!* El Padre es el que da *su vida*. El Creador da solamente el ser, como el artista, la forma. La estutua no es el hijo del escultor. Nosotros somos los hijos del Padre Celestial.

15 de agosto. Angustia del corazón en medio del recogimiento, deseo de algo que desconozco, llamamientos espontáneos al Señor: Señor mío y Dios mío; mi dulce Jesús; mi *único Jesús;*

desnudez del alma, angustia; necesidad de permanecer allí, ante Dios, «como una tierra sin agua». Aspiraciones y suspiros en la oscuridad. Sigue el mismo estado durante la comunión.

16, 17 de agosto. Continúa la misma ansiedad. ¿Dónde hallaré el reposo? En el silencio. En el abandono en Dios. En el anonadamiento. En la humildad, la paciencia, la caridad generosa.

18 de agosto. Recogimiento que me permite leer a santo Tomás y tomar notas. De ordinario, la atención concentrada en el recogimiento hace imposible toda lectura.

19 de agosto. Partida hacia Bourg-la-Reine.[7]

20 de agosto. Buena mañana. Recogimiento, paz, sin imágenes.

29 de agosto. Misa y comunión. Recogimiento prolongado y suave después de la comunión; el presentimiento de que no podré recogerme más tarde (durante el día), lo que resultó cierto.

31 de agosto. Partida de Jacques para Pontaubert.

Siempre la misma oración. Me parece que Dios forma mi corazón en la caridad, la humildad... Si no acepto que el prójimo me enseñe, tampoco Dios me enseñará.

Vida escondida en Dios. Ver en el prójimo únicamente el amor con que Dios lo ama, y su miseria de criatura, no mayor que la mía, mueve la compasión de Dios y hace descender sobre nosotros su Misericordia. Todo lo demás es vanidad y mezquindad.

Durante todo el mes de septiembre, la misma oración. Recogimiento más frecuente después de la santa comunión.

7. Pasamos allí algunas semanas en casa de los Bloy. Cf. *Les Grands Amitiés*, pp. 508-511.

Oscuridad cada vez mayor en la oración.

Algunas veces, durante el recogimiento, el corazón se torna más cálido cada vez. Se siente el amor. Otras veces es más difuso.

El cuerpo permanece en un gran reposo agradable, cualquiera que sea su posición.

En ese recogimiento, siento necesidad de aislarme (paso todas las mañanas en mi habitación), de cerrar los ojos.

Algunas veces, no obstante, experimento un dulce sentimiento de paz y amor al leer a santo Tomás, o algún libro de piedad.

Un día tomé la decisión de no hacer oración a la mañana siguiente, a causa del trabajo que me apremiaba. Al día siguiente, me pongo a recitar Prima, necesité una hora para ello, siendo el recogimiento más fuerte que nunca.

El padre Dehau dice que es la oración de quietud.

Escribo al padre abad de Saint-Paul: «...Hace cinco meses que Él me obliga con dulzura a consagrarle todas mis mañanas. Nada me dice el Señor amado, pero me recoge con tal fuerza que prefiero esos momentos de silencio a cualquier otra cosa en el mundo, y no puedo romperlos sin remordimiento. Entonces ofrezco al Señor esos largos descansos por aquellos que no observan el descanso del domingo y no se detienen jamás para ver que Él es Dios.»

Comienzos de octubre. Las verdades de la fe se refieren, unas, a la majestad divina, otras, a los misterios de la humanidad de Cristo, que san Pablo llama (*1 Tim.*, IV) el Sacramento del Amor (*Sum. teol.*, II-II, 1, 3). Así la Humanidad entera de Cristo es el Misterio del Amor. Jesús crucificado es la imagen del Padre ofendido por el pecado; coronado de espinas por el desprecio de Su voluntad... Los pies atravesados de Jesús significan que el Padre celestial ofendido no podía correr en nuestra ayuda. El corazón traspasado de Jesús significa que nosotros habíamos ofendido al Amor mismo.

Jueves 12 de octubre. Intenso recogimiento entre las nueve y el mediodía.

Las personas que no quieren entregarse a la oración antes de haber adquirido todas las virtudes, semejan una semilla que rechazara dejarse hundir en la tierra antes de cobrar vida su raíz, su tallo y sus hojas.

La oración es *clarissima gratiae testificatio* (san Agustín).

1917

Larga interrupción de estas notas, a causa de la desnudez de la oración, siempre la misma, y del tedio de tener que anotar siempre lo mismo. También fatiga y enfermedades.

Versalles, *12 de marzo.* Largo y ardiente recogimiento.

13 de marzo. Tened piedad de vuestra pobre criatura.

14 de marzo. Largo recogimiento.

15 de marzo. Largo recogimiento. Sagrado Corazón.

16 de marzo. Recogimiento súbito en medio de una lectura de *Mc* 3, 5: *Contristatus super caecitate cordis eorum.*

17 de marzo. Recogimiento profundo.

Quiero que el prójimo encuentre un refugio en mi corazón, igual que yo quiero encontrar un refugio en el corazón compasivo de Jesús.

Domingo de Laetare. Recogimiento en la Misa y comunión, luego, en casa.

19 de marzo. San José. Entronización del Sagrado Corazón en casa por el padre Richaud, en presencia de la señora Bloy. El padre R. vio a mamá enjugar dos lágrimas durante las oraciones.

Por la noche se me declara una pequeña crisis de enteritis que me impide ir a almorzar al día siguiente a casa de la señora Philipon; debo señalar que es extremadamente raro que pueda realizar una visita prometida a fecha fija. Los obstáculos se presentan casi siempre bajo forma de gripe, ciática o enteritis. Amén.

Jacques debe pasar ante la junta militar de clasificación el 30 de abril.

25 de marzo, domingo. Recogimiento durante casi toda la mañana.

...El conocimiento que tienen los ángeles de las cosas sensibles es absolutamente espiritual y desinteresado, por consiguiente, no comporta jamás nota alguna de trivialidad. Las cosas que son triviales con relación al hombre en la jerarquía muy especial de relaciones que tienen con él, no pueden ser las mismas para los ángeles, que las conocen simplemente por su grado de ser.

26 de marzo. Aflicción interior.

En ciertas tentaciones, el alma está como suspendida sobre un abismo de delicias sensibles, y es preciso resistir al vértigo por el recuerdo espiritual del único verdadero bien. Y, por más que el alma sufra mucho en ese estado, no debe temer nada ni creerse abandonada. No sufriría del mismo modo si fuera infiel. En ese caso, se sentiría no suspendida sino caída, y vaciada de una manera inconmensurable, por el abandono de la gracia de Dios.

He observado dos recogimientos bien distintos.

En el primero, los ojos permanecen abiertos, la inteligencia está iluminada y el alma entra en una especie de éxtasis.

En el segundo, los ojos están cerrados, la inteligencia no recibe nada, todos los afectos de la voluntad están como concentrados en un solo punto y unidos a Dios. Unión ardiente, a menudo deliciosa, pero una especie de oscuridad.

Lunes Santo. Largo recogimiento por la mañana y por la tarde.

Martes. Recogimiento desde las once hasta el mediodía. Vivo sentimiento, con palabras.

Mis oraciones jaculatorias: Oh Dios mío que me has creado, ten piedad de mí, ten piedad de tu pobre pequeña criatura. *Fiat cor meum immaculatum, ut non confundar.* ¡Jesús mío y Dios mío! ¡Mi único Bienamado! Espíritu de Amor y Misericordia. ¡Mi Señor bienamado y bendito! Madre bendita y bienamada. Oh mi Señor y mi Dios, ten piedad de tu pobre criatura, infinitamente miserable.

Miércoles Santo. Unión afectiva muy viva. Una hora. Leo el Abondono a la Providencia Divina, por el padre De Claussade.

Viernes 13 de abril. Entre las nueve y el mediodía, recogimiento casi ininterrumpido. Al mediodía leo algunas páginas del padre Clérissac sobre la Iglesia.

Sábado 14 de abril. Vivo recogimiento, inspirado por la lectura de ayer. *O Altitudo, O Bonitas!*

Miro la fotografía de una pequeña imagen de la catedral de Chartres, Dios modelando a Adán, recogida en el pensamiento de que nuestro Padre continúa modelándonos hasta el día de nuestra perfección acabada en el Cielo.

¡Ah!, permanecer así bajo su dulce mano, la cabeza abandonada sobre sus rodillas *maternales*, y, siempre, dejar hacer.

Creo comprender que desde hace algún tiempo se realiza en mi alma cierta labor, que si me presto dócilmente, debe conducirme al abandono total a Dios de toda mi voluntad. Mis lecturas fortuitas giran alrededor de esto; al mismo tiempo que mis proyectos personales son regularmente entorpecidos...

En resumen, este año he sido llevada a velar especialmente por la humildad, la caridad con el prójimo (y sobre este punto he sido ayudada interiormente por una disposición de dulzura

y suavidad), el abandono de mi voluntad propia a la voluntad de Dios.

Un sentimiento que abre el corazón hacia Dios es bueno. Por ello *la amistad verdadera* es buena. ¡Lo que yo debo a la santa amistad de Jacques.

26 y 27 de abril. Largo recogimiento.

29 de abril. Estoy recogida media hora mientras voy en coche. Luego, una hora en casa. Mañana, junta de clasificación para Jacques. Evangelio de este domingo (hoy): «Dentro de poco ya no me veréis, y dentro de un tiempo me veréis». Pienso en Jacques.

30 de abril. Santa Catalina de Siena. Recogimiento y angustia. Al rezar como Nuestro Señor en el monte de los Olivos, estoy persuadida de que seré escuchada como lo fue Nuestro Señor, es decir, tendré que adherirme a la voluntad de Dios.

Jacques ha sido declarado apto para el servicio militar. Es como una chanza. Pero qué desgarramiento para mí. He dicho el fiat inmediatamente, sin esperar que mi corazón haya apurado toda su pena. Santa Catalina eligió la corona de espinas, ahora me la presta por algún tiempo.

1, 2, 3 de mayo. Recogimiento intenso en la angustia y el dolor. Dios y Jacques presentes a la vez en mi corazón. Agonía.

En adelante, no puedo sino considerarme como muerta. ¡Qué vida la mía si Jacques partiera! Poco importa, pues, lo que pueda sucederme a partir de ahora. Este pensamiento me da valor.

Dios quiere el acrecentamiento de mi amor en la prueba. Sin duda, en la agonía que sufro, el más débil amén tiene más valor que los cantos de alabanza en la prosperidad. Hay en esta prueba una humillación buena, una aparente derelicción que viene a fortalecer la esperanza y unirnos al Salvador cru-

cificado. Nuestra buena Madre del Cielo, parece también haberse hecho un corazón de bronce con nosotros. Pero, ¿acaso no nos ha preservado durante tres años del alcance de esta espantosa guerra? ¿No debe esa Mujer fuerte incorporarnos al árbol de la Cruz a fin de que demos frutos de salvación?

Durante estos días de recogimiento en el dolor, comprendo las extrañas palabras del Cántico de Ezequías: *Ecce in pace amaritudo mea amarissima.*

Realmente, durante la oración estoy como atada a mi cruz. Dios haga que mi voluntad esté atada a la suya.

5 de mayo. Recogimiento e inmovilidad en el dolor; luego, súplicas a la Virgen. Recibo entonces la íntima convicción de que Jacques será preservado, que la angustia me abandonará. Apaciguamiento. Escribo en seguida a la hermana de Jacques para consolarla.

7 de mayo. Siempre el mismo recogimiento en el dolor torturante. Serenidad, humildad de J. Él sólo sufre por mi pena.

8 de mayo. Misa y comunión. El recogimiento comienza poco antes de la comunión, hacia las ocho y cuarto, y dura hasta el mediodía, incluso en medio de algunas ocupaciones. Esta vez, un largo reposo en la paz sin amargura me reconforta mucho.

18 de mayo. Al volver de París encontramos una carta por la que se destina a Jacques al 81° de Artillería pesada en Versalles; Jacques hará, pues, su instrucción en Versalles, nuestra separación ha sido diferida... poco importa, mi vida ha perdido su seguridad a partir de ahora.

19 de mayo. El padre Dehau me ordena mantenerme siempre a disposición de Dios para la oración, tanto por la tarde como por la mañana.

25 de mayo. Durante la oración me ha parecido estar rodeada de una atmósfera de suavidad, de transparencia, de reposo. En la imaginación, impresión de estar cerca del Salvador, de besar sus llagas. La suavidad, la paz, la luz, han permanecido bastante tiempo. Atracción suave por la humildad, por el amor de la sola voluntad de Dios, por una vida espiritual, sin gracias aparentes.

Domingo de Pentecostés. Si se me desprecia debo pensar que está bien así; si se me juzga mal, debo estar convencida de que tienen razón. Y no obstante debo vivir dichosa y en paz, porque tengo, como las demás criaturas, el derecho de estar junto a Dios, de no mirar sino a Él, y olvidando todo lo demás. Si amo verdaderamente el lugar en que Dios me ha puesto, tengo derecho a la paz, a la alegría, a la contemplación de mi Dios. Y, al abandonar así toda cosa y toda preocupación personal, no actuaré ni por desprecio, ni por despecho, sino que admitiendo todo el desprecio de que pueda ser objeto, buscaré pacíficamente un refugio en el seno de la divina Misericordia, a la que me da derecho, más que cualquier otra cosa, mi propia miseria.

¡Ah!, el buen, el dulce reposo de permanecer a los pies del Señor cuando se ha abandonado todo lo demás, y mirarlo adorando sus menores deseos.

Dios mío, no os pido nada sino la caridad y la humildad, Vos no me las podéis negar, las necesito.

Quisiera tener una humildad muy profunda, mayor todavía que la bajeza de mis pecados, a fin de no ser confundida.

«La beatitud comienza en la humildad» (S. Agustín).

Domingo por la tarde. Visita de Berthe (Gilbert). Me consuela el pensamiento de que Dios ha querido servirse de mí para su conversión; esta alma intercederá por mí ante la divina Misericordia.

Lunes de Pentecostés. Día penoso. Todo me falta.

Martes. ¡Por fin! Recogimiento largo, ardiente. Como si encontrara nuevamente a Jesús después de una larga ausencia. Visita a Bourg-la-Reine. Dios permite que comprenda a Jeanne (Bloy) cuando me habla de aspectos delicados de la oración. Siento mi alma llena de amistad sobrenatural hacia ella, si bien nuestros temperamentos son tan distintos que chocan fácilmente, y conozco palabras suyas sobre mí un tanto duras. Es Dios, pues, quien dispone así mi corazón. Esto me hace dichosa.

Jueves. Oración en el tren.

Viernes. Sequedad, salvo en un breve momento.

Sábado. Buena mañana. Creo que mientras estoy recogida hago un acto de amor continuo.

3 de junio, en Bures. Necesidad del lirismo para expresar el amor. Necesidad de los cantos en la Iglesia: canto del coro, canto de los fieles, canto de los mundos. La palabra es demasiado seca, demasiado limitada para expresar tal Amor. Es preciso el canto espléndido o el silencio, que es otro lirismo, el del amor unificador que une al propio Júbilo divino.

Jueves. Profundo recogimiento a propósito de las palabras del Lauda Sion: *Quia major omni laude.*

Viernes. Noticia de la muerte del pobre Le Dantec. Viva emoción y recogimiento durante toda la mañana.

No ceso de leer y releer el opúsculo del bienaventurado Alberto Magno sobre la unión con Dios; una virtud unitiva se escapa de todas las páginas.

La eterna beatitud con que Dios recompensa la renuncia a todas las cosas por su amor revela, en cierto sentido, el valor de esas cosas que es preciso abandonar. Nada son, sin embargo, junto a un átomo de gracia.

Sábado. Buena mañana. Embriaguez espiritual por oleadas sucesivas durante dos horas. En los intervalos basta un *Kyrie eleison* para reavivar el fuego de amor que invade el alma.

Recogimiento, también, después de la cena.

Domingo. El mismo estado que ayer persiste en la Procesión, si bien de menor duración. Advierto que contrariamente a lo que sucedía en años precedentes, no siento necesidad de mirar, sino al contrario, y me resulta difícil cantar. Necesidad de recogerme totalmente.

Por la tarde, visita de nuestro padrino Léon Bloy con motivo del onceavo aniversario de nuestro bautismo que se cumple mañana.

Lunes 11 de junio. Estoy enferma. Onceavo aniversario de nuestro bautismo.

Cuando el espíritu y la voluntad están entregados a Dios, fijos en Él, el corazón, la sensibilidad, pueden experimentar todavía pasiones diversas, ofrecer, por así decirlo, la materia de una vida independiente, pero no la forma, porque la voluntad no consiente en ello. Para el espíritu es como un espectáculo exterior, por cuya causa se puede sufrir más o menos. A veces inmensamente. Eco de la tentación.

16 de junio. Festividad del Corazón Inmaculado de María. ¿Qué pedimos nosotros a las criaturas si no un poco de amor y de dicha? Pero es Dios el Amor mismo y la Beatitud esencial. No, nada podrán lamentar quienes lo abandonen todo por Él.

O Altitudo! O Bonitas! Se requerirían raudales de armonía para cantarlos con cánticos sin fin.

Es como si el Espíritu Santo los derramara en el corazón recogido, silencioso y ardiente de amor. Ese profundo silencio es lírico; alaba, se derrama de una manera misteriosa; recorre todas las gamas de la humildad, de la alegría y del amor, sin ninguna palabra que lo exprese.

Recogimiento profundo a última hora de la mañana leyendo la misa del Corazón Inmaculado de María.

19 de junio. Jacques recibe su diploma de Doctor en filosofía escolástica.

24 de junio. «Y el Verbo se hizo carne, y habitó entre nosotros...» y se agotó por nosotros a fin de convencernos.

No quiero que su Corazón adorable y bendito choque contra el mío como contra un muro inerte y estúpido.

A pesar de la intensidad de mi dolor, quiero creer en él, obedecerlo, seguirlo, tener confianza en su amor.

No quiero cerrar los ojos para no ver que ha derramado toda su sangre para rendir testimonio a la Verdad. *Iesu, fortitudo martyrum!*

27 de junio. Oración en el tren.

28 de junio. Comienza el recogimiento temprano, ni siquiera puedo terminar mi arreglo personal. Descanso hacia las ocho y cuarto. Se prolonga muy fuerte, ardiente, durante tres cuartos de hora. Interrupción forzada que me resulta penosa. Reanudación hacia las diez, durante una hora y cuarto, profundo, ardiente, amoroso sentimiento de la presencia de Dios. Persiste hasta el mediodía de una manera más difusa. Tristeza de encontrarme nuevamente sola, sin esta sentida presencia que lo transfigura todo y colma el corazón.

La misericordia de Dios es tan grande como la distancia que separa el Infinito de lo finito, y tiende a salvar esta distancia.

Martes 3 de julio. Instalación en Bures, donde están los van der Meer.

4 de julio, en Bures. Recogimiento fervoroso durante tres cuartos de hora, luego, más apacible. Partida de Jacques para Versalles (estará retenido hasta el 31 de julio).

7 de julio. Recogimiento profundo y prolongado. *Tu es intus.*

11 de julio. Entre las nueve y cuarto y hasta después del mediodía, recogimiento por oleadas sucesivas sin cesar completamente en ningún momento, haciéndose más fuerte cada vez. (He rogado por Pierre Villard.) No he podido rezar Tercia ni leer una sola palabra; al solo pensamiento de abrir la *Suma* o el *Tratado* del bienaventurado Alberto Magno, mi corazón se colmaba de la presencia de Dios hasta no poder soportar más.

Domingo 15. Misa y sagrada comunión. Comienza el recogimiento en la Misa y se reanuda en casa hasta el mediodía; persiste aún durante el almuerzo al punto que me resulta difícil permanecer en la mesa y comer.

Únicamente si pasan por el *ser* o por una de sus propiedades, pueden los hombres comunicarse realmente entre sí. ¿Se llega a lo verdadero, como santo Tomás de Aquino? El contacto se establece. ¿Se llega a lo bello, como Beethoven, Bloy o Dostoievsky? Surge la comunicación. ¿Se llega al bien y al Amor, como los santos? Se establece el contacto y las almas se comunican entre sí. Uno se expone a no ser comprendido cuando habla sin haber llegado a esas profundidades, el contacto no surge entonces porque no se ha alcanzado el ser.

Miércoles 18 de julio. Visita a Bourg-la-Reine (en casa de los Bloy).

Después de muchos días vuelve el tormento ya sufrido en marzo y junio, pero esta vez, con una violencia inaudita que llega a ser un verdadero martirio del corazón. Gracias a Dios, ninguno de nuestros amigos ha conocido el dolor que me destrozaba, mientras hemos vivido juntos; y Bures es para ellos y, en apariencia para mí, un lugar delicioso donde reina una dulce alegría que atrae a los huéspedes. Para mí es el lugar de mis

mayores sufrimientos. Jacques me ha visto a menudo llorar por la mañana, durante mi oración.[8]

Jueves 19 de julio. Confesión, Misa y comunión. Nada tan bueno como llorar ante Dios.

20 de julio. ¡Oh Jesús, cuán necesaria era vuestra Pasión! ¡Cuán necesario que vuestro adorable corazón fuera traspasado por mí! ¡Oh Jesús! ¡Oh Jesús!, vuestro corazón doloroso y sangrante me dice que no tema y que tenga confianza; me lo dice con fuerza. Vos sabéis, oh Creador de todas las cosas, lo que es un corazón vivo, un corazón de carne y de sangre donde luchan el cielo y la tierra. Vos sabéis que el corazón humano que os busca debe sufrir, morir con mil muertes, para encontraros.

Y si estáis desgarrado y sangrando, no padecéis únicamente por nuestras culpas... Sino que habéis querido también, en vuestra infinita misericordia, mostrarnos que tenéis un corazón *semejante al nuestro* a fin de que vayamos a Vos con confianza, y tengamos fe en la Fe que Vos nos habéis dado con vuestra Palabra y sellado con vuestra muerte.

Por ello os abro mi corazón sin ningún temor. Clamo con todas las fuerzas de mi ser que prefiero morir que ofenderos. Os entrego mi corazón, dispuesto a sufrir, para que se consuma en un fiel holocausto hasta que el fuego de la divina caridad, inextinguible, domine sobre las cenizas de todas mis fuerzas terrestres.

Bajo vuestra mirada, Dios mío, tengo una indecible confianza, no porque mi corazón sea puro, sino porque vuestra mirada

8. Yo no me atrevía a interrogarla. Ella nada me dijo de lo que le hacía llorar en Bures. Lo comprendí más tarde al leer *La Vie Donnée*, especialmente «Transfiguration» y «Douceur du Monde» (*«Douceur du monde! Jusqu'ou monte et descend dans mon coeur ta musique! Ta magie se donne pour l'eternité...»*) hasta qué punto es cruel para el alma del poeta el combate entre el atractivo de la *dulzura del mundo* con todas sus bellezas, y la entrega de sí mismo a Dios, que tal atractivo hace aparecer contra natura. Y, a decir verdad, se trataba de un desgarramiento espiritual mucho más profundo todavía, que se anunciaba entonces y del que habla más explícitamente en este mismo diario, y que me permitió entrever en Meudon en sus años de extremos sufrimientos interiores. (J.)

es buena; porque vuestra compasión es grande; porque vuestra misericordia es todopoderosa, ¡oh Jesús!

La Pasión es un gran esfuerzo de Nuestro Señor para convencer a nuestra naturaleza que se rebela a la hora de la tentación.

En esos días terribles, me fue concedido comprender íntimamente, por un conocimiento suave e incomunicable, que los sufrimientos de Jesús son para el alma creyente un testimonio apasionado de la verdad; un esfuerzo misericordioso para mostrarnos que es semejante a nosotros por la capacidad de sufrimiento, a fin de que la semejanza engendre el acercamiento; del acercamiento nazca la confianza, y, de ella, la amistad y un mayor abandono.

Domingo 22 de julio. Separación del alma y el espíritu: es un arrancamiento, un quebranto, un desgarramiento indescriptibles. El alma se precipita por entero al objeto natural que le conviene. El Espíritu reconoce en Dios su Único Amor.

Y esto sucede todas las mañanas, durante varias horas, en el recogimiento. Ese recogimiento persistente, me reconforta, me hace sentir vivamente la benevolencia infinitamente misericordiosa de Dios. En esos momentos lloro con frecuencia. Jacques ha visto esas lágrimas.

23 de julio. Christine me ruega que le lea algunos capítulos de las *Revelaciones* de santa Gertrudis. Me emociona profundamente encontrarme con el capítulo I del libro III, *Una especial protección de la Madre de Dios*, y sobre todo, el capítulo VII, *La compasión del Señor para con nosotros*.

«Si un alma probada por la tentación se refugia en mí, bien podré decir de ella: *Una est columba mea, tanquam electa ex millibus, quae in uno oculorum suorum transvulnerat Cor meum divinum.* Si creyera no poder socorrerla en ese peligro, mi alma experimentaría un dolor tan profundo que todas las alegrías del cielo no bastarían para dulcificar mi pena. En mi humanidad unida a la divinidad, mis bienamados encuentran siempre

un abogado que me obliga a apiadarme de sus diversas miserias. ¿Pero, Señor, insiste ella, cómo vuestro Corazón inmaculado, que no fue presa de contradicción alguna, podría inclinaros a la compasión por nuestras miserias tan diversas? El Señor responde: Fácilmente se convencerá quien comprenda las palabras que de mí dijo el Apóstol: *Debuit per omnia fratribus assimilari, ut misericors fieret* (*Heb* II, 17). Tuvo que ser semejante en todo a sus hermanos para hacerse misericordioso. Luego añadió: La mirada única con que mi bienamado me atraviesa el corazón es esta esperanza tranquila y segura, que le obliga a reconocer que puedo y quiero ayudarlo fielmente en todas las cosas... Cada uno puede esforzarse en decir, con la boca, si no con todo el corazón, estas palabras de Job: Aun cuando estuviera hundido en las profundidades del infierno, Vos me librariais de él. Y: Aun cuando me quitarais la vida, yo esperaría en Vos (*Job* XIII, 15).»

24 de julio. Recogimiento. Ofrecimiento a Dios de mi corazón presa del dolor; que sea devorado y purificado por él si es preciso, por el amor de Dios.

Si no tuviéramos nada que inmolar, ¿qué podríamos ofrecer?

Durante un momento tuve la intuición de ser como una víctima aceptada por Dios, y que mi pobre corazón desgarrado era recibido en sacrificio. Es inexpresable: fue un instante muy puro, en que, como iluminado por un relámpago, mi corazón me pareció puro; verdaderamente sincero, verdaderamente doloroso, verdaderamente entregado y aceptado. Pero quizá todo sea presunción; Jesús, María, perdonadme.

25 de julio. Santiago, Apóstol. Misa y comunión. Recogimiento entre las nueve y las diez. Evangelio: «No he venido a traer la paz, sino la *separación*». Jesús realiza también la separación del alma y del espíritu.

La naturaleza se lamenta, defiende su causa con una prodigiosa elocuencia, con una terrible fuerza de seducción. No es rebelde, no es perversa. Es ella misma. Y no pudiendo desear

sino la vida, debe consentir en la muerte; en mil muertes parciales, más crueles quizás que la muerte total puesto que es preciso vivir sufriéndolas. Es un misterio verdadero para la criatura. Poner en cuestión la misma fe es una de sus reacciones más peligrosas. Poner en duda las razones de creer. ¡Oh, cómo se tiene entonces la prueba de que la fe es un don de Dios! Pues las razones en esta tormenta, poco valen. Pero allí está Dios que nos mantiene la fe.

La tempestad de la tentación barre todo lo frágil, y pone al desnudo la roca de la fe. El alma vive entonces de humildad, de obediencia, en la desnudez absoluta de la fe.

Parece que mi alma se apacigua y se libera. ¡Qué alegría destrozarse uno mismo y dar alguna cosa a Aquel que nos lo da todo!

Jueves 26. Santa Ana y san Joaquín. Misa y comunión. Recogimiento durante la misa. Lágrimas sobre mi miseria y vivo sentimiento de la misericordia de Dios. Quisiera marcharme, morir... Estoy sedienta de conocer por fin esa Realidad adorable por la que debemos abandonarlo todo, y a la que nos llama el Salvador por la voz de su Sangre y de su Muerte. Pero ese deseo de la muerte no es puro. Es el desengaño de la naturaleza que comprende que nada le será concedido por voluntad de Dios.

27 de julio. Recogimiento durante toda la mañana. A media mañana, carta de nuestro amigo Louis Pichet, movilizado en Salónica, a quien no había escrito y que nada sabe de mi vida interior. Esta carta me conmueve y me consuela:

«Querida señora: Le escribo unas palabras sobre un sueño que se refiere a usted y que me atormenta vivamente. Yo estaba entre su comunidad y, naturalmente, dichoso por ello; pero usted estaba expuesta a duros ataques del demonio, que soportaba con firmeza. Ahora bien, cada vez soy más supersticioso, pues veo desde el comienzo de la guerra numerosas coincidencias de este género... Tranquilice, pues, le ruego, con unas po-

cas palabras, a este viejo estúpido en que me he convertido, dándome noticias suyas...»

28 de julio. Misa y comunión. Largo recogimiento. «Cristo fue obediente hasta la muerte.»

Cuando nos embarga una devoción abundante y sensible, nos parece que no obedecemos sino que corremos con una voluntad total al cumplimiento de la Voluntad de Dios.

Pero cuando la aridez de la prueba sucede a esa suavidad del amor, sentimos que no nos es posible rebasar el misterio de la Voluntad divina. Su Ley exige nuestra obediencia. La fe nos obliga a obedecer. Chocamos con la Majestad divina que nos hace sentir su derecho absoluto de vida y muerte sobre cada una de nuestras voluntades.

El mismo Cristo quiso conocer esa sumisión absoluta de la humanidad a la Divinidad, y lo alabamos por haber sido *obediente hasta la muerte.* La agonía de Nuestro Señor en el monte de los Olivos es la agonía *de la humanidad como tal,* la muerte múltiple y detallada de todo lo que podría vivir y no tiene derecho a ello sin el asentimiento del Creador.

1.º de agosto. Jacques se inicia en el 81º de Artillería de Versalles. Permanezco en Versalles durante algunos días. Vivo en la angustia de lo que sucederá.

6 de agosto. Misa y comunión. ¡Por fin!, respiro durante la oración después del abatimiento de todos esos días de lucha interior; la oración no es interrumpida. Me parece sentir mi alma desprendida, más libre, como si un lazo se hubiera roto. Imagino un hueso que se convirtiera, si ello fuera posible, en la pulpa del fruto, hasta hacerle perder sus adherencias: las tentaciones ejercen sobre el alma un trabajo semejante a fin de hacerla libre y desprendida del mundo y de la naturaleza...

En una tentación aguda el alma tiene una doble intuición:

1.º de *su dominio absoluto* sobre el acto a ejecutar, por consiguiente, de su libre arbitrio;

2.º de *su impotencia absoluta* a ejecutar el acto bueno sin el socorro de Dios.

9 de agosto. Todos estos días comienza un intenso recogimiento hacia las ocho o las nueve. Mientras dura, me es extremadamente difícil ocuparme en cualquier otra cosa.

El cuidado de todas las cosas está confiado al amor.

Sólo poseemos verdaderamente lo que amamos.

Las muertes parciales, a veces exigidas, son espantosas. ¿Qué no será pues la muerte, la muerte simplemente —qué esfuerzo de la naturaleza para escapar a la aniquilación de esta vida—, qué sacrificio habrá de aceptarse en ella? El sacrificio no es esencialmente una expiación, sino un testimonio, un homenaje. «Si el grano de trigo...»

15 de agosto. Misa colmada de recogimiento, de luz, de lágrimas, de consuelo. Al término de la acción de gracias, siento que me tocan por la espalda: es Jacques, con permiso, contra todo lo que cabía esperar.

Mil *Ave María* por J.

16 de agosto. Día de sufrimiento, de ansiedad, especialmente hasta las tres. A partir de ese momento me siento más tranquila y comienzo a esperar. A las cinco, telegrama de Jacques depositado a las 15,20 h.: «Licencia temporal un año».

Debemos ser misericordiosos y compasivos respecto al prójimo sobre todo cuando conocemos su defecto dominante. El primer movimiento es dirigir hacia ellos toda nuestra severidad, cuando, por el contrario, deberíamos ofrecer toda nuestra caridad: es una debilidad que habríamos de considerar sagrada porque sólo Dios puede tratarla y curarla. Las grandes imperfecciones de nuestros hermanos son como una desnudez en la que no nos está permitido fijar los ojos. Pero que cada uno presente sus miserias ante la mirada de Dios, implorando humildemente la curación. Ya que esa divina mirada, que cura y

reviste de luz, puede ver toda desnudez porque todo está desnudo ante ella.

18 de agosto. Recogimiento de diversa intensidad entre las nueve y el mediodía.

Algunos días de quietud árida.

Sábado 25, domingo 26 de agosto. Recogimiento intenso y amoroso durante toda la misa mayor, la comunión y la acción de gracias. Imposible cantar.

El sacrificio es una ley absolutamente general del perfeccionamiento de la criatura. Todo lo que va de una naturaleza inferior a una naturaleza superior, debe pasar por el sacrificio de sí, la mortificación, la muerte. El mineral asimilado por la planta se convierte en materia viva. El vegetal consumido se transforma en el animal en materia viva sensible. El hombre que entrega toda su alma a Dios por la obediencia de la fe, la reencuentra en la gloria. El ángel que renunció a la luz natural de su inteligencia para sumirse en la oscuridad de la fe, ha encontrado el esplendor de la luz divina...

30 de agosto. Para amar y comprender al prójimo es preciso olvidarse de sí mismo.

31 de agosto. Visita del padre Dehau. Me aconseja seguir la llamada interior a la oración en el momento en que se presente, a menos de una inclinación formal de la voluntad contraria de Dios. Seguir también la inclinación a retener y mortificar mi lengua cuando se trata del prójimo. Debo esperar grandes mortificaciones destinadas a hacerme más flexible en las manos de Dios. El padre Dehau me dice que entre las almas que él conoce yo soy una de las más profundamente marcadas por ese trabajo de flexibilidad perseguido por Dios a toda costa, y por la necesidad de vivir de oración.

La oración es un medio, pero con cierta participación del fin, de ese fin que es la bienaventuranza de los elegidos.

8 de septiembre. Desde esta mañana me parece sentir la presencia de la Virgen (ayer también). Día excepcionalmente bueno, dulce, dichoso.

Oración habitual hasta el 19 de septiembre. Difícil prueba interior.

Bures, *18 de septiembre.* Si Dios no existiera, no habria tampoco ley moral. Porque si la ley natural no fuera reflejo de la ley eterna no tendría supremacía alguna sobre la voluntad del hombre. Sin la ley eterna, fundamento de la ley natural, la voluntad del hombre, por ser superior a las cosas, no puede buscar sino el bien metafísico (querer ser, Nietzsche), el único que, desaparecido el bien moral, permanece.

19 de septiembre. Desde la mañana ha desaparecido mi pesada carga; día radiante, me siento resguardada, reanimada, reconfortada interiormente.

6 de octubre. El recogimiento no impide el fondo de melancolía, de dolor incluso, que está en mí desde hace varios meses.

Domingo 13 de octubre. No siento ya la oración de cada día, tiene el mismo carácter de quietud más o menos suave, más o menos árido, más o menos intenso.

24 de octubre. El Señor ha vuelto con fuerza. Oh mi querido bienamado, oh mi único bienamado tanto más amado cuanto más costosamente conseguido. Digo costosamente porque estoy en un momento en que pago, pero cuando esté en la plena posesión de mi tesoro (como la madre que ha terminado de dar a luz) encontraré que no he dado nada, que todo lo que le he dado no es nada, en comparación con lo que habré obtenido. «Si un hombre hubiera dado todas las riquezas de su casa por amor, las despreciará como si nada hubiera dado» (Oficio del Corazón Inmaculado de María). Nosotros le damos

nuestro corazón, nuestro espíritu, nuestra vida; y Él, ¿acaso no nos dará su Misericordia?

Viernes. Noche terrible. Por la mañana fuerte recogimiento en el dolor. ¡Oh Jesús! ¡Dios mío que me has sido prometido!

Sábado. Largo recogimiento. Sufro tanto a pesar de las apariencias... Mi alma es una lamentación continua, un perpetuo miserere. Hoy todo es dolor y todo vive de dolor, no existe ya refugio terrestre, dondequiera que se vaya se encuentra la Cólera del Juez Justo. Para encontrar su Misericordia es preciso volver dentro de sí y llorar su exilio y sus pecados. ¡Cómo crece el deseo de ver por fin a Aquel que nos ha sido prometido!

Octubre — 3 de noviembre. Enfermedad y muerte de nuestro bienamado padrino Léon Bloy. Jacques, Vera y yo no lo hemos abandonado en los últimos ocho días. El miércoles 31 de octubre de 1917, por la mañana, yo estaba a su cabecera, y me dijo que sufría mucho. —Tú pagas la conversión de tus ahijados. Él replicó: «La bajeza de mi naturaleza es expiada por...» no comprendí las últimas palabras. «Es muy penoso, el espíritu no puede aferrarse a nada, resbala.» Después de un silencio bastante largo, me dijo: «Quisiera haber hecho algo por ti» (creo, sé, que rezó por Jacques el dieciséis de agosto; este verano me había dicho con fuerza repetidas veces: «*¡no tienes nada que temer!*») Yo le respondí: Lo has hecho todo por mí, porque nos has enseñado a conocer a Dios. Un poco más tarde, al verlo sufrir terriblemente, le dije: Quisiera sufrir en tu lugar, querido padrino. Y él, con fuerza: «No sabes lo que pides. Jesús dijo esto, tú no sabes lo que pides» (sin duda, alusión al versículo 22 de Mateo, cap. XX). Y añadió con energía: «Yo lo he hecho, yo.» Su mujer, acercándosele, murmura: *Ave o Crux, spes unica;* y él corrige claramente: *O Crux ave, spes unica.*

Finales de noviembre, comienzos de diciembre, carta al padre abad de Saint-Paul:

«...La Patria, ¡aquella en que los hombres se amarán! ¿Cómo no desearla ardientemente? En la tierra, los hombres han pretendido dispensarse de amar a Dios (que, según ellos, no necesita de nuestro amor) y proporcionar la felicidad al género humano por la sola filantropía. Dios, abandonándoselos a ellos mismos, les muestra que sin Su amor no puede realizarse sobre la tierra el amor del prójimo. Pero, ¿quién querrá comprender esto? Ah, qué dolor ser un pequeño número cuando se trata de amar y glorificar al único digno de amor y de alabanza. Esto me conmueve particularmente al pensar en la nueva Rusia y en sus jefes, maximalistas o no. El ateísmo es el fondo de su cultura, el corazón de su corazón, la vida de su vida. Previsible, todo lo que sucede, y yo, que conozco bien el temperamento ruso, he experimentado un inmenso sentimiento de horror. Lo trágico de la aventura es que ni siquiera puede echarse de menos el antiguo régimen. El desgraciado pueblo ruso es una materia informe, rica en fuerzas buenas y malas, que se deja manejar fácilmente en nombre de toda idea humanitaria...

»Sin duda, conocerá ya, querido padre, la muerte de nuestro padrino Léon Bloy. Todos los periódicos han hablado de él, ¡por fin!, pero acumulando errores y calumnias; en ese género de historias *L'Univers* ocupa un buen lugar. Algunos no temen lanzar la sospecha sobre la fe y la buena fe de un hombre que llevó tantas almas a Dios. Desde hace doce años somos testigos, y otros con nosotros como el gran cristiano y sabio Pierre Termier, del ardor, la grandeza, la fuerza inquebrantable de su fe. Hemos asistido a su agonía y a su muerte, a su última comunión, el día de Todos los Santos, mientras la Iglesia cantaba la bienaventuranza de los pobres. Estaba rodeado de numerosos amigos que lloraban ante la fe y la humildad de aquel moribundo que reunía todas sus fuerzas para golpearse el pecho y recibir por última vez a Aquel que desde hacía treinta años recibía todos los días...»

Domingo 30 de diciembre. Muerte del pequeño Jean François van der Meer. Había nacido el 17 de septiembre de 1915,

día de los estigmas de san Francisco. Bautizado en el día y la hora de la aparición de Nuestra Señora de la Salette, el 19 de septiembre a las tres de la tarde. Toda esa pequeña vida ha sido marcada por el sufrimiento. Era un niño luminoso en cuyos ojos a menudo observé extraños destellos de inteligencia. Verdaderamente, ocupaba un gran lugar en nuestros corazones.

Cayó enfermo en la octava de los Santos Inocentes, lo amortajaron el 1.º de enero, día de la Circuncisión del Salvador, fue enterrado en la fiesta del Santo Nombre de Jesús, el 2 de enero de 1918. Querido pequeño Jean que tanto he amado, que me recibiste con una sonrisa tan amable la última vez que te vi, y anudaste tiernamente tus bracitos alrededor de mi cuello, querido pequeño Jean que estás seguramente en el Paraíso, alma grande y compasiva, ruega por mí.

2. SEGUNDO CARNET: 1918-1919

1918

2 de enero, festividad del Santo Nombre de Jesús. En el tren, yendo a los funerales del pequeño Jean-François: el nombre de Jesús como un beso sobre mis labios. Esto me recuerda la gracia recibida el mismo día en Heildelberg, en 1908; durante la misa y largo tiempo después, una dulzura infinita derramada en mi alma por el Nombre bendito de Jesús. Su recuerdo es dulce como la miel.

Versalles, *16 de enero.* Impresión de que Dios exige ahora de mí una vida más fuerte —de sacrificio—, de entrega personal, de vigilancia sobre todas mis intenciones. Todo se ensombrece. El tiempo de la infancia ha pasado...

23 de enero. Amo a los santos porque son amables; y a los pecadores porque se me parecen.

Sexagésima. Caminar sobre olas es la vocación del cristiano. Sin ningún apoyo humano, en la fe pura, en la esperanza y la pura caridad. Sin ningún sentimiento, quizás, con la mirada dirigida únicamente hacia Dios...

7 de febrero. Por la mañana no puedo hacer oración. Por la tarde, pensaba dispensarme de ella por tener cartas urgentes que escribir, pero el buen Jesús ha tomado todo su tiempo y no he podido escribir una sola carta en tres horas.

9 de febrero. Oración prolongada por la mañana. Tentación, sacrificio. Los beneficios de la tentación: mantiene el vigor del alma y su vitalidad. La virtud probada da testimonio de la

fuerza de la voluntad, y no de la pobreza de la naturaleza y de la sensibilidad, como creen quienes se abandonan a todas las solicitaciones terrenas. Los discípulos de Jesús son tan capaces como ellos de gozar y de sufrir. Pero habiendo elegido ir a Dios por encima de todos los obstáculos, caminarán sobre su propio corazón si es preciso.

Puede incluso decirse que la sensibilidad de quien peca a conciencia se va embotando, mientras que, en el hombre fuerte, se agudiza. Y la tentación puede adquirir en el corazón de este último un grado de agudeza tanto mayor cuanto que Dios, que asiste al combate en el alma del justo (o del que desea serlo) sabe que triunfará de él por su gracia. El corazón humano es penetrado entonces en toda su profundidad; como si cada una de sus fibras fuera puesta al desnudo —hasta el fundamento de la naturaleza humana y en todos sus contornos. La riqueza, la complejidad de la naturaleza, es algo deslumbrante. Pero el hombre, tentado hasta ese punto, que resiste firme en la fe, admira una maravilla aún mayor. Por el impulso de su espíritu rebasa toda esa naturaleza magnífica y transtornada. Llevado de la gracia se eleva por encima de sí mismo. Domina, aleja, en la oscuridad de la fe, y en esta paz que sobrepasa todo sentimiento, los patéticos llamamientos del dolor, el clamor de la naturaleza rebelada y sus aparentes razonamientos; todo lo que en aquel momento parece constituir su mismo ser.

Sábado 23 de febrero. A Christine: «...¿Has reparado, querida Christine, en las palabras del profeta Joel en la epístola del miércoles de Ceniza?: Desgarrad vuestros corazones y convertíos al Señor vuestro Dios, porque es bueno y compasivo. ¡Desgarrad vuestros corazones porque Dios es bueno! Es, pues, el incomprensible amor de Dios por nosotros el que quiere todas nuestras aflicciones».

Domingo 24 de febrero. Carta del padre Gouin (con quien Jacques trabó conocimiento a causa de la Salette) anunciándonos su nombramiento para la parroquia de Vernie, en el

Sarthe. ¡Por suerte, dice él, hay allí un presbiterio que puede alojar a quince personas! ¿Es éste, pues, el lugar que Nuestra Señora de la Salette nos reserva para el verano próximo? Es curiosa la llegada de esta carta precisamente cuando ha desaparecido toda esperanza de poder volver a Bures.

Domingo 3 de marzo. Por la mañana, en medio de la oración, persuasión súbita de que Jacques y yo debemos ir a Roma en las vacaciones de Pascua y llevar allí el trabajo de Jacques sobre la Salette. Esta persuasión viene acompañada de una gran dicha interior. Me parece claro como la luz del día que ha llegado el momento de hacer esta gestión. Cosa curiosa, porque hasta ahora siempre había pensado que «esto no corría prisa»; y la ejecución del proyecto me parece erizado de dificultades insuperables.

Domingo 10 de marzo. El viaje está decidido, es preciso trabajar mucho para terminar la copia. Vera se encarga de ello.

Oración llena de alegría que me libra súbitamente de los vestigios de una pena que pesaba sobre mi corazón y minaba mis fuerzas físicas.

Será preciso hacer gran cantidad de gestiones para los pasaportes, etc., en medio de los disparos de la «Bertha».

Lunes 11 de marzo. Visita de los Gothas. Dura tres horas y media. Numerosas víctimas en París.

¡Dar, dar! *Es preciso* dar nuestra vida para obtener la vida eterna. Darla mil veces antes de la muerte, y hacer *voluntaria* la misma muerte (aunque sea inevitable) encontrándola *buena*, y esto es imposible sin la fe, la esperanza y la caridad. Pero la fe es oscura y la gracia insensible, y la misma parece ahogarse en las olas amargas que a veces invaden nuestra alma: *intraverunt aquae usque ad animan meam.*

A causa de los Berthas y los Gothas y nuestra próxima partida para Roma, Jacques decide enviar a mamá y a Vera a Vernie, donde nos ha invitado el padre Gouin. Preparativos para

ambas partidas. Gran fatiga; me pregunto ahora cómo me será posible soportar cincuenta horas de viaje y dos noches en el tren. Por la mañana, especialmente, apenas tengo fuerzas para levantarme, y pienso con la mayor angustia en las fatigas que me esperan.

Todos nuestros amigos consideran que Jacques y yo somos muy imprudentes, que la ofensiva austriaca puede comenzar en cualquier momento y entonces nos sería muy difícil volver a Francia durante mucho tiempo. El doctor Mondain me predice ocho días de enfermedad si hago este viaje en el estado de salud en que me encuentro, pero deja decidir a Jacques, que no duda en absoluto. La víspera de nuestra partida me niegan el pasaporte ¡porque mi padre era ruso! Al día siguiente, me lo conceden contra toda esperanza.

26 de marzo, Martes Santo. Partida hacia Italia. Han desaparecido todas las dudas y sombras.

Nos sentimos inmersos en la voluntad de Dios, enteramente dispuestos a obedecerlo en todo, aunque no sepamos exactamente lo que haremos en Roma. Sólo una cosa está decidida: llevar el manuscrito al padre Garrigou-Lagrange, y pedirle su opinión sobre el valor teológico del trabajo de Jacques.[1]

Iremos paso a paso, del modo como Dios nos conduzca.

Es uno de aquellos momentos muy graves de la vida, en que es preciso elegir por Dios, mientras que muchas fuerzas y argumentos se oponen a ello con una apariencia de bien. El bautismo fue para nosotros uno de esos momentos (...). Y ahora debemos arriesgar muchas cosas por amor a la Virgen —la situación actual de Jacques, la paz de su porvenir. Hoy toda vacilación ha desaparecido y nuestro corazón es dichoso. Todavía nos queda franquear la frontera con el enorme manuscrito (o, mejor dicho, la copia a máquina).

Para lo referente a nuestra estancia y nuestras gestiones en Roma, véanse las notas de Jacques.

1. Se trataba de un trabajo sobre la Salette, que permanece inédito. (J.)

Salida de Roma el lunes de Quasimodo, fiesta aplazada de la Anunciación. Llegada a Versalles el miércoles por la mañana. Jacques me lleva a Vernie el sábado 13 de abril y reanuda sus cursos en París el 15 de abril, en medio de las bombas y los obuses de los Gothas y la Bertha.

Vernie. La casa, a la sombra de la iglesia, es encantadora; da sobre un gran jardín y se divisa toda la campiña. Los comienzos son bastante penosos para mí, porque el frío no permite ocupar las pequeñas habitaciones del segundo piso. Carezco totalmente de soledad, tanto más cuanto que nuestros amigos los van der Meer están con nosotros.

18 de abril. Buena oración en mi pequeña celda.

19 de abril. Oración en la habitación, a pesar de la presencia de todos.

Lo mismo el 21. Lumen tuae veritatis.

21 de abril. A Jacques: «Ayer tuve una buena mañana. Cuando me hube recogido, encontré de nuevo las mismas exigencias simples de Dios: la dulzura, la humildad, la caridad, la simplicidad interior; no se me pide nada más. Y, de repente, he comprendido claramente que esas virtudes se exigen porque hacen el corazón habitable a Dios y al prójimo de una manera íntima y permanente. Hacen de él una celda agradable. La dureza, el orgullo, ofenden; la complejidad, inquieta. Pero la humildad y la dulzura acogen, y la sencillez reconforta. Esas virtudes «pasivas» tienen un carácter eminentemente social».

30 de abril. Buena mañana de oración. La paz es imposible si no se está unido a Dios y no se ve en Él a todas las criaturas. En Él, ellas tienen la unción del Espíritu Santo y pierden su amargura; y quien así las ve en Dios pierde su propia amargura. Porque el pecado ha hecho amargo todo lo creado. Cuanto más

pura es el alma más unida está a Dios, más dulce llega a ser y más gusta en todas las cosas la dulzura que Dios vierte en ellas al admitirlas en el plan de su providencia. Permanecer en Dios por su amor, para nuestra dicha, es también el mejor medio de ser para los demás perfume de Jesucristo, de alejar de ellos nuestra amargura de criaturas, de dirigir hacia ellos la suavidad del Espíritu Santo.

3 de mayo. Dos años ya de esta oración de recogimiento pasivo. ¡Qué lenta es el alma en transformarse! ¡Cuánto tarda el Señor en aumentar mi amor! Pero ya desde ahora su misericordia conmigo sólo puede medirse por el infinito. A él pertenece todo mi corazón y toda mi vida.

A Jacques: «...Desde hace dos días tengo la gran dicha de poderme aislar en mi celda donde hace suficiente calor. ¡Ah, qué buenas son esas mañanas ofrecidas al Señor! Agradece afectuosamente en mi nombre al querido padre Dehau el consejo que me dio hace ya dos años. *Domine ostende nobis Patrem et sufficit*... Creo en verdad que eso es esta oración tan simple: el corazón se refugia junto al Padre, y eso basta. Y estas cosas que se comprenden tan rápidamente (en la oración), pero que es difícil expresar, acaso no son "¿la palabra secreta y misteriosa del Padre, esa palabra, que, como un hálito ligero, se insinúa dulcemente en el fondo más íntimo de nuestro ser?" (Tauler). Estas cosas tan simples que se insinúan suavemente y se imprimen fuertemente, como una experiencia concreta, ¿acaso no son una enseñanza misericordiosa y paternal...?»

Domingo 12 de mayo. Hoy el sabor de Dios apenas me ha abandonado. En su amada presencia he obtenido la convicción profunda de la utilidad, la necesidad de la contemplación. No solamente para la gloria (accidental) de Dios y nuestra alegría, esto es demasiado evidente, sino también para la vida espiritual de los demás hombres. Si desfallecen, ¿acaso no es porque han olvidado el sabor de Dios y de su Luz? Hacérselo conocer, tal son una enseñanza misericordiosa y paternal...?»

eterna que es Cristo; el Sabor sustancial que es el Espíritu Santo.

Las mismas obras exteriores, las obras de misericordia deben su excelencia a su poder de revelar la benignidad de Dios...

Es preciso que haya almas ocupadas únicamente en beber de ese manantial de lo Alto. A través de ellas, el agua viva del amor y su sabor divino, llegan a aquellos cuya vocación comporta mayor actividad. La contemplación es como una bomba aspirante e impelente que atrae el agua y la hace pasar a través de los canales. Si la contemplación cesara totalmente, los corazones pronto se agotarían (puesto que todo amor presupone una contemplación del objeto deseado).

En el pozo de Jacob, a los pies de Jesús, está «la mejor parte». Y sin duda el reposo de Juan en el pecho del Salvador, y, más aún, la unión profunda y escondida de los corazones de Jesús y de María, eran el medio de probar mejor a los Apóstoles la dulzura inefable del Cordero divino.

El amor al prójimo, como el amor a Dios, obliga pues al contemplativo a permanecer junto al divino manantial. Aquel que Dios atrae al reposo de la contemplación, no vaya pues a hundirse en los asuntos del mundo y tomar el gusto amargo de las cosas creadas y caídas. Deberá rendir cuentas severamente, de todas sus idas y venidas, así como de toda ocasión personal mezquina, alejada de la misericordia, de la humildad, de la benignidad divinas, de las que él mismo se beneficia tan copiosamente.

...La contemplación debe dar sus frutos para el prójimo, por más que, a menudo, dispense de las obras exteriores. Ese fruto, es el Sabor de Dios que se hace conocer amando a toda criatura con un amor de caridad, olvidándose a sí mismo para no tener presente sino a Dios que está en todas —que no desprecia nada de lo que ha hecho—, que sufre pacientemente nuestras ofensas, y que sólo nos corrige amándonos. Ninguna mezquindad. Ningún retorno sobre sí mismo. Ninguna defensa de sí. Sobre todo, ningún desaliento. Ningún abandono de la oración.

No juzgar amargamente. Sustituir el oficio de la justicia por el de la caridad.

19 de mayo. Pentecostés de 1918. Primera Comunión de la pequeña Anne-Marie van der Meer (cinco años y medio). Fiesta maravillosa. Allí estábamos todos: Pierre y Jacques habían venido por tres días. Un tiempo maravilloso, todo el comedor tapizado de espino blanco. Y la alegría desbordando los corazones. En tales ocasiones se siente que es verdaderamente bueno que los hermanos vivan juntos. Solamente, si mi querida madre fuera cristiana... Siempre lo espero de la bondad de Dios: ella se convertirá.

6 de junio. Seguridad, sencillez de esta oración: Dios está en nosotros por la gracia, basta despojar el alma de todo otro amor para encontrarse en presencia de Dios solo. Amarlo únicamente. Es ésta mi oración y no sé nada más. No hay ninguna luz especial, sino una especie de instinto que dirige en los actos importantes. Sabor de Dios y formación del alma, dulce, progresiva, fácil, pudiéramos decir; que tiende, sobre todo, al amor al prójimo, a la humildad, a la sencillez, a la veracidad, al silencio, a la desnudez del espíritu, al amor de Dios. Se experimenta así, cómo los dos mandamientos de la caridad no son sino uno.

10 de junio. ¡No se trata de hacer bajar a Dios del cielo con la oración! Él está ahí, en nosotros, por la gracia. Se trata de que nosotros mismos descendamos al fondo de nuestra alma allanando los obstáculos.

18 de junio. He podido recogerme y permanecer en paz. Pienso con admiración en el precio que el Señor otorga a nuestro amor. Se diría verdaderamente que poseer nuestro corazón es el fin que se ha propuesto al crearnos; y que busca seriamente lo que se ha propuesto alcanzar: «¡No te he amado para reír!» ¿No hay ahí como una necesidad metafísica? El amor increado,

al derramarse sobre las criaturas, sigue siendo el amor, y por consiguiente, sólo está satisfecho si a su expansión responde otra expansión que posibilita la unión.

Versalles, *8 de julio.* Jacques ha sido nuevamente licenciado por un año. He venido aquí para orar mejor y tener noticias más rápidamente. Un poco antes de las dos, un movimiento violento del alma me precipita de rodillas, y me hace rogar en voz alta a la Virgen con una voz y unas súplicas que me transtornan a mí misma, era exactamente la hora en que Jacques era examinado. ¿Gracia? ¿Telepatía? ¿O ambas cosas...?

Vuelvo enferma a Vernie.

Vernie, *21 de julio.* He dado a Dios, con el socorro extraordinario de su gracia, cosas que amaba más que a mí misma (porque mi amor era desordenado). Debo comenzar a darme a mí misma, es, en definitiva, mucho más fácil.

He aprendido a amar a los hombres ante todo por Dios, y a estimarlos mucho menos en ellos mismos. Su juicio me importa poco, bastante poco. Lo que me importa desde este momento es estar con Dios, y aprender a amarlo verdaderamente. Hacer conocer su Amor y su Misericordia, haciéndome yo misma buena y misericordiosa, viviendo de su solo Amor.

3 de agosto. Doceavo aniversario de nuestra Primera Comunión, en el «Sacré Coeur»; entonces, penetrada por el sentimiento de mi inmensa miseria, supliqué al Señor que «me diera alguna cosa», lloré abundantemente y no me atreví a elevar mi espíritu hacia ninguna gracia particular, dejé a Dios la elección, y el me dio una limosna magnífica, dio libre curso a su amor todopoderoso, que deifica las almas; ¡oh Dios mío, qué dolor por haberos ofendido, aún tan a menudo, en estos doce años!

5 *de agosto.* Oración de la Misa, XI° Domingo después de Pentecostés: «*Dios todopoderoso y eterno, que por exceso de vuestra bondad sobrepasáis los méritos y deseos de aquellos*

que os suplican, derramad sobre nosotros vuestra misericordia».

Oración ardiente, quiero ser toda de Dios para amarlo. Después de dos horas de oración apacible, una oleada de amor, verdadera embriaguez espiritual, durante casi una hora, a través de oleadas sucesivas. Parece como si sólo se me pidiera una cosa, amar a Dios, pasar mi vida amándolo. Inmenso reconocimiento por la misericordia de Dios, por las gracias de amor que me concede y que concede a otras almas en la oración. Todo bien es suyo, a él sea rendida toda alabanza.

Humildad que las gracias de Dios imprimen en el alma: cuanto más se ejerce Su generosidad, más evidente aparece nuestra miseria; más claramente se manifiesta también la gratuidad de los dones de Dios.

¿Míos, estos dones? Todo es fácil para Dios. ¿Quién puede impedirle hacer misericordia? ¿Quién puede impedirle manifestarse en el alma que Él ha hecho, que Él santifica, que Él habita, que Él ama? *Amator noster*. En mí o en los santos Él es siempre quien actúa; sea para Él el amor de todos los corazones.

6-7 de agosto. Qué útil es reconocer las gracias que Dios nos concede. La humildad y el amor crecen a un tiempo. La gracia imprime la humildad en el alma como el sello se hunde en el lacre.

El amor no solamente quiere propagarse, *exige* además ser recibido...

El Espíritu Santo se hace más familiar cuando se sabe que es Él quien, a través de los dones, actúa en el alma que contempla.

El amor de Dios se hace sensible en el corazón. Lo apremia; parece que quiere saltar del pecho, aparecer, resplandecer, ¡es una embriaguez de amor!

Esta vez la oración desborda por la tarde; a pesar de todos mis esfuerzos me es imposible permanecer en la mesa, comer; con el pretexto de un malestar, me encierro en mi habitación hasta el fin de esa indecible embriaguez del corazón.

Ya un aspecto de Dios, ya otro, arrebatan el alma. Cada uno de sus nombres, sucesivamente, une a Él. Era Verdad, Sabiduría. Es Amor.

16 de agosto. Carta del padre Dehau (dictada por él a una secretaria benévola).

«Mi muy querida hija: Su carta me ha conmovido profundamente. Bendigo al Señor por haberle hecho sentir tan vivamente la dulzura de sus bondades y haber puesto, al mismo tiempo, ante sus ojos, una doctrina que lo confirmaba e iluminaba todo. No existe la menor duda ni sobre esta verdad ni sobre su aplicación respecto a usted. Siga pues adelante, siempre más adelante, y lo más rápidamente posible, dándole al Maestro todo el tiempo que pida, en una gran paz y una dulce alegría.»

5 de septiembre. Después de haber comulgado, le digo al Señor que no me parece dispuesto a concederme las gracias elevadas de la oración (¡cómo he podido hacer una reflexión semejante cuando sólo merezco ser enteramente olvidada en la distribución de esas gracias muy preciosas!). La respuesta inmediata en mi alma fue la interrogación respecto al Cáliz: «¿Podréis beber el cáliz?» Yo no respondí *puedo*[2], hasta tal punto siento que no puedo. Siento terror a las pruebas por las que se dice es preciso pasar para llegar a una gran unión con Dios. Mi alma tiene miedo y se entristece: *Quare tristis es anima mea... Spera in Deo!* Mi alma espera en Dios. Le suplica que le conceda un corazón generoso. Siento que Dios nos deja libres para elegir entre un amor limitado y un amor sin medida. Pero sería una gran desdicha elegir la mediocridad espiritual, y, sin embargo, no hay sino esto, o la inmolación total de sí mismo.

Amar al prójimo como a sí mismo. ¿Qué ama uno más en sí mismo? Su propia voluntad. Amar al prójimo como a uno mis-

2. Pero ella tampoco respondió *no;* no se sustrajo a las exigencias de Dios. Como lo muestra este diario, aceptó plenamente la voluntad de Dios con respecto a ella —con temor y temblor y sin osar pedir el cáliz, pero sin rechazarlo; ¿no es así como avanzan a un tiempo una humildad y una generosidad igualmente puras? Y su miedo estaba justificado. Después de esto fue cuando vinieron las grandes agonías. (J.)

mo es salir de sí y vivir en el prójimo como en uno mismo, es decir, hacer de la voluntad del prójimo nuestra propia voluntad, amar y hacerlo todo según esta voluntad.

Dios es nuestro prójimo por excelencia.[3] Nuestro amor por él debe ser un *éxtasis*. Debemos salir de nosotros y transportarnos a él a fin de que, no teniendo más voluntad que la de Dios, lo amemos siempre, haga lo que haga de nosotros.

Nosotros no tenemos reposo hasta que nuestra voluntad se cumple. Si estamos unidos a Dios hasta el punto de no distinguir nuestra voluntad de la suya, habremos encontrado el reposo, la alegría, también en cierto modo, más o menos sensible.

No tener otra voluntad que la de Dios, ésta es la única gracia que podemos desear, pedir sin condiciones, buscar con diligencia, esperar sin presunción.

En tanto que permanezcamos capaces de desear cualquier otra cosa con tenacidad; y hacer lo que sea, aunque se trate de las más preciosas gracias, como un fin en sí para nuestros deseos —ya seamos imperfectos, presuntuosos o avaros. No estamos en un contacto absoluto de corazón a corazón con Dios; de ahí derivan la mayoría de nuestras tristezas, nuestros temores y desfallecimientos.

No quiero cansarme de pedir a Dios el cumplimiento de su voluntad. ¡Que se haga vuestra voluntad! Con esto, lo tendría ya todo, incluso el valor, incluso la generosidad, incluso ese éxtasis de amor por el que no se vive ya de la voluntad propia. Pero la paz que resulte de ello, será quizás esa paz que, «sobrepasando todo sentimiento», deja nuestra naturaleza sumida en el dolor, el trabajo, la oscuridad, casi en la turbación.

Esto es lo que temo.

Me parece no saber ya lo que Dios quiere de mí, y tengo miedo de lo que quiere. Sólo sé suplicar y gemir y esperarlo todo de una misericordia infinita. ¡Soy verdaderamente demasiado pobre!, suspendida entre el cielo y la tierra por la mediocridad

3. *In via eminentiae*, y, en el sentido de que, siendo distinto a nosotros, es más íntimo a nosotros que nosotros mismo, por su presencia de inmensidad y por su presencia de gracia. (J.)

de mis deseos. ¿Querrá el Señor transformar mi débil corazón en un corazón generoso, perteneciente a él exclusivamente? ¡Oh Dios todopoderoso que os complacéis en los hombres, hacedlo a fin de que haya un corazón más para amaros totalmente!

11 de septiembre. Parten los van der Meer hacia París y Holanda.

16 de septiembre. Mirándome a mí misma no llego a ninguna parte, excepto al desaliento. Tomo la resolución de abandonarme enteramente a Dios, de mirarlo sólo a Él, de dejarle a Él todo el cuidado de mí misma, de no ejercitarme sino en *la confianza;* mi extrema miseria, mi cobardía natural no me dejan otra salida para ir a Dios y progresar en el bien. Es preciso, pues, que, persuadida de mi incapacidad total de hacer nada bueno con mis propias fuerzas, me considere como un pájaro muy pequeño en las manos de Dios, como en un nido que no puedo abandonar con mis débiles alas. No debo preocuparme ya de esa extrema debilidad, sino consagrarme únicamente a alabar la dulce mano que me reconforta.

La confianza es la forma que toma la gracia en el pobre que se dirige a Dios.

19 de septiembre. La lectura del *Castillo interior* me turba. ¿Se debe, acaso, a una mala traducción? ¿Es la manera de expresarse de santa Teresa, más material que formal, lo que me incomoda? Decididamente, no puedo dejar al bienaventurado Alberto Magno, por quien el Señor parece querer subvenir a todas mis necesidades espirituales.

4 de octubre. Partida de Jacques y Vera para Versalles. Estoy enferma durante su ausencia, absolutamente sin fuerzas, y con una inmensa inquietud por ellos a causa de la terrible epidemia de una enfermedad desconocida que, a falta de otra cosa, llaman gripe española.

La inquietud no era vana: Jacques y Vera vuelven el 12, y

el 13 de octubre la gripe se declara en Vera, con un comienzo de congestión pulmonar. 40° de fiebre, ningún médico bueno, gran dificultad en conseguir medicamentos. Con mi propio agotamiento no puedo más de dolor. Veo a mi hermana moribunda. El padre Dehau que está con nosotros no consigue hacerme entrar en razón; pero la bondad de Dios me concede una media hora de recogimiento que me apacigua y reconforta. Por fin, Vera entra en convalecencia, mientras que el párroco cae enfermo. Lo alojamos en nuestra casa, y Jacques lo cuida. Mamá ha llegado al término de sus fuerzas porque desde hace un mes no tenemos nada. Yo la ayudo como puedo, pero apenas consigo mantenerme en pie. El párroco no está muy enfermo; temo el contagio de Jacques.

El 1.° de noviembre, por la mañana temprano, llega el querido doctor Pichet. El párroco, ya mejor, dice la Misa. Quiero dar gracias a Dios, pero tengo la impresión de que no ha terminado todavía. En efecto, por la noche, recaída del párroco.

Nuestros enfermos se levantan por fin, pero la paz de Vernie ha sido turbada por la llegada de soldados americanos que saquean, roban y se matan entre sí cuando están borrachos.

11 de noviembre. Armisticio. Terminó la pesadilla de la guerra, ¡por fin! El día de san Martín. Todo ha sido milagrosamente rápido después de nuestra ofensiva del 18 de julio.

1919

Vernie, *1.° de enero.* Copio aquí lo que el padre Dehau dijo a Jacques para mí, a raíz del último viaje de Jacques a Versalles (octubre).[4]

«Que tome la parte que le da Dios. Dios *no quiere* para ella

4. Los tres pasamos en Vernie el año escolar de 1918-19. Yo había obtenido un permiso del Instituto Católico de París para preparar la *Introduction générale à la philosophie*, y la *Petite Logique*. (J.)

mortificaciones corporales. Sobre todo, que no las intente, que no piense siquiera en ellas.

»*La oración, algo que lo es todo.* No debe pensar en otra cosa. Permanecer con Jesús. Ofrecer como mortificación todo lo que Nuestro Señor proporcionará a través de los sufrimientos de la oración (tiempo, apatía, tedio, tentaciones). Aceptarlo todo con espíritu de mortificación. Nada más que esto. (El padre habría podido añadir nuestras continuas enfermedades...)

»El sufrimiento virtual es superior al sufrimiento actual (*es el sufrimiento de Jesús en el cielo*); y se encuentra en el amor.

»La caridad, dios de las virtudes, las contiene a todas eminentemente. *Ama et fac quod vis.* El amor lo puede todo. Todo está inmerso en el amor, transfigurado, por encima del orden de las virtudes morales, en el océano celeste de la caridad.

»Que no tema absolutamente nada. Que no piense nunca en el aspecto doloroso. A las almas contemplativas, a menudo les asusta ya de antemano la idea de las cruces. Pero esto no sucederá o no será como lo imaginamos. Será transfigurado.

»A estos temores, se mezclan tentaciones del demonio, que, no pudiendo destruir el edificio espiritual, intenta por todos los medios hacer bajar los escalones hasta llegar al sótano. Da gritos de alerta, hace sonar las sirenas. Que no se ocupe de las sirenas diabólicas, que no baje jamás hasta el sótano.

»Si siente temor, si tiene miedo, que *se abandone inmediatamente en el amor.* Se siente rechazada por la excelencia divina (temible fuerza centrífuga de la virtud de religión). La única salvación es el amor, sólo la caridad puede colocarnos en el terreno de la amistad con Dios. *Vis fugere a Deo, fuge ad Deum* (san Agustín). Tienes miedo de Dios, entrégate a Él por el amor.

»Doble respuesta de Dios: la de san Juan de la Cruz: sufrir y ser despreciado por vuestro amor. La de santo Tomás: Señor, nada sino Vos. La primera es inferior a la segunda, es humana, si no terrena. La otra es angélica. Santa Teresa no tiene nada de angélico, es una mujer sublime, pero es, *totalmente, una mujer.* La imaginación y el fantasma —un fantasma magnificado

e irradiando poesía— tienen, incluso en san Juan de la Cruz, un lugar enorme en el modo de pensar.

»La cuestión del sufrimiento no se plantea en los ángeles, puesto que ellos no pueden sufrir. Toda la vida espiritual puede existir sin el sufrimiento *(en los ángeles)*. Los ángeles mueren místicamente, es cierto. "Muramos con la muerte de los ángeles." Nuestro sufrimiento no tiene más razón de ser que la de encaminarnos hacia esa muerte de la voluntad.

»El amor suprime el análisis. No pensar demasiado en la distinciones de santa Teresa; ello impide *el movimiento absolutamente simple del amor, que se pierde en el objeto y no se ocupa del sujeto.*

»La religión dice *vos y yo.* El amor dice *nosotros. Dilectus meus mihi et ego illi.* Eso es todo.

»Internarse en el sendero recto de la oración. Que no mire ni a derecha ni a izquierda, ni, sobre todo, hacia atrás. Es un alma que necesita una limpidez extraordinaria. Que ni una mota de polvo turbe la atmósfera.

Principios de febrero. La Conferencia de la Paz hace pensar sin remisión en la torre de Babel. Se dispersarán...

Quince días en cama con ciática. Angustia del cuerpo y del alma. Creo incluso que desde hace cuatro meses padezco el cáliz presentido el 5 de septiembre. ¿Dios mío, Dios mío, cómo podría mantenerme firme sin el socorro de la oración, con este cuerpo tan frágil?

Quisiera traducir algunos opúsculos de santo Tomás, comenzando por las *Costumbres Divinas* y publicarlas en Rouart. Grolleau y Rouart aceptan la idea. ¿Permitirá el Señor que, por una vez en la vida, realice un proyecto?

Domingo 9 de febrero. Jacques parte para Tours (ausencia durante dos días, por la sucesión de Pierre Villard).

Dos horas después de su partida, comienzo a temblar de fiebre. Súbitamente y sin ninguna causa aparente. ¿He de estar enferma cada vez que Jacques nos deja? Es extraño.

Mamá y Vera, devoradas por la inquietud, me dan pena. De repente, la idea de que puedo morir antes de la vuelta de Jacques me atraviesa el corazón como una espada afilada. Dolor absoluto, tan profundo, tan desligado, que me parece participar de la inmaterialidad del alma. Suplico al Señor que tenga piedad de Jacques; bebo un poco de agua de la Salette: la calma vuelve a mi espíritu. La fiebre me abrasa y me hace temblar alternativamente. Dura hasta la mañana. Al mediodía, no queda rastro. No me siento mal, únicamente fatigada. No puedo dejar de creer que me ha sido enviada para procurarme ese instante de dolor puro y agudo, aceptado, ofrecido a Dios, por un fin que ignoro.

Mitad de febrero. Copio algunas pequeñas notas sobre arte (1917).

El arte es una virtud intelectual que permite al alma imprimir una marca humana, sensible y espiritual sobre una materia dada; es, propiamente, la facultad de crear una forma nueva, un ser original, capaz, a su vez, de conmover un alma humana.

La obra de arte es el fruto vivo de una unión espiritual que a la actividad del artista agrega la pasividad de una materia dada.

Esta facultad creadora es la que da al artista el sentimiento de su dignidad particular.

Es como un asociado de Dios en la acción de obras hermosas: al desarrollar las fuerzas puestas en él por el Creador, «todo don perfecto viene de lo alto y desciende del Padre de las luces», y usar del poder y la materia creados por Dios, crea, por así decirlo, un segundo grado.

La creación artística *no imita* la de Dios, la continúa. Del mismo modo que los vestigios y la imagen de Dios aparecen en sus criaturas, así, la marca humana es impresa sobre la obra de arte, la marca plena, no solamente la de las manos, sino de toda el alma; de ahí el carácter patético de las grandes obras, espejo del espíritu y de las pasiones, de las grandezas y miserias.

Imitar, simplemente, en el sentido de *copiar* la naturaleza,

es estar fuera del arte. Hacer un paisaje que no se parezca a nada, es faltar no al arte, sino a una condición material del arte; esto puede ser simplemente una locura, pero puede ser también una locura de artista que, tarde o temprano, se convertirá en cordura.

De este modo, puede considerarse el cubismo como un esfuerzo para escapar a la sensibilidad primaria de los impresionistas. La sensibilidad abstracta es algo así como las matemáticas que han sido consideradas por algunos (Auguste Comte), como ciencias naturales abstractas.

El arte procede de un instinto espontáneo como el amor, y debe ser cultivado como la amistad.

Miércoles de Ceniza. De una carta a la madre María Teresa:

«...A fuerza de padecer y compadecer se tiene el corazón dolorido; espero que el Señor acepte la ofrenda, por pobre que sea...

»Un día, excuse mi ingenuidad, imaginé que me desembarazaba de mí misma de una sola vez haciéndome carmelita (sí, carmelita, porque es más austero); por fin, ya no debía preocuparme más de mí; entonces mi alma desplegaba grandes alas y respiraba profundamente en Dios. Me sentí más ligera durante toda la mañana. ¡Oh buena madre, cómo la envidio!»

(En diciembre de 1918, escribí a la madre María-Teresa, a propósito del libro del padre Clérissac sobre *El misterio de la Iglesia*, y de una carta suya [5] que nosotros habíamos publicado:

«Respecto a santa Teresa, ¿qué decirle querida mía? Atraída por ella a la oración al día siguiente de su bautismo, la pobre oblata ha querido y admirado siempre en ella a la bienamada de Dios, simplemente esto...»

El padre Clérissac deseaba prevenir, sin duda, una interpretación viciosa, demasiado frecuente quizás, en «aquellas hijas de santa Teresa en quienes otra dirección, prevaleciendo sobre el espíritu de su madre, ha convertido en almas reflejas», y que

5. Esta carta del padre Clérissac ha sido reproducida por Raïssa en *Les Grandes Amitiés*, 9.ª ed., p. 237. (J.)

buscan un pretexto a su actitud espiritual en los escritos mal comprendidos de la Santa. A causa de ello, y del pesar que usted ha sentido, lamentamos profundamente querida madre, haber publicado esa carta sin las aclaraciones necesarias. Pero, de una manera general, caracteriza tan bien el espíritu de nuestro querido padre, que explica nuestro deseo de hacerla conocer.

...Ciertamente, el padre Clérissac no pensaba en santa Teresa al referirse a aquellos a quienes «la simple vida de la Iglesia no bastó»; No. Pero cuando «la simple vida de la Iglesia» no bastó a los hombres, Dios en su misericordia infinita les concedió santos que, concretando las maravillas de la vida interior, habían de sacar a las almas del letargo en que estaban sumidas, en medio de una sociedad que había olvidado la gran vida litúrgica. En este punto estamos seguros del pensamiento del padre Clérissac.»)

10 de marzo. En cada hombre me parece ver un ajusticiado. Los más dichosos sólo lo son en esperanza. Algunos lo son verdaderamente, pero son (casi) ángeles. Otros parecen felices, pero apenas son hombres.

Sólo en la contemplación pasiva hay oración de unión.

Es un error aislarse de los hombres por el hecho de poseer una visión más clara de la verdad. Si Dios no llama a la soledad, es preciso vivir con Dios en la multitud; promover su conocimiento y su amor.

Si uno establece su vida en la ciudad temporal, no debe pasearse con las manos en los bolsillos. Es preciso tomar parte en la vida de la ciudad, e intentar «instaurar todas las cosas en Cristo».

Los católicos piadosos han desdeñado y abandonado excesivamente la actividad en manos de quienes no conocían ni su principio ni su fin. O bien se han mezclado en ella ignorando las cosas importantes y sus exigencias propias. Es preciso hacer bien todo lo que se hace, especialmente cuando se tiene el peligroso honor de servir a la Verdad. Sobre todo, no hay que perjudicar la ca-

ridad. El cristianismo no es solamente un instaurador de orden, y se ha explotado demasiado esta propiedad.

Es un propulsor, por el celo y la caridad que lo animan.

El mismo orden que establece y garantiza, no es para el bien de un pequeño número, sino para el bien del mayor número posible, el bien común.

Los católicos han sido demasiado a menudo los servidores de lo que es menos digno de ser servido, los servidores de aquellos que sólo invocan «el orden» para su interés propio.

Dos cosas manifiestan la espiritualidad del alma: la naturaleza de la inteligencia y el pudor.

En el compuesto humano, el pudor es un instinto espiritual por el que se revela la superioridad *real* (y no convencional) del espíritu sobre la carne. Es un instinto estrictamente humano por constituir una reivindicación del espíritu contra la huella de la animalidad. Instinto específicamente humano, no se encuentra ni en el ángel ni en la bestia. Cuanto más vive el hombre a la manera de los ángeles, tanto más delicado se hace su pudor (el niño ignora todavía el pudor); crece a medida que el espíritu se fortifica contra la carne. El pudor no se encuentra, pues, únicamente en relación con la inocencia: el niño es inocente, ignora el pudor; éste, reside en la conciencia instintiva que el espíritu toma de sí mismo y de la parte que se le asigna en el compuesto humano.

Pudor y gazmoñería se oponen, uno y otra están en razón inversa. Un alma arraigada en la inocencia por la gracia de Dios y la pureza de la vida, ignora la gazmoñería hasta el punto de aparecer algunas veces como despojada de pudor. Quien sabe que Dios ha hecho bien todas las cosas no se avergüenza de ninguna de las cosas que Dios ha hecho, porque las atribuye a la sabiduría de Dios.

Pero cuando el hombre siente que una subversión amenaza la jerarquía de los seres: Dios, espíritu, animalidad, y, en particular, que la carne está en lucha con el espíritu, el pudor eleva la voz, tanto más alta cuanto más libre, más vigoroso es el espíritu, y más inocentes las costumbres.

El pudor se encuentra comúnmemente más acentuado en la

mujer porque ella está, en cierto modo, por encima y más acá de la animalidad: por encima a causa de la pureza más grande de su vida —digo, en general— [6]; más acá, porque sus funciones maternales son vegetativas más que animales. Por estas dos razones le repugna todavía más ser llamada a sus funciones carnales.

Un amor verdadero y total, un matrimonio cristiano, idealiza incluso la carne, porque une, no solamente dos cuerpos, sino dos humanidades. Son buenos porque son amados por Dios. Son inocentes y puros. No seamos más espiritualistas que el Espíritu Santo.

La vergüenza no es siempre signo de una conciencia. Si yo supiera que alguien ha tenido un pensamiento deshonesto respecto a mí, sería yo quien se sonrojaría.

Si alguien miente ante mí, soy yo quien bajo los ojos...

Los católicos de nuestros días, cuando son íntegros en lo que respecta a la doctrina son, en general, rigurosos en el terreno propio del arte y su función civilizadora, la función de espiritualización natural que tiene en la humanidad. Son duros con los artistas. Y estos podrían preguntarse si sus dones naturales son un signo de reprobación. Creo que los católicos deben poseer una doctrina verdaderamente informada respecto a todo lo humano; conforme a la verdad, al gusto, a la inteligencia. Sin timidez. Sin fariseísmo. Sin ignorancia. Sin pudibundez. Sin maniqueísmo. Porque la doctrina católica es luminosa y total.

24 de marzo. ¡Jesús, cuántos pecadores que os ignoran! Tanto desorden. Todo ese cúmulo de necesidades de fin incierto. Sólo una cosa es necesaria absolutamente: amaros; la única necesidad casi universalmente ignorada.

6. Raïssa escribía estas líneas en 1919. Después de la segunda Guerra Mundial hubiera podido añadir (es lo que ella me dijo a menudo) que cuando la mujer se cree emancipar rechazando lo que su condición lleva consigo «en general», su impudor es peor que el del hombre. (J.)

...¿Dejaréis que todo vaya a la deriva? Venid en nuestro socorro a fin de que no sucumbamos en el camino.

Vos queréis que los santos constituyan un gran capital de méritos y de amor, con el que toda alma, al abandonar este mundo pueda pagar su salvación.

Dejáis libertad a los pecadores, excitáis a los justos a amaros todavía más, y descontáis la parte de los pobres que sólo muriendo os reconocen.

Así va el mundo, y Vos mostráis que vuestro reino no es de este mundo. Así crecen los santos. Así se cumple la Redención.

Breve método de oración.
Ponerse en presencia de Dios.
1. *Oh Dios mío que me véis.*

Purificarse bajo su mirada.
2. *Oh Dios mío que me habéis creado, tened piedad de mí.*

Entrar en la unión.
3. *Mi Único Bienamado.*

25 de marzo. A Jeanne Bloy: «¿Cómo está Mme. Erlanger? Me pregunto si ella no obtendrá un gran bien de la lectura de santo Tomás, en particular del tratado de la *Ley*. Esta lectura ha sido para mí leche y miel; es cierto que el lenguaje, tan abstracto y desnudo, de santo Tomás no me molesta en absoluto. En él se muestra la ternura verdaderamente extraordinaria, la preocupación verdaderamente maternal de Dios por el pueblo elegido, y de qué modo «todas las cosas le llegaban en figuras»; y, ¿acaso no es un privilegio inaudito que nada pudiera sucederle que no dependiera más o menos de Nuestro Señor? Creo que ese tratado de la Ley es el de la misericordia de Dios respecto a Israel, y, al leerlo, yo no sabía cómo dar gracias por tal elección, por tal predilección. Pero como dichas gracias están vinculadas a Jesús, si se niega, siendo judío, se niega haber sido elegido, amado, predestinado; y si no se ve la Ley como una

preparación a la *gracia*, no es más que la severa reveladora del pecado...»

El mismo día. El arte es una fructificación: cuando la savia sea nuevamente cristiana, los frutos lo serán también, necesariamente, sin buscarlo.

Pero hay un período de transición en el que no se ha conseguido todavía la unidad entre la voluntad del hombre y la sensibilidad del artista...

Que no se crea que la devoción basta por sí sola para hacer un artista cristiano.

Que se den cuenta exactamente de lo que exige un arte puro, verdadero. El artista tiene obligaciones casi morales respecto al arte. Tiene deberes estrictos hacia la obra que ha concebido: *abneget semetipsum*. Si lo que busca es complacer, decae. Pero tiene derecho a intentar hacerse comprender. La pureza de intención es necesaria al artista. Un artista íntegro, como tal, está cerca del moralista. Tiene en su interior el sentimiento de cierta pureza. Rouault. Cf. *Le Coq et l'Arlequin*, de Cocteau. Ese ángel del que el artista debe ser guardián, es precisamente su rectitud de artista.[7]

28 de marzo. Profundo recogimiento.

5 de abril. Recogimiento especial.

Mi Único Bienamado, ¿a quién acudiríamos?
Sólo Vos poseéis las palabras de la vida eterna.
Y «por añadidura» las de la vida temporal
Que son los Diez Mandamientos,
Y el de amaros, que los resume todos.
La verdad y todo lo que ella revela:

7. Hay en este Carnet muchas otras notas sobre arte que no transcribo aquí y cuya substancia, como la del fragmento de mediados de febrero, ha pasado también a *Art et Scolastique*. (J.)

Nuestro origen y nuestro fin. Y el valor de todos los seres.
Y todas las virtudes que Vos amáis.

Suceda lo que sea, mi Único Bienamado,
Y lo que sea necesario sufrir
Habremos conocido la dicha
(Y haced que la conozca eternamente en vuestro Amor)
La gracia infinita de la fe
La dulzura incomparable de vuestra presencia
Vuestra Luz, ¡oh Cristo!
Que ilumina a todo hombre en este mundo
Muestra el bien y el mal
Ordena el caos
Indica el camino
Revela toda verdad
Da la vida eterna.
No nos quitarán esta dicha
Mi Único Bienamado.

Existe una alegría proporcionada a la naturaleza animal y perecedera como ella.

Existe una beatitud propia de la naturaleza espiritual que encuentra su culminación en los bienaventurados, donde es inmortal como el espíritu.

Existe una beatitud propia de la naturaleza divina, infinita y perfecta como Dios.

¿Quién no advierte que las otras no son sino imágenes, atenuaciones?

Y que, lejos de usurpar nada, se contenta, por el contrario, con poco cuando para expresar la alegría espiritual y divina se sirve de palabras que expresan las alegrías sensibles y terrenas.

«Que me bese con un beso de su boca; tus pechos son mejores que el vino» *(Cant.)*

Cuando pensamos, tenemos la vaga sensación de nuestro cerebro.

Cuando amamos, tenemos la sensación, algo menos vaga, de nuestro corazón; el compuesto humano explica esto.

Pero, de igual modo que nuestro pensamiento no es corporal, tampoco es carnal nuestro amor por Dios.

Todos nuestros valores dependen de la naturaleza de nuestro Dios. Él es el Arquetipo. Él es la medida de todas las cosas. Por tanto, nuestro Dios es Espíritu.

El espíritu será pues el primero en la escala de valores.

Y la materia, los cuerpos, serán los últimos.

Progresar es, pues, ir de la materia al espíritu, del animal al hombre, y del hombre a Dios por la escala de la razón y de la gracia.

Civilizar es espiritualizar.

El progreso puramente material puede concurrir, si los promotores de ese progreso se proponen aliviar la humanidad de la pesada carga de las necesidades materiales, y procurarle los espacios necesarios a la vida espiritual.

Pero el progreso material que sólo sirve para satisfacer la avidez siempre creciente, todas las concupiscencias de la carne, y la voluntad de poder, es un retorno a la barbarie, es decir a la animalidad, a la materia, al caos.

El arte, como las ciencias, extrae su valor de su potencia civilizadora. Es también un indicador de la civilización.

6 de abril. El doctor Amieux nos trae a su primogénito René. Reputado incorregible, ha resuelto por fin corregirse, y hacer aquí su instrucción religiosa.

13 de abril. Belleza de la naturaleza, mayor todavía, más sensible al corazón, más reveladora a la inteligencia cuando se sabe que es obra de una Persona, es decir, de Dios (de Tres Personas, debería decir).

Es como el instinto de los animales: se revela como inteligencia, justificando la impresión ingenua que hace en nosotros cuando sabemos que, en efecto, es la inteligencia divina quien

ha dotado a los animales del instinto necesario para su conservación.

Es Dios quien cobija a los polluelos, es Él quien construye el nido de los pajaritos por un acto de su Inteligencia, quien de una vez por todas ha provisto las necesidades de las criaturas privadas de razón.

Es el Señor quien se extenúa como una hoja muerta sobre los huevos que incuba la gallina.

¿Qué ha hecho Jesús por nosotros? ¿No ha abierto sus brazos, no los ha extendido sobre la cruz donde se ha extenuado hasta la última gota de su sangre, a fin de cobijar nuestras almas hasta la eclosión en su Amor?

Sub umbra alarum tuarum protege nos...

El ha dicho: «He deseado ardientemente comer esta Pascua con vosotros».

Y nuestra gallina deseaba empollar, y se entristecía y su cresta palidecía, porque le habían quitado sus huevos.

En el momento en que iba a aparecer nuestra salvación, Jesús se inmovilizó sobre la Cruz.

Y en los últimos días de la nidada, cuando la gallina siente removerse a los polluelos, no se mueve más, ni siquiera para comer.

Esta humilde criatura ha sido para mí una viva imagen de la conmovedora misericordia de Dios. Ciertamente, si pudiéramos percibir un solo instante esa infinita misericordia en sí misma, moriríamos de amor, y entraríamos en la eterna Beatitud.

16 de abril. Reflexión de Michel Roualt, ahijado de Jacques (7 años):

«Puesto que Dios está en todas partes y no lo vemos, estamos siempre mirando a través de Él» (carta de Marthe, 14 de abril).

Jueves Santo, 17 de abril. Vera me comunica esta preciosa noticia: ¡mamá se ha puesto a leer el Evangelio que estaba sobre la mesa desde hace siete meses!

No olvido que la madre María Teresa ruega particularmente por ella en estos días durante su retiro.

Del 10 al 20 de abril hago una salida de retiro. Dulzura del reposo del alma que ninguna dulzura puede igualar.

23 de abril, miércoles de Pascua. Llegada de Charles Henrion, un verdadero amigo. Hace cerca de cinco años que no le habíamos visto, y antes no lo habíamos encontrado más que dos o tres veces —y parece que lo conociéramos como un hermano— y es así como lo amamos en el amor de Dios.

12 de mayo. Caminos diversos de Dios.

Las almas familiarizadas con el pensamiento de Dios vuelan con una rapidez maravillosa de lo creado a lo increado si la percepción de lo creado ha sido verdaderamente profunda, si ha ido hasta las bases más profundas del ser. Semejan al buzo que toca el fondo del mar, y, con un impulso del pie, rebota hacia la superficie y surge a la luz.

Algunas verdades particulares, rebotan hacia la noción general de verdad, y de ahí hacia la Verdad que es Dios.

Otras comprenden de este modo el bien; otras, la belleza.

Otras van hacia Nuestro Señor por la percepción de un sufrimiento personal, puro, agudo, o por compasión.

Otras, como san Francisco de Asís, van a Dios por el conocimiento y el goce del desprendimiento total, por el que se sienten pertenecer más íntimamente a Cristo, y poseerlo todo en Él, etc.

Todos tenemos nuestro límite. Pero en general no estamos limitados por una línea curva. Somos más bien figuras poligonales: ¡Cuidado con el vecino! ¡Y que él se guarde!

29 de mayo. Ascensión. Primera Comunión de René, rodeado de su padre, de Jacques, de Vera y de mí. Apenas he tenido fuerzas para llegar a la iglesia a la hora de la comunión en la misa mayor.

2 de junio. Cuando escriba el artículo sobre arte prometido a «Lettres»: no olvidar que nada está por encima de la contemplación porque nada está por encima del amor de Dios.

7 de junio. La madre de Jacques ha pasado algunos días con nosotros y nos ha hablado de una de sus amigas a la que el espiritismo ha conducido a Dios. En el curso de una conversación con mamá en la que sentía mi corazón enternecido —por fin, ¡después de tantos años!— he tenido ocasión de hablarle un poco de mí. Y, puesto que de cosas extraordinarias estábamos tratando, le dije que hace algo más de trece años, incluso antes de creer firmemente en la existencia de Dios, oí en sueños una voz tan fuerte en el oído izquierdo que me despertó; aquella voz me decía con impaciencia:

«Siempre preguntas lo que debes hacer; no hay más que amar a Dios y servirlo con todo el corazón».

Mamá me dijo muy emocionada: «¡Dichosos aquellos a quienes Dios mismo conduce por el verdadero camino!»

Luego, añadió esto que conmovió mi corazón:

«¿Por qué no hablarme de todas estas cosas, *puesto que creo en Dios?*»

Entonces, mamá se puso a llorar con lágrimas muy dulces; yo pensaba que aquellas lágrimas eran dulces y, en aquel mismo momento, ella me lo dijo.

«Hay lágrimas que hacen sufrir —me dijo—, pero éstas, me hacen un gran bien, son buenas». Y nos separamos muy dichosas...

1.º de julio. Omnis homo mendax. Todo hombre es mentiroso, o porque no cumple las promesas que nos ha hecho, o bien porque cumple menos de lo que ha parecido prometer.

A nuestro entender, nuestros amigos fallan y estamos persuadidos de fallar nosotros también puesto que somos hombres como ellos.

Uno nos abandona por una involuntaria pusilanimidad; otro, por alguna razón de prudencia; un tercero, por simple indife-

rencia; otro, no ha comprendido... y aquel está preocupado... sin embargo, todos nos aman e intentan agradar a Dios.

¿Qué decir entonces de los enemigos y los envidiosos?

Sólo Dios es fiel.

Profecías. Raramente comportan datos precisos. Porque el tiempo, que es casi todo para el hombre, no es casi nada para Dios, el cual encierra el pasado, el presente y el futuro en su eternidad. Revistámonos de sentimientos divinos. En las profecías verdaderas, no tengamos en cuenta para nada la fecha de su realización. Cuando anuncian un hecho bueno, deseémoslo con ardor. Recordemos que durante siglos los Patriarcas y los Profetas han suspirado por la venida del Mesías. Y después de la muerte del Señor los Apóstoles comenzaron a esperar y confiar en su retorno glorioso.

San Vicente Ferrer, el bienaventurado Grignion de Monfort, apelaron con todas sus súplicas a los apóstoles de los últimos tiempos, que la Virgen nombró en la Salette. Por lo mismo que se nos pide rezar con fervor para un advenimiento semejante, muy lejano todavía pero no menos deseado por Dios, nos es preciso también desear y esperar sin desfallecimiento.

Pasamos todo el verano en Vernie, antes del retorno a Versalles.

3. TERCER CARNET: 1919-1923

1919
(continuación)

Viernes, *11 de junio.* Hoy, más que nunca, parece que sólo puede hacerse un bien real a un pequeño número de almas. Porque el mundo es arrastrado por fuerzas monstruosas a las que no puede ya resistir. Los hombres han perdido las riendas de unas fuerzas que no pueden ya dominar.

Hoy más que nunca es preciso amar la verdad y la justicia. Rezar, amar a Dios más que nunca, esperar milagros.

El positivismo político de un Maurras parece ahora bien insuficiente.

¡Mi Único Jesús, en medio de ese nuevo diluvio que no hace perecer a los impíos, sino que acrecienta su número, mantened el Arca única de la Iglesia! Mi Único Bienamado, cobijad al abrigo de vuestro amor a los corazones cuya dulce carga es conoceros y amaros. Aumentad el valor de los que quieren serviros.

Suscitad grandes Pastores que sepan dar su vida por sus ovejas.

Dulce Señor, ¡todo es posible para Vos! ¡Salvad este mundo que perece!

La civilización *mercantil* que es la nuestra a partir del siglo XV, es una pseudocivilización, desprovista de la preocupación del verdadero bien de la *ciudad* humana y divina.

Después del advenimiento del cristianismo no hay otra civilización verdadera que aquella que, por la ciudad terrestre, apunta a la ciudad celeste.

Apuntar al bien humano y divino por la virtud, el trabajo, la política, las ciencias, las artes, la santidad.

Espíritu Santo, Espíritu de Amor, vos sois el huésped del alma, no solamente porque ella os recibe sino porque vos mismo recibís en ella al Padre y al Hijo. Vos sois el vínculo, el nudo de amor, sin el que el alma no podría unirse a Jesús. Vos sois quien atrae al Salvador por vuestros gemidos inenarrables, y quien, por la fuerza infinita de un amor que es Dios mismo, obráis la alianza y la unión de la criatura y el Creador.

Pureza de corazón: es preciso que, en lo que respecta a Jacques, me libere de todo sentimiento de amor propio, de la facilidad, el éxito e incluso el valor intrínseco de su trabajo, a fin de que *en él* y en mí no me importe sino el amor de Dios, «considerándolo *todo* como miseria a fin de ganar a Jesucristo y encontrarme en Él», con Jacques.

Sólo una fuerza puede oponerse todavía a la locura general: la inteligencia iluminada por la fe, para salvar lo que todavía puede ser salvado.

15 de julio. La búsqueda desinteresada de la verdad y la contemplación y el amor por la belleza de la que derivan las artes, *no son de este mundo*, porque están en el camino que conduce a Dios a las almas de buena voluntad, y sirven para manifestar la presencia de Dios, del mismo modo que las cosas visibles que Él ha hecho lo manifiestan a las almas rectas.

16 de julio. Hay, en general, en los estudiantes, más curiosidad que amor a la verdad. Saber lo que sea, saber el mayor número posible de cosas.

Quien *ama* la verdad, intenta conocer las causas primeras, con un último saber infranqueable.

¿Qué es un hombre que no ama la verdad?

Siempre he creído apasionadamente en el conocimiento posible de *lo que es*, he aspirado siempre a la posesión de la verdad absoluta.

En la Sorbona, las ciencias me decepcionaron por su parcialidad.

Forzada por el determinismo; desolada por el relativismo;

liberada por la crítica que Bergson hizo de todas esas teorías, fui reconfortada por la afirmación de un conocimiento posible del absoluto.

En ese momento fui apresada por la Verdad divina.

El realismo y la facultad de contemplación desinteresada propia de las mujeres, hacen de ellas amantes de la metafísica cuando estudian filosofía.

Por no saber fundar mi vida en incertidumbres ni querer apoyarla en sentimientos no controlados por la razón, he tenido siempre el más vivo deseo de conocer las verdades últimas.

Es Dios quien dirige los argumentos *ad hominem*. Dispone de una apologética especial para cada alma que busca. El hombre debe ir a su encuentro buscando la verdad. «Somos incapaces de no desear la verdad y la dicha» (Pascal).

«La verdad está tan oscurecida en estos tiempos, y la mentira tan establecida, que, a menos de amar la verdad, no se podría conocerla» (Pascal).

Ávida del verdadero saber, no sabía donde encontrarlo. A los doce años, lo creía en la medicina; a los dieciocho, en las ciencias; a los veinte, en la metafísica; a los veintidós, en la teología. Ahora sé que está ahí, en efecto, y que cuando se le une la santidad ésta la acrecienta infinitamente, y que la sabiduría que le es propia puede prescindir de todo.

Conoced vuestra religión, oh católicos, conoced vuestra grandeza.

Ninguna ciencia, ninguna experiencia puede confundir sus planes, tiene las palabras de la vida eterna, y también las de la vida temporal. «Todo lo que es cierto pertenece al Espíritu Santo» (san Justino). Todo lo que es verdadero, bueno, bello, es nuestro, y sólo nosotros poseemos el secreto de la dicha, por la ciencia oscura y unitiva del amor.

Cuando era atea, prefería la metafísica porque es la ciencia suprema, el coronamiento último de la razón.

Ahora, católica, amo la metafísica porque permite, además, acceder a la teología, realizar la unión armoniosa y fecunda de la razón y la fe.

No me bastaba con vivir, quería una razón para ello y unos principios morales que se apoyasen en un conocimiento absolutamente cierto; Dios da esta inquietud a aquellos que lo ignoran a fin de que lo busquen. Entonces no quería conceder valor alguno a esas *razones del corazón* que bastan para mostrar el bien y el mal. Consideraba nulos estos instintos en tanto que la inteligencia no los hubiera justificado.

La metafísica es, entre todas las ciencias, la que me parece convenir mejor a una cabeza femenina dotada para la abstracción. No digo que las mujeres estén dotadas para el papel de grandes filósofos, sino solamente, para comprender y asimilar la filosofía de los grandes filósofos.

«Las mujeres que buscan ante todo complacer... que reflexionan poco, que se desalientan rápidamente...» no hacen filosofía, y hacen bien.[1]

Pero, las que buscan complacer a Dios, si sienten inclinación hacia las verdades abstractas, deben cultivar su inteligencia, con humildad y sin temor, porque la caridad no hará sino aumentar con su ciencia.

Una joven que estudia filosofía, cuando está dotada para ello, se expone mucho menos a «perder su simplicidad, su lozanía espiritual, su buen sentido, su fe» que una joven que frecuenta «el mundo». Por el contrario, encuentra en ella nuevos motivos de sencillez, y fortifica su buen sentido y su fe, sus *dotes naturales* permanecen intactas.

Pero los jóvenes deben entrar en la escuela de la filosofía *verdadera.*

Las mujeres poseen una aguda visión intelectual: son excelentes alumnas; pero carecen de la fuerza activa del espíritu: no crean nada ni en las artes ni en las ciencias.

1. Entre las páginas de este carnet encuentro una página impresa, *Questionnaire*, enviada por el padre Peillaube para la *Revue de Philosophie:* «Encuesta científica sobre la conveniencia de los estudios filosóficos para las jóvenes.» Las jóvenes eran, en esta época las mejores alumnas de filosofía en el Instituto Católico de París. El padre Peillaube había pedido a Raïssa responder a su cuestionario. Son los pensamientos surgidos en esta ocasión los que ella anotó en su carnet. No creo recordar que redactara una respuesta. (J.)

Carecen de sangre fría, de paciencia, de prudencia (en el orden especulativo, donde se confunden fuerza y sabiduría) para ordenar, coordenar, extraer todas las consecuencias.

Pero asimilan bien las grandes verdades abstractas.

«La metafísica es la más abstracta de las disciplinas», es cierto, por ello tan pocos hombres son capaces de abordarla y, con mayor razón, pocas mujeres.

Ahora bien, como ella domina a la teodicea y la moral, una mujer que además filosofe, se dedicará a ella con preferencia a fin de examinar bajo esta luz suprema lo que debe ser su vida entera. Ordenará toda su conducta de acuerdo con estas altas verdades, incluso cuando no goce del bien supremo de la fe sobrenatural.

El realismo de la mujer se alegra con el conocimiento de las verdades últimas.

Su espíritu de orden —«ella ordenaría al mismo Dios», dice Péguy— se satisface al poder ordenar todo su ser a la luz de la inteligencia. Sus facultades de contemplación le hacen amar más vivamente la verdad que conoce y, en ciertos casos, acrecentar sus conocimientos por el mismo amor que ella siente por la Verdad. Su gran capacidad de amor la vincula más fuertemente a la Verdad, y la lleva a desvivirse por ella.

Se ha atacado la fe en nombre de la Inteligencia. Hoy es preciso defenderla precisamente en nombre de la Inteligencia.

Una de las razones de preferir la metafísica es que dispone admirablemente el espíritu, por el conocimiento indudable que proporciona de sus límites, a esa obediencia razonable que recibe la fe (sobrenatural). *Rationabile est obsequium nostrum.*

«Sumisión y uso de la razón, en esto consiste el verdadero cristianismo» (Pascal).

La verdad es la regla de la inteligencia y la voluntad; tiene un poder absoluto y legítimo sobre todo el hombre. No seguir la verdad que nos muestra la inteligencia, es desobedecer a Dios; porque la inteligencia es en nosotros algo semejante a la luz increada.

«La filosofía es algo austero y frío, prefiere la verdad a todo lo demás...»

La filosofía es fría... esto es un prejuicio. La filosofía en su más elevada abstracción es cálida, ¡ardiente!

¿Cómo puede considerarse fría la ciencia cuyas salidas conducen todas a Dios?

Yo doy gracias a Dios que puso en mi corazón un deseo tan ardiente de la verdad, cuando, ignorante de la Verdad divina, vivía entre escépticos y ateos. Ese deseo, que las verdades de las ciencias físicas no podían satisfacer por su parcialidad y que las filosofías modernas frustraban enteramente por su relativismo, fue colmado por la revelación de la doctrina católica, y de la filosofía tomista.

Contra ellas, ninguna ciencia posee argumentos; ninguna filosofía ventajas.

13-19 de agosto. Visita del padre Garrigou-Lagrange. Días benditos. Jacques Froissart, muy probado por la enfermedad de su madre, llega también. Jacques lee al padre Garrigou-Lagrange su Introducción a la filosofía, su artículo sobre el arte.

Caridad, humildad del padre Garrigou-Lagrange. Él no desprecia al gran número de pequeñas congregaciones religiosas que han surgido en estos últimos años, porque ha conocido en ellas a personas muy privilegiadas de Dios.

Admiración por las Carmelitas de Aviñón (acaba de predicarles un retiro). Heroísmo de su penitencia; grandes favores místicos de que algunas son objeto (la madre Marie-Thérèse, sobre todo).

22 de agosto. ¡Enfermedad, enfermedad! Se puede decir que no abandono la cama. Imposible hacerme cuidar aquí, el médico me ha hecho daño.

Anonadamiento del cuerpo y del alma.

8 de septiembre. Acostada, sufriendo mucho, he sido víctí-

ma de un examen de conciencia pasivo excesivamente doloroso. Anonadaba mi alma lentamente y mostraba hasta qué punto carecía de méritos, de fuerza. No encontraba ya refugio alguno dentro de mí, y estaba acosada hasta los confines de la desesperación. Jacques, junto a mí, viendo mi dolor que no podía ocultar, pero del que tampoco hablaba —por lo menos al principio— intentaba vanamente consolarme.

Si la impresión experimentada entonces persistiera en toda su fuerza, creo que no podría ceder jamás a una tentación de orgullo.

Hasta el 24 de septiembre, fecha en la que volvemos a Versalles, me siento cada vez peor. Crisis terribles de ciática, etc. La mañana del día fijado para la partida, no sé si podré levantarme. Por fin, Dios permite que partamos.

En Versalles, me siento mucho mejor al cabo de dos días, y luego cada vez mejor hasta recuperar en poco tiempo mi mediocre pero suficiente salud de antes del otoño de 1918.

Tengo la sensación de haber pasado un año en el purgatorio. Mi pobre alma está destrozada, como si no tuviera vida, gusto, emoción. Me parece extraño que alguien pueda conmoverse por lo que fuera en el orden de la piedad. Me pregunto cómo pude jamás conmoverme por las exhortaciones, los oficios, las lecturas, etc.

Este estado dura algún tiempo, y luego salgo lentamente de de ese sopor desolado.

Versalles, *8 de noviembre*. Verdaderamente, ¿volverá el recogimiento? Pero en un corazón tan humillado...

Oh Jesús, vos no os parecéis a ciertos ricos que sólo dan a quienes saben hacer fructificar el dinero. No ayudan ni a los enfermos, ni a los viejos, ni a los incapacitados.

Vos, Señor Jesús, dais a todos y sólo quitáis a quien carece de confianza en vuestra bondad sin límites, y os dice: «Señor, sé que sois un hombre duro».

El orgulloso envidia la superioridad que lo rebasa.

Por el contrario, el humilde ama el bien dondequiera que éste se encuentre y, en cierto modo, se apropia de él a través de este amor.

22 de noviembre. A Catherine van Rees.

«Mi muy querida Catherine, su carta me ha conmovido. Admiro la gracia de Dios en sus almas.

Me dice: «No rezo bastante el Magnificat». ¡Pobre víctima de Dios! Por poco que lo haga, el cielo se conmueve, créame.

Recuerde que el mismo Jesús gemía en la cruz: «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?» Ahora, los une a Él estrechamente en la obra misma de la Redención.

Si espera de mí palabras consoladoras, alma bienamada, sólo puedo decirle esto:

Ustedes comen ahora con Nuestro Salvador esta Pascua de la que Él dijo: «He deseado ardientemente comer esta Pascua con vosotros.» Ustedes comen ahora con Nuestro Señor la Pascua de la Pasión y de la Crucifixión, por la cual la salvación viene a los hombres. Ustedes, por su dolor y su paciencia, son co-redentores con Cristo.

Es verdad sublime y no obstante común del cristianismo que el sufrimiento, unido al amor, opera la salvación.

Crean que cuando su pequeña Haditia nacía a la vida de la gloria, se extendía aquí abajo el reino de la gracia. Crean que mientras el dolor los inmoviliza, los tortura, atraen a Dios corazones que necesitan de su cruz para crecer en el conocimiento y en el amor de la verdad.

Dios los ha sumido súbitamente en el corazón mismo de esta última realidad: el dolor redentor. Y cuando se sabe por la fe (es decir, con toda la certeza posible) las maravillas que obra con nuestro sufrimiento, con la sustancia de nuestros corazones destrozados, ¿acaso se le puede negar fríamente algo?

Queridos amigos, pienso que ustedes, que a nada se niegan, que tan humildemente soportan un dolor tan grande, tienen ahora de todas las cosas que les digo un conocimiento y una experiencia mayores que los míos, y les pido que rueguen a

Dios por nosotros porque, en penas mucho menores, nos ha faltado a menudo la paciencia.

Que ese Dios terrible y bendito sea el consolador de sus almas, Él, que se hizo semejante a nosotros, dice san Pablo, a fin de poder compartir todas nuestras miserias.

Querida Catherine, beso con infinito respeto su corazón donde veo a Jesús presente con su cruz y su paciencia. En su corazón y en el de su querido esposo a quien le ruego transmita nuestra compasión fraterna.

Suya, Raïssa.»

* * *

«Creéis porque queréis ser consolados.»

—Sí, nuestra fe consuela, igual que consuela la verdad, el amor, igual que consuela el Paráclito.

Y aquellos que no creen deber su fuerza más que a sí mismos, ¿qué saben de ello?

No porque no améis a Dios Él deja de amaros, no porque no lo llaméis en vuestro socorro Él os abandona a vosotros mismos.

Yo os digo: no creéis porque ello perjudicaría vuestro orgullo.

1920

Versalles, 16 de enero.

Padre celeste y bendito
Heme aquí ante Vos
Con el velo de la Verónica sobre el rostro
El velo que lleva la Santa Faz.

Ante la visión de los rasgos de Jesús

Que vuestra misericordia se desvele
Y que me libre del mal.

Tened piedad de mí, Vos que me habéis creado.

En la *Revue Universelle,* Jacques escribe sobre filosofía.

Es curioso que esta revista que tanto deseaba el padre Clérissac, de la que había hablado a Massis, a Jacques, a Ernest, de la que se había ocupado el padre Janvier y cuyo proyecto había sido completamente abandonado, llegue a fundarse, precisamente con Massis y Jacques. Es la primera vez que la filosofía tomista obtiene una penetración tan amplia en el mundo de la cultura.

24-27 de enero. En Holanda, Jacques ve nuevamente al padre abad de Puniet, los Van der Meer, los Van Rees.

El padre Cornuau está muy mal.

2 de febrero. Recibimos de Roma, a través del padre Pègues, la autorización para que se celebre la misa en casa mientras yo me encuentre enferma.

4 de febrero. Una carta de Eugénie Marescot nos anuncia la muerte del querido padre Cornuau. Mañana tendrán lugar los funerales. Jacques sale para Montargis.

19 de marzo. Misa en nuestra casa, intención compartida con mi amiga Marie-Anne François: la conversión de los judíos.

Domingo, *21 de marzo.* Vitia Rosenblum nos trae al padre Malvy, S. I., quien, como mi amiga, es un ardiente filosemita. Le hablo de nuestros proyectos, de los que él quiere encargarse.

En París ve a madame François y a sus dos convertidas. Decidimos encargar una misa por Israel el 21 de abril (patronazgo de san José).

21 de abril. Bautismo de Odon-Jerôme-Jacques Lemaître, del que Jacques y yo somos padrinos.

La misa por la conversión de los judíos no ha podido celebrarse ya que tanto madame François como yo hemos estado enfermas.

23 de mayo, Pentecostés. El padre Malvy vendrá a decir la misa. Hemos decidido reunirnos en seguida con nuestros amigos convertidos y el padre Malvy es quien se encarga de las instrucciones. ¿Es éste el camino que Dios destina a madame François?

El padre Malvy es un espíritu más científico que teológico. Conoce muchas lenguas. Su ingenuidad conmueve nuestro corazón.

Lamento haber interrumpido este diario en lo que respecta a la oración. Sin duda es casi siempre la misma, salvo que la duración de la sequedad es mayor (más frecuente también). Pero por desnuda que sea la oración, el tiempo que le dedico no es menor; por desnuda que sea no puedo sin embargo reemplazarla ni por la lectura ni por la meditación que me violentarían, que me fatigan demasiado; mientras que la oración desnuda me sostiene, me calma y por nada quisiera renunciar a ella.

Me reprocho haber intentado leer para incitarme a la devoción, ello sólo consiguió fatigarme.

31 de mayo. Carta de C. H. hablándonos de Eve Lavallière.

25 de julio. Bautismo de nuestro ahijado Jean-Louis Barthe.

8 de septiembre. Jacques Froissart entra en el noviciado de los carmelitas en Avon.[2]

5 de diciembre, 2.º domingo de Adviento. Muerte de Pau-

2. En religión había de tomar el nombre de Bruno de Jesús-María. (J.)

line Philipon, después de once días de enfermedad. Muerte muy santa.

1921

Versalles, *17 de febrero.* A Émile Baumann:

«Querido Señor, deseo aportarle mi testimonio respecto a las palabras de Léon Bloy en las que usted se interesa; fueron exactamente éstas: «La bajeza de mi naturaleza es expiada por...» (Yo no entendí muy bien las palabras que siguieron, pero comprendí: por estos sufrimientos.) No puedo tener la menor duda a ese respecto. Las últimas palabras que mi padrino tuvo la caridad de decirme porque me veía perdida de compasión junto a él, están para siempre en mi memoria; aunque no por ello dejé de tomar nota de ellas en el mismo momento.

Creo, querido señor, que el plural «las bajezas» que parece más conforme a «la humildad personal» no habría podido añadir nada a la suya, profunda y simple como todos los sentimientos que expresó en los últimos días de su dolorosa vida. Si «las bajezas» había sido la expresión apropiada respecto a lo que él sentía, él la habría empleado, ya que usted sabe que nunca adornaba nada. Y, por otra parte, conservó toda su lucidez en medio de sus crueles sufrimientos, como pude juzgar cuando su esposa acercándose a él dijo en un susurro: *Ave, o crux spes unica,* y él corrigió claramente: *o crux ave...*»

12 de marzo. La abnegación total es mi camino (tan mal seguido por mí).

Toda la mortificación posible, *interior.* En verdad, sólo a mí incumbe lograr el «desierto».

Jacques está en Bélgica desde anteayer, domingo.

El *lunes 14 de marzo,* conferencia en Lovaina sobre Ernest Psichari.

Sin fecha. A Jeanne Termier-Boussac.

«Querida Jeanne, está en lo cierto al pensar que si no le he agradecido todavía el regalo de sus poemas,[3] no es porque haya tardado en leerlos. Los he leído cinco o seis veces ya, y los leeré a menudo nuevamente, con la misma inexpresable emoción.

¡Oh seres vivientes que buscáis, en los libros, a las almas!

¿Somos nosotros seres vivientes? Dios lo sabe. Pero usted Jeanne, usted entrega el secreto de un alma grande y radiante, llena de poesía y de dolor, de valor y de fe.

¿Qué quiere usted que sienta sino, ante todo, un infinito respeto? No es nuevo este sentimiento mío con respecto a usted. Es lo que me ha impedido siempre, en esos años de duelo, mostrarle mi compasión; perdóneme si le he parecido indiferente. Yo veía su alma como una obra preciosa en manos de Dios; abrumada por el dolor más amargo, más vivo y penetrante, pero también «firme al pie de la cruz». Y sentía demasiado claramente la pobreza de todo lo que hubiera podido decirle. Y en cuanto a las «palabras de la vida eterna», yo sabía que el mismo Espíritu Santo no podía dejar de insinuarlas en el fondo de su alma en el momento oportuno, después del transcurso de las noches que Dios respeta.

Donde no se posee en la noche del silencio
Más que un vasto grito, el grito sin edad de Raquel...

Hoy, querida Jeanne, me permito decirle todo esto porque usted misma me ha hablado de ello. Y sus palabras, oh poeta, tienen la gracia insigne de ser bellas y fieles como su corazón.»

Sin fecha (probablemente marzo de 1921). Nuestra vida se complica, se acude a Jacques cada vez más, visitas frecuentes, y correspondencia muy pesada.

¿Cómo conservar por la mañana mi tiempo de oración, tan dificultado ya por la enfermedad y la consecuente fatiga, e

3. Estos poemas, por los que Léon Bloy expresó su admiración, habían aparecido bajo el título *Derniers Refuges*. (J.)

impedido por la tarde a causa del trabajo necesario, las visitas, las cartas?

¿Cuál es la voluntad de Dios?

Si yo pudiera vivir como una reclusa entre los mios.

¿Pero no es mi deber estar junto a Jacques?

Abril-junio 1921. Enfermedad. Numerosos exámenes médicos. Se llega a la conclusión de una operación que sin embargo no apremia.

Se emplean grandes medios para obtener mi curación sin operación. Me mandan a Suiza.

Conocemos al santo cura de Courneuve, el padre Lamy, es el doctor quien nos lo trae el jueves de Pascua de 1921.

Ese día dijo al doctor Vaton, y repitió después varias veces a Jacques y Vera, que tenía la franca impresión de que yo me curaría y él ruega por ello.[4]

Salida para Blonay el 21 de junio.

28 de junio. El Amigo y el Amado (de Raimundo Lulio) p. 360 «¿Dónde muere el Amor?

El Amigo responde que es en las delicias de este mundo.

¿Dónde vive y se nutre el Amor?

—En las meditaciones del otro siglo.»

Una vez más, pues: necesidad de la mortificación y la oración.

¡Los santos han dicho esto en todos los tonos!

Mi único y adorable Jesús, porque sois la Verdad yo dejo

4. Transcribo aquí una nota del Dr. Varon que he conservado entre mis papeles. «*30 de marzo de 1921.* —A la vuelta, en el coche, solamente dos frases fueron intercambiadas, el señor párroco rezaba su rosario como a la ida.

Pregunta: «¿No es cierto que la señora Maritain tiene algo de la raza de la Santísima Virgen?»

Respuesta: «¡Oh, sí, esto me ha *impresionado*!»

Algunos instantes después, y de una manera espontánea, el Párrococo ha añadido: «Tengo la esperanza de que se recuperará pronto.» Estas palabras fueron pronunciadas muy lentamente y en un tono muy afirmativo.»

Debo añadir que el padre Lamy me dijo también (lo que en aquel momento parecía totalmente inverosímil) que ella «haría grandes viajes». (J.)

por Vos todo lo que os es contrario; no porque recompenséis la pena que se sufre por Vos.

Si yo atendiera a la recompensa quizá no sabría preferir aquella, tan alejada, del placer que está próximo. Para separarme de la Verdad, para que yo consintiera en ello, sería preciso que vuestro abandono de mí fuera total.

Separarme de esta Verdad que sois Vos mismo, el Ser mismo, y toda la Perfección, sería elegir la nada y arrancarme el corazón y el alma.

13 de julio. Deficultad de la perfección en el mundo donde se está incesantemente obligado a disponer de uno mismo y de las cosas, donde todas las cosas conducen a actuar imperfectamente. La vida religiosa es una ayuda considerable para el desprendimiento.

¿Qué puede reemplazar en el mundo, en medio de las ocupaciones, las distracciones, las tentaciones múltiples, los beneficios de la vida religiosa? Esta mañana hablaba de ello con Jacques.

Conociendo los múltiples obstáculos, una mayor humildad, y una confianza más abandonada en la misericordia de Dios, es lo que dará cuenta de la buena voluntad.

Sí, a pesar de todas las deficiencias, y todas las imperfecciones y todas las faltas, mantengámonos por la confianza, y por el reconocimiento humilde y constante de nuestra mediocridad espiritual.

Aceptemos con confianza el estado de vida en que la Providencia nos ha situado. ¡Porque Dios puede santificarnos en cualquier lugar! Y podemos también permanecer mediocres en la vida religiosa.

Amar. Abandonarse. La santificación no requiere otra cosa. No, ni siquiera la oración si ésta se hace imposible por obstáculos reales interiores o exteriores.

El alma puede santificarse sin apercibirse de ello, por así decir, y encontrarse por fin unida a Dios sin haber tenido tiempo de practicar lo que ella creía mejor para conseguirlo.

Evitar el pecado, humillarse por él, no desalentarse jamás. Amar a Dios, amar, amar.

He ahí lo único necesario. Todo lo demás puede variar hasta el infinito.

Miércoles 10 de agosto. Durante la oración me siento interiormente solicitada a abandonarme a Dios, y no solamente solicitada sino eficazmente inclinada a hacerlo y lo hago sintiendo que de este modo se me pide mi *consentimiento* para una prueba, para un sufrimiento. Hago este acto de abandono a pesar de mi cobardía natural... Y menos de media hora después la sangre reaparece; no es, pues, todavía, la curación, a pesar del aire, a pesar del reposo. ¿Es una crisis grave lo que se prepara?

Un mes de enfermedad. Un mes de convalecencia. Jacques paseándome en un sillón de ruedas, es mi salvación.[5]

Conocemos a Ramuz.

19 de octubre. Versalles. Jacques piensa agrupar a aquellos que todos los meses se reúnen en nuestra casa para estudiar con él algún punto de la doctrina tomista.

Yo propongo que todos los agrupados hagan voto de oración, a fin de señalar la necesidad de la vida espiritual en aquellos que desean servir a Dios por el trabajo intelectual.

Le pedimos al padre Garrigou-Lagrange que sea el director general de los Círculos tomistas, y que estos círculos no estén bajo la dirección de las Providencias dominicas.

Aprobación del padre Garrigou (carta del 2 de febrero de 1922).

Propongo que se acepte por divisa: *O Sapientia.*

5. El querido padre Garrigou-Lagrange, que nos visitó varias veces (pasaba sus vacaciones en Suiza), tomaba a veces mi lugar para empujar por los caminos el sillón de la enferma. Fue durante uno de estos paseos cuando Raïssa tuvo la idea de pedirle si consentiría en venir cada año a predicar una especie de retiro a los amigos que nosotros reuniríamos para escucharle. El aceptó inmediatamente. Este fue el origen de los retiros anuales de los «Círculos tomistas». (J.)

1922

Versalles, *15 de mayo.* Comprender esto: La obediencia es buena no por la bondad de aquel que ordena (siempre que no ordene cosas malas); sino por el olvido de sí que procura a quien obedece.

Al que no busca otra cosa que ocuparse de su perfección le es necesario obedecer, y poco importa a quién (por supuesto, se habrá buscado un director con la prudencia necesaria) con tal de que se obedezca, se olvide, y se dirija de este modo hacia Dios.

En estas condiciones, ¿verdaderamente está uno obligado a buscar un director entre mil, entre diez mil? Me parece más fácil y sencillo.

17 de mayo. Dios y las almas, no existe otro interés en la vida.

Dios en el alma, no existe otro socorro.

18 de mayo. Uniendo nuestra pequeña moneda al río de oro de la Pasión de Cristo, podemos reparar el mal hecho a la substancia Divina por el pecado. El pecado es el mal hecho a Dios, la ofensa a Dios: ¿de qué manera la Subsistencia Divina, impasible, intangible, es afectada por el pecado? Es un gran misterio. Pero esta ofensa no es una metáfora, puesto que el Verbo divino se encarnó ante todo para reparar la ofensa a Dios, el pecado, para glorificar al Padre; sólo, en segundo lugar, para salvarnos.

Reparadores por Cristo, con Cristo, aquellos que aman el Dolor.

23 de mayo. Releo el artículo del padre Osende (*Vie Spirituelle,* julio de 1921). Debemos contribuir activamente a nues-

tra santificación. La pasividad nos es dada por Dios. Por lo tanto debemos emplear todas nuestras facultades lo mejor posible, a no ser que Dios les dé reposo. Los quietistas se conceden el reposo ellos mismos.

Junio. Jacques y yo hemos redactado, a instancias del padre Garrigou-Lagrange, un pequeño directorio espiritual para los miembros de los Círculos tomistas.

Monseñor Mariétan quiere imprimirlo en su casa en Saint-Maurice, bajo el título: *De la vie d'oraison.* No será puesto a la venta.[6]

El manuscrito ha sido sometido al padre Garrigou, quien lo ha aprobado.

Miércoles, 28 de junio. Peregrinaje a la Courneuve con Jacques. Hablamos de C. H. con el párroco: «Esta alma está iluminada como en pleno día, y cuando hay luz se ve claro.» «Tiene energía, corazón, elocuencia, lo tiene todo.»

Salimos para Suiza el jueves por la mañana.

El viernes por la mañana llegamos a Val d'Illiez. Me meto en cama.

Martes, 4 de julio. Visita de Gheon y Altermann.

Jueves, 6 de julio. Oración. Fuego.

En Val d'Illiez conocemos a Charles Journet.

31 de agosto. Carta a C. H. sobre la oración.[7]

Grandes pruebas de salud para mamá y para mí. Abandonamos apresuradamente Val d'Illiez a comienzos de septiembre.

Peregrinaje a San Mauricio de Agaune.

Retorno a Versalles, mamá muy enferma del corazón. Preparación para nuestro primer retiro tomista.

6. Esta edición fue, en efecto, distribuida privadamente a nuestros amigos. Fue más tarde cuando decidimos publicar el opúsculo. (J.)

7. Esta carta es de una especial importancia. Se encuentra al fin del volumen, en los «Textos breves». (J.)

Versalles, *30 de septiembre - 4 de octubre. - O Sapientia!* Primer retiro de los Círculos tomistas.

29 de septiembre. El padre Garrigou-Lagrange dice la misa de San Miguel en nuestra capilla.

30 de septiembre, san Jerónimo. Comienzo del retiro. El padre Daniel Lallement celebra la misa en nuestra capilla.

Instrucción a las 10.

Durante la cena el padre Millot conmueve profundamente al padre Garrigou-Lagrange al hablar de la Virgen con una piedad y simplicidad admirables.

Domingo 1.º de octubre. El padre Charles Journet dice la misa en casa.

Instrucción a las 10.

A las dos, reunión de estudios con el padre Garrigou-Lagrange, que habla del deseo natural de ver a Dios.

Ghéon nos lee después su «Sainte Germaine Cousin».

Lunes, 2 de octubre. Dos misas en casa, la primera por el padre Lavaud, donde comulgamos Jacques, Vera, Ghéon y yo; la segunda por el padre Péponnet.

Después de haber comulgado, Jacques, Vera y yo hacemos el voto de oración por un año.

Instrucción a las 10 y a las 3. Yo no puedo asistir; Vera las escucha.

A las 4 el doctor Pichet nos trae al padre Lamy, párroco de la Courneuve, quien durante la tarde ve en nuestra casa al hermano Bruno, Altermann, Ghéon, el canónigo Rageth, y el padre Garrigou-Lagrange.

En la cena, el padre Garrigou, el padre Lamy, Ghéon, Altermann, el canónigo Rageth.

Mamá, que estaba enferma, se levanta para cenar con nosotros. Escucha con visible emoción todo lo que el venerable párroco de Courneuve nos dice de la santísima Virgen y de Nues-

tro Señor. Nunca lo habíamos visto tan expansivo, tan sencillo, tan humilde, tan digno y conmovedor. Al principio, el padre Garrigou se cierra, pero pronto la confianza lo gana visiblemente, y, luego, la emoción. En ciertos momentos sobre todo, cuando el padre Lamy habla del amor de Nuestro Señor por los sacerdotes, tenemos todos el corazón oprimido. Ghéon llora; mi corazón arde, es preciso contenerse y esto resulta doloroso; momentos de belleza única.

Sabiduría, prudencia, humildad de nuestro querido director el padre Garrigou-Lagrange, resplandeciente en su hábito blanco. Majestad, caridad del humilde párroco de la Courneuve. Gran misericordia de Dios por todos nosotros.

Martes, 3 de octubre. Misa en nuestra capilla por el padre Dondaine. Ghéon comulga con nosotros.

Instrucción a las 10 sobre la humildad.

Después de la instrucción voy a hablar con el padre Garrigou, tan bueno conmigo. Me encarga rezar durante todo este año por los Círculos tomistas, y pedir muy especialmente *la humildad* para todos nosotros; está contento del retiro; espera que la obra traiga frutos preciosos, a condición de que esté bien enraizada en la humildad.

En cuanto a la humildad, tengo la simplicidad de decirle al padre Garrigou-Lagrange que admito lo que él dice de los peligros del orgullo que acecha particularmente a los intelectuales, que lo admito con respecto a mí, por más que no sienta en mí misma movimientos de orgullo propiamente dichos, sino más bien de vanidad. Pero que no lo admito para Jacques, en quien no hay orgullo; soy sensible a los movimientos de orgullo, ¡en los demás! (quizá soy ciega para los míos). Pero estoy segura de que no hay orgullo en Jacques (a menos de que hablemos de un germen innato, común a todos, por desgracia!)

Al padre no le ha parecido mal mi salida. «Hace bien de decírmelo. Quizá Dios le ha inspirado decírmelo. Por otra parte, yo no me he referido a nadie en particular, no me he referido a Jacques; he pensado más bien en las jóvenes.»

Tomo, también, la defensa de las jóvenes. La vanidad amenaza a las mujeres más que el orgullo propiamente dicho. La vanidad es una debilidad, y como tal se encuentra a menudo en las mujeres. El orgullo es una fuerza; una fuerza maligna, pero una fuerza, y es más bien atributo de los hombres.

¡Esas pobres intelectuales! ¡Como se desconfía de ellas! Sin embargo, cuando unen la plegaria al estudio, ¿no puede esperarse acaso que, siendo la luz abundante por la razón bien ejercida y por la gracia que no falta a nadie, la luz las preserve del necio orgullo, donde las ignorantes, a decir verdad, caen por lo menos con tanta frecuencia como las intelectuales?

Si perdieran de vista la plegaria y su dignidad primera, por encima de toda ciencia humana, entonces, sí, el orgullo sería de temer especialmente para ellas.

A las 3, admirable sermón sobre la plegaria.

Miércoles, 4 de octubre, san Francisco de Asís. Misa en nuestra capilla por el canónigo Rageth, el hermano Bruno ayuda a la misa. Asistimos Vera y yo. Jacques está en la comunión general de los que han asistido al retiro.

A las 10, última instrucción sobre la oración.

Por la noche, Ghéon cena con nosotros. Luego nos lee el *Conte des trois jeunes filles à marier* (episodio de la vida de san Nicolás). Así termina nuestro retiro...

Jueves, 5 de octubre. El padre Dehau almuerza con nosotros. Ha sido grandemente probado. Nunca lo habíamos visto tan triste, tan agotado. Estas pruebas pueden llegar a grandes extremos en los contemplativos. Y él se encuentra indefenso hasta tal punto...

Lunes, 16. Padre Dehau.

En estos tiempos la oración es a menudo muy recogida y ardiente, siempre oscura y siempre sencilla también. Una vez me pareció estar al borde de un océano de amor en el que faltaba poco, muy poco para que yo fuera absorbida por él, pero ¡ah!

no lo fui. ¡Oh, mi único Jesús, qué delicioso y doloroso es a la vez este estado! ¡Cuándo seré bastante pura para que me unáis a Vos estrechamente y no permitáis que me aleje ya más! ¡Jesús, mi Dios, haced que sea toda vuestra! Oh mi único Bien-Amado, mi reposo y mi vida, mi Dios y mi todo, tened piedad de mí.

Cuando estáis ahí, acogiendo el alma, atrayendo y uniéndola a Vos, no hay espacio para la duda. Pero cuando se está nuevamente solo, al ver la pobreza tan grande del alma junto con el recuerdo de los propios pecados, se duda de las gracias recibidas a causa de su precio divino. Uno se pregunta cómo el Señor no se cansa de atraer cada día a Él un alma que no parece progresar en el bien. Y es Él, sin embargo, y sin Él seguramente yo no podría vivir. O viviría desesperada y no podría vivir así.

Señor, apresuraos a fortalecerme. Dadme un corazón nuevo, un corazón generoso, puro, olvidado de sí, latiendo únicamente por Vos, triunfante de sí mismo y del pecado de los demás por la abundancia de vuestro Amor, atrayéndolos a Vos con el abrazo de vuestro Amor más fuerte que la muerte. ¡Oh mi único Bien Amado, atraed a las almas!

¡Oh Jesús bendito, cómo tantos santos con el corazón colmado de caridad no han convertido al mundo! ¡Qué misterio! Por pequeño que sea el destello del amor que vos ponéis en el corazón del más pequeño de vuestros hijos, parece participar de vuestro Poder, cuando lo unís a Vos se cree capaz de destruir todas las herejías si su amor, si vuestro Amor pudiera aparecer a los ojos de todos. Pero ¡ay! este amor permanece escondido en un corazón miserable, Vos no permitís que se manifieste, ¿acaso sólo puede ser conocido por el mismo corazón en que Vos infundís ese amor? Ese amor tan poderoso y desarmado es delicioso y doloroso para el corazón, porque el alma, tanto más cuanto mayor es su amor, os desea conocido y amado por todos.

La existencia de todo ese mundo que os ignora: es un gran tormento, algo que no puede concebir aquel que os ama. ¡Ver-

dad tan clara! ¡Cómo es posible, Jesús! El alma no puede sostener a un tiempo el conocimiento profundo de vuestro Amor y el pensamiento de ese mundo que os ignora y parece vivir sin Vos. Oh Jesús, os sería fácil iluminarnos. Tened piedad de nosotros.

12 de noviembre. Salimos para Lovaina.

Pasamos el mes de noviembre en Lovaina donde Jacques da una conferencia sobre Lutero el día 16, y, luego, seis lecciones sobre Descartes a los estudiantes.

Diciembre. Jesús, mi Dios, sois mi único amor, verdaderamente, verdaderamente... El resto, es miseria.

Tened piedad de una gran miserable, de aquella que Vos veis, no de aquella que yo veo o de la que se ve en mí, sino de aquella que Vos veis.

No puedo ya nada conmigo misma; no veo de qué modo podría salir del caos de mis imperfecciones. ¿Por dónde empezar? ¿Qué debería hacer exactamente? No veo ya nada.

No puedo sino llorar.

Espero en Vos porque Vos lo queréis, e incluso me lo ordenáis. Pero haced algo pronto, Dios mío, apresuraos a socorrerme. Me postro a los pies de vuestra divina Madre, abrazo sus rodillas. ¡Oh Madre, haced algo pronto!, y de una manera tan eficaz que la luz y la fuerza me sean concedidas a la vez, a fin de cumplir la voluntad de Dios en mí. Porque no tengo ya fuerza ni luz; apenas un poco de luz para ver mi desnudez, apenas un poco de fuerza para gritar: ¡salvadme! ¡Ah, amar, amar a Dios! ¡Amarlo verdaderamente, no vivir sino para Él! Con un corazón recto, un alma pura, una voluntad generosa. Amar a Dios, amar a sus dolorosas criaturas, vivir y morir por Él. Tener siempre mi alma en la mano y a Dios en mi alma. O mejor aún, que Jesús me arrebate a mí misma un buen día y me lleve para siempre al seno de su Amor.

23 de diciembre. Jacques ve por primera vez a miss V. S.[8] Israelita convertida hace 15 años. Enferma desde entonces. El príncipe Ghika, el doctor Havet, de Lovaina, el canónigo Thiéry, todos nos habían hablado con admiración. Jacques tuvo la emoción de encontrarla alojada en el mismo apartamento que nuestros amigos Christine y Pierre van der Meer habían ocupado en el número 16 de la rue Boissonnade, donde murió el pequeño Jean.

1923

Versalles, *1.º de enero.* He ido con Jacques a casa de miss V. S. Es pacífica, sencilla; tan débil que apenas se oye su voz. He visto a dos japoneses en su casa, uno de los cuales es médico y estudia teología en el «Institut Catholique». Quiere ser sacerdote y misionero. Con miss V. vive también una inglesa que, vestida de franciscana, lleva una vida de ermitaña; y además otra inglesa que les sirve de doméstica, o mejor de conversa, porque es una persona de buena familia que ha ido allí por amor de Dios. Todas estas personas pertenecen a la Tercera Orden franciscana.

9 de enero. Jacques va a ver al párroco. Este le dice que le gustan los Círculos tomistas por su espíritu de libertad. Esto es lo que falta, dice, así es como deben agruparse las almas. Jacques le transmite unas palabras de miss V.

Domingo, 14 de enero. Miss V. asegura que ha recibido de Dios la gracia de reconocer los corazones sacerdotales,[9] y los que deben trabajar con ella.

8. Si recuerdo bien, fue Louis Massignon quien me condujo a ella; en todo caso, Massignon la conoció en esta época y le guardó siempre una veneración y un afecto profundos. (J.)

9. De hecho, son auténticas vocaciones las que ella discernió en todos los casos que conocimos.

Lunes, 15 de enero. El padre Lamy y yo vamos a casa de miss V. Yo llego la primera; estoy a solas con ella durante algunos momentos. Me dice que los Círculos tomistas son una obra muy importante y que es preciso trabajar para extenderla; que Jacques debería ocuparse de los japoneses y de otros estudiantes que se unirían a ellos en su obra (en lo que concierne a los estudios filosóficos); me dice también que debemos trabajar con ella, tener una casa nuestra, con algunas habitaciones disponibles...

Llega el párroco y luego Jacques. El párroco y miss V. hablan solos algunos instantes.

Está de acuerdo con miss V. sobre la obra que Nuestro Señor le ha encargado. No se trata de un instituto religioso sino de formar hogares de intensa vida cristiana, y, decía el santo párroco, «que tales hogares se multipliquen y acaben por colmar el mundo»; a fin de preparar apóstoles para los últimos tiempos.

Al hablar de los Círculos tomistas, dijo el párroco: «¡Ah, *santo Tomás es el apóstol de los tiempos modernos!*»

Miss V. tiene la autorización del Cardenal para su obra.

Sábado, 20 de enero. Jacques asiste a la misa en casa de miss V. Ella le dice de mí lo mismo que dijo respecto a uno de nuestros amigos.[10]

Lunes, 29 de enero. Jacques y yo vamos a ver a miss V. ella nos pide siempre que volvamos). Ha sufrido mucho durante los últimos tiempos. Se les ofrece una casa durante un año en la calle Boulard; podrían habitarla en el mes de marzo.

Nos dice de un modo conmovedor: «¿Entonces ustedes también creen que es Dios quien nos ha reunido?» Nos habla nuevamente sobre la necesidad de que tengamos una casa con el Santo Sacramento, especialmente para los extranjeros que estén de paso...

Al fin me pregunta: «¿Le ha contado su esposo lo que yo

10. Ella había dicho a este amigo que sentía en él la presencia de Nuestro Señor de una manera especial. (J.)

dije respecto a usted?» Sí. «No sé como explicarlo, hay en usted una presencia particular de nuestro Señor. No sé de qué manera. La primera vez que la vi, vacilé; la segunda vez, estaba segura. Es una unión íntima con el Verbo. Usted respira Dios. Tiene una misión interior muy importante. Estas almas tienen una misión interior muy importante. Hay algunas almas así. Se lo digo para consolarla. Esta gracia hace el alma *universal.*» Vuelve repetidamente a la universalidad que es el carácter con el que ve marcada su obra. Le dice a Jacques que él ha recibido una gracia particular de la que debe hacer partícipes a los demás.

Me mira con ojos tan bondadosos, de una luz tan cálida; nos pide que volvamos. Salimos. Jean Pierre Altermann ha de llegar dentro de algunos minutos.

Martes 30 de enero. Me dijo eso para consolarme. Sin embargo lo que siento no es un consuelo sensible. *Esto* me parece gratuito hasta tal punto que no puedo, por así decirlo, unirlo en mi pensamiento a la idea de mí y a la idea de tal gracia. Siento como una separación mayor de mí misma, como una pérdida de ese yo, como un aumento de ignorancia de ese yo misma. Y luego, como una atracción más viva y ardiente hacia Cristo. Como si ella me hubiera abierto los ojos sobre El que estaba allí y a quien yo no quería o no sabía, o no me atrevía a ver.

Pero también, qué obligación para mí estar atenta, recogida, y tratar dignamente a Aquel que, incluso fuera de toda gracia especial, es el huésped de nuestra alma en la gracia santificante. Respecto a la gracia especial de que me habló miss V., no me preocupo; el Señor me la hará sentir si es provechosa para mi alma. ¡No sabemos hasta qué punto Él está ahí!

Jean Pierre Altermann ha venido a contarnos su visita a miss V. Miss V. le ha dicho con seguridad que él estaba llamado al sacerdocio. «Usted será sacerdote, hará grandes cosas porque celebrará misa. Yo hubiera querido ser muchacho para poder

decir misa. Usted será sacerote porque Dios lo quiere. Puede continuar su suerte; ambas cosas juntas irán muy bien.»

Jean Pierre nos dice: «Es como una golondrina que ha hecho su nido en la corona de espinas».

Al salir de su casa ha ido a la Courneuve.

El párroco está absolutamente de acuerdo con miss V. Cuando Jean Pierre nos lo cuenta, Jacques le dice que cuando el fue a la Courneuve conversó con el párroco, que le habló de Jean Pierre y le dijo: «La Virgen me ha dicho: Hay dos caminos ante él igualmente buenos, ser sacerdote secular o religioso; en ambos casos le prometo mi apoyo».

Mañana miércoles Jean Pierre tiene que asistir a misa en casa de miss V. donde verá al padre franciscano que se ocupa de ella. El párroco le ha indicado no comprometerse todavía respecto a la obra.

Tenemos urgencia de ver al padre Dehau para hablarle de todo esto; ha estado ausente varias semanas, predicando en Holanda, y ahora no es fácil verlo con tiempo.

Dios bendito, yo quiero hacer vuestra voluntad, pero no permitáis que nos perdamos o nos internemos en un callejón sin salida. Permitid que caminemos siempre por la amplia avenida de vuestra voluntad y lleguemos por fin a la Fuente misma de vuestra misericordiosa voluntad, y no ante muros áridos y sin salida donde la mofa del diablo nos recibiría.

1.º de febrero. Jacques ha encontrado al padre Dehau, tenía prisa y estaba muy preocupado por su incógnito. Jacques está decepcionado y apenado. Mañana Vera y yo iremos a ver al padre, y le hablaremos de miss V.[11]

Viernes 2 de febrero. Naturalmente, me gusta agradar a los demás. Pero, con la ayuda de Dios, me gusta también desagra-

11. No hay ninguna nota sobre esta conversación en el carnet de Raïssa. Al no conocer la situación por sí mismo, el padre Dehau sólo pudo permanecer a la expectativa, aconsejándonos solamente mantenernos en la reserva y no comprometer de ningún modo nuestra libertad, lo cual era ya nuestra intención. (J.)

darlos. Cuando esto sucede, mi alma se siente desprendida y no necesita otra preparación para encontrar a Dios.

Temo la humillación, no la busco, pero cuando llega, Dios me concede, generalmente, la gracia de estrecharla amorosamente contra mi corazón, y siento entonces una viva alegría espiritual.

Miércoles 15 de febrero. Al comienzo de la tarde, cuando me pongo a escribir a la madre Marie-Thérèse, me siento requerida por el recogimiento, mi alma parece retirarse hacia el interior. Imposible imaginar, pensar, dedicarme a nada. Sólo el nombre de Jesús habita mi espíritu.

Dudo un poco en abandonarme a esa llamada hacia el interior, cedo al fin; mi corazón se inflama cada vez más, el recogimiento aumenta y me posee durante media hora, se relaja un poco y vuelve más tarde. En total ha durado alrededor de una hora y media. Después de esto me siento de repente libre y desprendida, y escribo durante largo rato con la mayor facilidad.

Vera ha conseguido encontrar una casa; nos vamos a vivir a Meudon; hemos recibido la autorización para mantener el Santo Sacramento en nuestro oratorio. Gracia extraordinaria que, después de Dios, debemos a monseñor Gibier que recomendó vehementemente nuestra petición a Roma.

Martes 5 de junio. Nos trasladamos a Meudon, 10 rue du Parc.

Meudon, *8 de junio,* festividad del Sagrado Corazón. Primera Misa en nuestra capilla e instalación del Santísimo Sacramento.[12]

¡Dios es demasiado bueno! Tengo un pequeño gabinete de trabajo que da sobre la capilla. Una casa en la que puedo vivir como ermitaña: ¡esto supera todos mis sueños! El padre Sa-

12. Pronto nuestra capilla debía ser clasificada como semi-pública, a causa de los «Círculos tomistas», y de todo el trabajo con el prójimo a que estaba destinada nuestra casa. (*J.*)

rraute, joven sacerdote, ha celebrado esta primera misa, que es su primera misa del Sagrado Corazón. Con nosotros se encuentran el príncipe Vladimir Ghika, Henri Ghéon, Jean Pierre Altermann, el doctor Louis Pichet y el doctor Amieux.

Después de la misa Jacques participa a nuestros amigos la generosidad de Pierre Villard con nosotros, a quien debemos esta casa y, por consiguiente, la posibilidad de tener el Santísimo Sacramento.

Mediados de junio (después de haber observado ciertas desilusiones muy dolorosas de las que nosotros fuimos los confidentes, Raïssa añade): No puedo juzgar a miss V. Pero todo a su alrededor es tan oscuro, tan contradictorio, tan mezquino, que a cada instante nos parece bordear la ilusión o la mentira... Miss V. parece extraviada en medio de un conflicto de amores propios. Fuimos a ella con todo nuestro corazón. Nos retiramos ahora, y, con nosotros, nuestros amigos.[13]

16 de julio. Última visita a miss V.

17 de julio. ¡Dulce Jesús, Jesús Amor, bienaventurada la santa oscuridad de la Fe! ¡Bienaventurada toda luz, natural y sobrenatural! ¡Bienaventurada la divina ciencia y la santa Sabiduría!

Después de lo que vi ayer en rue Boulard, comprendo claramente la vocación de Jacques: solo o con otros, que trabaje en la luz. Que ayude a promover el conocimiento de santo Tomás. Esto es hoy lo más necesario. ¿Acaso realizará miss V., con el

13. Una confusión irremediable provenía de la oposición de las concepciones presentes, que todas reclamaban del apoyo de miss V. Todo lo que la rodeaba era erróneo, ella estaba en lo justo pero desbordada, su debilidad física no le permitía afrontar la tempestad. Algún tiempo después, una vez ordenado sacerdote el doctor T., partió con sus amigos hacia el Japón, donde llevó una vida de pobreza, de dedicación y de constante abnegación, que abandonó, al final de sus fuerzas, para volver a Inglaterra, donde murió santamente el 20 de febrero de 1950. Nosotros le guardamos siempre un fiel y afectuoso recuerdo.

He encontrado una carta suya (19 de marzo de 1924, según el matasellos de correos), conservada por Raïssa, y, en el sobre de la cual ella había escrito: «esta carta es una reliquia». (J.)

doctor T. la obra de los médicos-sacerdotes? Que Dios los guarde.

¡Oh la buena, la santa razón natural! ¡No temer el empleo de las palabras justas! Decir: oración cuando es oración, y: plegaria cuando es plegaria. No temer *la apariencia de orgullo* sino solamente el orgullo.

Así será para mí: *diré claramente lo que piense claramente.* Luz y rectitud es lo que me parece deseable por encima de todo. Bueno para mí; y, a fin de cuentas, más caritativo para todos.

Agosto. De una carta a la madre Marie-Thérèse del Sagrado Corazón:

«Hemos tenido una dura experiencia, y ha sido dura especialmente para (uno de nuestros amigos). Porque todo lo que le había sido prometido, y le había atraído, fue inmediatamente puesto en discusión por miss V. y las personas que la rodean, el padre R. (franciscano) y el doctor japonés, hoy estudiante eclesiástico... (Finalmente) se le ha intimado a formar parte de una especie de Tercera Orden franciscana, consagrada a la formación de sacerdotes-médicos. Decepción, acrecentada además día a día por las múltiples contradicciones que ha sido preciso reconocer en miss V., diciendo a unos una cosa, otra a los demás, a cada uno según sus deseos, así nos lo ha parecido... Actualmente comprendemos que sin duda por falta de una dirección clara, hay en la pobre enferma una confusión inextricable... De ello resulta la turbación de la atmósfera que la rodea, donde todo se deforma, donde las más insignificantes palabras se prestan al equívoco y los espíritus llegan a exasperarse...

La experiencia por la que acabamos de pasar nos ha conducido a amar más que nunca la vida oscura de la Fe, la Esperanza y la Caridad; la sencilla rectitud, la recta razón, por la que no damos bastantes gracias a Dios, ya que a través de ella comienza a introducir en nosotros un poco de su luz, y la pone en la base de todo edificio espiritual. Mi querida Madre, ¡qué simple soy al llegar a semejantes descubrimientos! Conozco bien la

teoría de todo esto, pero la práctica renueva todas las cosas...»

Siento un amor místico por la razón natural.

26-30 de septiembre. Segundo retiro de los Círculos tomistas.

El padre Garrigou-Lagrange llegó el día 25.

26 de septiembre. Misa celebrada por el padre Garrigou-Lagrange en nuestra capilla.

A las diez y media, primer sermón, sobre el amor de Dios.

A las tres y media, sermón sobre el pecado.

27 de septiembre. El padre Journet dice la misa en nuestra capilla. Asiste Ghéon.

A las diez y media, tercer sermón: la caridad fraterna.

A las tres y media, cuarto sermón: la cruz.

Noële y Robert Boulet cenan con nosotros.

28 de septiembre. El padre Zundel celebra la misa en nuestra casa.

A las diez, quinto sermón: el Espíritu Santo.

A las tres y media, sermón sobre el celo.

El padre Journet, el padre Zundel, M. Gauley y el doctor Saudan cenan con nosotros.

29 de septiembre. El padre Lavaud dice la misa. Asisten Jean Pierre Altermann y Marthe Spitzer.

A las diez, sermón sobre la misa.

30 de septiembre. El padre Peponnet dice la misa. Misa de comunión general en la Presentación.

A las nueve y media, misa cantada en la que el príncipe Ghika hace de diácono.

Por la tarde, a las dos, en nuestra capilla, el padre Garrigou recibe en la Tercera Orden de Santo Domingo a René Kiéger, asistido por el padre Lallement, y al doctor Saudan asistido por

el padre Zundel, en presencia de la mayoría de los que han participado en el retiro. Canto del Te Deum. Recibimos luego la bendición papal con la indulgencia plenaria para los asistentes al retiro, y veneramos una reliquia de santo Tomás.

A las dos y media reunión de estudio: el padre Garrigou nos habla de los estados: estado de naturaleza, estado de integridad, estado de gracia, estado de naturaleza caída y estado de naturaleza reparada.

Luego, lectura de Ghéon.

Asisten a la cena: el padre Garrigou-Lagrange, el príncipe Ghika, Ghéon, Altermann, Marie-Anne (François), Marthe Spitzer, Marie-Louise (Guillot).

1.º de octubre. El padre Garrigou-Lagrange dice la misa en nuestra casa, a la que asiste el príncipe Ghika.

Antes de partir, el padre Garrigou-Lagrange nos habla de su alegría por haber venido, y la alegría mayor todavía de volver. Está muy contento del retiro.

Todos nos sentimos colmados.

La penitencia del príncipe Ghika consiste en que Jacques deberá decirle sus faltas.

Después de la partida del padre Garrigou, tiene lugar en la capilla esa curiosa penitencia entre dos.

Después vemos a ambos tranquilos y felices, unidos por la verdadera caridad fraterna.

Este retiro parece haber puesto fin a las largas pruebas que el príncipe Ghika tuvo que soportar este verano. Ha conseguido el rito latino. Debe ser ordenado el 7 de octubre.

2 de octubre. Ayer, después de la cena, me siento fuertemente llamada a rezar en la capilla. Recogimiento dulce y doloroso a un tiempo, experimentando a la vez la amargura de los afectos humanos y la sed del amor de Dios. ¡Dios mío, dadme vuestro corazón! ¡Dadme vuestro corazón! ¡Tomad el mío!

Se prolonga durante mucho tiempo, no quisiera dejar la capilla a pesar del sueño que me invade.

Esta mañana se repite el estado de ayer; sentimiento de que Dios me quiere para Sí de una manera más completa, incluyendo una gran reserva en la manifestación del afecto respecto a aquellos que amo. No derramar mi amor entre las criaturas, incluso si el afecto está en el orden de la caridad. Considerarme ante todo como parte de Dios. ¡Oh Dios mío, tomadme, tomadme, soy vuestra, soy enteramente vuestra! Me parece que Dios me rodea, me envuelve, me da una idea más alta de la dignidad del alma, idea que debe hacerla más reservada respecto al prójimo, incluso respecto al más justamente amado.

No dispersarse.

Dios de amor, conservadme esta luz. Conservadme esta reserva. Esta prudencia. Esta dignidad. Pero al mismo tiempo, hacedme sencilla y dulce. Que *vuestro amor* vaya de mi alma al prójimo.

Hoy, *2 de octubre.* Renovación del voto de oración.

Domingo, 7 de octubre, festividad del Rosario. Gran alegría. Ordenación del príncipe Vladimir Ghika en los lazaristas de París, ante las reliquias de san Vicente de Paul. Lo más hermoso de todo era el mismo príncipe Ghika, abandonado a Dios, extenuado, más víctima que sacrificador; así lo vimos después de la ordenación, en pie, revestido del alba, mientras daba sus manos a besar, en un gesto de Angélico, hasta tal punto expresaba la humildad y el abandono.

«Nuevamente, uno de vuestros golpes, Señor.»

El jueves *11 de octubre* el príncipe Ghika dice la misa en nuestra casa. Tiembla todavía bajo el peso de su nueva dignidad. Jacques le asiste de cerca para ayudar a su memoria que la emoción hace fallar. Llora mientras nos da la comunión a Jacques, Vera y a mí y también a Jean-Pierre Altermann.

20 de octubre. Jacques ha dado una conferencia en Aviñón sobre *Santo Tomás, apóstol de los tiempos modernos* (según la

expresión del padre Lamy). El padre Janvier, que asistió a ella, va pregonando por todas partes su admiración.

15 de noviembre, santa Gertrudis. El príncipe Ghika nos dice la misa a las 5 de la mañana. Jacques parte para Roma.

El 19, conferencia de Jacques en Roma (Semana tomista). Jacques es recibido por el Santo Padre en audiencia privada. Obtiene autorización oral para la capilla doméstica.

23 de noviembre. Allí donde santo Tomás, llegado a la última expresión de una verdad metafísica, pone un punto final y descansa, ciertos espíritus que parecían incapaces de certidumbre racional (el padre Malvy, por ejemplo) ponen un punto de interrogación, y permanecen en suspenso... No se trata de escepticismo. Se trata de impotencia intelectual que se encuentra, sin embargo, en hombres de mucho espíritu.

Para los discípulos de santo Tomás el peligro consiste en poner el punto final demasiado pronto.

(En el año 1923 Raïssa compuso una pequeña *Regla de vida* que copió a mano en tres ejemplares —uno para cada uno de nosotros— bajo forma de un cuadernito para poner en el misal o en el diurno. El mío lo tengo siempre en el Libro de Horas. Transcribo aquí esta *Regla de vida.*) (J.)

* * *

Ave María O Sapientia

Pax

Aceptarlo todo como proveniente de Dios.
Hacerlo todo por Dios.
Ofrecerlo todo a Dios.
Y buscar ardientemente
la perfección de la Caridad
y el amor de la Cruz.

I

«Vacate et videte quoniam ego sum Deus.»
Todos los días se dará a
la oración el tiempo convenido
con una humildad sincera,
en un abandono apacible
a la acción divina, totalmente
entregados por el amor al Amor.
Ya en el descanso,
ya en el trabajo, ya
en el silencio, ya en el
ruido, mantenerse junto
a Dios por la plegaria incesante
sin olvidar por ello el
deber presente. Porque, tal como
dice el padre de Caussade,
los deberes de cada instante
bajo su oscura apariencia
ocultan la verdad de la divina
Voluntad, son como los
sacramentos del momento presente.
El trabajo será frecuentemente
interrumpido por oraciones
jaculatorias. Se buscará
de buen grado el silencio y la
soledad.

II

«Amarás a tu prójimo
como a ti mismo.» *«Omnis homo mendax»*.
El prójimo nos ejercitará sobre todo

en la abnegación y la dulzura,
pero también en la sinceridad y la firmeza.
No se concederá absolutamente nada al
espíritu del mundo, ni por complacer,
ni por falsa humildad, conservando
el corazón sólo para Dios, en la
pureza y la paz.
Recordar el menor beneficio;
tener particular reconocimiento
por las personas que se ocupan
de los trabajos de la casa.
No quejarse jamás
de nada en la mesa. Estar
en la disposición interior
de acudir en ayuda del prójimo
según todas sus necesidades, sin
temor de la opinión
de los hombres. Pero se
excluirá todo lo que no está
conforme con el orden
de la caridad. Guardarse
de toda empresa exterior
que podría desviar de
la vida de oración y recogimiento.
Mezclarse lo menos posible
en los asuntos del prójimo, y
examinarlo todo
sin dejar oscurecer
el propio juicio por ninguna
timidez.

III

«Jesu mitis et humilis corde
Fac cor nostrum secundum
Cor tuum.»

Viviendo en el mundo
privados del socorro que los
religiosos encuentran en su
regla y en sus votos, privados
también, por una disposición
especial de la divina
Providencia, de la pobreza
en la que vivimos
durante tanto tiempo —y que
Dios ama—, debemos por
el fervor interior
y por la pobreza de espíritu
compensar lo que nos falta
en los apoyos exteriores.
Esforcémonos, pues, en
practicar una profunda y
universal humildad, en dar
gracias incesantemente
por tantos bienes recibidos,
en vivir en una confianza
abandonada en la
misericordia de Dios. Seamos
benevolentes con todas las criaturas.
Abstengámonos de juzgar el
fondo de las almas, y ensanchemos
nuestro corazón a fin de
admirar y
comprender en la medida de lo
posible la libertad, la
grandeza y la variedad
de los caminos de Dios.

(Sigue la indicación de algunos ejercicios en común en la capilla. Y para terminar):

Después de la cena: capítulo. Lectura espiritual y plegaria: Dios mío os pido por nuestros padres y benefactores, por nuestros amigos y enemigos; por los pobres y afligidos, por los santos y los pecadores, por los enfermos y agonizantes, por toda la Iglesia y todas las almas; y especialmente por aquellas —entre los vivos y los muertos— que tienen mayor necesidad de plegarias. Ave María.

Bendito sea Jesús por la misericordia infinita que le ha llevado a permanecer bajo nuestro techo. *Domine, non sum dignus.*

Señor Jesús, nuestra casa es ante todo la vuestra: vos la habitáis y nosotros estamos en ella por la misericordia y caridad de uno de vuestros hijos. Haced reinar en ella vuestra divina gracia, vuestro amor y vuestra paz. Amén.

Y por fin las dos plegarias de santa Gertrudis:

Ave candidum lilium fulgidae semperque tranquillae Trinitatis, rosaque praefulgida coelicae amenitatis, de qua nasci et de cujus lacte pasci Rex coelorum voluit, divinis influxionibus animas nostras pasce.

Gloria a vos, oh dulce y benigna, oh noble y excelente, oh alegre y gloriosa, oh resplandeciente y siempre apacible Trinidad, por las rojas llagas de mi Único Bien Amado.

4. CUARTO CARNET: 1924-1926

1924

Meudon, *enero*. Si sucede que las causas objetivas de nuestra pena no parecen justificar su agudeza, no nos avergoncemos de nuestro sufrimiento. Intentemos llevarlo por un mejor camino entregándonos a Dios. Suframos *siempre en Su presencia;* no nos ocultemos de Él ni siquiera en la hora de la tentación. Cuando sentimos nuestra alma seca y demasiado sensible a un tiempo, entonces es cuando es preciso clamar a Dios. El Verbo impasible ha tomado un corazón semejante al nuestro para poder, sufriendo por nosotros, sufrir con nosotros. Semejante al nuestro no por la imperfección sino por la inclinación natural. «Así como ha tomado mi voluntad, así ha tomado mi tristeza», decía magníficamente san Ambrosio. Así conoció Jesús la tristeza, y su voluntad de hombre la rechazaba...

Dios es, ante todo, para nosotros, la Verdad, luego, el Amor; porque si no fuera para nosotros primero la Verdad, no importaría el amor que fuese. Pero es únicamente *ese amor*, que constituye una sola cosa con la verdad soberana y eternamente viva.

En sí mismo, Dios es Amor como es Verdad. «El Amor en Dios es un atributo absoluto» (no solamente con relación a las criaturas). Es el nombre propio del Espíritu Santo.

6 de marzo. «Dona Spiritus Sancti sunt quidam habitus quibus homo perficitur ad prompte obediendum Spiritui sancto.»

Los Dones del Espíritu Santo son hábitos que disponen al alma a una pronta obediencia al Espíritu Santo, por consecuencia, cada uno de estos hábitos *alcanza*, por así decirlo, una *moción especial* del Espíritu Santo y no se ejerce sin una *intervención especial* de Dios.

Mientras que las virtudes infusas, incluso las teologales, son hábitos que la voluntad del hombre (por la mediación del socorro ordinario de Dios —no sé si digo bien) hace entrar en actividad.

«Convendría exponer la naturaleza del *socorro general* y del *socorro particular*... explicar cómo, durante esta oración, el alma ve con sus ojos, en cierto modo, ese socorro particular.» Santa Teresa, *Vida*, cap. XIV, p. 182.

7 de marzo, santo Tomás de Aquino. El espíritu del mal prevalece contra la Iglesia en todos los trabajos científicos que ella no parece ya poseer la fuerza para dominar, criticar y ordenar. Tiene, sin embargo, grandes sabios, pero su número es demasiado pequeño, y los ateos no los conocen o fingen ignorarlos. Se necesitaría un mayor número de ellos y con un espíritu más sintético, más metafísico. «A la Sabiduría corresponde ordenarlo todo.»

Es duro ver crecer el error, extenderse hasta el infinito, y sumergir a las almas. Tanto más duro cuando se tiene en el corazón la convicción absoluta de que la verdad católica es auténticamente universal, y puede dominar toda ciencia, satisfacer toda inteligencia, y saciar todos los corazones.

Indudablemente si vivimos en Cristo sabemos que «nuestro reino no es de este mundo», y que si la divina Verdad quisiera triunfar en el tiempo esto le sería muy fácil: «Invocaría a mi Padre y Él me enviaría más de doce legiones de ángeles...» Sabemos esto y, sin embargo, deseamos ardientemente el triunfo de Cristo ahora y en todo momento. Y este deseo hace el corazón impaciente, exigente y doloroso...

Durante la oración parece que Dios haya querido apaciguarme, lo hizo en un instante, insinuando en mi alma un sentimiento que yo traduciría así: el error es como la espuma sobre las olas, inaprehensible y siempre renaciente. El alma no debe agotarse combatiendo la espuma. Es preciso que su celo se calme y purifique; y que por la plegaria y la unión con la Voluntad divina acumule fuerzas profundas. Y Cristo con todos sus mé-

ritos y los méritos de sus santos hará su trabajo en el corazón mismo de las aguas. Y todo lo que puede ser salvado será salvado. Porque nuestro Dios eligió reinar por la humildad, y parece, verdaderamente, que no quiera mostrarse sino en la estricta medida necesaria para que la Iglesia visible pueda subsistir hasta el fin, y que las puertas del infierno no prevalezcan contra ella.

La calma que siguió a la oración no hizo desaparecer, como lo habría creído, el deseo y la esperanza de ver nacer la obra de apostolado intelectual en la que pensamos, desde hace tanto tiempo, Jacques y yo: una *compañía tomista*. Los que participasen de ella, harían, como los miembros de los Círculos tomistas, el *voto de oración*, a fin de que, 1.°: nadie sea tentado de apartarse de Dios por el trabajo científico, sino que, por el contrario, el deseo de servir a Dios y a las almas por el apostolado intelectual permanezca siempre vivo en cada uno; 2.°: que tal apostolado se practique apaciblemente y con prudencia, sea humilde y magnánimo; 3.°: que su fuente sea sobrenatural, por más que las fuerzas naturales de la inteligencia iluminada por la fe sean, en este caso, el instrumento mismo del apostolado.

Una vez la formación tomista y teológica bien afianzada, cada uno podría consagrarse al estudio de una ciencia especial (teología, filosofía, ciencias históricas, físicas, matemáticas, naturales) a fin de poder luchar por medio de escritos, y de influencia personal (dirección, retiros intelectuales...) contra los errores acumulados, realizar una obra positiva de investigación, de progreso y de profundización, trabajar por restablecer los espíritus en la rectitud natural, tan propicia a la fecundidad de la gracia en las almas.

Así pues, en la base, *vida de oración* y *formación tomista*. Luego, especialización en todas las ciencias con vistas al apostolado intelectual. Tal obra podría agrupar a aquellos cuya salud frágil aparta de la Orden de santo Domingo.[1]

1. Nosotros esperábamos que alguno de nuestros amigos podría creer en la obra en que nosotros soñábamos. De hecho, es una ilusión querer *organizar* tales cosas, es preciso dejarlas al Espíritu Santo. Además, ahora creo que en esa época nosotros insistíamos demasiado en la idea del apostolado. En las obras de la inte-

15 de marzo. Dios es luz y amor, y los dos son Uno en Él.

Y toda la Creación es luz por la inteligibilidad (luz en potencia), amor por la tendencia.

La inteligibilidad en las criaturas se transforma en luz actuante en cuanto se le enfrenta el espejo de las criaturas inmateriales que son las inteligencias (humana o angélica). Desde este punto de vista se puede admitir cierto «monismo». La cosa conocida es la cosa en sí misma, y no la cosa más una forma inteligible sobreañadida.

La irradiación inteligible de los seres en su ser intencional, participación, por lejana e imperfecta que sea, de la Idea creadora de Dios.

Hay una parte espiritual incluso en los cuerpos brutos, y es la *forma* que los mantiene en el ser. Tal es el verdadero idealismo.

La parte, mayor o menor, de inmaterialidad, constituye la jerarquía de los seres.

La infinita sustancia de Dios es dicha o proferida enteramente por el Verbo.

La sustancia de las cosas es dicha también (de una manera fragmentaria y deficiente, en nosotros) por el Verbo de las criaturas inmateriales o dotadas de un alma inmaterial.

Del mismo modo que Dios da el ser a las cosas, sin que ese ser se confunda con el ser de Dios, así Dios les da su actividad, en todos los grados, desde la energía física hasta la actividad voluntaria y libre del hombre y de los ángeles, sin que esta actividad creada se confunda con la actividad divina.

21 de marzo, san Benito. Todo lo espero de Dios.

Porque parece que se hayan cortado todos los puentes de mí a Él. Pero no de Él a mí.

No puedo siquiera dirigir mi pensamiento en general en la oración.

Dirección y luz sólo de Dios.

ligencia, la verdad es lo único que es preciso tener presente, el resto viene por añadidura. (J.)

Entonces el alma percibe sutilmente la trascendencia divina absoluta.

Infusión de la luz divina.

Luz incomprensible e indecible, pero que es la que el alma desea, a lo que aspira, de lo que está sedienta.

Luz vivificadora e insensible, en la cumbre del espíritu.

En esta oración el alma experimenta un disgusto radical por sus movimientos propios, sus preferencias, sus voluntades, sus sensibilidades, sus comprensiones.

Está totalmente abierta hacia Dios y aspira la luz incomprehensible que viene de Él.

Descansa en la voluntad desconocida de Dios y vive de un amor totalmente espiritual.

Todo ello son tinieblas reconfortantes.

gozo insensible
comunión incomprehensible.

El alma descansa con mayor seguridad en esas tinieblas que en las precedentes iluminaciones expresadas por alguna criatura, imagen, símbolo o sentimiento.

No cree alimentarse más que de la sola voluntad de Dios.

20 de abril, domingo de Pascua. Comulgo en la iglesia. La música desata un poco los lazos del espíritu y el cuerpo y el alma entrevé, exaltándolo, el amor eterno. Se adelanta al ritmo nupcial del cortejo angélico. Presiente las delicias de las bodas espirituales.

¡El Amor!, es al amor a lo que está predestinada desde el origen del mundo.

¡El Amor!, que es comunicación en las delicias y la alegría, con plenitud de alegría en la inmutable posesión.

El amor que es don recíproco y total, ligero, alegre, volviendo eternamente a las fuentes de la vida eterna.

(Algunos instantes de amor indecible. El corazón anonadado. Lágrimas.)

La esencia del amor está en la comunicación de sí, con plenitud de gozo y de delicias en la posesión del bienamado.

La esencia de la amistad reside en la benevolencia que va hasta el sacrificio de sí mismo por el amigo [2].

Dios nos ama con su amor haciéndonos participar en su naturaleza por la gracia, haciendo en el alma santificada su morada.

Dándose a conocer a nosotros por la Revelación sobrenatural. Todo ello da testimonio de su amor. «¿No ardía nuestro corazón cuando nos hablaba por el camino y nos abría el sentido de las Escrituras?» (*Lc* XXIV, 32).

¿Qué nos pide Él? Nuestro corazón: *Praebe mihi cor tuum.*

La amistad se juzga suficientemente por los actos: «Si me amáis cumplid mis mandamientos.»

Sólo el Espíritu Santo puede hacer sentir al alma el amor totalmente espiritual.

¿Cómo probaré a Dios mi amistad? Practicando sus mandamientos.

¿Cómo le probaré mi amor?

Entregándome a Él desde el fondo de mi corazón, de tal manera que ningún otro *amor* habite en él jamás. Dios es celoso en este sentido. No es celoso de nuestras amistades, por el contrario, las favorece. Pero es celoso de ese don particular del corazón que es el amor, que es total y exclusivo de su naturaleza. De ahí el precio de la virginidad corporal *como signo* de la integridad del corazón.

2. Raïssa emplea aquí las palabras *amor* y *amistad* en el sentido que tienen en el lenguaje corriente, y que responde a realidades de experiencia bien manifiestas.

El amor, que es *eros* en el mundo de las pasiones, es ya, aunque a un nivel inferior, *eros-agapé* en el mundo verdaderamente humano; y es también —lo digo de una manera analógica y absolutamente supereminente, en que todo lo pasional es transcendido—, *eros-agapé* amor loco, amor de total donación mutua (cf. el *Cantar de los Cantares*) en el orden espiritual. (Hay sin duda una distinción de sentido entre *eros* y *agapé*, pero la oposición radical que hoy se complacen en hacer entre ellos, está desprovista de fundamento.)

La amistad que es *agapé-filia*, mutuo amor de benevolencia, en nuestro mundo humano (para los griegos desviaba hacia *eros-filia*) es también —lo digo de una manera analógica y absolutamente supereminente— *agapé-filia* en el orden espiritual.

Es importante comprender que, lo que por oposición al *amor concupiscientiae*, santo Tomás llama *amor amicitiae* comporta como subdivisión ambos sentidos («amor» y «amistad» en un sentido estricto) aquí mencionados. Cf. el capítulo «*Amour et amitié*» (al margen del *Diario de Raïssa*), en mi *Carnet de Notes*. (J.)

«¡Ser amada! ¡Qué palabras para un corazón vivo!» (Gobineau, *Les Pléiades.*)

De la noción de *gloria* en el amor.

Es glorioso para un alma viva conquistar a un ser vivo. Esta conquista es el triunfo del amor.

Haber conquistado a Dios será nuestra gloria en el cielo, y es Su gloria, gloria accidental, haber conquistado un alma.

El amor (a causa de esto) pide no solamente la *unión* de las voluntades, sino la *distinción* de las personas.

Trinidad de las Personas divinas.

* * *

El poeta se mueve en un lado de amor, porque, de algún modo, se da. Amor que surge de él como una fuerza que brota, sin objeto determinado.

* * *

La música religiosa desliga en cierta manera el nudo del cuerpo y el espíritu. Libera el alma, la exalta hacia una vida más espiritual. Así sucede con toda obra de arte inspirada por el amor de Dios. Obras muy escasas; porque no se trata de un pequeño amor. Lo mismo respecto a la metafísica, la verdadera.

* * *

Mi alma no puede recibir nada ya de las reflexiones, las comparaciones, los símbolos, las inclinaciones, el fervor, por más que todo ello pase por la luz de Dios. No puede ya nutrirse de esta luz pura aunque esté en tinieblas y sobrepasando así todo conocimiento.

30 de abril. No tengo nada que daros. Os he dado ya mi corazón. Y yo sé a qué precio. No entrego mi corazón a las criaturas, conservadlo vos, tenedlo dulcemente encadenado. Os lo entrego una y otra vez. Este corazón pobre y miserable. Pero

que es *mi corazón*, os entrego el bien más personal de que pueda disponer. Es la parte que voz me pedisteis en el Bautismo, más todavía en mi primera Comunión, y más todavía en la Extremaunción en 1907.

Todo me atrae hacia el interior. Lo que hago en el exterior es contrario ahora a mi vida profunda. Solamente en la oración encuentro el reposo, la paz, la actividad espiritual. Todo lo demás me hace violencia. Me hace vivir en la superficie de mí misma —cuando yo me siento atraída hacia el interior—y en una especie de insinceridad puesto que parezco interesarme en algo que no me interesa verdaderamente.

Todo esto me fatiga y no me aporta nada en compensación a mi esfuerzo.

Sólo experimento consuelo y alegría cuando hablando con alguien siento que se hace algún bien, que se hace alguna cosa por Dios y por las almas.

Unión: «Bajo esta gracia el alma no puede dudar de la presencia en ella de las divinas Personas y no está casi nunca privada de su compañía».

Julio. Auric nos trae por primera vez a Jean Cocteau. Este, desamparado después de la muerte de Radiguet, desesperado casi, acude a Jacques porque le han dicho que él podía hacerle encontrar nuevamente la paz y reencontrar a Dios.

Después de esta primera visita, mientras rezaba por Cocteau, Dios me da una venturosa seguridad de su conversión. He tenido el mismo sentimiento que cuando, a instancias de Jacques, recé por la conversión de Pierre Villard que, en efecto, se confesó la víspera del día en que fue muerto en 1918.

Dios es bueno al alentarnos de este modo a rezar por aquellos que Él desea atraer a Sí. De esta manera confortados, soportamos pacientemente el sentimiento de nuestra propia insuficiencia.

18 de julio. Gran alegría en mi alma esta mañana. Intenso recogimiento en el momento de entregarme a la oración. En los

momentos en que la unión se distiende leo dulcemente el artículo del padre Gardeil en la *Revue Thomiste* de este mes. Comprendo claramente que mi oración de estos últimos tiempos, especialmente la de hoy, es la que santa Teresa llama *el sueño de las potencias*, la que sucede a la quietud y precede a la oración pasiva de unión.

Las páginas 365-368 del padre Gardeil me producen una alegría especial. Responden a lo que yo conozco de la vida de mi alma. Mi oración de hoy tiene casi todos los caracteres descritos por santa Teresa. Y veo que es una oración que me ha sido frecuentemente concedida durante estos años de quietud. Pero sólo hoy llego a percibirlo. Y después de un mes de pruebas interiores. Anteayer experimenté cierto alivio al leer a san Juan de la Cruz (noche pasiva del espíritu, los seis primeros párrafos).

Este año hemos estudiado mucho en Juan de Santo Tomás todo lo que se refiere a la gracia, la caridad, el don de sabiduría.

Retiro de *septiembre de 1924* (25-30 de septiembre). Predicación del padre Garrigou-Lagrange como los años precedentes.

Martes, 30 de septiembre. Fin del retiro. Mañana de trabajo con el padre Garrigou. Nos concede casi todo lo que le habíamos pedido que corrigiera para la nueva edición de su libro: *Perfection chretienne et contemplation.*

4 de octubre. A menudo, incluso con un director espiritual que os conozca bien sólo recibís indicaciones generales y vagos discursos que podían haber sido redactados de antemano.

En los momentos de tomar decisiones graves, he encontrado siempre en el padre Dehau un consejo verdaderamente divino. Mas para mi vida corriente siento que lo único necesario es vivir en presencia de Dios y que para ello la plegaria continua y la confesión rigurosa son infinitamente más útiles que las

vagas «direcciones» que pueden dirigirse a todas las almas y no conmover a ninguna.

En mi alma se realiza un desprendimiento. Mi alma se hace indiferente al juicio de los demás. Guarda celosamente su tesoro. Creo que debo entrar valerosamente en esta vía de soledad que es amarga para la naturaleza, pero muy saludable. Vivir solamente con Dios. No ver sino a Él en toda cosa. Tener por nada lo que viene de los hombres. Porque «todo hombre es mentiroso», incluso cuando es muy verídico, porque miente sin querer cuando decepciona a alguien que ha puesto en él alguna esperanza. Miente cuando da un consejo humano a quien le pide una luz divina. Miente cuando la prudencia humana prevalece en sus consejos.

Sólo Dios no miente. Es preciso que en el silencio de la oración el alma se conforme cada vez más a esta veracidad divina, a esta integridad sin engaño.

El alma está confiada ante Él. Si está en pecado, sabe que Él desea corregirla y perdonarla. Si ella pide la divina gracia, la caridad, la humildad, sabe que su Padre celeste no le dará piedras en vez de pan. ¡Oh, todo está allí! Vivir abiertamente ante Dios, suplicarle sin cesar que purifique nuestro corazón. Hacer todos nuestros esfuerzos para no dejarnos pasar nada; abrir bien nuestros ojos sobre nuestras faltas, sobre nuestros pecados, hacer una estricta confesión de ellos.

Qué bueno es vivir con el solo deseo de complacer a Dios. Sólo una cosa es buena respecto al prójimo: el amor de caridad.

Dios mío, Dios mío, tened piedad de mí, permitidme vivir en vuestra presencia, el alma totalmente enderezada hacia Vos; el alma sincera, aspirando a vuestra dulce Veracidad; el alma muy humilde, esperando sólo de Vos todo su bien. Pero el alma confiante también en la bondad de su Padre, y recibiendo con simplicidad las manifestaciones de vuestro amor.

Oh Dios mío, ¿cómo podría yo ser indiferente a este amor? Cómo podría desinteresarme de saber si he avanzado un paso hacia vos, o si lo he retrocedido. Sin duda es imposible la cer-

teza absoluta en estas cosas puesto que «nadie sabe si es digno de amor o de cólera» [1]. Pero la atención con que el alma escruta y calcula vuestras disposiciones a su respecto según las manifestaciones más o menos claras de vuestra acción en ella, no puede ofenderos. No podéis reprocharle esperar en vuestra misericordia y creer en vuestro amor por nosotros. Es cierto que podemos equivocarnos torpemente. Pero Vos no lo imputaréis a nuestro orgullo, Vos sabéis que tal puede ser la consecuencia de nuestra humana debilidad, y de la oscuridad misma de la Fe.

Creo más bien que el fervor de nuestras acciones de gracias, cuando, incluso en la duda, creemos percibir un efecto de vuestro amor en nosotros, debe conmoveros.

¿Acaso no es más meritoria nuestra confianza que pueda nacer en la incertidumbre? Deseamos de tal manera vuestro amor que el más ligero índice de su presencia nos da más felicidad que otros que nos vienen de las criaturas.

Dios, Dios mío, me equivoco quizás en el grado de vuestro amor por mí; pero lo que yo sé con certeza es que vuestro amor es mi único tesoro. Que aun cuando se oculte, basta para colmar mi vida, para consolarme de todo, para iluminarme, para hacerme dichosa y fuerte. Porque si bien tengo otras alegrías, las que me vienen de la ternura y la presencia bendita de Jacques —y de Vera, y de mamá— yo sé bien que si me hicierais saber un día con certeza que vuestro amor no ha habitado nunca mi alma, toda alegría se apagaría para mí, y yo habría perdido *mi* razón de vivir.

3. En los primeros años, Raïssa, cuya inteligencia estaba de tal modo sedienta de certidumbre, sufrió durante largo tiempo, no por dudar de Dios, sino de ella misma con respecto a la oración que era la vida de su vida. Durante la oración ninguna certidumbre le era posible. Después de sentirse sujeta a una tentación que la hacía muy desdichada, llegaba a preguntarse sobre el valor de su oración. Entre sus carnets encontré una pequeña nota fechada el 18 de diciembre de 1918, en que yo había escrito por ella: «Prometo rechazar a partir de ahora, como lo merecen, todos los pensamientos y tentaciones que tiendan a hacerme dudar de lo que sé por experiencia, y por el testimonio del sacerdote a quien he confiado el cuidado de mi alma, y de lo que es verdaderamente Dios que actúa en mi oración. Los consideraré como provenientes del diablo, porque atacan la obra de Dios en mí, y quieren hacerme perder la confianza en Él.» Al final de esta nota, ella había firmado: Raïssa. (J.)

Señor bienamado, sois mi Dios y mi Amor, y no tengo otro Dios que Vos.

9 de octubre, san Dionisio. Nuestra alma no tiene más que un Padre, que está en los cielos.

Un gran teólogo predica a las mujeres el Amor, pero enseña la Inteligencia a sus discípulos. Sería preciso predicar y enseñar ambos a la vez.

La experiencia de las cosas divinas es tan dulce como amarga la experiencia de las cosas humanas.

Alcanzar los límites de aquello que se admira, es más doloroso que conocer nuestras propias faltas, y nos sorprende todavía más. Tenemos tal necesidad de apoyarnos en una perfección visible, que creemos demasiado pronto haberla encontrado; hasta que la experiencia nos abre los ojos.

Conocer nuestra propia miseria no es tan descorazonador. La conocemos bajo la mirada misericordiosa de Dios. Tenemos la larga experiencia de nuestra nada. Toda nuestra esperanza está en Dios; y es dulce depender en todo de Él. Conocemos desde siempre nuestra miseria, y no podemos pretextar desilusión ante nosotros mismos.

Pero cuando nuestro corazón llega a la madurez nos enseña a ver la miseria de los hombres con la misma dulzura que la nuestra propia, y a saber que, como nosotros, están bajo la mirada paterna y compasiva de Dios.

Si bien la experiencia humana es amarga en sus comienzos, puede convertirse, con la ayuda de Dios, en una fuente de dulzura. De otro modo, conducirá al alma al aislamiento del orgullo.

Es preciso que el alma sepa vivir con Dios sólo. Pero si su soledad es santa, cuando salga «para conversar con los hombres», les aportará la suavidad de la divina Sabiduría, de la humildad y de la paz.

Desprendida de sí misma y de todo recurso en los apoyos humanos, no habrá menosprecio en su independencia. Vivirá

de la libertad verdadera de los hijos de Dios. Y verá todas las cosas bañadas en la dulzura de la buena voluntad divina.

21 de octubre. Misa en nuestra casa por el padre Lebbe, misionero admirable. Se le atribuyen milagros. Impresionante en su perfecta simplicidad. Un alma pura como el acero. Un ardor que no debe apagarse jamás, pero contenido, siempre sobrio en su expresión.

Jacques le habla de su deseo de entrar en contacto con chinos, hindúes... a fin de conocerse... para facilitar, más tarde, el apostolado en la élite de esos pueblos. El padre Lebbe nos dice que éste es su deseo desde hace veinte años.

Leo la vida de san Jerónimo. Se tiene la impresión de que en esos primeros siglos del cristianismo se creía más fácilmente en la profusión de las gracias divinas. Nos hemos hecho tímidos desde entonces; siempre cautelosos, hasta el punto de que podríamos preguntarnos si Dios continúa todavía obrando en las almas. Quizás se exagera en este camino de la prudencia. Quizás se teme comprometer a los santos canonizados reconociendo la acción misericordiosa y generosa de Dios en las almas imperfectas. Pero una gracia que nos ayuda a vivir dirigiendo nuestro pensamiento a las cosas divinas no basta para hacer de nosotros grandes santos. Así como es preciso limitarse respecto a las canonizaciones, no distribuir diplomas de santidad, de igual modo es preciso estar inclinado a creer en las múltiples manifestaciones de la vida de la gracia. Es preciso que la gracia, a pesar de su esencia invisible, produzca algunos efectos visibles; de otro modo no se parecería a la conducta general de Dios entre nosotros. El Verbo se hizo carne. Nuestra inteligencia es tributaria de estas imágenes. La razón y las pasiones mueven nuestra voluntad. Del mismo modo Dios nos da a conocer, en nosotros, a nuestro alrededor, por ciertos efectos visibles, sensibles, que embellecen nuestra vida y la hacen soportable. *La caridad todo lo cree.* Quizás si hubiera más caridad en nuestro corazón estaríamos también más inclinados a creer en la vida de la caridad en el corazón de los demás. Quizás no creemos

bastante, con bastante eficacia ni simplicidad en el amor de Dios por nosotros. Ni en las profusiones de su misericordia, ni en la riqueza de sus tesoros; ni en la humildad de su amor. No creemos bastante en el amor. Somos demasiado prudentes, con esta prudencia que hace cometer las peores imprudencias; demasiado encerrados, demasiado avaros. ¡Ah!, si Dios fuera como lo imaginamos, no habría suscitado de la nada a las criaturas para amarlas y hacerlas resplandecer con un reflejo de su gloria.

24 de octubre, san Rafael. Nos ha conmovido saber que fue el padre Clérissac quien asistió al pobre Oscar Wilde en su muerte [4].

26 de octubre, domingo. Misa en la iglesia. Los niños cantaban, y el párroco cantaba con ellos: «Sólo Dios, sólo Dios es mi dicha» (o algo semejante). Yo lloraba penetrada por el sentimiento de mi miseria. Sólo Dios es nuestra dicha, verdad que a menudo permanece oculta y que nos conviene gritar con más fuerza desde el fondo de nuestra angustia: *De profundis clamavi ad te, Domine...* La voz grave del sacerdote acompañando la voz inocente de los niños despertaba en mí, no sé por qué, una extraña compasión por todos los corazones sacerdotales.

Hoy, reunión de estudios escolásticos.

27 de octubre. Por medios imprevisibles, continúan los sufrimientos para mí. El Señor es extrañamente hábil en prensar el lagar. Cuando quiere humillar un corazón lo hace sin que él aparezca. Cuando quiere aislar un alma, no le deja ni un amigo, el alma se encuentra en la imposibilidad de comunicar con quien sea, y el mejor amigo no sabe socorrerla, sino al contrario.

4. Reproduzco aquí la nota de la pág. 234 de *Les Grandes Amitiés* 9.ª ed., (p. 236 en ediciones anteriores). (J.)

«El padre Clérissac, escribe Raïssa en esta nota, no nos habló jamás de Wilde. Pero le dijo a una amiga, quien nos lo refirió, que estaba seguro de que Wilde había muerto católico, porque él estaba allí. En la *Revue Hebdomadaire*, del 28 de noviembre de 1925, Robert Ross designa al padre Cuthbert Dunn, de los pasionistas, como el que administró a Wilde el bautismo y la Extremaunción. El padre Clérissac, asistiría sin duda al padre Dunn en este caso.»

27-31 de octubre. He sufrido mucho. Dios ausente. El alma destrozada. Lanzo interiormente gritos terribles al sentir este vacío en mi corazón. Parece como si no me quedara sino una partícula de fe, un átomo de esperanza. He perdido el sentimiento de la libertad de mi corazón. Me siento prisionera en una rígida prisión. Yo sé que esta prisión está abierta hacia el cielo. Pero nadie está allí para elevarme del suelo, y soy como un pájaro con las alas rotas. Me arrastro y todo me hace daño.

1.º de noviembre. Misa en casa. En verdad soy la primera sorprendida de sufrir tanto cuando sufro, y de sufrir, sin embargo, tan raramente. Media hora de oración que Dios me conceda durante una mañana, barre todo ese dolor, que, sin embargo, vuelvo a encontrar al reaparecer con un rostro tan familiar y profundamente anclado en mi alma, que me parece debe ser el compañero invisible de todos los instantes de mi vida. En verdad, necesitaré siempre el consuelo de Dios para vivir. Porque no llamo vivir a sufrir como he sufrido estos días. Esto se llamaría mejor errar en el umbral de la muerte, experimentar la nada, medir el abismo de nuestra soledad.

Veni Pater pauperum.

Bremond me ha hecho sufrir. Cuántos dones malgasta.

Jacques está citado con el padre Gardeil para hablarle de sus hermosos artículos en la *Revue Thomiste*[5]. ¿Cómo atreverse a presentarle tantas objeciones (secundarias)? Dios haga que discierna lo verdadero y lo tenga en cuenta.

9 de noviembre. Jacques está en Rossignol para todo lo que respecta a la tumba de Ernest Psichari.

10 de noviembre. Buena mañana.

Las exigencias de la vida contemplativa: no buscar el consuelo de ninguna criatura. Y «utilizar como si en realidad no se utilizaran» los consuelos no buscados.

5. Se trata de artículos que el padre Gardeil publicó más tarde en un volumen bajo el título *La Structure de l'Ame et l'Expérience mystique.* (J.)

Si un alma introducida en la vida mística no observa rigurosamente estas reglas, ofende al Dios celoso que la ama.

Lo mejor que puede sucederle a esta alma es que Dios, para conservarla junto a Él, a pesar de ella misma, haga desfallecer a toda criatura a quien ella pida consuelo. Entonces, las demás criaturas, en apariencia, se convierten en enemigas. Nadie responde cuando ella busca un corazón amigo. Encuentra el silencio donde busca consuelo. Donde busca reposo encuentra obligaciones más rígidas que las de los mandamientos de Dios, que son amables.

Y es una gracia que el alma sufra de este modo. Si Dios la amara menos permitiría a las criaturas consolarla.

Es preciso que reconozca su error. Porque mirando así a derecha e izquierda sigue un camino en zigzag que cansará quizás la paciencia de Dios.

El camino recto para llegar a Dios es infinitamente corto, porque está muy cerca de nosotros como nuestra misma alma.

El camino recto es la vía magnánima, sin los errores y la pusilanimidad de la infancia, pero con la simplicidad y la confianza del niño.

En la vía mística, Dios, por lo que a las criaturas respecta, sólo otorga al alma lo que ésta no exige fuera de lo que la misma caridad le obliga a pedir. Experiencia cien veces repetida. Rechaza especialmente aquello que desea demasiado. Por el contrario, parece conceder todo lo que se pide en un movimiento de caridad, incluso las cosas materiales, el pan cotidiano, el buen tiempo.

Jacques da hoy una conferencia en Lovaina.

21 de noviembre. Primera misa celebrada en nuestra casa por el príncipe Ghika y ofrecida por el apostolado universal. Estaban presentes: Pierre Termier, Louis Massignon, René Grousset, Jean Pierre Altermann, Aniouta y Stanislas Fumet, Mlle. Goichon, Elie Denissoff, Albert Camilleri, mamá, Vera, Jacques y yo.

El príncipe Ghika celebrará la próxima misa, el 21 de diciembre, fiesta de santo Tomás apóstol.

9 de diciembre. El padre Lamy vino a cenar con nosotros y se quedó a dormir en casa.

10 de diciembre. El padre Lamy ha celebrado la misa en nuestra capilla.

24 de diciembre. El padre Lamy ha vuelto a casa, hemos cenado con él. Ha celebrado la misa de medianoche y la de la aurora en nuestra casa.

25 de diciembre. A las ocho y media, el padre Lamy ha celebrado en nuestra casa la tercera misa de Navidad. Luego hemos hablado largamente hasta la llegada de Noële y Robert Boulet. Nos dijo que el diez de diciembre, encontrándose sólo con mamá, le había preguntado cuándo se haría católica, y ella le había respondido amablemente: «Un poco más adelante.»

1925

Meudon, *23 de febrero.* El príncipe Ghika ha vuelto apresuradamente de Roma para no dejar de celebrar en nuestra casa la misa del día 24, aniversario de la muerte de mi padre. He ahí un signo de su gran caridad, que nos conmueve a todos, especialmente a mamá.

24 de febrero. Misa celebrada por el príncipe Ghika. Esta vez me ha parecido que se le podía plantear a mamá la cuestión del bautismo. Ese día precisamente. El príncipe Ghika le ha hablado acerca de ello durante breves momentos después de la misa mientras nosotros estábamos todavía en la capilla. Al bajar al comedor encuentro a mamá pálida como el papel. Siento

que está profundamente transtornada y como asustada. Después de la partida del príncipe Ghika me dice que le ha hablado del bautismo y que ella le ha respondido solamente que haría la voluntad de Dios. Luego le ha hecho prometer que diría el Pater todos los días. Está resentida con él por haberle planteado la cuestión del bautismo. Es preciso que la apacigüe y le diga que nada ha cambiado entre nosotros, y que ella conserva su entera libertad y que, del mismo modo que hasta ahora, nadie la apremiará a hacerse bautizar. Recupera la calma, me abraza tiernamente, y siento que nos devuelve toda su confianza.

Después de ese día parece que un muro se haya derrumbado entre nosotros en lo que se refiere a las cuestiones religiosas. Mamá me interroga a menudo sobre ciertos puntos de doctrina. Yo le he copiado el Pater en caracteres rusos, y ella lo dice todos los días, e incluso varias veces al día. Le he procurado además un pequeño libro de plegarias en lengua rusa; le he dado también el catecismo que sirvió a papá. Luego, el Nuevo Testamento. Lo lee todo y me da pruebas de mayor ternura que antes del 24 de febrero.

12 de marzo. Jacques tiene un aspecto lastimoso. ¿Dios mío, cómo acabará todo esto? Todo un grupo de jóvenes católicos ha ido a buscarlo; le piden una dirección espiritual, entrevistas, conferencias. Están llenos de vehemencia, pero quieren lanzarse al combate sin preparación espiritual e intelectual suficiente. No se les puede rechazar, pero serán, quizás, discípulos comprometedores. Una vez más, ¿cómo rechazarlos? Tienen el mérito de ser jóvenes, de pertenecer a la misma generación que nuestros escritores más locos, y de querer combatirlos.

La mayoría de nuestros amigos consideran a Jacques «demasiado bueno». Pero nosotros consideramos a menudo que los católicos se contentan con gozar en paz de la verdad conquistada y olvidan que otros les ayudaron cuando ellos mismos eran jóvenes y locos...

Seguramente debe haber una moderación que es preciso mantener. Ahí reside toda la dificultad.

Fundación del *Roseau d'Or*. Jacques apela a la colaboración de Massis, Fredéric Lefèvre y Fumet para la dirección, y a Cocteau, Ghéon, Ramuz, etc., para la redacción.

26 de mayo, san Felipe Neri. Esta tarde mamá me ha dicho: «Leeré todo esto (las plegarias, en ruso) *porque es preciso que me prepare.*» ¡Bendito sea Dios! Es una promesa de recibir el Bautismo. ¡Palabras esperadas desde hace diecinueve años!

Domingo, 7 de junio, festividad de la Santísima Trinidad. Por la mañana, mamá nos dice: «He soñado que el Papa estaba ante mí, vestido de blanco. Le dio a Jacques, para mí, algo blanco que parecía *un* pájaro y eran *tres* a un tiempo. Jacques debía dármelo y yo estaba junto a él.» «¡Oh, mamá!, qué hermoso sueño —le he dicho—, hoy, precisamente, es la festividad de la Santísima Trinidad.» Mamá lo ignoraba y se ha emocionado al saberlo. Su sueño la había impresionado profundamente, aunque no le diera ningún significado.

15 de junio. Esta tarde, reunión en nuestra casa de los principales colaboradores del *Roseau d'Or;* Ramuz, Cocteau, Ghéon, Fredéric Lefèvre, Massis, Fumet.

Telegrama del padre Charles anunciando su llegada para esta tarde.

Al día siguiente, 16 de junio. Ayer, un coche tenía que recoger a Cocteau inmediatamente después de la cena para llevarlo a la *première* de los ballets rusos. Pero el coche llegó con retraso, y antes que él, el padre Charles. Con su hábito blanco del Desierto, el Corazón rojo coronado con una cruz, sobre el pecho. Es hermoso, pleno de soltura. De repente, comienza a hablar de Claudel que fue a su encuentro en Marsella, y de su peregrinaje a Saint-Maximin, donde Charles celebró la misa ante las reliquias de santa Magdalena, y en el Santo Bálsamo.

La impresión es considerable. Veo a Cocteau de pie, silencioso, en el alféizar de la ventana, *captado*. He ahí la clara res-

puesta de Dios a nuestras plegarias, a nuestra ansiedad; desde hacía algunas semanas nos preguntábamos a qué sacerdote dirigir a Cocteau —porque había llegado el momento— y no lo encontrábamos. Una vez más nuestro dulce Dios habrá respondido a una dificultad muy grande con un socorro mayor.

El coche llega hacia las diez y media, media hora después de la entrada de Charles. Al acompañar a Cocteau lo invito a asistir a la misa que Charles debe celebrar el día 19, festividad del Sagrado Corazón, en nuestra casa. Cocteau responde evasivamente. Pero yo tengo confianza. No puedo dudar de que, a la entrada de Charles, Cocteau ha visto el signo de su destino aparecer sobre el corazón de un hombre. El corazón con el que él firma todas sus cartas, se ha convertido en un instante en *el corazón de Jesús.*

El mismo día, martes 16 de junio. Reverdy ha venido a vernos por primera vez. Hablamos de Cocteau, de Charles. Reverdy cree que no se debe esperar más, que es preciso que Cocteau se confiese con Charles, y comulgue con nosotros el 19. Vera telefonea inmediatamente al obispado de Versalles, y pide para Charles, sin que él lo sepa, el permiso para confesar en nuestra casa. Le es concedido. Hablamos de ello a Charles en seguida, que se resiste fuertemente, se debate, pero no puede, sin embargo, negarse sin piedad a la carga que le imponemos.

Miércoles, 17 de junio. Jacques ha ido a ver a Cocteau para alentarlo a la confesión inmediata con Charles. Gestión tan delicada como penosa [6]. Cocteau promete venir mañana a *hablar* con Charles. Nada más.

Jueves, 18 de junio. Jacques ha ido a recoger a Jean a su casa, y lo ha traído a la nuestra hacia las cuatro. Cocteau ha hablado largamente con Charles en el salón, mientras que noso-

6. Reverdy estaba allí y apremiaba a Cocteau violentamente: «¿Cómo puedes comprender nada sin los Sacramentos ¡Ponte los auriculares! ¡Ponte los auriculares!» (J.)

tros, hablando a nuestra vez con Noële y Robert Boulet en mi gabinete, esperábamos ansiosos el resultado de esta larga entrevista, que, para colmo de dificultades, debíamos ocultar a Noële y Robert. Por fin, hemos oído a Charles y Cocteau subir hacia la capilla. Luego, Charles ha llamado a Jacques. Jean se ha confesado, ha visto a Jacques, y ha partido muy agitado.

Viernes, 19 de junio, festividad del Sagrado Corazón. Charles ha celebrado la misa en nuestra capilla. Cocteau ha comulgado con nosotros. Ghéon, Massignon, los Fumet (invitados desde hacía mucho tiempo para ese día) estaban también allí. Mamá, como siempre, ha asistido a la misa. Un ejemplo más para ella. *Misericordias Domini...*

2 de julio. Muerte de Eric Satie en el hospital Saint-Joseph. Hace algunos días, el 29 de junio, Jacques vio a Satie por última vez. Satie se había quedado dormido, Jacques permaneció junto a él rezando en voz baja. Satie se despertó entonces y le dijo a Jacques estas dulces palabras: «Es bueno estar juntos sin decir nada, sobre todo cuando se piensa lo mismo».

12 de julio, Sexto domingo después de Pentecostés. Por primera vez, mamá ha leído el Evangelio *durante la misa,* y también la Epístola. La Epístola de san Pablo a los Romanos, VI, 3-11: *Qicumque baptizati sumus in Christo Jesu...* y el Evangelio: la multiplicación de los panes, san Marcos, VIII, 1-9.

28 de julio. Escribo una larga carta a Sophie Belkind, que está en Palestina.

29 de julio, santa Marta. Le digo a Jacques, por la mañana: «Tengo la impresión de que ahora es preciso ir de prisa, esperar más tiempo sería hacerle daño a mamá». Ayer nos preguntábamos con Vera por cuál de nuestros amigos sacerdotes querría mamá ser bautizada. Por el padre Millot, sin duda.

Por la tarde, a las seis, estaba con Jacques en mi gabinete,

junto a la capilla, cuando de repente le dije: «Voy a bajar, es preciso que vea a mamá». La encontré en el comedor, leyendo la Epístola de Santiago, el rostro apacible, dichoso: «Es muy hermoso», me dijo; yo respondí: «Sí mamá, y tú sabes muchas cosas ahora». «¿Tú crees?», me respondió; y luego: «*Entonces, ¿tú crees que estoy dispuesta?*» «¡Oh, querida mamá, ya lo creo! ¡Qué dicha inefable!» Corrí a la escalera para llamar a Jacques, que se lanzó en brazos de mamá. Nos abrazamos los tres ebrios de alegría. Una hora más tarde Vera vuelve de París, y llora de alegría al conocer la maravillosa noticia.

Mamá nos dice que está ansiosa estos últimos días, pero que hoy se habían desvanecido todas las inquietudes, y que había tomado la resolución de hacerse bautizar, y decírnoslo cuando Vera hubiera vuelto de París. Yo he bajado una hora antes, porque verdaderamente me sentía impulsada a ello.

Dios nos ha escuchado, yo le había pedido tanto que mamá se convirtiese en plena salud, y no en el momento de las angustias de la muerte.

Pasamos una velada maravillosa.

31 de julio. Hemos ido a anunciar la buena noticia a nuestro querido padre Millot, y pedirle que bautice a mamá. Se siente profundamente dichoso, como verdadero amigo que es. Al corriente de todo, decide ir de prisa, y escoge fechas más próximas que las que nosotros nos habríamos atrevido a pedir: domingo 2 de agosto, Bautismo; el día 3, la Comunión.

¡Qué dulce bondad de Dios! El 3 de agosto es también el aniversario de nuestra Primera Comunión, la de Jacques, Vera y mía. A partir de ahora seremos cuatro en dar gracias a Dios de una manera especial ese día.

Domingo, 2 de agosto, noveno después de Pentecostés. A las 5, bautismo de mamá por el padre Millot.

Con el corazón colmado de dicha y de acciones de gracias, bajamos a las seis a recibir a nuestros amigos que nos esperan

desde hace largo rato, sin que podamos hablarles del gran acontecimiento. Mamá nos ha pedido no decir nada todavía.

En el salón hemos encontrado a Bovy, convertido al catolicismo después de la muerte de su joven esposa, y a Maurice Sachs que Jean Cocteau ha enviado a Jacques para ser instruido en el catolicismo, y a quien veo por primera vez.

Lunes, 3 de agosto. Invención de las reliquias de san Esteban, protomártir. Misa celebrada por el padre Millot. Primera Comunión de mamá. Jacques, Vera y yo comulgamos con ella.

Después de la misa, el padre Millot sale para Lourdes donde ofrecerá nuestras acciones de gracias.

6 de agosto. Transfiguración de Nuestro Señor. Maurice Sachs ha tomado la decisión de hacerse bautizar. Jean Cocteau será su padrino y yo su madrina. Jacques lo envía al padre Pressoir para completar su instrucción religiosa.

14 de agosto. Monseñor Gibier viene con el padre Millot para confirmar a mamá en nuestra capilla. No ha querido que mamá se molestara. Cuánta bondad por todas partes. La ceremonia ha tenido lugar a primera hora de la tarde. Todo era hermoso, claro, un día de fiesta a nuestro alrededor y en nuestros corazones.

¡Qué daremos a Dios en pago de tantos bienes!

15 de agosto, Asunción de la Santísima Virgen. Segunda comunión de mi querida madre.

16 de agosto. Escribo a Maurice.

29 de agosto. Bautismo de Maurice.

A pesar de todo, no estoy tranquila. Ese muchacho tiene algo oscuro que me inquieta.

30 de agosto. Primera Comunión de Maurice.

¡Señor, dadme vuestro corazón! Sin ese don de vuestro amor, aun cuando me concedierais la ciencia y el poder de los ángeles y la posesión de la Creación entera, mi corazón no tendría reposo ni mi alma beatitud.

Martirio del corazón. Ha estallado súbitamente por una causa mínima, cuando me creía en el Paraíso después del bautismo de mamá. De repente me veo sumida en un abismo de dolor, en medio de tentaciones tan penetrantes y profundas que mi corazón estaba absolutamente martirizado. Le he dicho a Dios: Acepto este martirio del corazón y todos los sufrimientos que vos me destináis, en acción de gracias por vuestros dones infinitos. Pero Señor, considerad mi miseria, mi fragilidad. Y si existe un alivio necesario al equilibrio de mi alma, presa de la tentación y del silencio, concedédmelo.

Sufro indeciblemente. Siento que mi sufrimiento se enraíza en el fondo de mi alma, en los orígenes mismos de la naturaleza. Es como un misterio absolutamente personal, inexpresable. Un corazón débil que tiene *necesidad* de engañarse. Una razón sólida que no se lo permite *jamás*. ¡Pobre corazón! No le queda sino el recurso de las lágrimas. Lágrimas silenciosas, tan amargas, tan duras. Vienen del origen del ser y arrebatan la vida.

No es más fácil, bien al contrario, para aquellos que desde su juventud han elegido al Señor como único Amor. Él les ha hecho conocer primero su dulzura. Seguro de su fidelidad —y es Él mismo quien la asegura— no ahorra ninguna pena a su corazón. No les hace vivir como resucitados, sino como moribundos y mártires. Les permite experimentar toda su debilidad, a fin de mostrarles todo Su poder. Él lo dijo a san Pablo. Los educa en las lágrimas, no les ahorra la prueba del fuego, diciéndoles: *mi gracia te basta.*

Esas pobres almas que le han desposado en la Fe entran de este modo en el misterio de la Redención. Y ven entonces que no hay ninguna razón a su martirio sino completar lo que falta a la Pasión de Cristo.

No nos encerremos, como Marco Aurelio aconsejaba a los

estoicos, a fin de ofrecer el menor campo posible al sufrimiento. Los cristianos se ponen en la Cruz y se exponen a todos los golpes.

Mi Jesús es mi Dios y no puedo tener otro que Él. Lo he elegido verdaderamente desde mi juventud. Él es mi vida desde ahora. Y no puedo considerar otra clase de vida sino como *tentación*. Estas tentaciones son excepcionales, es cierto. Pero tienen para mí toda la intensidad que pueden tener en un corazón humano. Más allá, es la locura o la muerte. O la resolución en el pecado. Pero mi elección está hecha desde hace largo tiempo, y para siempre: desde ahora, cualquier cosa antes que ofender el inmenso amor de mi Dios que es mi Amor tan amado.

¡Mi bienamado Jacques! Desde hace veinte años lo veo vivir siempre con el corazón tendido hacia Dios. Toda mi vida está a su servicio, al servicio de su obra que es toda para Dios.

A mí no me está permitido ser débil.

Y yo no me lo permito.

Debo ser fuerte sin un minuto de descanso.

Estoy en el límite de la angustia y necesito un socorro exterior porque Dios se ha alejado de mí. Paso horas de tan terrible sufrimiento que creo que voy a perder la razón.

Pero no quiero alejarme de la Cruz. Todos los días me abandono al sufrimiento tanto como Dios quiere. Y la cruz de Jesús me lleva por encima de todos los abismos.

Domingo, 6 de septiembre. Misa celebrada por el príncipe Ghika. Mamá y Maurice comulgan con nosotros. Primera visita de Jean Bourgoint.

8 de septiembre, Natividad de la Virgen. Mamá comulga con nosotros.

Carta *urgente* de Paul Sabon. Jacques lo cita para el mismo día a fin de que vea al padre Charles. Está con él durante largo rato. Charles lo conduce a la capilla, se resiste, pero al salir, cuando Charles le dice algo sobre la Virgen, rompe a llorar.

Por la tarde, Jacques lleva a Bourgoint a casa del príncipe Ghika. El bautismo está decidido para el 7 de octubre [7].

Miércoles, 9 de septiembre. A las dos de la tarde, el príncipe Ghika, el padre Pel.

A las tres, Paul Sabon; larga conversación con Charles.

El padre Pel parece muy piadoso y humilde, pero no muy inteligente ni prudente.

Jueves, 10 de septiembre. Paul Claudel viene a las siete para asistir a la misa del padre C.

Cristiano verdadero. Alma fuerte. Pero carácter extraño.

A las cinco viene el padre Dehau; admirable. Buena conversación con él.

Viernes, 11 de septiembre. Misa votiva del Sagrado Corazón. También en la fiesta del Sagrado Corazón ha comulgado Cocteau.

A las siete, Reverdy.

Sábado, 12 de septiembre. Festividad del Dulce Nombre de María (mi 42º aniversario). Por la tarde, visita de Pierre Couturier que mañana entra en el noviciado de Amiens [8].

Domingo, 13 de septiembre. Confirmación de Maurice Sachs en Versalles. Discurso conmovedor de monseñor Gibier. Recuerda que en 1913, en la misma capilla, fue confirmado Ernest Psichari... Estaban allí el padre Pressoir, Vera, Eveline, Jacques y yo.

Maurice Sachs y Jean Bourgoint almuerzan en nuestra casa. Bourgoint declara que es infinitamente feliz en nuestra pequeña capilla. Por la noche, el padre Millot, cena con nosotros.

25 de septiembre. Comienza el retiro de los Círculos tomistas con el padre Garrigou-Lagrange.

7. Jean Bourgoint es ahora el hermano Pascual, en Nôtre-Dame de Citeaux. (J.)
8. Que habría de ser ese padre Couturier tan querido por los escritores y artistas a los que él amaba tanto y nosotros amábamos también. (J.)

14 de octubre. Peregrinación de J. a Notre-Dame des Bois. El párroco le dice: «Usted es el misionero del Espíritu Santo».

13 de diciembre. Muerte de Henri Pierre, a la edad de 24 años, después de una larga enfermedad. Él deseaba ser sacerdote, estaba profundamente entregado a Dios.

Su madre nos dice más tarde que había sido puesto en el ataúd con *De la Vie d'Oraison* sobre su pecho. Querida alma, ruega ahora por nosotros.

1926

Meudon, *29 de enero.* Historia de André Grange:

André Grange, un amigo de Paul Sabon, y víctima como él de los surrealistas, había venido a ver a Jacques. Desde la primera entrevista Jacques le dio el *Compendio* de san Juan de la Cruz, publicado por C. H.[9] Y san Juan de la Cruz actuó de una manera maravillosa. André Grange no se separaba ya de este libro que mostraba a todo el mundo. En tres semanas, la obra de Dios se hizo en él. No le quedaban sino algunas objeciones fáciles de resolver.

Súbitamente, cayó enfermo y se vio perdido. El viernes 22 de enero (en que tenía que venir a nuestra casa), sintiéndose cerca de la muerte hizo llamar al vicario de su parroquia, tuvo una importante conversación con él, se confesó y comulgó. Cuando iba a salir el sacerdote, él le comunicó toda su alegría, y, en el momento en que aquel atravesaba el umbral André Grange exclamó: *¡Padre, qué corrompido está el mundo!* Ese muchacho de veinte años que abandonaba el mundo, lo juzgaba a la luz de la sabiduría sobrenatural.

Jacques, advertido en la mañana de ese viernes, por Paul Sabon, del grave estado de André Grange, pasó en su casa toda

9. Actué así porque lo veía comprometido en una experiencia espiritual real y profunda pero de la que parecía dueño el príncipe de las tinieblas. (J.)

la mañana. Grange expresó toda su dicha a Jacques, a Sabon y a todos los que fueron a visitarlo ese día, y ello en medio de atroces sufrimientos. Le dijo también a Jacques: «¡Es san Juan de la Cruz quien lo ha hecho todo!»

Al día siguiente entró en el delirio del que apenas salió. Recibió la Extremaunción y murió el domingo a las once de la noche.

Esta conversión y esta muerte han puesto fin a las últimas vacilaciones de Paul Sabon. El lunes acudió a Jacques en busca de refugio. Hoy se ha confesado y comulgará mañana [10].

El lunes nos dijo que, con todas sus ilusiones y decepciones, sentía el demonio en los surrealistas.

Todo esto prueba que *el mejor camino* para todas esas pobres almas es el conocimiento de la doctrina católica del amor divino.

Ayer todavía, Sabon decía a Jacques que san Juan de la Cruz basta para todo, y que jamás se cansa de leerlo y releerlo.

Ayer por la noche, en nuestra casa, alguien le preguntó quién le había hecho abandonar a los surrealistas «*¡Dios!*», respondió con fuerza.

Marzo. El alma arrastrada por Dios desea en su fondo más íntimo una palabra, desea una luz que aumente todavía la entidad de su amor. Y entonces se apercibe de que no existe palabra humana bastante precisa, íntima, adecuada, profunda, proporcionada a la profundidad e intimidad de su unión con Dios. Y entonces ella aspira al Padre, deseando que engendre en ella Su Palabra, el mismo Verbo, el único que puede penetrar en la intimidad del alma e iluminarla de una manera proporcionada al amor de caridad.

(El carnet n.º 4 se detiene aquí.)

10. Nuestro amigo Paul Sabon murió el 12 de septiembre de 1933. Yo estaba entonces de viaje. Raïssa al saber que estaba enfermo y en sus últimos momentos, rogó al padre Riquet que fuera con toda urgencia a Bourg-la-Reine. Pudo asistir a Paul antes de su muerte, sobrevenida a las diez y media de la noche. (J.)

II

DIARIO DE 1931

Meudon, *6 de octubre*, martes. Jacques me pide que reanude mi diario, abandonado después de tanto tiempo. Lo intentaré. Si tengo tiempo anotaré aquí algunos acontecimientos importantes de nuestra vida en estos últimos años. Pero comienzo por los más recientes: El retiro anual de los Círculos tomistas fue predicado por el padre Garrigou-Lagrange del 25 al 28 de septiembre. Este año los participantes han sido numerosos; en este momento sólo encuentro el nombre de 117 de ellos, pero eran por lo menos 150. Entre ellos, protestantes como Bauhofer, que se prepara para el bautismo, junto con su esposa (que no estaba en Meudon). Bauhofer ha tenido la caridad de decirnos que solamente aquí, en estos días de retiro, ha aprendido la verdadera plegaria. Es cierto que la misa del 27 de septiembre y el Magnificat que el día 28 clausuró el retiro, fueron particularmente impresionantes. En todos los participantes, sacerdotes y laicos, se sentía la fe, una unanimidad de corazón y espíritu. Esa unanimidad impresionó también a Willard Hill, en la conferencia que el padre Garrigou dio en nuestra casa el domingo por la tarde. Entre los que asistieron a este retiro estaban nuestros queridos van der Meer, con Anne-Marie que el 12 de octubre entra en las benedictinas de Oosterhout; Charles du Bos y su esposa; el padre Charles Journet; el padre Lallement; el padre Reeves, dominico inglés; Bullough y su esposa (hija de Eleonora Duse, quien me ha dicho que su madre tenía los libros de Léon Bloy y los leía con entusiasmo); O'Sullivan, presidente de la Sociedad Aquina de Londres; Dalbiez; René Schwob; Oscar Bauhofer; Mme. Jean Berchem y su padre, protestantes; Marek Szwarc; Cohen que se prepara para

entrar en los dominicos; Germaine y Jean Dedeken; Jeanne y Pierre Linn; Marie-Anne François; Henri Ghéon...

Jacques salió ayer para Chartres, donde espera poder trabajar en paz y terminar *Distinguer pour unir*.

DIARIO RETROSPECTIVO

Voy a evocar mis recuerdos remontándome.

Ayer, 5 de octubre. He recibido la visita de Mme. Cocteau. Me da buenas noticias de Jean, enfermo de una tifoidea benigna, en Toulon.

Domingo, 4 de octubre, festividad de san Francisco de Asís. Misa celebrada por el amigo de Willard Hill, muerto el 4 de octubre de 1930. Willard ha asistido a esta misa y comulgado con nosotros; lloraba pensando en la belleza de la conducta divina, que comenzó su conversión por este gran dolor. Ayer había abierto la *Imitación* en el capítulo V del libro III y estaba penetrado por sus palabras.

Este mismo domingo, por la tarde, visita de Marcel Brion y de los Bonjean. Ella es judía, hemos hablado mucho del catolicismo. Luego, visita de la madre de Jacques, de su hermana y de Eveline.

Sábado, 3 de octubre, festividad de santa Teresa de Lisieux. Jacques ha redactado un *ukase* destinado a defendernos a unos y a otros contra las invasiones del prójimo... Intentaremos todavía este ensayo para ver si hay medio de continuar viviendo en Meudon sin perder nuestro tiempo de plegaria, ¡y sin peligro de muerte! Poco importa morir en el dolor, con tal de que sea en el dolor que Dios quiere.

Viernes, 2 de octubre, festividad de los Ángeles de la Guarda. Leído en la noche del 1.º al 2 de octubre:

«Cuando se está colmado de la esencia de toda existencia, todo lo que se dice se hace verdadero. Los poetas han ensalzado en todos los tiempos la verdad y la virtud. ¿Acaso esto ha convertido a sus lectores en virtuosos y verídicos? Pero cuando un hombre despojado de sí mismo vive entre nosotros, sus actos se convierten en el latido del corazón de la virtud; todo lo que hace a los demás purifica incluso sus sueños más mediocres, todo lo que toca se convierte en verdadero y puro; llega a ser el padre de la realidad.» (*Vie de Ramakrishna*, por Romain Rolland, pp. 176-177.)

Y, en nota, estas palabras de Gandhi:

«Nuestras experiencias espirituales son comunicadas necesariamente, lo deseemos o no. Pero no por nuestras palabras que son un medio incompleto, sino por nuestra vida, nuestro ejemplo. Las experiencias espirituales son más profundas que el mismo pensamiento... Por el solo hecho de vivir, nuestra experiencia espiritual desbordará... Pero si queréis que otro reciba la propia experiencia espiritual, levantáis entre ambos una barrera intelectual...»

Es cierto que nuestras palabras son un medio muy imperfecto de expresión de las experiencias espirituales. Pero no querer comunicarlas en absoluto por la palabra, es un exceso y un error del moralismo de Gandhi. Nosotros, que hemos recibido la palabra de Cristo, sabemos que debemos vivirla y predicarla.

Y he ahí esos hombres que recibieron una revelación tan incompleta y que, sin embargo, hacen fructificar al máximo el germen de vida que les ha sido otorgado. Y nosotros, católicos, a quienes nos ha sido revelada una verdad sin mezcla de error, tenemos que recibir lecciones de espiritualidad, cuando deberíamos iluminar toda la tierra con la luz de Cristo. Ya sé que tenemos a nuestros santos tan puros y grandes, pero deberíamos tener todavía más. Y nuestras comunidades religiosas deberían ser *todas* más contemplativas de lo que son. ¿Por qué

crisis, por ejemplo, pasan a este respecto ciertas grandes Órdenes que conocemos bien, y cuyo objeto propio, ya sea litúrgico o apostólico, requiere en primer lugar la contemplación? Y de aquellos que están únicamente dedicados a ella, habría mucho que decir. Sé que la verdadera y pura contemplación es muy rara, incluso en esos medios privilegiados. Sin embargo, la caridad de la Iglesia es todavía visible por toda la tierra.

Ramakrishna: «¡No os preocupéis por las doctrinas! Lo que cuenta es la esencia de la existencia en cada hombre; y *la espiritualidad*. Necesitáis adquirirla.»

¿Cómo conceder un sentido tan elevado al valor de lo espiritual, y ese eclecticismo doctrinal a un tiempo? Quizá sea necesario donde no es conocida la verdadera doctrina... No hay que hablar propiamente de eclecticismo en Ramakrishna, sino más bien de desprecio de toda doctrina, que detiene el espíritu en lugar de favorecer toda espiritualización. «No me gustan las discusiones. Y Dios está más allá de los poderes del razonamiento...»

Admirable desinterés: «Que las abejas saqueen tu corazón, pero ¡cuídate de no retener cautiva a alguna de ellas por la belleza de tu alma!» (p. 207).

Lunes, 28 de septiembre. Fue el último día de nuestro retiro. Los van der Meer estuvieron con nosotros en el almuerzo; los Linn y René Schwob, en la cena.

Domingo, 27 de septiembre. Misa en nuestra capilla. Luego, misa del retiro en la Presentación.

Vuelvo sola a casa antes del sermón a fin de sufrir sola y rezar sin testigos. Primero experimenté algún consuelo, luego, volvió la angustia inexpresable. Durante el almuerzo (con los van der Meer) sufría tanto que tuve que abandonar la mesa y subir a acostarme; la angustia de mi alma era tal que creí volverme loca o morir. El nombre de *María* es un verdadero refrigerio. Es, sin duda, lo que experimentan las almas del Purgatorio cuando se ruega por ellas a la Virgen. Vuelve después la

oleada de dolor sin nombre, pero Dios me envía entonces a mi querido Jacques, que me cubre con el signo de la *Cruz* como se hace para la Extremaunción, y yo me sosiego. Contra toda esperanza, he podido bajar a las tres para la conferencia que el padre Garrigou-Lagrange da todos los días en nuestra casa durante el retiro. Ha hablado de santa Catalina de Siena, y no ha dejado de humillar a la teología ante el menor acto de caridad. Todos los participantes del retiro han podido acomodarse en el salón, en el que Sandoz tuvo la buena idea de sacar las puertas. El padre Garrigou ha hecho mucho bien. En la cena hemos tenido al padre Journet, Beuhofer, el padre Leclef, Eveline. Nos hemos acostado tarde, y, sin embargo, me he mantenido bien.

Sábado, 26 de septiembre. El padre Dehau y el padre Garrigou almuerzan con nosotros. Antes del almuerzo he visto al padre Dehau algunos minutos, pero sin ningún consuelo en el estado doloroso en que vivo, sobre todo desde hace tres meses. En la cena, los Bullough, el padre Reeves, O'Sullivan, todos extremadamente simpáticos, cultos, distinguidos y piadosos. Con ellos, Willard Hill, René Schwob, el padre Garrigou. Después de la cena, miss Borton. Una buena velada, de entendimiento profundo, sin fatiga. (Le he dicho al padre Dehau que, de antemano, me horrorizaban los caminos por los que sentía que Dios me haría pasar.)

Viernes, 25 de septiembre. A las tres y media de la tarde, primer sermón del retiro. En la cena, G. Dedeken, Yvan Lenain, Moureau, Dalbiez, René Schwob, el padre Journet.

Jueves, 24 de septiembre, Nuestra Señora de la Merced. El padre Garrigou llega por la tarde, se queda a cenar.

Durante todos los días del retiro, hubo en la casa un vaivén continuo, y espero que útil.

Domingo, 20 de septiembre. Por la tarde, los Szwarc, Jean Cattauï de Ménasce, y otros que no recuerdo ya.

Jacques estaba en Meudon desde el 6 de septiembre. El 6 de agosto partió para Salzburgo, donde dio seis conferencias. En Salzburgo encontró a los Bullough, Guardini, Georgii y también a Ghéon. El día 22 partió para Munich con Eschweiler y Bauhofer, para encontrar allí a Peterson en la alegría de su conversión al catolicismo (bautizado en Roma por Navidad).[1] El miércoles 26, salió para Konnersreuth, siempre acompañado de Eschweiler.

El jueves 27, vio a Teresa Neumann en su casa, en su estado normal y le hizo la mejor impresión. Jacques le pidió que rezara por mí y que rogara a Dios para que nos hiciera conocer su voluntad para con nosotros. Ella prometió hacerlo.

El viernes 28 de agosto, día de san Agustín, por la mañana hacia las nueve y media, y luego, al mediodía, Jacques vio a Teresa Neumann en su éxtasis doloroso. Dos regueros de sangre fluían de sus ojos. Los lienzos de la cabeza y el pecho estaban manchados de sangre clara. Los estigmas de las manos eran muy aparentes, pero no sangraban. Ella estaba medio incorporada en su lecho, los brazos levantados, sin rigidez; su rostro expresaba un vivo dolor de compasión; no habló.

El sábado, 29, Jacques llegaba a Estrasburgo, allí le esperaban Alexandre Grunelius y Nicolás Nabokoff, para llevarlo a Kolbsheim donde permaneció hasta el 6 de septiembre.[2]

El 26 de julio Jacques y yo volvimos de Bagnoles, donde pasamos un mes.

Vera y yo pasamos el mes de mayo en Saint-Paul de Vence. Allí encontré a P. H.[3]

1. Encontré también a Théodore Haecker en Munich. (J.)

2. Era mi primer encuentro personal con los que se convirtieron en nuestros amados ahijados Antoinette y Lexi (Raïssa fue la madrina de Alexandre Gruenlius; y ella y yo los padrinos de Antoinette). Antoinette fue bautizada en nuestra capilla de Meudon el 15 de marzo de 1932, por el padre Bruno; Alexandre lo fue en los Benedictinos de la rue Monsieur, por el padre Altermann, el 14 de junio de 1933. (J.)

3. René Schwob vivía en Saint Paul cuando Raïssa y Vera fueron allí en busca de un poco de reposo. Él les presentó a su amigo P. H.; pero éste le atemorizaba con su magia negra y sus teorías sobre el acto gratuito, y Schwob se amparaba en Raïssa. Entre ella y P. H. hubo vivas discusiones religiosas, y se desarrolló una cierta simpatía mutua. Raïssa le escribió agradeciéndole el envío a Meudon de un libro suyo que acababa de aparecer, a lo que él respondió que sentía estima por

Mamá está enferma desde abril...

El 7 de marzo de 1931, el padre Bruno bautiza a Willard Hill en nuestra capilla.

El 11 de marzo, el padre Mugnier bautiza en París a Jean Hugo.

Los dos son ahijados de Jacques.

CONTINUACIÓN DEL DIARIO DE 1931

9 de octubre. Rudeza de los santos que no han alcanzado todavía más que el estado angélico. Cuando sean semejantes al Cristo de la Pasión, comenzarán a conocer la dulzura y la bondad.

10 de octubre. «Dios mío, dadme lo que Vos ordenáis y ordenadme lo que Vos queráis.» (Plegaria de san Agustín.)

He oído la *Sinfonía Trágica*, de Schubert; en el concierto he encontrado a Mme. Mc Crae.

11 de octubre, Vigésimo después de Pentecostés. Jacques después de Chartres, ha ido a Chantilly, a fin de terminar su libro. Por la tarde, visita de Martha Spitzer, Babet, Roland-Manuel, los Linn, Marie-Louise, Eveline. Roland-Manuel me dice que el padre A., enteramente abandonado por los suyos, soporta esta gran derelicción con un espíritu sobrenatural, pero que está destrozado.

12 de octubre. Carta de Mme. Hugo Ball; dice que su marido amaba y leía mucho los libros de Jacques. Anne-Marie

ella y que precisamente por esto, la mataré cuando me sienta digno de ello». Ella le replicó que quisiera ser digna de tan gran homenaje. Cf. más adelante, *Fragmentos anexos*, Fragm. 2 (véase también Fragm. 1). (J.)

van der Meer entra hoy en las benedictinas de Oosterhout. Jacques ha vuelto de Chantilly.

13 de octubre. Jacques ha almorzado hoy en casa de Gay con el padre Schmitt, Maurice Brillant, el padre Bernadot (...) y algunos católicos de Dahomey, grandes admiradores del padre Aupiais.

15 de octubre. Puesto que todo hombre de buena fe y costumbres puras puede recibir la gracia divina y la de la perseverancia final sin pertenecer visiblemente a la Iglesia, ¿por qué la predicación del Evangelio? ¿Por qué no predicar únicamente la existencia de Dios, la buena fe y la pureza, lo cual es accesible a toda conciencia?

No puede decirse que las almas que así se han salvado, no colaboran activamente a la salvación del mundo. Se han salvado pero no salvan...[4] En todo caso, la predicación del Evangelio es necesaria para constituir un régimen normal de salvación para las almas.

Pierre y Christine comen en casa por primera vez después de la partida de su hija.

16 de octubre, viernes. «He recibido, he recibido la Cruz de vuestra mano; la llevaré, sí, la llevaré como Vos habéis querido, hasta la muerte.» Es el texto que la *Imitación* me ha ofrecido hoy (libro III, LVI). Y lo he reconocido y aceptado desde el fondo de mi alma.

24 de octubre, san Rafael Arcángel. Ningún hombre en el mundo es estrictamente digno de la confidencia de otro hom-

4. Nosotros pensábamos que ellas colaboran activamente en la salvación del mundo por el fervor de su intercesión individual y en virtud de sus méritos individuales (unidos a los del Salvador), no en virtud de la obra común, realizada por el Cuerpo del que Cristo es la Cabeza. Nuestra idea (conjetural) era que por las gracias *sacramentales,* y, ante todo, por el Bautismo, las almas se entregan activamente a la gran obra (co-redentora) común del Cuerpo místico de Cristo en términos profundamente arraigados a ese. Todo a fin de que participen sufriendo e intercediendo en la obra cumplida por Él, y en la Cruz llevada por Él. Cf. CHARLES JOURNET, *L'Eglise du Verbe Incarné,* t. II, pp. 326-327, y 406-407. (J.)

bre. Aquí, el don supera siempre la capacidad de recibir. Únicamente el corazón de Dios puede bastar.

¿Quiere Dios nuestra partida para una mayor soledad? ¿O una mayor soledad sin partir? No sé ya lo que quiero en el fondo de mi corazón... ¡Partir sería una gran aventura! ¿Qué me costaría la separación? No estoy vitalmente ligada más que a tres seres, Jacques, Vera y mamá. No se trata de dejarlos. En cuanto a las demás amistades, incluso las más profundas, me gusta tenerlas a manos llenas, pero no cierro mis manos sobre ellas; pueden escaparse, escapar, no alcanza nada esencial en mí. Yo amo la vida humana en general; todo ese movimiento de los corazones y los espíritus, todos esos trabajos, esfuerzos, e incluso esa agitación; siento que me costaría mucho alejarme totalmente, sería como un riachuelo convertido en lago al apartarse del gran río. No, no hay que retirarse sino a fin de alcanzar más rápidamente el océano. No hay que retirarse sino por un mayor amor, para un mayor amor.

En el mundo de los cuerpos, la energía se desprende de la destrucción. También en el mundo espiritual. Pero no de cualquier destrucción. Para desprender la energía espiritual, es preciso ser destruido por el amor, consumido por el fuego de la divina caridad. Nada de lo que se ofrece a ese fuego se pierde, y todo lo que no se le ofrece, se pierde.

Leído ayer *(23 de octubre)* en la *Imitación:* «...que yo no os evite el dolor, debe ser, incluso, vuestra única alegría» (Libro III, cap. XXX).

Domingo, 25 de octubre, festividad de Cristo Rey. El padre Bruno celebra la misa.

Jacques está en Bellevue. A las tres llegan Willard Hill, y luego su amiga Mme. Mc Crae con Eveline. Luego, el doctor De Vries y el padre Boutinaud y Babet Jacob. Maxime profesa el 1.º de noviembre.[5]

Escribo a Germaine (Dedeken).

5. Maxime Jacob tomó el nombre de Clement al entrar en la abadía en En-Calcat.

26 de octubre. Muy fatigada después de la tarde de ayer. ¿Darán algún fruto mis sufrimientos de ayer?

Esta mañana he sufrido nuevamente de una manera apenas tolerable. ¿Es mi purgatorio lo que estoy pasando?

Pero ¿qué quiere Dios de mí? ¿Qué soledad? ¿Qué muerte?

(Raïssa escribió al margen: hoy, 2 de abril de 1934, planteo las mismas preguntas (con otra tinta), y hoy 17 de diciembre de 1936).

Sábado, 31 de octubre. Concierto con René Schwob: *Actus tragicus,* de Bach. *Requiem,* de Mozart.

1.º de noviembre. Mi querido Jacques ha vuelto definitivamente a Meudon, y llueve el trabajo, no tengo ya, en absoluto, tiempo para mí.

Por la tarde: Yves Simón, Willard Hill, Georges Izard, los Lemaître, los Severini, los Pichet, Arthur Lourie.

3 de noviembre. Visita de Christine con Mme. Renier y su hija Mia, que tiene una sorprendente y espontánea devoción por santo Tomás de Aquino.[6]

Domingo, 8 de noviembre. El padre Riquet viene con una veintena de estudiantes de medicina, internos... Jacques les da una pequeña conferencia sobre la relación entre las ciencias y la filosofía; también han venido Jacques de Monléon, Sandoz, Olivier Lacombe, Willard Hill, el padre Smothers, Mme. Mc Crae, etc.

Lunes, 9 de noviembre. Visita del padre Dehau. Me alienta mucho. Me dice que la operación (espiritual) que he sufrido ha debido ser muy importante, puesto que Dios solo se ha encargado de ella, no ha querido la ayuda de médico alguno,

6. Raïssa dedicó a la pequeña Mia su *Ange de l'Ecole.* (J.)

sino que ha apelado a la misma Virgen como enfermera.[7] El padre cena con nosotros y Eveline, que Jacques había ido a buscar a París.

Pasamos el *11 de noviembre* en casa de Marcel Arland, en el campo.

15 de noviembre. En la cena, Nicolás Nabokoff y sus amigos Grunelius, Babet, Eveline.

Domingo, 22 de noviembre, por la tarde. La hermana mayor de Psichari, Willard Hill y Pearson, Eveline, Roland-Manuel, François Mauriac, Pierre van der Meer, los Linn; los Fumet en la cena.

23 de noviembre. Jacques sale para Ginebra, donde da una conferencia por la noche.

24 de noviembre. Salida de Jacques para Milán. A las cinco de la tarde, primera conferencia en la Universidad de Milán. Conferencias en Milán el 25, 26 y 27.

El día 28 Jacques parte hacia la Cartuja de Farneta.

El 28 y 29, conversaciones de Jacques con Dom Florent Miège. Jacques le ha hablado de nuestras dificultades. Dom Miège ha sido de una claridad absoluta: «Son cadenas que Nuestro Señor os ha dado. Debéis besar vuestras cadenas. Ser rendidos y devorados hasta el fin. *En* la oración. Ejemplo del padre Libermann. No pensar en cambiar vuestra vida, en abandonar vuestro puesto.» Él se opone a la idea del *ashram.*[8] «*No os atéis con nadie.*» «Amad vuestras cruces.»

7. Con la misma fecha encuentro en uno de mis carnets: «El padre Dehau pasa el día en casa. Raïssa le dice que durante ese período en que sufrió tanto, sentía a la Virgen como inclinada misericordiosamente hacia ella.

«Es el cirujano jefe quien opera por sí mismo, le respondió. Y la Virgen, cuya asistencia siente usted, es la Enfermera que Él llama junto a sí para las grandes operaciones. Es usted afortunada...» (J.)

8. Nos preguntábamos, en esta época, si deberíamos vivir con algunos amigos, en una especie de *ashram* cristiano. (J.)

Tener presente en la prueba todo lo que él ha dicho para mí...[9]

Jacques vuelve el 1.º de diciembre.

Martes, 1.º de diciembre. Muerte del párroco, en casa del conde Biver, hacia las diez de la noche.

El jueves tres de diciembre, lo vimos en su lecho de muerte. Muerte muy simple, pobre, desnuda. Funerales el día 5 en la enfermería Marie-Thérèse. Entierro en la Courneuve.

Domingo, 6 de diciembre. Por la tarde, buena reunión de estudio. Jacques de Monléon da una pequeña conferencia sobre el conocimiento, y Etienne Borne sobre el trabajo.

Martes, 8 de diciembre, Inmaculada Concepción. ¿No es acaso el bautismo de la Virgen? ¿La gracia, la fe, la Santísima Trinidad, que moran en su alma desde el primer instante de su vida humana?

Por la noche, con Ghéon, su hermana y Willard Hill, concierto Mozart en la Sociéte Mozartienne. Música «pura»; alegría y juego; donde la misma gravidez es angélica.

Domingo, 13 de diciembre. Concierto: *Le Jour,* de Jaubert;

9. Dom Florent parecía en comunicación espiritual con Raïssa. Sentía por ella una gran ternura, y hablaba de su vida interior con una especie de seguridad intuitiva. Siempre me encargaba decirle que tuviera plena confianza en los caminos por los que Dios la conducía. Y decía también que ella y él estaban profundamente unidos en el amor de Dios.

Transcribo aquí algunas notas mías tomadas después de una conversación con él en la mañana del 29 de noviembre de 1931: «Creo que impongo a Raïssa, dije, una vida que es agotadora y que la altera en su vida de plegaria. —¿Qué sabe usted si la altera? No, ella es del todo sobrenatural, esto no es una distracción para ella. Ella le ayuda mucho y usted necesita de su ayuda, pero está lo bastante unida con Dios para hacerlo sin detrimento de su alma.

»Me refiero a las pruebas interiores por las que pasa. —Es normal, las vías místicas llevan esto consigo. Es necesario, tiene que pasar por ello.

»Ella me ha dicho: "Dios quiere matarme". —Sí, es cierto. El quiere matar el yo.

»—No tomar jamás una decisión en esos momentos de sufrimiento interior. En esos estados es preciso continuar aferrado en el camino en que se esté.

»Por la tarde, le hablo de nuevo a ese respecto. Le digo: yo quiero que se sacrifique a Dios, pero no a mí. Él responde, sí, ella está sacrificada. Pero no a usted. A la causa de Nuestro Señor. Su vida es una fuente de bendiciones.» (J.)

atmósfera agradable, conmovedora calidad melódica. La última parte me ha parecido un poco forzada, un poco larga. Antes del concierto, visita de Roland-Manuel y de Carducci, que parece cerca de la conversión. He hablado con Roland-Manuel de Mauriac y Jean-Pierre Altermann. El desacuerdo entre director y dirigido es todavía más grave de lo que pensaba.

Después del concierto: Ghéon, Maurice Brillant y los Arney. Jacques Arney nos ofrece, al piano, composiciones suyas que nos parecen buena música. Brillant las aprecia y quiere recomendar Arney a Straram. Ghéon nos lee su *Avare*, de una enorme comicidad. Le entrego a Brillant, para Baty, la pieza de Guina (Szwarc): *Emma*.

Lunes, 14 de diciembre. Jacques sale para Lovaina, donde, a las tres, ha pronunciado una conferencia sobre la noción de filosofía cristiana.

Martes, 15 de diciembre. Jacques se ha detenido en el Convento de los Carmelitas en Lille, y ha llegado para el concierto de la noche, dirigido por Désormières, en la Sala Gaveau. Hermoso programa: dos corales de Bach. *Parade*, de Satie. *Rébus*, de Markévitch. *La Consagración de la Primavera*.

Sala curiosa: *todo el mundo* está allí: Stravinsky, Lurié, Nabokoff, Markévitch; Bérard, Auric y su esposa, Bonjean, Jean Cocteau, Jean Desbordes, Julien Green, etc. Y Max Jacob...

Cocteau llega ataviado con unos guantes blancos, enormes y espesos, la muerte entra con él. Desbordes está seco y descarnado, tiene el aspecto de estar más enfermo que Cocteau.

Parade es acogida de un modo conmovedor. ¡Qué pureza en esta música, y cuánta ciencia! Qué dominio, también, de la voluntad y la conciencia sobre la más exquisita de las sensibilidades.

Rébus es como todo lo que Markévitch ha ofrecido hasta ahora: hábil y desagradable. Mucha destreza y poca alma. *Omnirebus* del infierno, dice Jacques; sí, es un homenaje a Diaghilew.

La Consagración me parece más bella a cada audición. Toda Rusia está presente en esta música. Qué espléndida disposición para los arabescos, incluso los más geométricos y voluntarios en apariencia.

Vemos a Stravinsky después del concierto. Nos pide que el jueves vayamos a su concierto. No queríamos ir pero, probablemente, iremos...

(Fin del Diario de 1931.)

III

HOJAS SUELTAS

I

1931 - 1935

Meudon, *21 de febrero de 1935.* Casi nunca se tiene el tiempo ni la posibilidad de escribir lo que uno vive. De vez en cuando, se anota un pensamiento en un pedazo de papel que se conserva o se destruye. Me propongo copiar aquí lo que hasta ahora ha permanecido desparramado. Es tan poco lo que he conservado o lo que he dicho, en comparación con lo que la vida —especialmente en estos últimos años— nos ha dado; ¿siquiera haré lo poco que hoy me propongo? Probablemente, me faltará tiempo. Y, además, ¡es tan pesado recopiarse uno mismo! Ningún orden cronológico (ni de otra clase), mis trozos de papel, generalmente, no llevan fecha.[1]

1. Muchos fragmentos que se encontrarán aquí están fechados, pero se trata a menudo de fragmentos de cartas u otros que he encontrado en otro cuaderno o en sobres; se trata también de anotaciones fechadas y extraídas por mí de carnets o *diarios* y agendas (pequeñas agendas donde breves líneas fueron apresuradamente trazadas sobre el papel) que yo había dejado aparte en mi primer trabajo de selección y que fueron objeto de un segundo examen. He añadido esos otros fragmentos y notas fechadas (bastante numerosas) a los «trozos de papel» que Raïssa había puesto en el «cuaderno verde», y he reunido varias notas fechadas en un mismo Fragmento. He numerado todos esos fragmentos, y clasificado por orden cronológico los que están fechados. (Una primera parte va de 1931 a 1935; una segunda de 1936 a 1939; una tercera, de 1940 a 1960.)

Raïssa destruyó muchas cosas de los carnets, cuadernos, y notas tomadas en hojas sueltas. Si conservó los fragmentos reunidos aquí, es, sin duda, porque debían tener un interés especial para ella. En el «cuaderno verde» que contiene el «Diario de 1931», había escrito «Textos quizá para guardar», y entre sus páginas había introducido (hasta 1939) muchos de sus «trozos de papel». Algunos de éstos son notas recopiadas, y, a veces, notas escritas de un tirón, como las sacadas de los carnest y agendas. (J.)

1

Sin fecha. Después de una comunión. «*Caetera creatura vilescat, ut Creator in corde dulcescat.*» (San Agustín.) «*Noli timere, vermis Jacob. Noli timere, quia redemi te, et vocavi te nomine tuo: meus es tu.*» (Isaías.)

Habéis atraído a Vos mi alma cansada y toda en lágrimas, y Vos la conserváis en vuestra paz y vuestro silencio, como un amigo estrecha a otro contra su corazón sin hablarle, porque, en aquel momento, la palabra es interior.

2

Sin fecha. Blondel. Metafísica. Tomismo.

Desconocimiento técnico del valor de la inteligencia. Pocos hombres necesitan estas últimas seguridades del espíritu. Pero es preciso que éstos las encuentren también en el tesoro de la Iglesia; como un manto de oro que sólo se pone en las grandes fiestas.

La verdad especulativa es algo muy elevado y estricto, muy grande por su elevación, muy pequeño por su extensión a un pequeño número de espíritus.

3

Sin fecha. «No estoy calificado en absoluto para defender el principio de identidad», ha dicho Gabriel Marcel en una reunión en casa de Berdiaeff, y Charles Du Bos ha hecho un gesto significando la misma denegación.

Y a mí me ha parecido oír: «No conozco a este hombre.» (Pero, como Pedro, podrán arrepentirse.)

Esto es renegar por la razón del principio de nuestra salvación natural por la razón.

Es renegar de aquél sin el cual no podemos hacer nada humano, porque renegar de la criatura, es renegar del Creador

(si se supiera lo que se hace). Es como decir que el Evangelio no se dirige a los filósofos, ni siquiera como hombres, y que Cristo hubiera debido hablar de otro modo a esos señores. Es separarse de todo lo humano y sólo mantener contacto con un puñado de filósofos que se disputan entre sí. ¡Si se supiera lo que se dice!

4

Sin fecha. Los misterios y las leyes nos resultan igualmente insoportables, y todo el catolicismo es esto.

5

Sin fecha. La belleza de un poema *oscuro* posee también una apariencia de desarrollo o de vinculación lógica *ilusoria* como en el sueño, y que realiza la unidad del poema como aquella realiza la unidad del sueño, por la unidad de la atmósfera donde las imágenes se forman y expresan.

6

Sin fecha. Toda la contemplación de Jesús tiene una conclusión práctica, y es la Redención por la Cruz y la muerte.

7

Sin fecha. El sufrimiento introduce el espíritu en el mundo.

8

Sin fecha. Cultivo de una viña: Israel está rodeado de leyes formales como espinas para separar a los demás pueblos y ponerlos aparte, separarlos. Todos los elegidos son *separados.*

La Iglesia, el pueblo fiel, es *separado* de este modo por los sacramentos.

Enseñanza práctica de Dios para trabajar en este cultivo de su viña.

Lo que debemos hacer no deriva únicamente de la verdad, sino de los designios del gobierno providencial.

Hay muchas cosas que no conocemos concernientes al régimen de los demás pueblos según los designios de Dios.

Dios ha dado dioses (dioses que han fracasado) a todos los pueblos menos a Israel.

9

Sin fecha. El amor en sí mismo no es culpable, no puede serlo. «Yo no soy culpable», dice Melisenda, que sólo es consciente de su amor.

El pecado únicamente reside en el trato de la carne *(opere aut cogitatione)* fuera del matrimonio, y ello a causa de las necesidades de la *educación* del hombre espiritual. Es preciso *deducir* un *hombre espiritual* capaz de vivir eternamente en la sociedad de Personas divinas, de ese *hombre animal* que somos al nacer. Por ello, los preceptos de la castidad no tienen excepción.

Si de un amor humano se sabe inferir un amor espiritual y desinteresado, por más que las raíces de este amor estén enteramente en el hombre, su amor estará puro de pecado. Raramente se encuentra este amor. Supone que el lugar de Dios está reservado en el centro del alma, o en la cumbre del espíritu; que es como un punto de apoyo que toma Dios en la naturaleza humana para transfigurarla.

10

Sin fecha. (Probablemente 1927). Fragmento de una carta (sin nombre del destinatario, probablemente Nicolás Nabokoff), respecto a Sacha Rzewuski: [2]

2. Después de su conversación entró en la Orden de Santo Domingo donde tomó el nombre de Ceslas.
De una agenda de Raïssa: «*Jueves, 25 de noviembre de 1926.* — Vamos a casa

«Hay tan pocos corazones que se den enteramente a Dios, que Él se guarda bien de rechazarlos; y, en efecto, les pide hasta la última gota de su sangre, del mismo modo que Él no reservó el suyo en la Cruz: «¡No lo he amado para reír!» ¿Conocía usted las terribles palabras de Nuestro Señor a santa Ángela de Foligno? Los que no han ofrecido su alma a Dios en sacrificio, no pueden conocer la capacidad de sufrimiento y alegría que Él da, y hasta qué punto puede ahondar y penetrar su corazón. Sacha va a saberlo. Será necesario rogar mucho por él.»

11

Fragmento de una carta copiada por Vera, sin fecha y sin nombre de destinatario (1931).

«...El trabajo es a menudo una lucha trágica. Veo a Jacques en casa de Berdiaeff frente a filósofos rusos y franceses; en casa de Du Bos frente a Gabriel Marcel, Du Bos, Mauriac (y, pronto, Gilson).[3]

...En el estudio franco-ruso, se expone, como el martes último,[4] la contradicción de los filósofos rusos y universitarios franceses, y los imbéciles del periodismo (defensores del humanismo, se llaman a sí mismos). En todas partes se espera de Jacques la palabra verdadera, verdaderamente católica, ya para aceptarla, ya para atacarla ferozmente. (Pienso que un cristiano está siempre expuesto a las fieras.) Dios lo sostiene, es evidente. Allí donde la mala fe le tiende trampas, allí donde su dulzura parece una presa fácil, su buena fe y la fuerza de su pensamiento desconciertan a sus contradictores. Pero no

de Nicolás Nabokoff para despedirnos de Alexandre Rzewuski que parte para el convento de Saint-Maximin en el mayor secreto de su familia y conocidos.» (J.)

3. Eran todos amigos, pero opuestos a la aproximación filosófica que Raïssa y yo teníamos y habíamos tenido siempre por lo único verdadero (esta era la posición incluso de Gilson en aquella época, si bien no lo fue por mucho tiempo, ya que pronto el progreso de su reflexión le llevó a declarar la primacía de santo Tomás de Aquino sobre todos los demás maestros de la Edad Media, por grandes que fueran, y a comprometer su propio pensamiento en los caminos abiertos por él (J.)

4. 27 de enero de 1931 (cf. *Le Songe de Descartes*). (J.)

está terminado ni dicha la última y luminosa palabra. ¡Qué drama! La mala fe y el error que se extienden, son un duro espectáculo. Y yo sé que Dios da la sabiduría, pero también que puede retirarla. Ruegue para que la palabra de verdad no sea negada jamás a Jacques; es casi necesaria en las circunstancias en que la Providencia lo ha situado.»

12

4 de junio de 1931. Entro en la presencia de Dios con toda mi carga de penas y miserias.

Y Él me toma como soy y me recoge en Sí.

De tal manera que en esta misma paz experimento mi amargura más amarga. *Ecce in pace amaritudo mea amarissima.*

13

A René Schowb, *3 de julio de 1931.* «Dios es muy indulgente con las almas que corren hacia Él, incluso si caen torpemente en el camino, e incluso si esto sucede a menudo, con tal que se levanten y clamen a Él.

Pero lo que Él detesta es el detenimiento deliberado y complaciente. Y no me refiero sino al pecado venial cuando es una interrupción plenamente consentida en el camino que va a Dios, un reposo, un placer (por mínimo que sea), sin referencia a Dios.

Estas interrupciones, estos reposos, tan caros a la naturaleza, son objeto de los terribles celos de Dios. Y todo ello debe ser pagado estrictamente. Dios quiere que vivamos como si no viviéramos. El afecto que admite, que está en el orden de la caridad, está orientado al goce de Dios, por fuerte que sea ese afecto. Es el afecto de un alma en movimiento. Va siempre hacia adelante. Es el movimiento de un alma libre. Sus mismas caídas sólo la detienen un instante —se levanta y sigue— y mientras se dirige hacia Dios cura sus heridas.

El afecto que constituye el pecado venial deliberado es el

que actúa como si Dios no existiera. Y Dios no puede sufrir esto. El alma no se ha desviado de Dios, la materia del pecado carece de gravedad, no tiene el peso de Satán como la materia del pecado mortal. Pero el alma no ha referido a Dios su alegría, bien porque aquella alegría es, en sí misma, pecado, o bien porque el alma reposa en el hecho mismo de no referirlo a Dios, de olvidar a ese Dios terrible con todas sus exigencias. Esto es insoportable a Dios. Y, porque nos ama, nos arranca sin tregua, nos persigue sin piedad, hasta quitarnos ese afecto demasiado pequeño para nuestra alma, y demasiado grande según la intensidad de su celoso amor.»

14

Agosto 1931. Es extraordinario hasta qué punto, cuando Dios quiere probarnos, los afectos más vivos, las amistades más fieles, pueden quedar reducidas a la impotencia, paralizadas en su expresión, sujetas a la distracción... De buen o mal grado, hacemos así el aprendizaje de la espantosa soledad de la muerte.

Es una invitación a vivir y morir lo más bellamente posible. Con resolución, con generosidad, porque sabemos que el Paraíso se hace con todas estas muertes.

Cuando el sufrimiento desborda, sufrid bien, sufrid a fondo, pero sufrid ante Dios. «Vayamos y lloremos ante Aquel... que nos ha creado.»

El exceso de dolor mortifica la sensibilidad, pero puede vivificar el alma. Y ese punto muerto (o casi) se convierte en un punto de paz y de reposo donde puede renacer una vida más generosa. Así, escalonadamente, al paso del dolor profundamente sentido, al paso del amor, sin saberlo quizás, el alma se hace espiritual y bondadosa.

15

Sin fecha. La expansión de la naturaleza es contraria a la vida de la gracia, en el estado de naturaleza caída.

La gracia no destruye la naturaleza. Esto sólo es verdad en lo que respecta a las facultades: la gracia no destruye la inteligencia ni la voluntad, ni la sensibilidad; por el contrario, la eleva, las fortalece, y las agudiza.

Pero orienta sus actos a la vida eterna, y los *mortifica* en cuanto a la vida de este mundo.

En este mundo; y no *de* este mundo.

¿Puede haber una mística sin muerte? Cuestión esencial.

«Si el grano no muere...»

16

2 de febrero de 1932, la Candelaria. Esa reunión de las criaturas inanimadas en la liturgia es un fruto de la piedad divina.

Así como toda cosa es buena en la medida en que es, toda cosa es digna de amor en la misma medida.

La piedad es la ternura del amor, así como el celo lo es de la exaltación.

Piedad y celo acompañan al amor de caridad de arriba abajo en la escala de los seres.

Es la tierna piedad de los hijos de Dios que une la luz y la cera, las abejas y la miel, el agua y la sal, el incienso y el aceite, el pan y el vino en la celebración del culto divino. Reúne humildemente, amorosamente, toda la belleza dispersa del mundo, le presta la voz humana y la palabra para expresar la tendencia de todas las cosas hacia Dios, y lo que las cosas significan, y lo que es su misterio en el seno mismo de los misterios sagrados.

17

Sin fecha. ¿Cómo responder a la inevitable pregunta del porqué del sufrimiento? Negar a Dios no soluciona nada, no suprime el sufrimiento, no disminuye el misterio de nuestro destino. Negar a Dios porque toda la naturaleza gime, es sola-

mente descargar a Dios de la responsabilidad de una creación en la que el sufrimiento es inevitable. Ésta es la prueba del amor natural a Dios (inscrito en la misma naturaleza) que, incluso cuando se refugia en las profundidades de la inconsciencia, nos queda el deseo de absolver a Dios de todo el mal que sufren los hombres.

18

21 de diciembre de 1932. A Antoinette Grunelius:

«...Cierta plegaria muy simple por la que tomamos en nuestro corazón a aquellos por los que queremos rogar; y, luego, ofrecemos a Dios ese corazón, con todas sus solicitudes, para que venga a darse con todo su amor.

Por esta dulce aspiración que no pide más que un poco de atención, y que es, en su simplicidad, un don total de sí a Dios, se atrae a Aquel que, por encima de todo, quiere entregarse y abrazarlo todo con Su amor, y fundir todo obstáculo a su bondad.

Esta plegaria tan simple, puede practicarse siempre y en cualquier lugar. Pone en el alma una gran dulzura, apacigua toda impaciencia, funde toda dureza en el centro de ese doble y único amor a Dios y al prójimo.»

19

1933. Quiero salvar mi esperanza.

20

Diciembre 1933. A Pierre van der Meer:

«No invoquemos a la piedad, todos los que somos arrastrados por las olas de todo lo que es sufrimiento en este mundo, de todo lo que es miseria y necesidad, como nosotros mismos, nosotros que «buscando y persiguiendo la paz» no podemos encontrarla más que bajo el aguijón de mil pruebas, en el trabajo, el ruido, en medio del mundo.

Caminamos en la oscuridad, expuestos a chocar con mil obstáculos. Pero nosotros sabemos que «Dios es Amor», y la confianza en Dios es nuestra luz. Tengo el sentimiento de que lo que se nos pide es vivir en el torbellino, sin retener nada de nuestra sustancia, sin retener para nosotros ni reposo ni amistades, ni salud, ni ocio —rogar sin tregua e incluso sin tiempo— y dejarnos arrollar por las olas de la voluntad divina hasta el día en que ella diga: *ya basta.*»

21

Sin fecha. Aprended de mí que soy dulce y humilde de corazón.

Aprended de mí la dulzura que es amor y la humildad que es verdad, y estas cosas son eternas. Podéis equivocaros en todo lo demás, vuestra ignorancia es mi abismo.

22

2 de febrero de 1934. Después de la comunión, entrega total a Jesús, a su Amor.

23

Sin fecha. Si alguien junto a mí pudiera sentir solamente un poco de esta angustia seca, de esta muerte lenta, o la amargura de estas lágrimas arrancadas a las fuentes de la vida, entonces comprendería.

Pero no deseo a nadie tal experiencia.

24

1934. La muerte pone fin al sacramento del matrimonio, puesto que entonces otro matrimonio y un nuevo sacramento del matrimonio se hacen legítimos. Y ello se comprende por-

que este sacramento es para la humanidad temporal y para la perfección de la especie.[5]

Pero entonces, ¿no queda nada en el cielo de la unión de dos esposos, fieles uno al otro hasta la muerte? Lo que queda, es lo que la *amistad* ha podido crear entre ellos de unión puramente espiritual, de semejanza de alma, de igualdad de méritos, quizás, en una vida donde todo ha sido común.

25

Sin fecha. «Os saludo, oh Dios, amarga amargura llena de todas las gracias» (TAULER, *Sermón para el 5.º domingo después de la Trinidad*, traducción Hugueny, t. II, p. 211).

Ecce in pace amaritudo mea amarissima.

«Tú no quieres morir de buen grado» (TAULER, *Sermones*, II, p. 98).

Anunciaréis su muerte hasta que venga (*I Cor.*, XII, 26).

«La anunciaréis *muriendo*, despojándoos por la virtud de su muerte» (TAULER, *Sermones*, II, p. 98).

«E incluso vuestra única alegría debe ser que yo os golpee sin reservas» (*Imitación*, 23 octubre 1931).

26

12 de febrero de 1934. Por la mañana, bajo el peso de la angustia a causa de las noches de agitación de la pasada semana, y de la huelga general anunciada para este mismo día, me entregué a la oración como de costumbre.

Y Dios, misericordiosamente, me acogió en su gran paz y me tuvo en ella durante largo tiempo. Y si bien me confortó para lo que durara ese día (no podría decir si para mucho más tiempo), me hizo comprender que deberé dar aún mucho de mí misma.

5. Para la *perfección* de la especie, es decir, para que sean reconocidas y sobrenaturalmente confirmadas las más elevadas exigencias de la ley natural con respecto a la especie humana, y para que el rigor de lo que así se exige a cada uno eleve el nivel moral de la especie. (J.)

Por la gran paz en que Dios me ha tenido, he podido sentir esa amarga amargura aunque sin experimentar la agonía que se ha hecho habitual, para mí, a esa especie de desprendimiento y de muerte.

27

Domingo, 18 de febrero de 1934. Por la mañana, me he entregado al amor de Dios en la oración. Extendida como si estuviera sobre la Cruz, clavada por el corazón como con una lanza. Inmovilizada por el amor. Y el Amor ha trabajado en silencio, vaciando, penetrando, abrazando, sin reparar para nada en mis gemidos. Ha durado largo tiempo. He tenido que hacer esfuerzos, andar, apartarme, para aflojar el lazo tan fuerte con que Dios me había atado. (Imposible ocultar esto a Jacques.)

28

Sábado, 3 de marzo de 1934, 5 de la tarde. Después de una gran angustia, me he sentido atraída a la capilla, y allí, contra el altar, Jesús me ha permitido respirar. Ha sosegado mi alma, me ha confortado, mostrado que todo es claro, que no debo tener miedo, que Él no me abandonará, que no permitirá que me aleje de Él. No podía apartarme del altar, tocándolo, besándolo, refugiada junto a él.

(Raïssa añadió más tarde, sin fecha, probablemente hacia finales de marzo): Toda esta Cuaresma ha sido terrible, especialmente, el jueves, el viernes y el sábado santos. Y el domingo 25, y el lunes 26.

¡Agonía! ¡Agonía!

29

[*Abril 1934.* (De uno de mis carnets de notas.) Raïssa me dice que cree participar un poco en la agonía de Nuestro Señor,

y en su tentación, al mismo tiempo. «Él quiere tomarlo todo», «es preciso dárselo todo». A veces ella va a la capilla a rezar, a llorar, el rostro envuelto en el mantel del altar.

Más tarde, el día de Pentecostés, me confesó que había pedido sufrir todavía más. Ella cree que se le pedía esto a causa del estado del mundo... (J.)]

30

7 de abril de 1934. Sorprendente historia de David en *los Reyes:*

Después de su doble pecado, se dice únicamente que *esto disgustó a Dios.*

Un profeta vino de su parte a decírselo a David.

David se arrepintió en seguida (pero conservó a su lado a la mujer de Urías, y Urías había muerto por su culpa).

E inmediatamente se le dice que está perdonado.

Así, la Nueva Ley *aparece* como más dura que la Antigua, es más exigente.

Allí donde la Antigua Ley admite la poligamia, la Nueva no permite siquiera el divorcio.

Quizá porque, tomando el Antiguo Testamento en bloque, es histórico, habla después de los acontecimientos, y de este modo tenemos la historia de las misericordias de Dios con los pecadores. Por el contrario, si tomamos el Nuevo Testamento, en bloque también, habla *antes*, propone el ideal de la santidad, y es así de una exigencia inusitada.

Cuando se escriba nuestra historia, la historia de la Iglesia y de la humanidad después del advenimiento del cristianismo, se verá ante todo, la historia de las misericordias de Dios con los pecadores.

31

10 de abril de 1934. Cocteau nos había reservado un palco para seis personas, para la representación de la *Machine infer-*

nale (9 de abril), pero ello no constaba en la invitación, y sólo lo advertimos al llegar al teatro. Christian Bérard vino a ocupar a nuestro lado uno de los cuatro asientos vacíos. Él es el autor de los decorados, muy bellos, que hacen vivir la tragedia en la luz.

Estoy trastornada por la pieza de Jean Cocteau. Es admirable. Es la mejor que ha escrito, la más pura, la más humana, la más simple. Es tragedia auténtica, y la comparación con el *Coriolano* de la Comedia Francesa es curiosa, a este respecto. Cocteau es con seguridad el único autor trágico de nuestro tiempo.

Lo que me conmueve y llena mi alma de preguntas (ya planteadas, ya resueltas; pero es preciso que se planteen y sean resueltas todavía de una manera más aguda, profunda y penetrante, más vital y más allá de nuestros límites), lo que me conmueve no es únicamente la belleza de esta obra, es la belleza misma de la poesía y del amor, y de sus obras maestras, es la grandeza que la belleza confiere, como a dioses, a quienes son sus creadores.

Y frente a nosotros, nuestro Dios crucificado que esconde su belleza en la muerte, y su amor en las sombras de la fe...

32

10 de abril de 1934. A propósito de la ópera de Arthur Lourié, *Le Festin pendant la Peste.*[6]

La encuentro intensamente humana y a la vez, desprendida de todo en su belleza. Es una de esas raras obras en que el arte y la verdad, la libertad y la perfección, la gravedad y la ligereza, se funden en la unidad de un objeto puro.

6. Lourié había ejecutado esta ópera al piano, para nosotros. Cuatro años antes, el 13 de febrero de 1930, habíamos tenido la suerte de oír, en los Conciertos Straram, su admirable *Sonata Liturgique*. Recuerdo que aquella audición ayudó a Guy de Chaunac (ahora padre Robert, en la abadía benedictina de En-Calcat) a tomar conciencia de su vocación religiosa. Había ido allí sin que nosotros lo supiéramos, lo encontramos por azar en el pasillo, transtornado por la invasión de *alegría* que aquella música le había causado. (J.)

33

12 de abril de 1934. Todo lo que hay en la obra de Jacques, lo hemos vivido primero en el estado de dificultad vital, en el estado de experiencia, las cuestiones del arte y la moral, de la filosofía, de la fe, de la plegaria, de la contemplación.

Se nos ha dado en principio a cada uno *vivir* según su propia naturaleza y según la gracia de Dios.

(Hemos comenzado por la experiencia de conocer la ausencia de la verdad. Inmediatamente, hemos sufrido por Ella...)

Y continúa todavía.

34

El mismo día, 12 de abril de 1934. Cuando las inclinaciones aumentan en intensidad, la inteligencia no cesa de lanzarse al objeto, al mismo objeto, *vehementius et profundius*, dice Juan de Santo Tomás.

De este modo, las cuestiones vitales pueden presentarse de nuevo al espíritu una vez resueltas, y, en efecto, reaparecen con la exigencia de una nueva penetración más vehemente, más profunda, aspirando a una solución más inmediata, más elevada y eficaz de la dificultad vista bajo un nuevo aspecto, general o personal.

Así sucede con las inclinaciones científicas, artísticas, morales, teologales.

Ello explicaría también la necesidad de la tentación que es una *pregunta* más vehemente planteada al alma, a fin de que superándola responda con un mayor amor, un amor más clarividente, un don más entrañable de su profundidad, una aceptación más consciente y generosa del sacrificio y del holocausto, en favor del Señor y de las almas.

Desde el 12 de febrero (1934) se ha unido a la prueba de la tentación una extraña e inexpresable pena interior que me inmoviliza casi cada día durante un tiempo más o menos largo

y con repeticiones más o menos frecuentes, que me inmoviliza el cuerpo y el alma en un sufrimiento espiritual, tan profundo, tan agudo y total, que podría creerse que Dios permite al Príncipe de este mundo lanzarse sobre mi alma.

Esta pena no me era desconocida, pero nunca, antes del 12 de febrero había alcanzado tal agudeza.

Comenzó cuando hube entregado completamente mi alma al amor de Dios, reduciendo toda mi plegaria a la respiración de este amor.

35

A Jacques, el *7 de mayo de 1934.*

«...Siento hasta qué punto Dios te ama, y cada vez más. Debes dejar expansionar tu alma, no tener *inquietud* por nada. Porque ahora estás enteramente en el corazón de Dios, al abrigo de todo. Reza por tu pobre ovejita que siente como si debiera cumplir algo muy difícil, pasando a través de zarzas y espinas. Sería preciso no tener nada de vellón para no dejarlo en esos senderos estrechos. Creo que en esas grandes angustias Dios se entrega a librarme de toda esa lana, a despojarme de todo. Cada vez creo que la operación ha terminado. Y cada vez veo que hay todavía mucho que hacer...»

36

12 de mayo de 1934. En ese camino que se ha convertido en el mío, sin que sepa demasiado cómo ni por qué me encuentro en él, interrogo a Dios sin descanso, e intento permanecer sensible a su voz.

El jueves, en la misa de la Ascensión, su respuesta ha sido maravillosa. En el momento en que el sacerdote elevaba la hostia para la comunión, y yo me acercaba al altar, el dolor y la angustia que me habían invadido ya, se han disipado súbitamente como por un soplo de aire fresco. Mi corazón se ha dilatado y colmado de alegría; he comulgado así, y Jesús ha

parecido recibirme con mucho amor, diciendo sin palabras al fondo de mi alma: «Te veo y te compadezco. No temas nada a pesar de tu debilidad. Yo agradezco tu esfuerzo por aportarme ofrendas a la vez humanas y puras.»

37

Sin fecha. Es preciso observar escrupulosamente todas las leyes y no temer la libertad.

El corazón, como el espíritu, va adonde quiere, va adonde le arrastra el peso de su amor. Y no se sabe verdaderamente de dónde viene, ni, a pesar de todo, adonde va...

El amor no se codifica. Sin embargo, hay también un mandamiento de amor: el de amar a Dios y al prójimo.

Porque este amor es la fuente de todo amor —el amor divino el origen de todo amor en la tierra y en el cielo.

Todo amor debe transformarse en amor como —bajo el lagar— la viña se hace vino.

38

Sin fecha (probablemente *mayo de 1934*). Al comienzo de todo esto, Dios me mostró también que hay algo nuevo que introducir en toda ascesis: huir y destruir no es toda la perfección.

Dios quiere que se le ofrezca lo que hay de ser y de belleza en toda cosa y todo afecto.

No quiere ofrendas muertas. Quiere ofrendas puras y llenas de vida. Pero, naturalmente, algo debe morir en la medida de la propia purificación. Y lo que permanece queda transformado, transfigurado. El afecto ha entrado en el orden de la caridad.

Lo que es preciso sustraer al amor humano —para hacerlo puro, bienhechor, universal y divino—, no es el amor en sí mismo: no, lo que se debe suprimir, o, mejor, rebasar, son los límites del corazón. De ahí, el sufrimiento, en ese esfuerzo por

salir de nuestros límites estrechos. Porque, en estos límites, en *nuestros* límites *está* nuestra alegría humana.

Pero es preciso rebasar los límites del corazón; es preciso, bajo la acción de la gracia y por el trabajo del alma, abandonar nuestro corazón limitado por el corazón ilimitado de Dios. Esto es, verdaderamente, morir a nosotros mismos. Únicamente cuando se ha aceptado esta muerte se entra resucitado en el corazón ilimitado de Dios, con todo lo que se ama, con las presas del amor, dándose a sí mismo como presa al amor infinito.

El amor de Dios penetra en nosotros libremente cuando morimos a nosotros mismos. Pero, al mismo tiempo, penetra libremente el amor de las criaturas según el orden de la divina caridad.

Llevar el propio corazón bajo el lagar. Recostar el corazón sobre la Cruz.

39

Viernes, 29 de junio de 1934. Quisiera escribir una serie al *Príncipe de este mundo.* Podría ser: *Transfiguración.* Jesús ha desposeído al Príncipe de este mundo. Toda la Creación se ha transfigurado en derecho y en esperanza. En realidad, los santos son los únicos transfigurados. Pero la transfiguración en derecho, y en esperanza, nos da, entretanto, una visión nueva sobre lo creado y lo humano...

40

1.º de julio de 1934. Desde hace algunos meses tengo la impresión de ser el teatro apenas consciente de transformaciones profundas, importantes, destinadas a ser expresadas y a aparecer en plena luz algún día.

...Es cierto que, desde hace algunos meses vivo, en cierto sentido, cosas nuevas, grandes y difíciles. Esas cosas que necesitan pasar por el secreto, la exaltación y los sufrimientos de

un alma para ser algún día, quizás en otra parte, verdades luminosas, capaces de servir a los hombres. Todos aquellos que viven su vida en la fe, sirven además al Cristo de humanidad. Pero es preciso esta *Fides*.

41

6 de julio de 1934. (Fragmento de una carta, sin nombre del destinatario.)

«Estoy sometida todavía a ese extraño régimen matinal del que le he hablado. Se diría que Dios teme que olvide que la vida del cristiano en este mundo es una muerte, y que me lo recuerde cada día por esa especie de pequeña agonía. No encuentro otras palabras para expresar lo que siento. ¡Y la vida parece tanto más bella y amable al que va a morir! Sin duda es entonces cuando *tiene más valor el abandono a la voluntad de Dios*.

Después que han pasado esos duros momentos (una hora, dos, quizá más) me pregunto a menudo cómo ha sido siquiera posible tal experiencia.»

42

1934. En estos sufrimientos terribles puedo ser socorrida *un poco* por la ternura y la amistad, así como un alma es socorrida en el Purgatorio por un acto de caridad que se realice por ella. Y, ciertamente, ni el mejor razonamiento podría tener el mismo efecto.

Esto explica las quejas de Job contra sus «amigos», que razonaban, sin embargo, perfectamente bien.

43

1934. (¿Fragmento de una carta?)

...Esta facultad de actuar a la vez en dos planos, el de la experiencia concreta, exigente y dolorosa, y el de la concepción abstracta y liberadora, arraigada en la misma experiencia...

...Así ha sido para mí, y esto me permite vivir. Todo lo que puede pasar de la esfera de la sensibilidad y del afecto, y de toda experiencia, a la de la libertad, se convierte en instrumento de liberación. *Veritas liberavit vos...* Pero esta alquimia es en sí misma un rudo trabajo. Esta transfiguración puede darnos la muerte.

44

Montigny, *9 de julio de 1934.* De una carta a C. H.:

«...Hasta ahora me ha sido verdaderamente imposible hablar de mí, de ese extraño estado en que vivo desde el mes de febrero, y que se ha ido acentuando desde marzo... ¡Qué buenas han sido para mí sus cartas! Me han tranquilizado, me han consolado. Incluso el anuncio de sufrimientos más duros todavía, hasta el sentimiento de la condenación, me ha sido útil, porque durante algunos días he estado bien cerca de esta prueba. Y he sentido que si no me había hundido en ella es porque Dios había reparado en mi debilidad. Creo que hubiera podido hacerme morir. Cuando me embargan estas grandes angustias siento como si mi vida se fuera. No es miedo ni temor de nada, es como un combate muy duro del alma entre la muerte y la vida... Jacques está entonces a menudo junto a mí, me asiste como un ángel de Dios, reza a mi lado. Me dice que doy la impresión de estar en paz. Lo que pasa en mí tiene lugar en las fuentes de la vida donde creo que ninguna agitación puede penetrar. Pero el dolor llega al paroxismo. Todas las dificultades están allí con toda su fuerza (así lo creo). Dios parece ausente.

...Tengo conciencia de colaborar. Tengo conciencia, oscuramente, de trabajar en una gran tarea... Las más dolorosas experiencias de este carácter, terminan con el deseo vivísimo de pertenecer a Dios, a su amor. Pero yo las vivo con esa impresión confusa de que hay algo humano que salvar, ofrecer, dejar transfigurar por el Señor.»

45

19 de julio de 1934 (nota escrita el 21). *Mañana terrible.* Una de las más terribles de estos meses. Lucha entre la tierra y el cielo, entre esta vía *única* «cuya dicha no verán ya mis ojos» y la vida eterna escondida en las tinieblas divinas. Jacob luchó con el ángel en la noche. Ahora comprendo que la vida eterna (espiritual), puede parecer enemiga, erigida contra nuestra alma, nuestra única. Combate contra nosotros para ser vencida, es decir, *ganada.* Es así como Dios triunfa en el triunfo de Jacob. Porque ahí reside la victoria de Jacob: ganó a Dios dejándose vencer por Él. Si en esta lucha Dios hubiera sido vencido, Jacob no le habría pedido su bendición. El signo del triunfo de Dios está en la cojera de Jacob. Y Jacob ganó a Dios dejándose mortificar en su carne.

46

1934. Somos el alimento de Dios. Es absolutamente terrible ser asimilados por Él.

47

Montigny, *domingo, 5 de agosto de 1934.* Digo en mi oración: es mi substancia lo que debo ofrendar a Dios, para que Él la transforme.

Después de la misa, leo en mi devocionario (domingo 11.° después de Pentecostés):

Honora Dominum de tua substantia.

(que creo no puedo traducirse sino por: ¡honrad al Señor con la ofrenda de vuestros bienes!...)

De una manera general, esta misa del domingo onceavo responde bien a mi plegaria de ayer, y de hoy, y a las circunstancias...

48

Meudon, *7 de noviembre de 1943, 7 de la tarde.* Confesión semanal.

Vuelvo a casa, extraña confianza hacia cosas bien grandes y difíciles. Paz profunda, deliciosa. Confianza respecto a la utilidad de los sufrimientos de estos últimos nueve meses (especialmente después del 12 de febrero). Confianza en un alma a la que quiero.

Calma profunda, dicha.

En una renuncia total, sentimiento de la facilidad de la entrega a Dios, a Jacques, a todos...

49

Jueves, 22 de noviembre de 1934. Ahora sé que existe *este* mundo y el mundo de Jesús, y que ambos son opuestos.

Sólo se reúnen al tránsito de la muerte.

Y la transfiguración viene después, para aquellos que han atravesado bien la muerte.

El mundo de Jesús es cuantitativamente muy pequeño: la sal de la tierra, la pizca de levadura que fermenta la masa... Comprende a aquellos que se dejan conformar a su imagen. Son sus verdaderos imitadores y cooperadores en la salvación.

Todo *este mundo* y su belleza están sostenidos por el mundo de Jesús. Hasta la muerte en que se opera la salvación para todos aquellos que Dios ama y a quienes Él *no juzga.* El amor es incapaz de *juzgar.*

Se puede decir también que hay dos categorías de hombres: aquellos que, por algún misterio, son capaces de asimilar el pecado, y aquellos que no son capaces de ello (por algún misterio de predestinación...)

Hay los que son capaces de asimilar el pecado, de vivir con el pecado, casi de vivir de él; de extraer de él una experiencia

útil, cierto enriquecimiento humano, un desarrollo, incluso un perfeccionamiento, en el orden de la misericordia y la humildad, llegar al conocimiento de Dios, a una cierta teodicea, por la experiencia extrema de la miseria del pecador. Así son los rusos, personajes de Dostoievsky. Tienen conciencia de esa capacidad de aprovechar, en definitiva, el pecado. Tal es la multitud de los pecadores, sin saberlo.

Los que son incapaces de asimilar el pecado porque el menor pecado deliberado es para ellos como una espina en la garganta, no tienen tregua hasta que se liberan por la contrición y la confesión. Aquéllos son llamados a la asimilación con Cristo. Pueden aceptar o rechazar. Es temible el momento en que oigan esta llamada, es la voz del mismo Jesús.

50

Viernes, 23 de noviembre de 1934. Concierto Toscanini: Novena Sinfonía.

51

24 de noviembre (1934). Oración terrible. Experimento toda la amargura de la muerte. Dios me pide más que mi vida: aceptar la muerte viva, el desierto de la vida. Es dar más que el alma. *Amaritudo amarissima.*

Torturada, sollozando, he sentido el fin como un soplo ligero que venía del Señor. Como si Él me dijera: «Soy yo, Jesús. Me encuentras de nuevo. Sí, tú harás mi voluntad. Sí, tú la aceptarás. Sí, tú estarás conmigo». Tregua, apaciguamiento en que termina esta oración. Pero esta oración es ahora mi vida. Y la muerte se me propone a cada instante en nombre de Dios. Puedo aceptarla, y entrar en el mundo de Jesús, o rechazarla y comenzar a vivir la vida de este mundo.

52

Domingo, 25 de noviembre (1934). Mañana muy dulce, incluso reparadora como un buen sueño del que hubiera sido consciente.

53

25 de noviembre (1934). Hago la experiencia, en cierta manera, de ese gran misterio enunciado por san Pablo, cumplir *lo que falta* a la Pasión de Cristo.

La pasión de Cristo está para siempre recogida en lo eterno. Lo que le falta es *el desarrollo en el tiempo.*

Jesús sólo sufrió durante cierto tiempo. Él no puede desarrollar por sí mismo su Pasión y su muerte en el tiempo. Los que consienten en dejarse penetrar por él hasta una perfecta asimilación; aquellos que consienten en convertirse en *la carne de su carne,* completando el espacio de tiempo que falta a la Pasión. Unión terrible en que el amor no sólo es fuerte como la muerte, sino que comienza por ser una muerte, y mil muertes.

«Te desposaré en la sangre.»

«Soy un esposo de sangre.»

«Es terrible caer en los brazos del Dios vivo.»

Y, las palabras de Jesús a santa Angela de Foligno:

«No te he amado en vano.»

Hay también un *cumplimiento* de la Pasión que sólo criaturas falibles pueden realizar, es la lucha contra la caída, contra la atracción de *este mundo* como tal, contra la atracción de tantos pecados que representan la felicidad humana. Jesús no podía ofrecer ese don el Padre; sólo nosotros podemos hacerlo. Hay una manera de rescatar el mundo, y de padecer, sólo accesible a los pecadores. Al renunciar a los bienes de este mundo —que el pecado nos habría procurado en mayor número de lo que imaginamos—, al dar a Dios nuestra felicidad humana y temporal, le ofrecemos proporcionalmente tanto cómo Él nos ha dado, porque le damos *nuestro todo,* la limosna de la mujer pobre del Evangelio.

54

1934. A Nicolás Nabokoff:

«En fin, mi querido Nicolás, para terminar con lo que co-

mienza su carta, le diré que mi «yugo» y mi «cruz», se llaman para mí *morir*. Dios exige que muramos a nosotros mismos si queremos servirlo (poco importan los medios que Él emplea para ello cada vez). Las almas generosas mueren pronto. Pero yo no acabo de morir. Me puedo creer muerta y, de repente, renacer enteramente, por así decirlo. Entonces, el trabajo comienza de nuevo. Dios envía otra vez su llama purificadora a todos los recodos del corazón, porque Él cuida de mí.»

55

1934. La felicidad humana no cabe en mi destino.

Sé de una manera evidente que Dios no permitirá nunca que me pertenezca a mí misma y busque mi felicidad. No lo ha permitido jamás. A Él pertenezco, y por Él y con Él a todos los que Él quiera. Es Él quien elige mis prójimos.

En medio de todos mis sufrimientos, Dios me ha dado una visión clara de mi destino. Tengo un destino, y sólo esto es ya maravilloso. Porque el destino hace la unidad, la utilidad y la belleza de una vida. Y mi destino es el de no pertenecerme.

Dios nos ha concedido a Jacques y a mí un mismo destino, y como viático, una ternura única y maravillosa.

56

4 de diciembre de 1934. Es preciso dejar de considerar la observación de las leyes religiosas, la fe e incluso la caridad como garantías de una vida terrestre dichosa...

Es cierto que la Providencia divina vela por nosotros. Pero las leyes naturales son en sí mismas las primeras manifestaciones de esta Providencia, la primera y universal manifestación de la Sabiduría. Dios les permite actuar y desarrollar todas sus consecuencias. Los milagros son raros. La única seguridad del privilegio que tenemos es que TODO *sucede para el bien de los que aman a Dios* (san Pablo); pero en ese *todo* están tam-

bién comprendidas todas las calamidades y todas las tribulaciones.

En ciertas vocaciones excepcionales que exigen la ayuda de determinadas circunstancias materiales, la Providencia aparece como particularmente favorable, y llega hasta las gracias más extraordinarias, como los carismas y milagros. Pero más frecuente que esos favores, es, por el contrario, la aparente dureza con que son tratados los más íntimos amigos de Dios. No hay tan sólo el martirio visible, hay el martirio cotidiano y oculto de los fieles de Dios, de los que son llamados no solamente a la imitación activa de Cristo, sino a ser asimilados por Él a Sí mismo, a convertirse en la carne de su carne, una humanidad por añadidura en la que se cumple *lo que falta* (ver san Pablo) a la Pasión del Salvador. Son almas de una generosidad singular, que han sido, en efecto, providencialmente preparadas por la gracia divina a esa vocación redentora.

57

1934. (Una hoja en la que, como en un exceso de pena, ella copió apresuradamente el salmo 87.)

Yavé, Dios de mi salvación
Día y noche clamo a ti
Llegue mi oración a tu presencia
Inclina tu odio a mi clamor
Colmada de males está mi alma
Y mi vida al borde del sepulcro
Me cuentan ya entre los que bajan a la fosa
Soy un hombre ya sin fuerzas
Estoy como abandonado entre los muertos
Como los cadáveres en el sepulcro
de los que ya no te acuerdas
Porque han sido arrancados a tus manos
Me has lanzado al fondo de la fosa
Entre las tinieblas del abismo

Pasa tu ira sobre mí
Desencadenas sobre mí todos tus furores
Has alejado de mí a mis amigos
Me has hecho abominable ante ellos
Estoy aprisionado sin salida
Mis ojos se consumen en el sufrimiento
Te invoco todo el día, Yavé
Y tiendo mis manos hacia ti.
Y clamo a ti
Mi plegaria va a ti desde la mañana
¿Por qué, Yavé, rechazas mi alma
Y me ocultas tu rostro?
Soy desdichado y moribundo desde mi juventud
.....
Mis compañeros son las tinieblas de la tumba.

58

2 de febrero de 1935. Comulgo en casa. Mañana muy dolorosa.

16 de febrero. Comienzo a leer ***Temor y temblor***, de Kierkegaard.

Sábado, 2 de marzo. Mañana muy dura.

El mismo día. (De uno de mis carnets de notas.) Raïssa sufre atrozmente esta mañana. Todo el horror de la derelicción cae sobre ella, en el curso de una oración más bien apacible; ha abierto el Antiguo Testamento, ha leído las prescripciones mosaicas, la dureza de la Ley (el esclavo golpeado hasta la muerte por su amo, etc.), Abraham expulsando a Agar de manera tan cruel. Todo ese enigma cae sobre ella y la arroja en la noche de la agonía que, desde hacía quince días, parecía alejada.

Siento a Raïssa *consubstancializada* con la verdad hasta tal punto que todas las palabras parecen falsas e hirientes. Estamos cada vez más terriblemente solos.

No hay otro recurso que el mismo Jesús, estoy seguro de ello. Jesús Salvador y Santo en los caminos de Palestina, cuya mirada humana comprende y cura. (J.)

59

Jueves, 14 de marzo de 1935. Por la tarde, hemos visto con Jacques las pinturas del Museo de Grenoble en el Petit Palais. Dos nombres lo dominan todo en esta exposición: *Zurbarán (Anunciación, Adoración de los Magos, Natividad)*, y *Henri Rousseau:* especialmente el *Navire* y esas flores en un jarro que es como un navío.

El *Navío* es una obra *absoluta,* absolutamente *dada.*

Sábado, 16 de marzo. Durante la noche, escribo *Le Beau Navire:* «Rousseau...»[7]

60

13 de abril de 1935. Jornada muy dura.

Lunes, 22 de abril. Comienzo a escribir sobre Abraham, tal como me lo habían pedido Jacques y el padre Journet.

Sábado, 10 de agosto. Jornada muy dura, una de las más duras desde que esto comenzó.

El mismo día. (De uno de mis carnets de notas.) Raïssa ha sufrido mucho esta semana. Me ha dicho: «Se diría que Jesús quiere entrar en mí con toda su miseria, con toda la sangre que lo cubre, esto no es soportable...» (J.)

7. Uno de los poemas de *Lettre de Nuit.* (J.)

61

[*Lunes, 12 de agosto de 1935.* (De uno de mis carnets de notas.) Raïssa me ha dicho: «*Jesús estará en agonía hasta el fin del mundo*». Es preciso que haya almas en que Él continúe su agonía». (J.)]

Miércoles, 14 de agosto. Comulgo por la mañana. Jornada más terrible todavía que la del día 10. Comenzó después de la comunión, se atenuó un poco después, y volvió a repetirse hacia las cuatro de una manera espantosa.

62

Lunes 28, al miércoles 30 de octubre de 1935. En Londres con Jacques, donde ha pronunciado una conferencia en la Aquinas Society, otra en el Warburg Institute (sobre «Signo y Símbolo»). Cenamos con T. S. Eliot. El miércoles a las cuatro volvemos al Instituto Warburg para ver a Sachsl y Wind, que nos pidieron volver para una entrevista privada. Conversación conmovedora que permite ver las intenciones profundas y propiamente religiosas en esos trabajos de erudición sobre los signos y los símbolos.

Nos piden que volvamos para un mes. Desearíamos hacerlo, y Londres me gusta enormemente.

Velada encantadora con Richard O'Sullivan, miss Borton y Ascha (el día 30).

63

Lunes, 11 de noviembre de 1935. Por la tarde, en París, asistimos al concierto ofrecido por la Coral de Estrasburgo que dirige el padre Hoch: *La Redención*, de Gounod.

Los coros son buenos, pero la música es mala, popular en el mal sentido; Max Jacob lo ha sintetizado en la frase atribuida a un cuento popular: «Era marquesa y madre a la vez».

64

Sábado, 23 de noviembre de 1935. Ayer por la noche oímos el Concierto para dos pianos de Igor Stravinsky en la Sala Gaveau. Concordancia admirable sin ninguna interioridad y que se escucha sin más placer que el que proporciona el oficio bien sabido.

No hay *canto* alguno en esta música. No procede de ningún germen lírico, sino solamente de una *idea* musical.

65

Lunes 16 de diciembre de 1935. Mañana dolorosa.

Jueves 26 de diciembre. Visito la Exposición de la Gazette des Beaux Arts. Modigliani, Chagall, Utrillo, Rousseau, Soutine, Pascin, Marie Laurencin.

Detesto los Soutine expuestos. (Parece su primer estilo, muy inferior a lo que ha hecho posteriormente.) Estoy un poco decepcionada por los Modigliani. Más fascinada por los Laurencin de lo que hubiera creído. Bastante indiferente a Pascin. De allí, los tres pintores que me gustan son Utrillo, Chagall, Rousseau. Éste, alcanza una perfección casi absoluta: *L'Eté, Le Navire.*

Domingo, 29 de diciembre. A las dos y media salgo para ir a casa de los Lourié con toda la vajilla necesaria para el té. Nos reunimos allí con los Du Bos, los Gouhier, los Laloy y un buen número de otros amigos.

Lourié ha tocado la *Gigue*, dedicada a Jacques. Luego, se han cantado las melodías: sobre un soneto de Dante, un texto de Alexandre Block, un texto de Pouchkine. Al final, *Procesión*[8],

8. Uno de los poemas de Raïssa en *Lettre de Nuit*. (J.)

cuya música es admirable, cantada por los Kedroff de un modo conmovedor.

3 de enero de 1936. Jacques sale para New York [9].

II

1936 - 1939

66

Meudon, *enero de 1396.* A Jacques.

«Sigue amándome así, necesito mucho amor para vivir, y sé que yo debo amar "como no amando", en el sentido de san Pablo, y más allá del sentido de san Pablo. ¡Qué terrible vocación! Por ello Dios ha puesto junto a mí tu maravillosa ternura. ¿Junto a quién hubiera podido yo vivir tal vocación si no junto a ti? Y, desde ahora, en un enajenamiento extraordinario de todo conocimiento. Ayer, sin embargo, sentí vivamente el amor de la Cruz de Jesús, y no quiero separarme de ella, la que reúne a justos y pecadores.

Mi bienamado, creo como tú que "es un signo de Dios estar cada vez más separados de las concepciones de las cosas de Dios. Sus pensamientos no son como nuestros pensamientos.." Pero, Jacques, vivir así es el martirio, es no tener ya donde reposar la cabeza...

Lo admirable es que no puedo tomar este reposo en tu corazón sin impedir para nada la acción de Dios en nosotros.

9. Después de mi primera estancia en el Instituto de Estudios Medievales de Toronto (enero-marzo de 1933, Raïssa se había empeñado en que hiciera este viaje, a pesar de las inquietudes que su salud inspiraba entonces), volví casi cada año a Toronto para permanecer allí dos o tres meses. (J.)

Hasta tal punto Dios está contigo. Y tú eres toda mi dulzura en el mundo.»

67

Sábado 11 de enero de 1936. Esta tarde, en Lión a donde llegué ayer [1], ensayo general de la *Symphonie dialectique de Lourié*, dirigida por Jean Witkovsky. Obra emocionante. Podía pensarse en los últimos preparativos para la botadura de un navío. Toda la orquesta y su admirable director desaparecen ante la obra; se captan así todas las dificultades, la novedad, las sonoridades raras.

Domingo 12 de enero. Concierto a las cinco. La Sinfonía *dialéctica* ha sido muy bien ejecutada. La orquestación es de una sonoridad nueva, fresca y estridente, clara como el canto de un pájaro, y, grave al mismo tiempo.

Lunes 13 de enero. Salgo de Lión por la mañana con Arthur y Jean Mouton. Viaje muy agradable. Conmigo, un libro de Jouhandeau, *Algèbre Morale.* Arthur lo admira, pero, con buenas razones de artista que conoce el precio del misterio, declara que «todas esas cosas no deben decirse». Hacemos el viaje en tercera, y almorzamos en el compartimento. Todo resulta sencillo y encantador. Vuelvo sin estar fatigada.

68

Viernes, 31 de enero (1936). He desobedecido a Jacques: me he dispuesto a hacer mi oración dejándome hundir, porque ya no podía más de dejar flotar mi alma tan dolorida en la superficie, sin posarse, sin reposar, ni siquiera en el sufrimiento; prescindiendo de todo, preferí sufrir a fondo.

1. Raïssa había ido para la primera audición de la obra invitada por Jean Mouton, cuya madre vivía en Lión. Cf., más adelante, su carta a Lourié a propósito de ésta. (J.)

Pero una feliz sorpresa me esperaba: encontré un recogimiento inmediato muy dulce y profundo, que me reposaba y sosegaba. Es como si se me hubiera hecho comprender que todo era mucho más sencillo y dichoso de lo que yo imaginaba.

Hoy todavía siento el efecto de esa distensión, esa dulce paz. (3 de febrero.)

69

Jueves, 13 de febrero de 1936. He visto a Julien Green (y a su hermana Anne) un momento. Estudia hebreo con entusiasmo. Hablamos mucho de la Biblia. Al acompañarme a casa, me dice de una manera grave que me conmueve: «*Piense* un poco en mí, Raïssa» —piense, significa rece—, «lo necesito». Él y su hermana deben resignarse también a no ser felices, por lo menos en este mundo.

70

Meudon, *26 de marzo de 1936.* A Julien Green:

«Querido Julien, he esperado impacientemente su libro, y no he quedado decepcionada en mi espera. *Minuit*, junto con *Les clefs de la Mort*, creo que es lo que prefiero de su obra. Ha alcanzado aquí el máximo de intensidad pura dentro de lo trágico, y en ese poder que usted posee en grado tan elevado de revelar, a partir de una emoción inicial, esa realidad más que real, esa realidad espiritual envuelta en la ilusión de las apariencias. Pero situarse de tal modo en el corazón de la noche, es lindar la aurora del día espiritual, que, para nuestros ojos tan débiles, es como la noche. Esta aurora la han entrevisto Edme y su discípulo Agnel, uno en la contemplación, el otro en ese amor tan puro que se ignora a sí mismo.

Pero, usted lo dice de manera admirable, «esa región... es de ordinario inaccesible, protegida por Himalayas de desesperación... dentro de nosotros mismos no es una gran distancia y tan lejos, sin embargo, que a veces no basta toda una vida para

alcanzarlo». Para alcanzarlo o bien hay que ignorar toda dificultad, como los niños, o aceptar de antemano todas las desesperaciones, sólo entonces se accede a la paz real «donde el hombre interior se mueve y desarrolla».

«La noche es más bella que el día». Podría decirse que todos los escritos de san Juan de la Cruz son la explicación de esta pequeña frase, y de la que sigue: «El cielo oscuro extiende su gracia misteriosa sobre la tierra que el sueño ha hecho atenta. Todo duerme y todo escucha. Liberada de las groseras ilusiones del día el alma no aspira sino a las cosas invisibles...» ¡Qué admirable poema ha escrito ahí, Julien! Estoy intimidada por envanecerme de comentar tales pensamientos, que no quieren detenerse en la teoría sublime, que van a Edme y a Agnel hasta esa disposición evangélica del corazón que nos hace comprender que «no existe amor más grande que el de dar la vida por sus amigos». Y esa maravillosa Elisabeth que será salvada también por Agnel.

Su libro es de una gran belleza literaria. Es también un libro generoso que aporta un destello de esperanza a los que todavía sólo conocen razones para desesperar.

Crea, querido Julien, en toda la alegría que he tenido en leerlo, y en mi afectuosa gratitud.»

71

Martes, 31 de marzo de 1936. Mañana terrible.

Miércoles, 1.º de abril. Comunión. Persiste ese estado doloroso.

Viernes, 10 de abril. Jacques llega por la tarde. Pálido, adelgazado, ha estado enfermo más de un mes en Toronto.

Y yo estoy también fatigada, creo que, sobre todo, de tristeza.

Sábado 25 de abril. Jornada dura.

Domingo 26. Mañana atroz.

Lunes 27. Mañana dura.

Miércoles 29. Mañana dura.

Viernes 1.º de mayo. Comunión.
Sufrimientos algo calmados, pero siempre profundos.

72

Domingo, 3 de mayo de 1936. Georges Cattauï nos habla de Bergson. Él quisiera que yo fuera a verlo, Bergson le habla de mí con un particular afecto.

Martes, 26 de mayo. Por la tarde, a las tres y media, en casa de Bergson. Entrevista emocionante. Tiene ahora 76 años; hacía treinta años que no lo había visto. Parece que estos años en lugar de separarnos, nos hayan acercado. Intentaré anotar lo que me ha dicho. En todo caso, Jacques y yo podemos volver a verlo [2].

Cena en París con Jacques y Arthur.

Hemos intentado distraernos yendo al cine. ¡Qué triste es querer distraerse!

73

Sábado, 30 de mayo de 1936. Ópera, por la noche. Bruno Walter ha dirigido *Don Juan*. Velada admirable.

Miércoles, 3 de junio. Comunión. Persisten las grandes dificultades interiores.

2. En efecto, volvimos, conmovidos por su afectuosa acogida y lo que nos dijo del cristianismo. Sobre la visita de Raïssa el 26 de mayo, cf. *Les Grandes Amitiés*, ps. 442-443. (J.)

Viernes, 5 de junio. Comunión. Mañana toturadora.

Sábado, 6 de junio. Jornada de calma y de fuerza.

74

Viernes, 12 de junio de 1936. A la una y media, último ensayo del Concierto [3]. Creo que todo va bien. Han venido al ensayo las señoras Thibaudeau que se marchan esta tarde, los Severini que llegan de Roma, Davenson, los Laloy, el padre Doncoeur, los Monleon, etc. Vuelvo a casa para reposar y vestirme para la noche.

Por la noche, en la Sala Pleyel, primera audición del *Concerto Spirituale* de Arthur Lourié, dirección de Münch. En los coros, Vlassove e Yvonne Gouverné, al piano, Ivonne Lefébure. Gran éxito. Sala magnífica, todos los músicos y críticos estaban allí. Fue una gran alegría para mí. Nosotros estábamos en el palco de los Lourié, Jacques, yo y mademoiselle Gouverné.

Entre los críticos que conozco: Scholoezer, Vuillermoz, Roland-Manuel, Louis Laloy, Maurice Brillant, H. Davenson y Gabriel Marcel.

3. Fue Raïssa quien consiguió hacer ejecutar esta obra especialmente importante de Arthur Lourié. Para ello, no ahorró sus esfuerzos aplicando toda la fuerza de su voluntad a romper el muro de silencio levantado por las envidias y el espíritu de clan del mundo musical en torno de aquél, que ella consideraba como el más grande músico de nuestro tiempo. Había trabajado durante meses, viendo a unos y a otros, escribiendo cartas y más cartas, discutiendo, rectificando, estimulando, a fin de superar todos los obstáculos y encontrar los medios materiales necesarios para la importante parte coral de la obra. La primera etapa había sido, naturalmente, crear un comité. Luego, había sido necesario constituir una *Asociación de Amigos del Canto Coral*, cuya fundación se decidió en una reunión del comité en casa de Roland Manuel el 16 de diciembre de 1933, y cuyos primeros miembros eran Maurice Brillant, Marc Chagall, Alfred Cortot, Charles du Bos, Mme. Désiré Ferry, Henri Ghéon, Yvonne Gouverné, Emmanuel Jacob, Serge Koussevitzky, Louis Laloy, Gabriel Marcel, R. y J. Maritain, François Maurice, Mme. Frederic Moreau, Roland-Manuel, Boris de Schloezer, Vuillermoz. El presidente del comité era Mauriac; la secretaria Ivonne Gouverné, el tesorero, Emmanuel Jacob, ahijado mío muy amado que, en tiempo de la ocupación, sería entregado a la Gestapo por la policía francesa e inmolado después en Alemania.

En una carta del 22 de junio de 1936, Yvonne Gouverné escribía a Raïssa: «...Bien puede decir, aunque quiera excusarse, que *usted sola* ha sido la iniciadora de esta audición gracias a su tenacidad, y digo esto *por lo muy segura que estoy de ello*». (Subrayado en el texto). (J.)

M. Clarke, un director de orquesta de la B.B.C. ha venido de Londres.

Toscanini ha asistido al concierto.

75

Sábado, 12 de diciembre de 1936[4]. Mañana terrible abandonada al sufrimiento. Y jornada bien dolorosa.

Olivier Lacombe viene por la tarde con un indio musulmán; por la noche, Jean Hugo.

Pero no puedo bajar, destrozada por la fatiga.

Lunes, 14 de diciembre. Jornada extremadamente difícil para mí. A pesar de todo, me levanto por la noche a fin de recibir a los Berdiaeff que vienen a cenar. Berdiaeff me explica la teoría de Chestov[5].

76

Meudon, *8 de enero de 1937.* Me repongo lentamente de ese gran cansancio que comenzó hace tres o cuatro semanas (después de un terrible recogimiento del que salí destrozada. Es preciso que aprenda a rezar de otra manera, con una pasividad más ligera, quizás, con los ojos cerrados al dolor que hay en mí), pero tengo esperanza de superar todas las dificultades. Y cada día surgen nuevas dificultades, en el fondo del corazón; es como si tuviera que rodear una enorme montaña, subirla y bajarla en todos los sentidos. Es preciso hacer y dejar hacer a la vez. Sobre todo, dejar hacer sin buscar demasiado lo que se hace. Porque ciertas operaciones son terribles cuando se miran. Es preciso cerrar los ojos. Tengo este sentimiento desde hace algunos días, junto con una cierta confianza que me ha sido concedida.

4. Los tres habíamos salido de Marsella para la Argentina en el *Florida* (escala en Brasil) el domingo 26 de julio de 1936. Estábamos de vuelta en Meudon el 7 de noviembre. (J.)

5. Ni carnet ni agenda para el año 1937. Únicamente dos «trozos de papel». (J.)

77

11 de noviembre de 1937.

Identidad de la muerte y de la vida
Y en ella identidad de los contrarios:
«Bienaventurados los que lloran...»
Oh muerte, dónde está tu aguijón
El camino de la muerte y el camino de la vida
Son un solo camino si vamos al paso del amor.
«El que quiere conservar su alma la perderá»
El que dé su vida renacerá más vivo
De grado en grado y de forma en forma
Toda la criatura se transforma
De muerte en muerte
hasta la vida eterna.
En el corazón de la santa muerte hay una vida más alta.
En las tinieblas de la vida humana
Brilla una luz frágil
Como una estrella que envía sus rayos
Desde una inimaginable distancia:
Hay que subir a paso de muerte
La escala de la vida.

78

Sin fecha. La noche del espíritu es el signo de la madurez del espíritu. Se acabó el tiempo de las puerilidades, los juegos, las comedias, la elocuencia, los «como si». Uno ha llegado a conocer su ignorancia, al borde del abismo que separa la criatura de lo Increado.

Allí sólo se vive de la limosna de la gracia desconocida, inaprehensible.

Todos los medios se han manifestado impotentes
Todos los caminos demasiado cortos.
La noche divina impenetrable
La soledad intolerable, y necesaria, inevitable.
Toda palabra de consuelo parece mentira.
Y Dios nos ha abandonado.

79

Sin fecha.

«Detente y ve que yo soy Dios».
Vacate et videte...

Vocación del contemplativo.

Debe *detenerse*, cesar toda ocupación.

Y ver. Ver a Dios como en un eterno presente. Verlo cara a cara, sea cualquiera el velo de la fe,

y además *permanecer* como lo dice Jesús respecto a Juan (el contemplativo puro entre los Apóstoles y los Evangelistas): *Sic eum volo manere donec veniam.*

Pero le dice a Pedro:

Tu me sequere.

Y a san Mateo:

Sigueme, y deja a los muertos que entierren a los muertos.

Tal es la vocación del Apóstol [6]: debe caminar con los ojos fijos en el Cristo que le precede. Lo ve también, mas por la espalda. Ve los hombros de Cristo cargados con la cruz. Él también, debe seguirlo cargado con la cruz. Debe ir continuamente: «Id —les dice Jesús— y enseñad a todas las naciones», esto abarca todo el espacio y todo el tiempo.

El apóstol debe vivir del futuro eterno, no mirar tras de sí, «dejar a los muertos enterrar a sus muertos».

6. Raïssa sabía muy bien que la predicación, en el verdadero apóstol, surge de la sobreabundancia de la contemplación. Lo que ella distingue aquí, es la vocación del contemplativo *puro* y la del apóstol. (J.)

El don de la inteligencia es propiamente el del contemplativo.

Los dones de la ciencia y la piedad, los del apóstol.

Pero el don de la sabiduría que es a la vez especulativo y práctico existe igual en ambas vocaciones.

80

Sin fecha. ¿Cuál es la función de los contemplativos en este mundo, entre el dolor de los hombres?

¿Por qué las revelaciones particulares parecen reducidas al interés de uno solo?

Porque la función de los contemplativos es la de ser los espejos de la Imagen de Dios entre nosotros, los custodios de su gracia y de su amor, la memoria del Eterno. (Espejos y custodios voluntarios, porque es amando como reflejan la Imagen y reciben el Amor. Memoria sin la cual las tinieblas oscurecerían la tierra. Memoria en la que poseemos los archivos de la santidad, porque los místicos reciben el encargo de hablar...)

Y para cumplir esta función no pueden ser distraídos, porque la inestabilidad perjudica la contemplación.

El tiempo ha de debilitarse en ellos a fin de que la eternidad comience. Están cara a cara con Dios, solos con Él, no todavía en la evidencia de la Visión, sino en la unión de la amistad. Y Dios no parece tener otra preocupación en el mundo que su amor y su fidelidad. Para ellos es este mandamiento: «Detente y ve que soy Dios». Inmediatamente el amor crecerá: «Préstame tu corazón».

Dios detiene a los contemplativos en el umbral de la visión, y les muestra su rostro tras un ligero velo.

Como espejos cuya pureza quisiera preservarse, los pone aparte, al abrigo del polvo, del ruido y de la agitación de este mundo, ya separándolos por el éxtasis [ya llamándolos a la soledad, ya fijándolos en los cuadros rígidos de la vida religiosa, (ya vinculándolos, dondequiera que estén, a las exigencias de una caridad fraterna constantemete purificada) (*Petits Frères*

de Jésus)][7]. Habla a su corazón y su corazón olvida todas las demás voces y la gracia lo colma y lo penetra. Acopios de vida para la Iglesia, no para el mundo si el mundo rechaza la enseñanza espiritual.

Todas las justicias y todas las prosperidades de los hombres están contenidas en el amor de esa gran separada y de esa Madre contemplativa que es la Iglesia en esencia —es el inmenso *por añadidura*— si los hombres solamente quisieran conocer o, por lo menos, buscar el Reino de Dios. Paz en la tierra a los hombres de buena voluntad[8].

Sea lo que fuere de la buena voluntad de los hombres en general, las montañas de la contemplación no dependen de la llanura temporal. El nivel del mundo, e, incluso el del clero, puede ser bajo y, sin embargo, abundar los grandes santos. Así sucedía en el siglo XVI, por ejemplo, que es el siglo de santa Teresa, de san Juan de la Cruz, de san Ignacio, de san Francisco de Sales, de san Carlos Borromeo, de san Felipe Neri, de san José de Calasanz, de san Francisco de Borja, de san Francisco Javier, etc.

Y, por otra parte, la presencia de los grandes santos y los grandes contemplativos no mejora necesariamente el nivel social de una época; ejemplo: los siglos XVII y XVIII que abundaron en místicos. La gracia de la santidad es el fruto de la fidelidad. Para ser santificada y pacificada la sociedad debe también comenzar por ser fiel. La gracia no es hereditaria, no es patrimonio de ningún pueblo.

La Iglesia está dispuesta a instruirnos en todo lo que concierne a la verdad de la vida y la justicia. Mas para oír estas palabras de salvación social, estas palabras eficaces, es preciso merecerlo. Es preciso estar dispuesto a dejarlo todo para que

7. He añadido las palabras entre corchetes porque traducen un pensamiento que Raïssa me había manifestado muchas veces, y que ella misma expresó por escrito en *Liturgie et Contemplation*, ps.. 76-78. (J.)

8. Con respecto a la guerra —en todas sus formas—, no es Dios quien la envía: basta con que abandone a los hombres a sí mismos. Y todas las «imaginaciones», por muy vivas que sean, no conseguirán evitar la guerra, dada la ausencia general de fe y de caridad. Todas las buenas voluntades parciales están condenadas al fracaso (Nota de Raïssa).

ellas puedan realizarse, «preparad los caminos del Señor, enderezad sus senderos», «toda colina será rebajada, y todo valle será colmado». Nosotros no lo deseamos, no estamos dispuestos —y la voz divina resuena en el desierto.

81

Meudon, *19 de febrero de 1938.* El tiempo de la angustia ha vuelto para mí. Pero había sido advertida de ello hace ya varios meses...

Jueves, 24 de febrero. (Después de anotar varios testimonios de amistad que había recibido, Raïssa escribe): A pesar de todas esas dulzuras de la Providencia para conmigo, vivo horas muy duras. Pero ya había sido advertida de que volverían.

82

25 de marzo de 1938. A Arthur Lourié. (A propósito de la audición de la *Symphonie dialectique*, el 24 de marzo de 1938.)[9]

«Mi querido Arthur, soy dichosa por la alegría de haber escuchado nuevamente tu sinfonía... Me parece que Münch no ha dado tan bien como Witkovsky la grandeza del adagio, pero tal como fue esa audición era un éxtasis para el alma. Esta vez la he escuchado en una paz profunda. Recuerdo que en Lión estaba destrozada de emoción, inquieta por la manera cómo la obra sería ofrecida; y, aunque animada desde el comienzo, la emoción había persistido. Ayer recibí sobre mí, en mí, toda esa música, como se reciben los rayos de sol y los ruidos del mar. Ves, no hablo de la música; no me atrevería a hacerlo; quiero solamente contarte mis impresiones. Bien, me parecía que toda esa música de sonoridades tan puras y frescas, y sin ninguna

9. Arthur y Ella Lourié son de los pocos amigos con quienes nos tuteábamos. En general, éramos más bien contrarios al tuteo, incluso con los amigos más queridos, excepción hecha de los Bloy, los Van der Meer, los Lourié, los Fumet. El tuteo también existía, de una parte, entre Raïssa y Vera, y, de otra, Jeanne Linn, Achsa Belkind, Babette Jacob, y más tarde, Emily Coleman y Simone Crocco. (J.)

intención descriptiva ni emotiva, era como un amanecer del sol en el mar, con la caricia de la luz y el ruido dulce y misterioso de las olas que vienen y van. Todo se animaba, la tierra empezaba a vivir, la vida llegaba de todas partes, de lejos, de cerca. Una multitud de seres poblaban el espacio sonoro donde uno se encontraba preso sin ninguna salida por donde escapar. Un diálogo rápido, exquisito, se intercambiaba, y la vida nacía en el corazón de los hombres, desde el fondo de las edades, con su canto propio, esbozado, abandonado, recobrado; conmovedor de fragilidad, de delicadeza, de gravedad y grandeza religiosa. Todo un mundo venía de tu corazón al nuestro y avanzaba hacia nosotros como el día va de una aurora a la otra.

Puesto que los sonidos, los perfumes y los colores «se responden, tal era mi respuesta a tu «dialéctica». Pero creo que tendrás juicios más autorizados que los míos; yo sólo quise expresarte mi dicha».

83

Jueves, 1.º de septiembre de 1938. Decisión de partir los tres hacia los Estados Unidos, donde permaneceremos dos o tres meses.

Viernes, 23 de septiembre. Preparamos nuestro viaje a América en la incertidumbre absoluta de poder partir [10].

84

Meudon, *6 de enero de 1939.* No desear nada, amarlo todo.

10. El 30 de septiembre se supo que la guerra no estallaría ese año (Pacto de Munich). Salimos para Nueva York el día siguiente, 1.º de octubre. Estancia en Chicago con nuestros amigos John y Eleanor Nef, y luego en la Universidad de Nôtre-Dame (donde encontramos a Charles y Zezette du Bos). Raïssa y Vera regresaron solas (el 14 de noviembre para Nueva York; el 19 en el *Ile de France*, para Le Havre). Yo me embarqué el 17 de diciembre y me reuní con ellas en Meudon el 24 de diciembre por la noche. (J.)

85

17 de enero de 1939. Por la noche, los Bourdet me llevan al teatro a ver la pieza de Lorca *Bodas de sangre,* tragedia simple, admirable, prosa mezclada con poemas magníficos.

86

Martes, 7 de febrero de 1939. Comunión.

Siempre ese trabajo que dispersa cuando, sufriendo por todo, tendría, más que nunca, necesidad de recogimiento. ¿Dónde encontrar la fuerza, la luz y la serenidad? ¡Ah, pobre mundo, donde esas palabras parecen ahora tan extrañas!

Miércoles, 15 de febrero. Por la tarde, exposición de Picasso. Naturalezas muertas de bellos coloridos, de una gran maestría en el dibujo, naturalmente. Pero es frío, y deja indiferente.

87

Domingo, 19 de marzo de 1939, «Laetare». Misa celebrada por el padre Bruno. Durante la misa, comprendo algunas cosas sobre la predestinación. Y que en un momento u otro de nuestra vida debemos elegir entre el mundo y Cristo, en tanto que Él es la cabeza del mundo de la gracia, opuesto a *este mundo* del que Lucifer es el príncipe. Por la misericordia de Dios elijo a Jesús.

El mismo domingo, 19 de marzo.

Hay dos universos humanos:
el de la gracia, que no es de *Este* mundo
el de la naturaleza; *Este* mundo;
Y que no es debido a la naturaleza humana como tal.

Estos dos universos tienen cada uno su tiempo y su eternidad.

Este mundo es, en realidad, el de la naturaleza herida.

El tiempo de este mundo es la alegría de la vida, el juego de las pasiones, y la creación intelectual y artística.

El tiempo de la gracia tiene por símbolo la Cruz, como medios, el sufrimiento y las obras de la Fe: hacer mover las montañas.

La eternidad del mundo de la gracia es la *gloria*.

Ésta consiste en el conocimiento de Dios visto cara a cara, en una visión beatífica. Es la perfección del amor de caridad.

La eternidad de ESTE mundo [11] es una vida de la sola naturaleza, a todos los grados *del infierno* [12]. Está privada de la visión beatífica de Dios —es la condenación— y es eterna.

88

Kolbsheim, *domingo, 16 de abril de 1939, Quasimodo* [13]. Comunión a las ocho y media.

Vuelvo de la misa a las nueve y media (en la iglesia de Ernolsheim).

En la Elevación de la Preciosa Sangre, he ofrecido la vida por la paz.

Estaba en esta misa con mis ahijados Lexi y Antoinette, Jacques y los hijos de Grunelius, salvo el más pequeño.

Por la tarde le he dicho a Antoinette que valía la pena ofrecer la vida por la paz. Pero no ella, a causa de los niños.

Lunes, 17 de abril. Antes de nuestra partida, Antoinette me ha preguntado: «¿Lo ha hecho usted?» Yo he comprendido en lo que ella pensaba, y he dicho: Sí. Entonces, se ha puesto a

11. Para cualquiera que se haya establecido definitivamente en *este mundo* rechazando la gracia en el instante de la muerte (y para los niños muertos sin bautismo). (J.)

12. La naturaleza es ahí desgraciada y está dividida consigo misma por su separación voluntaria de Dios (salvo en el limbo, donde las almas de los niños muertos sin el bautismo no se han separado de Dios ni padecen sufrimiento alguno). (J.)

13. Raïssa y yo habíamos salido el 10 de abril (sin Vera que seguía en Meudon) para Kolbsheim, en casa de nuestros ahijados Alexandre y Antoinette Grunelius. Cf., más adelante. (J.)

llorar y se ha arrodillado. La he consolado diciendo que quizás el Señor no lo aceptaría...

Ayer hice mi ofrecimiento diciendo: «Si no es una injusticia para Jacques y Vera».

89

Meudon, *30 de mayo de 1939*. Comunión.

Por la tarde, con Jacques en la Orangerie para visitar la exposición del Museo de Montpellier. Nada extraordinario, salvo un bello retrato de Baudelaire por Courbet, y dos cuadros maravillosos de Zurbarán, una santa Ágata y un arcángel Gabriel que son un puro milagro.

90

Fontgombaud, *martes, 25 de julio de 1939*. Primera mañana tranquila desde que llegamos aquí el día 21 [14]. Vuelvo al recogimiento.

El viernes, antes de abandonar Meudon, he recibido de Pierre Reverdy una carta maravillosa sobre *Lettre de Nuit*.

91

29 de julio de 1939. Largo recogimiento. El alma se pregunta si todavía por mucho tiempo deberá batir sus alas contra los barrotes de su jaula.

¿Escribiré poemas, todavía?

Los poemas no surgen en mí en el seno de un rumor continuo de la imaginación, sino en el del más desnudo silencio cuando alcanza un grado suficiente de profundidad y pureza... He pasado tantos y tantos años mortificando la imaginación, para hacer en mí el silencio propicio al recogimiento.

14. Nuestro amigo Olivier Lacombe había querido instalarse con nosotros en Meudon; así, la presencia del santo Sacramento podía continuar en nuestra capilla. (J.)

92

Lunes, 31 de julio de 1939. He terminado la lectura del libro, bellísimo, conmovedor, de Schalom Ash: *Le Juif aux Psaumes,* sobre las costumbres y la espiritualidad de los Hassidim, en Polonia, hacia la mitad del siglo XIX.

Mi abuelo materno era también un Hassid.

Y el padre de mi padre era un gran asceta.

Hay todo esto tras de mí.

Y también para mí los Salmos deberían ser un alimento perpetuo.

Este libro plantea de una manera magnífica e incisiva el problema de la «conversión».

El tacto es el arte de estar atento al contenido inconsciente de las palabras que se van a pronunciar y de la reacción que suscitarán en el inconsciente del prójimo.

93

Jueves, 3 de agosto de 1939. Salgo muy poco, debería salir por la mañana, las tardes son demasiado borrascosas. Pero la mañana es la mejor parte de mi vida, de donde extraigo todas mis fuerzas; debo preservar a toda costa la soledad, el silencio y la inmovilidad.

Toda mi dicha consiste en estar sentada ante mi mesa, frente a la ventana que da sobre el jardín, y, más allá, sobre el agua verde del Creuse, y sobre el bosque de la otra orilla.

Cuando todo es paz a mi alrededor y estoy así tranquila y solitaria, viene el recogimiento y encuentro entonces en mi corazón todo lo que amo sobre la tierra y en el cielo. Y un paisaje de aguas vivas y un aire ligero, y el sabor y el reposo y el entusiasmo.

(Cuando no es una caída vertiginosa y el hundimiento es un dolor peor que la muerte...)

Domingo, 13 de agosto de 1939, XI después de Pentecostés. Al igual que en 1934, siento vivamente lo que se dice en la comunión de este domingo, *Honora Dominum de tua substantia...* Gradual: *...Señor, he clamado hacia ti: Dios mío no permanezcas silencioso, no te apartes de mí...*

94

Fontgombaud, *14 de agosto de 1939.* ¿Tendría miedo ante la muerte? ¿Lo tendría? Creo que no. Bien o mal, he hecho lo que he podido para permanecer en la línea de mi destino. Mi futuro eterno está entre las manos de Dios, me abandono a mi Padre celestial. Iré hacia Cristo, seré liberada. Estoy tranquila. El Señor sabe lo que he sufrido. Si alguna vez he sentido el «confort» de la vida espiritual, este sentimiento me ha abandonado hace mucho tiempo. Un destino espiritual es un puente ligero lanzado sobre el abismo, o el extremo de una roca por encima del océano. El alma nada sabe si el puente y la roca están a toda prueba. El alma tiene una visión del mundo que le produce vértigo, ya se muestre en su belleza o en su locura. Porque está *separada* pero no todavía retirada del mundo. La belleza, las razones, la nobleza, la justicia del mundo divino de donde el alma recibe la vida, son esencialmente objetos de la Fe. Vive de mociones secretas. El objeto de su amor está velado.

Quien no tiene la experiencia de esta «separación» tampoco conoce la vía por donde camina; no conoce la distinción real de los dos mundos; vive en la confusión. Quien no ha sufrido no conoce tampoco nuestro estado de «separados».

95

22 de agosto de 1939. A Albert Beguin.

«¿Un poeta, se conoce a sí mismo? En cuanto a mí sé que no es en el rumor continuo de la imaginación, sino en el corazón del silencio, cuando ese silencio ha alcanzado un cierto grado de profundidad y pureza, donde han nacido casi todos los

poemas de *Lettre de Nuit* y de *La Vie Donnée*. En ese silencio se entra naturalmente tal como se es, con todo lo que se vive y todo lo que se ama, y quizás con esta disposición a referirse al ser, a contemplar las esencias a través de las existencias particulares», que yo deseo ciertamente que no haya sido usted demasiado indulgente al observarlo a propósito de este pequeño libro».

96

Sábado, 26 de agosto de 1939. Comunión.

Una pena muy grande: Olivier Lacombe, obligado por los acontecimientos a abandonar Meudon precipitadamente, escribe que tuvo que hacer retirar ayer el Santo Sacramento de nuestra capilla. Una verdadera herida.

Domingo 3 de septiembre. Francia, y luego Inglaterra, han declarado la guerra a Alemania que, el viernes 1.° de septiembre, había atacado a Polonia.

18 de septiembre. Salimos para Avoise, donde el padre Gouin nos ofrece hospitalidad.

97

Avoise, *sábado 14 de octubre de 1939.* Las Relaciones Culturales piden a Jacques ir, como de costumbre, a Toronto en la fecha fijada para sus cursos, y, de allí, a Estados Unidos. Le angustia el pensamiento de llevarnos a Vera y a mí, exponiéndonos a los riesgos de una travesía en tiempos de guerra, y, además, al riguroso invierno del Canadá. Pero si él parte, nosotras queremos partir con él.

98

Octubre de 1939. La fuerza misericordiosa que me envuelve me ha sido misericordiosamente retirada. Me encuentro tan sola, tan miserable y abandonada, que me pregunto por qué

milagro me tengo en pie y vivo; porque mi alma, mi espíritu, han sido como extraídos de mí, y sólo mi voluntad permanece conmigo y me hace vivir y actuar. Son tiempos de horror. Digo tiempos porque incluso aunque sólo dure una hora, parece que no tenga fin. Entonces, me parece intolerable todo lo que debo hacer o soportar.

99

Domingo, 5 de noviembre de 1939, XXIII después de Pentecostés.

En la misa de la iglesia de Avoise he sido sobrecogida por un sentimiento jamás experimentado todavía. Era como si el gusto amargo de la pobreza y la miseria hubiera llenado mi boca y todo mi ser. Una miseria total y envolvente, sin salida posible al aire libre, hacia el menor consuelo.

Luego, he visto pasar a María (nuestra criada polaca) que volvía a su sitio; pequeña forma humilde, conmovedora, con sus vestidos de un color oscuro e indeciso, que se borraba rozando los bancos del coro. Ella también se me ha aparecido como la pobreza sin defensa, imagen de su patria, la Polonia devastada. María, pequeña criatura sola en el mundo, sin padres, sin país. Sólo nosotros, y, ¡probablemente nosotros partiremos!

Seguía la misa con el corazón destrozado de piedad y amargura, pensando en nuestros amigos de allí, los de Varsovia —de Laski—, muertos torturados, sin duda, o vivos todavía y castigados de múltiples maneras. ¡Así suceden estas cosas! ¡Ah, aquellos cuyo nombre conocemos están siempre más cercanos a nosotros! Pienso en mi querida Sophie Landy. Sor Teresa de Jesús con la Cruz a cuestas. ¡Qué nombre y qué destino! Y el padre Kornilovicz, y Marylski, y la madre Czapska, la religiosa ciega, luz de su comunidad. La amargura de sus angustias mortales permanece en mi pensamiento.

El Introito de ese día en que el Señor promete traer a nuestros cautivos de todas partes, pone, al fin, una pequeña esperanza en mi alma...

100

Avoise, *11 de noviembre de 1939.* A Maurice Sachs:

«Mi querido ahijado, comenzaba a inquietarme por su silencio hasta que su carta me ha llegado. ¿Cuál es su situación militar? Yo creía que había sido dado de baja. En todo caso, como interprete está notablemente calificado. ¿Cuáles son las condiciones de su vida material? No lo imagino durmiendo sobre la paja, y que el número 70 de la rue des Carmes no sea una caballeriza, me tranquiliza de momento. No me reproche, Maurice, inquietarme por uno solo, cuando tantos miles de hombres sufren y están expuestos a la muerte. Es justo y natural que nos inquietemos ante todo por aquellos que amamos; e incluso aquellos de quienes no conocemos sino el nombre, nos son, ya por ello, mucho más próximos. Pero tal solicitud nada tiene de exclusivo. ¿Recuerda lo que dice Santiago? (cito de memoria): ¿Cómo pretendéis amar a Dios que no véis si no amáis a vuestro prójimo a quien veis?.» No creo en la generosidad universal de aquellos que no aman a los suyos. En cuanto a mí, confieso que vivo en la angustia. Hay demasiada crueldad sobre la tierra, demasiados seres torturados, asesinados, ¿cómo podría el corazón reposar un solo instante en una alegría cualquiera? Parece como si mi alma viviera fuera de mí, en todas partes donde se sufre la angustia, la agonía y la muerte. No crea que la fe y la esperanza sean el lugar del bienestar espiritual. Ciertamente, alejan la desesperación; pero inquietarse por tal bienestar las haría desaparecer.

Usted me pregunta, querido Maurice, qué puedo *esperar* todavía. «¡Habría sido preciso esperar que todo esto no sucediera!» Le agradezco que me hable con tan sencilla franqueza. Y le responderé también con sencillez. Lo que espero, porque tal esperanza me ha sido concedida en el fondo de mi corazón angustiado, es la victoria de Francia e Inglaterra en primer lugar; e, inmediatamente, y muy caramente pagado, una recuperación

general de los espíritus, el retorno a ciertas verdades fundamentales sin las cuales son imposibles una buena vida humana y una paz duradera. ¡Ah, era inevitable que *esto* llegara! «No actuamos según lo que Vos nos habíais ordenado, a fin de que fuéramos dichosos.» Esto está en la Biblia, en Daniel. Perdóneme, Maurice, por recurrir una vez más a las Escrituras. Pero es el libro de nuestra Fe. Y puesto que es el valor mismo de la fe lo que usted pone en duda... La ocurrencia de Marcel Achard, Dios mismo ha debido sonreír de ella. Porque desde que hay hombres, desde que se hace la guerra y se sufre, existe también la creencia en Dios. Pero, ante la desdicha que nos sobrepasa, es natural decir, como esa buena mujer de la que usted me habla: «No soy muy inteligente, pero llego a preguntarme qué es lo que está haciendo Dios.» Nosotros no somos siempre tan humildes como ella y no reconocemos de antemano que, en tan grandes cosas, nuestras luces son limitadas. ¡Oh!, la cuestión se plantea ahora y está siempre planteada desde Job y Dostoïevsky hasta nosotros. Pero Dios no la deja sin respuesta. Hay, en primer lugar, esa respuesta dirigida a todos que es la Pasión del Hijo de Dios. ¿Acaso no significa la gravedad del pecado que reclama tal expiación? ¿Y, además, que el sufrimiento unido al amor es el camino de la vida eterna? Y el sufrimiento viene del pecado o del mundo; y el amor viene de Dios.

Pero hay también para cada uno de nosotros, una respuesta individual; y, generalmente, la oímos mejor en el dolor que en la alegría. Por ello, considerando las cosas del lado de la eternidad, las épocas de calamidades que el pecado ha hecho inevitables, son también los tiempos de más abundantes misericordias. Pero esto permanece escondido en el secreto de los corazones, y sólo es conocido por aquellos a quienes Dios se lo revela.

Todo acto desarrolla eternamente sus consecuencias. Las relaciones de Dios con los hombres no son algo informe y confuso, en que cualquier cosa puede suceder no importa cómo. Es un lugar de exactitud y de luz. La misericordia tendrá la última palabra. Porque la verdad y la caridad habrán entrado

primero en los corazones de los hombres, por caminos a menudo difíciles a causa de nuestra dureza; y a veces, como ahora, sangrientos.

Usted me dirá sin duda que todo esto es coherente en el conjunto de la doctrina católica, pero que esta doctrina supone justamente lo que usted pone en duda —la existencia misma de Dios, incompatible a sus ojos con la del sufrimiento humano.

Pero la doctrina católica es, entre todas las doctrinas religiosas, la que mejor integra la existencia del mal y del dolor; la que mejor rinde cuentas de las causas de nuestra miseria y de los remedios para ella.

Ciertamente la existencia de Dios no es directamente evidente. Lo espiritual puro no es jamás directamente evidente para nosotros. La existencia de Dios es cierta pero oscura para el instinto natural de nuestro corazón. Muy cierta pero todavía oscura para la Fe. Es susceptible de una certidumbre racional para el filósofo capaz de encontrarla al fin de sus largos razonamientos —técnica que sólo un pequeño número de espíritus pueden poseer. Los caminos son múltiples y los argumentos numerosos en la mayoría de los filósofos que llegan a la «prueba», como se dice, de la existencia de Dios. El argumento opuesto extraído de la existencia del mal y del sufrimiento, encuentra también ahí su refutación.

Pero el camino real, accesible a todos —el día en que nuestra buena voluntad responda a la gracia de Dios—, permanece en el Evangelio, en la vida de Cristo y en las de los Santos...»

101

12 de noviembre de 1939. En la misa he comprendido que debía aceptar la angustia y la agonía casi incesantes de mi corazón, como el estado de mi plegaria, y mi parte de cooperación en la obra de Dios en el mundo y en las almas. Puedo hacer mío el grito de Tauler.[15]

15. Cf. Fragmento 25. (J.)

102

22 de diciembre de 1939. Salimos de Avoise para París, y de allí a Marsella (30 de diciembre). El *Exochorda* que debía partir el 31 de diciembre no sale hasta el 4 de enero de 1940.

III

1940 - 1960

(Con nuestra partida hacia América en 1940 nos convertimos en desarraigados. Abandonábamos para siempre todo lo que había constituido el suelo sustentador de nuestra vida, nuestros afectos, nuestro trabajo. Raïssa había perdido el único lugar sobre la tierra, Meudon, con la presencia del Santísimo Sacramento en nuestra casa— en que ella se sentía un poco al abrigo, y donde, aun a riesgo de morir de pena, encontraba a pesar de todo, condiciones excepcionalmente favorables para su recogimiento. ¿Acaso no es normal, por otra parte, que alguien que se encamina hacia Dios sea privado un día u otro de las facilidades para la plegaria que pudieron serle concedidas durante largo tiempo? Fue lanzada al azar de los remolinos del mundo, desgarrada a partir de entonces, y en circunstancias particularmente hostiles, con el encarnizamiento de las cosas que la dispersión impone al hombre. Le era preciso arrancar por fuerza a la malicia de los días todo el tiempo que ella podía, por más quebrantado que fuera, para esa oración sin la cual no le era posible vivir. Y en el mismo seno del torbellino, permanecían subyacentes a todo lo que ella hacía, una unión habitual con Dios, una especie de contemplación ininterrum-

pida, con la nostalgia dolorosa del tiempo que habría necesitado para entregarse libremente, aportando una paz que no era de acá abajo.

Años de Nueva York, donde asediados por la desesperación mientras que la cruz gamada triunfaba en Europa, debíamos, por lo menos, sostener los corazones (fue entonces cuando Raïssa conoció la herida más cruel, el espíritu abrasado a la vista de la agonía de los oprimidos y perseguidos, y del horror de un mundo que Dios parecía abandonar) [1] *—años de Roma, en que ella tuvo que hacer frente a tantas obligaciones abrumadoras—; años de Princeton, en que por fin conseguimos un poco de calma, pero con ella la angustia física y la enfermedad, y el desasosiego de vernos enfermos a nuestra vez a Vera y a mí, y donde ella pagó con un duro aislamiento el trabajo que me acaparaba: durante todo ese tiempo ella permaneció verdaderamente exiliada, entregada, desposeída, y se hundía en una soledad con su Dios cada vez más profunda mientras que de ella emanaban la fuerza, la paz, la luz, y una especie de alegría alada; y en toda la tierra no tenía sino una delgada orilla donde apoyar sus pasos.*

Durante todos los años de que acabo de hablar, no pudo Raïssa mantener, ni siquiera irregularmente, un diario de su vida interior. Aquellos de sus carnets que no dejó en blanco, o casi enteramente vacíos, como sucedió tan a menudo, no contienen sino notas concernientes a los acontecimientos exteriores, grandes y pequeños, de nuestra vida. De vez en cuando, emerge de lo que constituía el fondo de su vida una reflexión sobre su

1. Cf. el poema «Deus excelsus terribilis» (en *Au Creux du Rocher*); y, en estas páginas, el fragmento 127 y el texto *La Poesía de nuestro tiempo*. — En el prólogo a *Les Grandes Amitiés*, fechado el 6 de julio de 1940, Raïssa escribía: «...Mi vida personal, muy imperfecta, llega a esa edad adulta del alma que sólo se adquiere al precio de desgracias extraordinarias, personales o no: esa edad en la que ya nada queda de la infancia ni de la alegría de vivir. Mi vida llega a ese término, mucho menos por las pruebas que yo sola he tenido que arrostrar, que por la desgracia que se ha abatido sobre la humanidad entera; porque la justicia está de luto, porque los afligidos ni son ni pueden ser consolados, porque no se socorre a los perseguidos, porque no se dice la verdad de Dios y porque de repente el mundo se ha hecho tan pequeño, tan estrecho para el espíritu, a causa de la uniformidad de la mentira que reina y es la única que hace oír su voz».

alma, un pensamiento, un recuerdo para sostener el corazón, una verdad repentinamente percibida o meditada después de largo tiempo, un grito, quizá, que ella anotó al vuelo. Estas notas, junto con otras encontradas en hojas separadas, en sobres, y también, a veces, fragmentos más largos,[2] *y algunos poemas inéditos,*[3] *es lo que he reunido para completar el* Diario *con textos de aquellos años.*[4] *(J.)*

103

Toronto, *lunes, 15 de enero de 1940.* Llegamos sin accidentes a Nueva York, luego a Toronto, a pesar de las minas de Gibraltar, y de la tempestad en medio del océano. Durante la travesía no hemos encontrado ningún navío alemán para reconocernos.

Martes, 16 de enero. Vera y yo nos instalamos en el convento de las Hermanas de San José, que nos acogen entrañablemente. Jacques está en la Universidad (St. Michael's College).

104

Domingo, 11 de febrero de 1940. Las hermanas, en especial la hermana San Raimundo, son buenas, sencillas, inteligentes y encantadoras.

Lunes, 12 de febrero. Es preciso sufrir...

Martes, 13. ¡Oh! ¡Cuánto es preciso sufrir!

Domingo, 18 de febrero. De nuevo el martirio de la angustia, el deseo de la muerte.

2. Se encontrarán fragmentos más extensos en las últimas secciones del libro. (J.)
3. He incluido en el *Diario* tres de esos poemas (Fragmentos 118, 143, 144). (J.)
4. Dada la discontinuidad de estas anotaciones, en esta sección he añadido más notas personales que en las precedentes. (J.)

105

Viernes, 1.º de marzo de 1940. Salimos para Nueva York.
Del 2 al 25 de marzo en Nueva York. Allí pasamos las Pascuas.

El *25 de marzo,* salimos para Chicago, donde habitamos en casa de nuestros amigos John y Eleanor Nef.
Conferencias de Jacques en la Universidad. Este exilio es una terrible prueba para mí.

106

11 de abril de 1940. Volvemos a Nueva York.
La influencia de Jacques se extiende por los Estados Unidos. Le piden permanecer aquí, o, por lo menos, prolongar su estancia.
Invitaciones de Méjico y Argentina.[5] Tengo miedo y no veo lo que debe hacerse. Quisiera volver a Francia en junio, pero no quiero impedir el bien que Jacques podría hacer aquí.

22 de abril. Salimos para Aurora-on-Cayuga donde pasaremos una corta temporada.
Mis sentimientos son nuevamente atroces, mi soledad es bien grande. Vera viene algunas veces junto a mí para decirme algunas palabras de aliento. Jacques no tiene tiempo.

107

Aurora, *24 de abril de 1940.* Vera me dice que ella y Jacques son para mí lo que Abraham era para Isaac antes de inmolarlo. Pero como con Isaac, piensa que Dios hará algo en el último instante y seré liberada.

5. Decliné esas invitaciones. (J.)

25 de abril. Sufro como alguien a quien ninguna iniciativa es posible. Estoy atada como una víctima dispuesta al sacrificio. Debo decir que me horrorizan esas grandes y venerables palabras aplicadas a mi persona. No me atrevo a moverme, no me atrevo a pedir, por miedo a impedir algún bien que Dios desee hacer por Jacques. Ayer formulé el voto de morir. Pero me embargó la compasión por Jacques y Vera a quienes mi muerte dejaría en una gran soledad, y he retirado mi voto...[6]

108

Nueva York, *10 de mayo de 1940.* Los alemanes invaden Holanda, Bélgica, Luxemburgo. La gran ofensiva ha comenzado.

2 de junio. Días de horror. París será sin duda ocupada, hoy o mañana, por los alemanes.[7]

109

3 de agosto de 1940 (aniversario de nuestra primera comunión en 1906; y de la de mamá en 1925). Encuentro un título para los recuerdos que escribo: Las grandes amistades.

14 de septiembre. Vera y yo hemos ido a comprar batería de cocina y vajilla para nuestra instalación en el número 30 de

6. Se comprende mejor ese voto de morir si se piensa en la ofrenda que Raïssa había hecho de su vida el 16 de abril de 1939 por la paz del mundo. La guerra había llegado y Dios tomaba su vida de muy otra manera: iba a dejarla hasta el fin «sin morada» y completamente despojada, iba a hacerle gustar «la divina amargura de morir y de vivir» como ella misma dejó escrito («Ecce in pace» en *Portes de l'Horizon*). (J.)

7. Pensábamos volver a Francia en el mismo mes de junio. Pero después del armisticio, con la ocupación de una mitad de Francia y la instalación del gobierno de Vichy, decidimos quedarnos en los Estados Unidos donde podíamos actuar, hablar y escribir libremente, y dar testimonio de los verdaderos sentimientos de nuestro país trabajando lo mejor que podíamos para la causa común. (Yo ignoraba entonces que cuando los alemanes llegaron a París, la Gestapo había ido a buscarme al Instituto Católico, pero sabía que la publicación de mi libro *A travers le désastre*, a cuya redacción me dediqué en seguida, me cerraría las puertas de mi patria). (J.)

la Quinta Avenida (el resto está amueblado por la casa).[8] Impresión de volver a empezar...

110

10 de diciembre de 1940. Día difícil. Por la noche, no encontrando mi lugar en este mundo, me debatía contra un gran desconsuelo espiritual, cuando, de repente, me ha invadido y envuelto una paz profunda, con la visión luminosa de que yo pertenecía a Jesús, que Él era mi lugar en este mundo. Y me he dormido dulcemente.

111

Nueva York, *5 de enero de 1941.* Bergson murió ayer (4 de enero). Gran dolor para nosotros. Pienso en lo que le debemos, en lo que tantos le deben.

Nos han escrito desde Francia que había sido bautizado[9] y que no había querido declararlo públicamente por delicadeza hacia los judíos abandonados a la persecución en estos últimos años.

Nuestro maestro perdido y reencontrado.

112

Viernes, 7 de marzo de 1941, santo Tomás de Aquino. Jamás habíamos pasado esta fiesta en una angustia tan grande.

Domingo, 1.º de junio. Misa y comunión en San Francisco Javier. Durante la misa y aún después, he llorado acordándo-

8. Hasta entonces habíamos vivido en el hotel. (J.)

9. Esta información no era exacta. Bergson se convirtió de corazón, tenía la fe cristiana, pero no fue bautizado. Como él mismo declaró en su testamento, habría solicitado el bautismo si ello no hubiera parecido una separación de los judíos perseguidos. De acuerdo con sus ruegos, un sacerdote oró ante sus despojos mortales. Raïssa se refirió a todo esto en el segundo de sus artículos del *Commonwealth* (17 de enero y 29 de agosto de 1941). — Cf. también *Henri Bergson, Essais et Témoignages inédits*, recogidos por Albert Béguin y P. Thévenez, La Baconnière-Neuchatel, 1941. (J.)

me de mi pequeña capilla de Meudon. Allí, tenía un lugar sobre la tierra. Ahora me parece que no estoy en ninguna parte.

113

Nueva York, *domingo, 18 de julio de 1943.* Despertar doloroso. El corazón demasiado cargado de sufrimientos. Casi desesperación. Valor y paz vuelven después de la misa y la comunión.

114

Jueves, 27 de septiembre de 1943. Comunión.

Tengo una constante herida en el corazón por no poder trabajar, responder a las cartas... Mi tiempo está dividido, hecho polvo por una multitud de pequeñas ocupaciones que no permiten el recogimiento, las horas de silencio donde el pensamiento y la expresión encuentran su aliento.

115

Miércoles, 24 de noviembre de 1943, san Juan de la Cruz. Por la noche, en San Vicente de Paul, bautismo de mi ahijada Emily. Su padre estaba allí, y su hijo John. Jacques es su padrino. El padre Couturier la ha bautizado.[10]

10. Raïssa había recibido el 22 de octubre la primera carta de Emily Coleman, que le escribía después de haber leído *Les Grandes Amitiés.* Emily lo abandonó todo por Dios y por entrar en la Iglesia. «Es valiente, fuerte —observaba Raïssa el 19 de noviembre—, llora y ríe a la vez. Tiene un temple extraordinario.» Deseo saludar aquí a esta ahijada que Raïssa amó tan tiernamente. Raïssa y yo pensábamos que todo lo que había sido necesario sufrir en las encrucijadas del mundo, se justificaba en la historia por el hecho de que un día pudieran encontrarse en Nueva York esa americana de Arizona y esa rusa y este francés de Meudon. Sin renunciar a sus dones de poeta y artista, ella se dedica ahora a una vida de retiro y meditación.

Haciendo caso omiso de toda parsimonia hasta en la elección de sus santos patrones, quiso recibir en el bautismo los nombres de Emily, Teresa, Gertrude, Lucy, Paule, Jeanne e Ignace, cosa que no facilitaba precisamente la tarea del P. Couturier, encargado de administrar el sacramento.

Su hijo John, otro ahijado muy querido de Raïssa, había sido bautizado el 28 de agosto de 1943. (J.)

116

Viernes, 31 de diciembre de 1943. En su 19.ª emisión para Francia, Jacques me hace el honor de dar una plegaria en forma de salmo que he escrito en estos últimos tiempos, «Prière pour le peuple de Dieu».[11] ¿Cómo habrán tomado los que sufren allí estas palabras sinceras del fondo de mi corazón, pero totalmente impotentes para expresar la realidad de sus sufrimientos? Me siento confusa y temblorosa ante este pensamiento.

117

Sin fecha (probablemente 1943). Sólo la teología y la poesía pueden hablar de Dios.

La ciencia, la inspiración y la experiencia.

118

Sin fecha (probablemente 1943). Un poema: *El Rocío de Dios.*

> «El rocío de Dios es un rocío de luz (*Is.* 26, 19).

«El rocío de Dios es un rocío de luz»
en el tiempo de la felicidad,
y fuego en el tiempo de la prueba.
Vuestro hálito ha reducido a cenizas
nuestro corazón y nuestra alma
y el espíritu ha ido a perderse
en vuestros veredictos impenetrables.

11. Fragmento del poema «Deus Excelsus, Terribilis» (aparecido más tarde en *Au creux du rocher*). A consecuencia de un accidente que obligó a recomenzar el disco, la transmisión sólo tuvo lugar el domingo 23 de enero de 1944. (J.)

Desposeída y devorada totalmente por la angustia
estoy agostada de ser por vuestra piedad
por vuestra salvación
para todos los cautivos, llevados
hasta el umbral de la desesperación
donde han sufrido la muerte.
¿Cuándo reuniréis esos huesos dispersos
y los revestiréis de carne para una vida nueva?
¿Cuándo nos haréis oír el canto que congrega a los contrarios?
Jamás despertará en mí
el acorde que suscite la alegría
Mi inspiración es gemido
y mi oración un grito de las profundidades.
Mi espíritu está ausente, va errante
escondido en Vos,
separado de mí por el rocío de fuego.

119

Nueva York, *25 de enero de 1944.* De una carta a Jacques: [12] «Si hay algo en el mundo que no pueda soportar, es que te sientas desgraciado. Deseo con todo mi corazón que ese «momento de tristeza» que inspiró tu carta del sábado por la mañana, sólo haya sido un momento. Has sido víctima de una ilusión agobiadora, pues en la inestabilidad e inseguridad de nuestra vida, nada hay de que seas responsable...

...No tenemos sino que dar gracias a Dios por la dulzura con que nos ha tratado hasta el presente. ¡Y esto me inspira tanta confianza en el futuro! No porque esté segura de que nuestra tarea ya sólo consista en vivir en paz, cuando la paz entre las naciones se realice, no. Mi seguridad es que tú siempre harás lo que Dios mejor disponga que hagas —y ésa es la mayor de las seguridades y estabilidades— y que nos encon-

12. Este fragmento no se ha encontrado en los papeles de Raïssa, proviene de una carta que siempre guardo conmigo como un talismán. Yo estaba en Chicago cuando Raïssa me escribió esta carta.

traremos siempre donde Dios prefiera que estemos. Con ello sé muy bien, amado mío, que el peso de las decisiones reposa entero sobre tus hombros, como también el peso del trabajo excesivo e incesante que te agobia. Y las inquietudes que siempre te ocasionamos Vera y yo, por la fragilidad de nuestra salud, añaden no poca amargura a todo esto. Estas amarguras habrán sido numerosas en nuestra vida, son nuestra parte en la cruz de Jesús, y en el fondo del alma nunca las hemos rechazado. Espero que Dios nos otorgue la gracia de soportarlas cada vez mejor con el progreso de la vida hacia la muerte y, por fin, hacia la vida con Dios. Éste es el peso normal, que nadie puede evitar. Es necesario superar esas dificultades. Pero en lo que se refiere particularmente a nuestra vida, a mi vida contigo, doy gracias a Dios con toda mi alma.

Me ha concedido una suerte maravillosa, la mejor que se me podía destinar. Junto a ti he encontrado toda la dulzura y la luz de la que tenía y tengo necesidad. Yo habré tenido (...) las primicias y la parte más dulce de esta luz. Y tu amor que me habrá rodeado siempre, reconfortado, dado el valor de vivir. Sé tú también feliz, Jacques querido, tanto como es posible serlo en este mundo.

Ten valor, querido. Nosotros somos de aquél que venció al mundo...»

120

18 de febrero de 1944. Terrible angustia al despertar. La trágica realidad de Europa me invade, encontrando mi corazón sin defensa, todavía desarmado para la lucha cotidiana que comienza al levantarse.

121

Martes, 9 de mayo de 1944. Mi ahijado John ha venido a hablarme esta tarde. Yo le he dicho:

No hay ningún libro en el mundo que no se tenga el dere-

cho de discutir, excepto la Escritura, pero la Escritura no se comprende.

Más tarde le he repetido esta frase a Jacques, quien ha estado tan contento que la ha escrito y pegado en la pared del salón (de donde yo la he retirado, naturalmente).

122

Viernes, 7 de julio de 1944. Desde ayer estamos en East-Hampton.[13] Este país es delicioso. La luz es extraordinaria; los árboles, la hierba, todo me parece maravilloso.

Por primera vez desde que estamos en América me siento «recibida», al abrigo, apoyada sobre la tierra, sobre las cosas.

123

Viernes, 25 de agosto de 1944. París ha sido liberado.

Viernes 10 de noviembre de 1944. Jacques sale esta noche hacia París en un avión militar americano.

[Este viaje tenía por objeto ver lo antes posible nuestro país y nuestros amigos, y darme cuenta directamente de la situación, tan sombría todavía en Francia.

Volví a Nueva York el 1.º de enero de 1945, sin haber conseguido hacer renunciar al general De Gaulle y a Georges Bidault, entonces ministro de Asuntos Extranjeros, a su proyecto (que al principio me pareció una idea en el aire y que creía abandonada), de nombrarme embajador en el Vaticano. La aceptación a la que había sido moralmente forzado por su insistencia, y por el sentimiento de que no podía sustraerme a una tarea pedida en nombre de mi país todavía en guerra, me redujo a una especie de desesperación. Todos mis proyectos de trabajo derribados por el suelo, y me reprochaba de exponer

13. Pasamos allí tres meses; habíamos llegado al límite de nuestras fuerzas y el médico había prescrito el reposo (que por lo demás fue bastante relativo; es ahí donde Raïssa terminó el segundo volumen de *Les Grandes Amitiés*). (J.)

a Raïsa y a Vera a fatigas que su salud no les permitiría soportar.

Tuve que preparar mi partida hacia Roma, a donde Raïssa y Vera no podían acompañarme en avión (nuevamente un avión militar americano), y donde las esperé más de tres meses. (J.)]

124

Viernes, 10 de agosto de 1945. Primer día en Roma.[14] Es preciso instalarse, orientarse un poco, aclimatarse.

He conseguido hacer oración desde el primer día. ¡Ojalá pueda perseverar! Me he servido de los *Textes choisis de saint Bernard* que encontré aquí.

125

Roma, *sábado 25 de agosto de 1945,* san Luis. Misa y comunión con Jacques y Vera en la Iglesia Nueva; luego, misa cantada en San Luis de los Franceses. Gran belleza de la iglesia, del altar y de los cantos. Sentimiento de cálida acogida, de encontrarse nuevamente en casa. Yo estaba sentada entre Jacques y Vera. Pensaba: toda esta belleza, esta profusión de oros y movimientos en todo lo que es escultura; estos ritos complicados y atentos a todo símbolo, son obra del amor; el amor que deriva de la primera infusión de caridad en la Iglesia. En cuanto a los artistas creadores de esas formas, ellos mismos han sido llevados, tuvieran fe o no, por el gran amor que vela dentro y sobre la Iglesia.

14. Raïssa y Vera habían llegado a Nápoles, donde yo las esperaba, el 9 de agosto por la mañana, y a Roma, el mismo día por la tarde.

Yo había salido de Nueva York el 1.º de abril, dejando a Raïssa el trabajo —muy pesado para ella— de hacer las compras necesarias para la Embajada de Francia en la Santa Sede, y expedirlas por barco (Italia estaba entonces desprovista de todo). Llegué a Roma el 20 de abril y presenté mis cartas credenciales del 10 de mayo. Raïssa y Vera, después de mil contratiempos, consiguieron por fin embarcar en Boston en el *Mariposa*, el 30 de julio de 1945. (J.)

Después de la misa, presentación de la colonia eclesiástica francesa en la sacristía.

126

25 de noviembre de 1945. A propósito de Aldous Huxley.[15]

Él no sabe hasta qué punto Cristo, la Virgen María, están próximos de nosotros. Ellos son nuestros maestros en la contemplación, nuestros ejemplos, nuestros intercesores, el contemplativo cristiano no puede ni debe olvidarlos jamás. Su imagen puede estar ausente en el momento de la contemplación —ellos no son sus intermediarios— ellos no nos separan de Dios, la unión es inmediata. Pero la gracia de Cristo nos asiste en la contemplación, y también los méritos de María.

127

24 de diciembre de 1945. A Achsa Belkind::

«...No puedes imaginar, no quiero siquiera decirlo, hasta qué punto los acontecimientos de estos seis últimos años han puesto ceniza en mi alma: acontecimientos con los que no es posible conciliación alguna, sino por la fe desnuda y árida en la Sabiduría y la Misericordia divinas, que no solamente sobrepasan nuestros sentimientos, como creía saber, sino que ahora sé que los sobrepasan en el abandono de toda medida misma pensada como sobrenatural. La locura y la crueldad humanas fueron libres de desplegarse sin límites, y, si nos referimos a los seis millones de asesinados, de los que se habla tan poco, contamos a amigos muy próximos entre ellos: tres de los Jacob, la anciana madre, su hijo Babet, su hijo Manu (creo que tú los habías encontrado en nuestra casa en Meudon). Y Fondane y su hermana, y el hermano mayor de nuestros amigos

15. Raïssa alude sobre todo a las ideas de Huxley sobre los místicos expuestas en *L'Eminence Grise*. Más tarde, volvió de nuevo y de una manera más profunda a los pensamientos aquí expresados (véase más adelante *Textos breves*, «Y el Verbo se hizo carne». (J.)

Jean y Suzanne Marx (Suzanne es mi ahijada desde esta primavera).

Y tú sabes que cuando se puede poner un nombre sobre algunos de los muertos de Auschwitz, Belsen o Dachau, y evocar un rostro entre ellos, la masa de dolor que se siente por todas las demás víctimas adquiere un rostro que te obsesiona con un horror y una compasión inexpresables.

Con todo ello Dios mantiene en nuestras almas un peso y una estabilidad de paz que no puedo comprender; es así sin duda, y con mucha más fuerza todavía cómo Dios ha preservado las almas de los mártires contra la desesperación.»

128

Roma, *4 de marzo de 1946.* Tristeza profunda al despertar, el corazón lleno de lágrimas, pero no tengo tiempo de llorar.

Día tras día espero poder comenzar a trabajar. Mi espera es en vano y al fin decido abandonar totalmente el pensamiento de trabajar; de este modo me dedicaré a hacer sólo lo que debo hacer en esta Embajada; reanudaré mi trabajo cuando Dios quiera, si es que lo quiere alguna vez. No he encontrado ninguna ayuda en Jacques ni en Vera que aliviara mi pena —he estado bien sola. Dios lo ha permitido así. Llevo las lágrimas dentro de mí durante todo el día.

129

Martes, 5 de marzo. Por la mañana, sentada junto a la estufa de madera, Vera y yo rezábamos silenciosamente. En cierto momento he sentido a Vera particularmente recogida, y casi inmediatamente ha salido dirigiéndose a su habitación. Ha vuelto un poco más tarde, llorando, llevando en la mano algo que ella había escrito para mí y que me ha alentado.

130

1.° de abril de 1946.[16] Hay una santidad para cada uno de nosotros, a la medida de nuestro destino, y que Dios se propone obtener por caminos que no están catalogados en ningún manual de perfección.

131

Domingo de Ramos, 14 de abril de 1946. Misa en Santa Sabina, celebrada para nosotros, por nuestras intenciones, por el padre Marie-Alain Couturier en la celda de santo Domingo, para nosotros tres solos. Comunión.

Santidad, grandeza de ese lugar, un alto lugar.

Donde vivió santo Domingo, adonde vinieron san Alberto Magno, santo Tomás de Aquino, san Jacinto, santa Catalina de Siena. Magnificencia de los santos dominicos que pasaron por aquí, gigantes espirituales. Pureza de toda esa belleza, perfección en plena integridad, paz y silencio.

Esta celda de santo Domingo en que oímos la misa es muy pequeña. El padre Couturier oficia con una piedad dulce y discreta. Sentimos su corazón lleno de nuestras inquietudes. Sentimos su amor por nosotros.

132

Sin fecha (probablemente 1946). De una carta a Arthur Lourié:

«"La alegría de los ojos", sí, esto ayuda mucho. La belleza de la campiña romana es extraordinaria, pero, a la larga, se advierte que es de una perfección un poco fría, sacia los ojos, no llama a algo más profundo.

16. Este texto y la mayoría de los siguientes, fueron escritos en «trozos de papel». A partir del año 1946 inclusive, los carnets de Raïssa quedaron casi enteramente en blanco. Falta el carnet de 1945; los de 1957 y 1960 están absolutamente vacíos, y los de 1958 y 1959 apenas contienen algunas líneas. (J.)

Durante todo el invierno la luz ha sido de primavera. Las colinas del Lacio pulidas como el mármol, colores delicados, incluso el cielo gris estaba matizado de malva, de rosa. Paleta celeste para pintores que fueran ángeles. Todo cautiva la mirada, nada cautiva el corazón. La belleza de Roma es diferente, excita la ternura, despierta la memoria.»

133

Domingo, 7 de julio de 1946. Las canonizaciones son siempre como una abertura hacia el cielo. Hoy asistí a la de la bienaventurada Francisca-Javier Cabrini, la más hermosa de cuantas hemos visto. [Incluyo aquí un texto sin fecha que debió ser escrito poco después de la ceremonia. (J.)]

La canonización de la madre Cabrini en San Pedro.

La Basílica está hecha para la luz y la alegría, el triunfo y la gloria.

En un momento en que el silencio fue absoluto, ni cantos, ni palabras, ni aplausos: dulzura infinita suave y blanca de ese silencio que se extiende como una alfombra de terciopelo blanco, y durante el cual todo lo que era blanco, los sobrepellices, los encajes, las mitras puntiagudas, habían tomado un tono aterciopelado, como una caricia de dulzura angélica. Luego se reanudó el canto argentino y todo volvió a la acción.

Procesión de los pájaros, del pan, de los vinos y de los cirios. El Papa en su trono. Del pie del altar central avanzaron lentamente los cardenales en sobrepelliz blanco que sólo dejaba ver por abajo el rojo casi rosado, de un rosa iluminado por el fuego, de su traje cardenalicio. El primero llevaba con gravedad y respeto una jaula dorada.

que contenía,
inmóviles y perfectos,
dos canarios.

Subiendo las gradas del trono los presentó al Santo Padre que los bendijo.

El segundo avanzaba con la misma lentitud y gravedad lle-

vando una jaula blanca ocupada por dos tórtolas blancas, derechas y como sobrecogidas.

El tercero presentó con un profundo recogimiento dos palomas blancas, hinchadas en su plumón; y, aceptados los pájaros y bendecidos, volvieron en procesión.

Seguidamente vinieron los prelados llevando la ofrenda del pan en un plato de oro, y de dos tonelitos, uno de vino y otro de agua, y las voces de plata bañaban la procesión con su luz. Entonces el Papa, con el príncipe Colonna a su derecha, el cardenal Mercati a su izquierda, rodeado de sus servidores, bajó las gradas del trono y avanzó hacia el altar de la Confesión y prosiguió la Misa.

La Basílica está decorada con damasco rojo que cubre todo el paño de la pared de arriba abajo; y los pilares están cubiertos de candelabros de cristal ligero.

A la derecha del trono pontifical, el patriciado italiano, y las Hermanas de la Congregación de la Santa, todas de negro.

A la izquierda, el cuerpo diplomático.

A la entrada del Papa llevado sobre la silla gestatoria, suenan las trompetas de plata, y uno cree oír la voz estridente de gigantescos violines.

En la Elevación, el Papa sostiene la Hostia con las dos manos, lentamente hace una media vuelta hacia la izquierda, vuelve al altar, y hace otra media vuelta hacia la derecha; asimismo con el Cáliz consagrado. De este modo, toda la asistencia de la nave y el crucero puede ver lo que adora.

Un poco antes de la Comunión, el Papa es conducido al Trono. Vuelve de allí con la cabeza desnuda, como despojado, en un estado de humildad; sus rasgos, su rostro, tienen una juventud, una finura notables; parece desarmado. Desde el altar de San Pedro le son llevadas en procesión las Santas Especies. Él las espera en pie, con el rostro ligeramente coloreado, en la simplicidad de la actitud transparenta no obstante, una emoción profunda, una atención absolutamente interior. Dice las plegarias anteriores a la Comunión. Comulga; toma la Preciosa Sangre del cáliz. Da la comunión a los ayudantes de la Misa.

Luego, permanece en pie, recogido, sin cerrar los ojos ni hacer gesto alguno, mientras que el Maestro de ceremonias y los demás ayudantes actúan en torno a él.

134

Kolbsheim, *17 de agosto de 1946.* Ciertas condiciones físicas favorecen la plegaria, el recogimiento, el trabajo intelectual, otras los hacen más difíciles y áridos.

No es cierto, sin embargo, que el alma humana esté en el cuerpo como el pájaro en la jaula, el alma informa el cuerpo y lo hace humano, el pájaro no informa la jaula y no hace de ella un animal vivo.

Pero el cuerpo no está, en esta vida, enteramente proporcionada al alma espiritual, y a causa de esto pesa duramente sobre ella y le impide tener todo el impulso de que es capaz. Y en las circunstancias en que, además, el cuerpo se encuentra entorpecido por el clima, la enfermedad, la fatiga, pesa sobre el espíritu. Si, por el contrario, se encuentra en condiciones físicas favorables, el alma se hace más libre en su actividad, más ligera, más eficaz (más dichosa, si, por otra parte, no se encuentra en alguna prueba). Estas condiciones favorables pueden ser estrictamente físicas o de orden sensible, como cuando el alma alcanza una intuición más penetrante de las cosas espirituales por la música, la visión de las cosas bellas ya de la naturaleza o del arte —también de manera semejante (en otro plano) por el conocimiento de la verdad filosófica o teológica. Estas observaciones son especialmente ciertas en lo que respecta a la vida sobrenatural.

El cuerpo resucitado de los elegidos, el cuerpo glorioso, no impedirá ya para nada la plena actividad contemplativa del alma.

135

Sin fecha (probablemente Roma, 1946). De una carta a An-

toinette Grunelius, a propósito de una obra de psicología religiosa:

«En determinado número de páginas hay una insistencia torpe sobre la psicología de las personas casadas... Me parece bien inútil, las personas casadas hacen su propia psicología, y las no casadas chapotean en ella. Tanto más peligroso es establecer como propiedades esenciales del matrimonio las que pertenecen al matrimonio realizado en condiciones excepcionales de amor, armonía, felicidad, delicadeza, inteligencia, etc. Esos teólogos parecen olvidar que el matrimonio es un sacramento, incluso si no es dichoso, si no es un matrimonio de amor, incluso si sólo es un «matrimonio de conveniencias.» Sus propiedades esenciales residen pues en su honestidad, y no en la expansión de la naturaleza, la «dilatación» (como ellos dicen) del alma, etcétera. Viendo la abundancia de analistas solteros uncidos al problema del matrimonio, se tiene la impresión de que son sobre todo los analistas quienes necesitarían el matrimonio (asunto que deberían tratar con Dios y su confesor, directamente, y no por caminos tortuosos y públicos).»

136

Sin fecha (probablemente Roma, 1946). Su sed ha sido calmada y durante cierto tiempo el agua no les ha sido necesaria, entonces declaran que el agua es inútil. Volverán los días de aridez y de sed, y de nuevo será preciso volver a las fuentes. Que los guardianes de las fuentes y los cursos de agua velen por su pureza sin desalentarse; vendrán nuevamente a pedirles de esta agua.

La pura doctrina teológica y filosófica es esta agua esencial a la vida del espíritu; sus fuentes son raras y preciosas, y si están reservadas a un pequeño número no es por alguna avaricia de lo alto, sino por alguna incapacidad de acá abajo. Sin embargo, muchos que aspiran a ella, se sienten desviados por las inclinaciones de sus guías, los cuales no aman la verdad en todos sus

aspectos lo bastante como para alcanzarla: son los que prefieren la ciencia de la curiosidad a la de la verdad.

137

Sin fecha (probablemente 1947). Lo que el Señor ha hecho por mí.

Los dones de Dios tienen una expansión infinita.

Pero son, al mismo tiempo, para algún hombre.

Dios hizo nacer primero al niño Jacques Maritain, el 18 de noviembre de 1882, en París.

Diez meses después hizo nacer a la niña Raïssa Oumançoff, el 12 de septiembre de 1883,[17] en Rostoff-sur-le-Don.

Cuando nació Raïssa, Henri Bergson, de 23 años, escribía el *Essai sur les Données immediates de la Conscience.*

Léon Bloy, nacido en 1846, tenía 37 años, y escribía entonces su libro sobre Cristóbal Colón.

El padre Clerissac, nacido en 1864, tenía 19 años, y, en aquellas fechas, entró en los dominicos.

138

Roma, *13 de abril de 1947.* Al fin del mundo, cuando la exégesis [18] haya alcanzado su perfección, estará mucho más cerca del texto de la Biblia (aun *interpretando* la letra), porque esta letra está inspirada, y la inspiración ha puesto en la letra tesoros superiores a toda la ciencia humana. No es la ciencia humana la que triunfa sobre la letra, es la letra la que se manifestará por medio de la ciencia.

17. En el calendario latino. (J.)

18. La exégesis, tal como Raïssa la concebía, no era una especie de «ciencia» separada, y vacilante de una hipótesis a otra, sino una disciplina de sabiduría que aprovechaba todos los datos y descubrimientos positivos para mejor comprender e interpretar la letra *a la luz de la teología.* Sólo a este título era una verdadera *ciencia.* (J.)

139

Roma, *6 de julio de 1947.* A Emily Coleman:

«...Voy a intentar responder a tu pregunta: sí, Bloy era un santo. La Iglesia sólo declara la santidad de una manera indudable. Pero hay también muchos santos que no serán jamás canonizados. Bloy es quizá de éstos. Nosotros le rezamos, esto te demostrará nuestra confianza.

Durante los doce años que lo frecuentamos nunca tuvimos nada grave que reprocharle. Imperfecciones, sin duda. Pero, ciertamente, ni orgullo ni falta de caridad. Lo que puede parecer orgullo en él para aquellos que no lo han visto vivir, es únicamente el sentimiento que tenía de sus dotes de escritor y de la importancia de su mensaje, de la vocación que Dios le había impuesto. ¿No es real, todo esto? ¿Y, cuando la humildad es verdad, donde está el orgullo? Lo que en sus escritos parece algunas veces falta de caridad —para quienes no lo conocieron— no es sino una manera torpe de manifestar su amor por las almas, su celo ardiente por su salvación, su dolor inmenso por el daño que el pecado hace a Dios. Al juzgar severamente a éste o aquél se equivocó algunas veces, pero tenía razón al juzgar severamente la malicia del corazón, la falta de amor. Es siempre el amor a Dios lo que provocaba en él sus juicios severos, sus cóleras, *jamás* el amor propio. Y bien, todo esto es propio de un alma santa, de una fe viva, de una caridad divina. Esto es lo que piensan de él sus ahijados.

Léon Bloy fue fiel a su vocación a costa de sufrimientos extremos. Si hubiera puesto su inmenso talento, su genio, al servicio del mundo, habría sido rico y honrado por el mundo, Dios lo sabe. No digo tampoco que la vocación de Bloy nos sea propuesta a cada uno de nosotros. Si John tiene una vocación de dulzura con respecto al prójimo, como un san Francisco de Sales, que la siga, y su madrina sabrá también admitir una santidad de este género, pero nosotros no tenemos derecho a juzgar la vocación del prójimo según los caracteres de la nuestra. ¿Acaso

todos los santos se han sumergido en el silencio como los recluidos? ¿O, es que todos deben predicar a diestro y siniestro como san Pablo? He ahí, queridísima ahijada, el juicio *ex catedra* de tu madrina que te ama con todo su corazón. Como nuestro querido ahijado John nos plantea la misma cuestión respecto a Bloy, ten la generosidad de comunicarle esta carta, que os ruego leáis con una santa paciencia, una seria consideración, y un poco de amor por aquella que tanto os ama.»

140

Cannes, *verano de 1947*. La imagen de Jesús crucificado está en Dios como la expresión del dolor, de lo que el dolor puede ser en la esencia divina.

Dolor por la pérdida de las almas.

Si para salvar nuestra alma Dios sólo tuviera que intervenir con su omnipotencia que hiciera imposible el pecado sin violentar y destruir así la libertad en su raíz, no necesitaría utilizar esa *elocuencia* que intenta convencernos y «seducirnos», esa elocuencia que le hace enviar a su Hijo a la muerte, y a la muerte en la Cruz, y que lo lleva a hacer tantos esfuerzos junto a las almas santas a través de súplicas incansables, de apariciones dolorosas de Jesús colmado de tristeza y angustia por la pérdida de las almas, por el Sagrado Corazón herido, sangrante, hablando de su Pasión, siempre actual, suplicando que se vaya a Él; todo esto es conmovedor desde las apariciones de santa Margarita María. Y tantas apariciones de la Virgen suplicante, como en la Salette donde Ella llora sobre nuestros pecados y las penas que nos esperan...

Si para evitar la pérdida de toda alma Dios actuara con su poder absoluto, Él mismo destrozaría lo que la Sabiduría ha concebido, y todo se convertiría en un caos de gratuidades sin naturaleza; la estructura de su propia creación se desplomaría.

¿En qué se convertiría en tal caso el amor por el que las almas conquistan la vida eterna? El amor que supone la libertad

de elección. (En la visión beatífica, la voluntad colmada según toda la amplitud de su naturaleza se adhiere de una manera indefectible al Bien Infinito, cuya posesión ella ha perseguido bajo las sombras de la fe, en los caminos de nuestra vida mortal; en otras palabras, Dios *ha sido elegido.*)

Actuando según su Sabiduría y no su sola Omnipotencia, Dios deja al alma en libertad de sustraerse, si quiere, a su Gracia suficiente; y si el alma no desfallece, le hace cumplir libremente el bien por su Gracia eficaz; así, jamás el Señor tiene la iniciativa del mal de perdición.

Si Cristo suplica a los santos, las almas víctimas Suyas voluntarias, darle (por su Gracia misma y sus propios méritos) ese suplemento de sufrimientos meritorios; si les encarga dar a conocer su llamada dolorosa, insistente, a todas las almas por pecadores que sean a fin de que vayan a Él que tiene sed de su salvación; si mendiga a las almas ese movimiento escondido que Él mismo produce en ellas a condición de que no hayan tomado ninguna iniciativa aniquiladora, es porque no es «fácil» salvarlas, es porque Él no puede salvarlas a su pesar. Él debe convencerlas, seducirlas; y esto es la obra misma del amor, de la misericordia, del Corazón sagrado de Jesús.

141

24 de agosto de 1947. Angustia casi cotidiana. Nuestro deber, el de los tres, y nuestro camino, es la confianza. «No temáis nada...».

142

Roma, *16 de noviembre de 1947.* Al padre Maurice Pierquin:

«...A decir verdad, estamos más bien sorprendidos del gran bien que, por otra parte, mi ahijado [19] dice de nosotros, sin me-

19. Maurice Sachs. El padre Pierquin, un sacerdote francés que vivía en el Canadá (Manitoba), que se había convertido en amigo nuestro después de la publicación de *Les Grandes Amitiés* (nunca llegamos a encontrarnos en este mundo) había escrito a Raïssa con cuánta pena había leído *Le Sabbat.* (J.)

dida ni discreción, y nosotros le tenemos en cuenta el bien que tan justamente dice del padre Pressoir; le estamos reconocidos de haber sabido evitar, en medio de tantas tentaciones y debilidades, la de la ingratitud. Hay otro mérito en su favor, y es que todo el mal que haya hecho no lo ha disfrazado de bien con falsas teorías, como lo han hecho autores renombrados y cubiertos de gloria, sino que lo ha llamado mal; y si no ha tenido la fuerza de buscar realmente el bien, por lo menos ha aspirado a él, y ha sufrido ciertamente, al no poder alcanzarlo.

Sólo Dios puede saber el grado de su responsabilidad en el mal; nosotros que conocemos un poco la dura herencia que él recibió de los suyos, no lo juzgamos. Dios tenga piedad de él, vivo o muerto.[20] Y usted, querido amigo, no le niegue sus oraciones...»

143

Princeton, *31 de octubre de 1948.*[21] (Un poema: *Plegaria*):

Vos sois la Verdad, Vos sois la Sinceridad,
Pero *todo hombre miente.*
Todo lo que vive en mí
El bien y el mal, la mentira y el error,
Lo que sé y lo que ignoro,
Os ruego y os conjuro y clamo hacia Vos.
Si intento conocerme me pierdo en mis pensamientos.
Sólo Vos conocéis el verdadero nombre de mi ser.
Y si es digno de odio o de amor.
Que Vuestra piedad nos salve por la gracia

20. Esta duda no tardó en disiparse, Maurice había muerto hacia el final de la guerra (J.)

21. No hay nada en los carnets de 1948 y 1949. Los dos poemas que siguen estaban escritos en sendos sobres.

Después de haber renunciado a mis funciones, abandonamos Roma el 14 de junio de 1948 para embarcarnos los tres en Nápoles, de donde salimos el 16 de junio, y llegamos a Nueva York el 27; después de algunas semanas en New-Rochelle, en casa de nuestro amigo Godfrey Schmidt, comenzamos, el 19 de agosto, nuestra estancia en Princeton, donde habíamos alquilado el «cottage» de un profesor ausente por un año. (A partir de septiembre de 1949 habitamos en 26 Linden Lane). (J.)

Vos que *obráis en nosotros el querer y el hacer*
y que podéis *de una piedra*
Hacer un hijo de Abraham,
Purificad, iluminad mi alma
Y que ella escape al poder de la nada.

144

París, *agosto de 1949.* (Un poema: *En la Unidad del Círculo infinito*):

Oh Dios escondido, mi corazón está sobrecogido en tu presencia
Es hora de velar con mi ignorancia
Bajo la única y pura estrella de la Fe
Es hora de velar a las puertas de mí misma
De mí como una torre cerrada por todas partes
Cuyas murallas secretas Jesús ha levantado
Sin que ninguna luz haya iluminado Sus pasos
Dios nuestro de piedad reparador de nuestros desastres
Ignoro lo que Él realiza
Lo que Él me da, lo que Él consigue
Y cómo transforma el pecado en luz
Ese semblante de mí que Dios hace en mí misma
Sólo Él lo conoce porque Él así lo quiere
De tinieblas sagradas Él cubre mi espíritu
El cielo divino no me es accesible
Lo que arde en mi alma para deificarla
Es la hora en que toque lo que la Fe oculta
Velemos a las puertas eternas
Durante la larga Noche
Hasta el día que Dios diga al alma
Que entre en sí misma y en Él.

145

Princeton, *21 de febrero de 1950.* Treinta y ochoavo aniver-

sario del bautismo de nuestro querido padre, ahijado mío y bautizado por Jacques.

Es ya tiempo de no pensar sino en Dios, en la vida eterna.

Carta conmovedora de una carmelita. ¡Ah! Sería preciso poder responder a todas esas cartas tan buenas. ¿Cómo conseguirlo?

No olvido jamás a los que he amado, pero doy la apariencia de abandonar a mis amigos u olvidarlos.

146

Martes, 3 de octubre de 1950. Después de una noche dolorosa, la inseguridad material de nuestra vida se me ha aparecido claramente. La paz ha vuelto por la mañana con un poco de oración.

147

Miércoles, 11 de octubre de 1950. Jacques, Vera y yo, hemos ido hoy a ver a nuestras amigas las benedictinas de *Regina Laudis*. Acogida conmovedora. La superiora, más dulce que nunca.

Una hermana a quien conozco particularmente, no encaja muy bien, no se acostumbra a esta vida de fundadores. Y, además, está confundida por la influencia de ciertos pensadores y teólogos...

Esta pena, esta agitación, por la que uno se informa de que los católicos no tienen *todo* lo que los ortodoxos y los protestantes tienen de bueno, de original, es una especie de concupiscencia (si bien en el orden espiritual) que no es buena; la Iglesia, única, la santa, la mística, a la vez *visible* y *mística*, está compuesta de todos los bienes espirituales, dondequiera que se encuentren.

148

Miércoles, 1.º de noviembre de 1950. Proclamación del dogma de la Asunción de María.

Domingo, 5 de noviembre. Misa y comunión en la iglesia de San Pablo.

He sentido vivamente, de una manera experimental que me ha sorprendido a mí misma, la diferencia entre una piadosa devoción y un acto de fe. Durante muchos años hemos celebrado la Asunción como una gran fiesta, sin que jamás la cuestión de creer o no creer en ella, se planteara a mi espíritu; era un acto de piedad que llevaba consigo su dulzura, y suficientemente autorizada por la recomendación de la Iglesia. Pero después de la definición dogmática de la Asunción de la Santísima Virgen, es verdaderamente un primer acto de Fe que se ha realizado en el alma, acompañado de una alegría que proviene de una fuerza espiritual particular, de una acción concreta y dichosa del espíritu iluminado por una luz nueva, alegría que pertenece sin duda a todo primer acto de Fe.

149

Princeton, *jueves, 1.º de febrero de 1951.* Platón emplea el término *música* de una manera universal, del mismo modo que nosotros empleamos la palabra *poesía* como alma de las bellas artes.

Esto me explica por qué, al recibir la primera intuición de un poema, y mientras lo escribo, *escucho* constantemente en mí esta intuición, a medida que voy escribiendo, de manera que la expresión sea exactamente fiel a la intuición primera. *Escucho* —para *cantar*— sin equivocar las notas. Hablo de una manera analógica.

150

Viernes, 23 de febrero de 1951. Suplico a Dios que no me separe de Jacques y Vera en la eternidad. A menudo y con insistencia hago esta plegaria a Dios con todo mi corazón —pero Jacques y Vera son [aquí seguían unas palabras de elogio que sólo Vera merecía y que no transcribo (J.)]—, es preciso pues una mi-

sericordia de Dios incomparable para no separarme de ellos en la vida eterna. No pongo ninguna condición a mi plegaria, salvo que la bondad de Dios no me abandone jamás.

Suplico a Dios por su gracia que Jacques nunca tenga que sufrir por mí, ni acá abajo ni en el otro mundo.

151

Viernes, 6 de julio de 1951. Hemos ido a Nueva York a casa de Arthur y Ella Lourié. Arthur ha ejecutado su nueva obra, *Anathema*. Coro y ocho instrumentos.

Lunes, 9 de julio. He escrito a Arthur Lourié a propósito de *Anathema:*

«Qué conmovedor es el paso de tu alma, visible en la manera de escoger y reunir los textos de la Escritura para esta obra musical. Es tu Credo, enteramente expresado con las palabras del Espíritu Santo...

Todo esto es puro de espíritu. Y también tu música es toda verdadera, toda pura —quiero decir sin ninguna falta *contra la música*. Creo que con la gracia del bautismo Dios te ha dado el germen de ese don. De tal modo que tu música es capaz de expresar la experiencia de Dios en el alma, como tú lo haces, no según las fórmulas de un «arte religioso», sino según la vida del Espíritu en nosotros, y nuestra vida en Él. Por relación a Él tú expresas miseria, y también nuestro amor y el suyo. Ahí, Arthur, reside el gran talento como Jesús debe desearlo. Jacques y yo somos profundamente dichosos porque tal música exista en ti y por ti.»

152

Lunes, 23 de julio de 1951. Al leer en el libro de Jeanne Ancelet-Hustache [22] los sufrimientos por los que pasó su esposo

22. «*Images et Reflets d'Henri*» (fuera de la venta), Bloud y Gay, 1950. (J.)

antes de morir, al leer el relato de su muerte, he experimentado un sentimiento extraño, como la alegría de la libertad que debe sentir el alma en sus más indecibles profundidades, la dicha de entrar en el camino de la verdad, de la vida eterna y de la visión de Dios.

He permanecido un momento en esta alegría como si esos sufrimientos de la muerte hubieran sido míos y cómo si esta alegría hubiera sido —escondida, sustraída por sus sufrimientos— la del enfermo que moría. Y es quizás esta alegría la que ha aparecido, una vez terminados los sufrimientos, en la hermosa, dichosa sonrisa de aquel que acababa de alcanzar la bienaventurada salvación y la vida eterna.

Le he escrito esto a Mme. Ancelet-Hustache.

153

Viernes, 27 de julio de 1951. He releído la Epístola Católica de Judas [23]. ¡Cuántas maravillas en dos páginas! Quisiera saberla de memoria. La admirable fe en Jesús presente y actuando, en su preexistencia divina, cuando «los Ángeles han perdido su principado» y «han abandonado su propia residencia...»; cuando «Él salvó a su pueblo de la tierra de Egipto...» Y Judas dice que no se deben injuriar «las glorias» (esas glorias angélicas perdidas).

Y su maravillosa salutación a aquellos a quienes escribe: «La misericordia, la paz y el amor os sean dados plenamente».

Esas Escrituras divinas despiertan en mi alma el deseo de ver a Dios; el deseo de partir para la vida eterna. Es un deseo que nace de la alegría del alma, y no de la tristeza de la vida temporal. Amo también esta vida cotidiana y amo a mis queridos Jacques y Vera, y amo a nuestros amigos, y toda belleza: pero Dios comienza quizás a llamar a mi alma y a formarla en la esperanza de la vida eterna. En estos momentos de fe y de viva alegría, el temor de Dios me da menos miedo. Dulce Jesús, ten piedad de mí.

23. Texto de la Vulgata. (J.)

154

Sin fecha (quizás 1951). «Créeme, Rabbi Moisés, cuando a medianoche nos lamentamos en una profunda tristeza y las lágrimas resbalan de nuestros ojos, estamos, a pesar de todo, en la alegría. Tal es la verdadera disposición de Hassid: llorar y reír a la vez como los niños.» (Citado por el padre de Menasce en *Quand Israel aime Dieu.*)

155

Princeton, *2 de enero de 1952.* Todos los cristianos son llamados a la unión con Dios, y son, por consiguiente, «llamados» [24] a la contemplación, en grados diversos, según el ejercicio especial, para éstos y aquéllos, de los diversos dones del Espíritu Santo.

Pero es voluntad de Dios que esta unión espiritual se realice en formas de vida muy variadas, de soledad grande o mínima, de acción imponderable o inmensa.

La cuestión, para cada uno de nosotros, consiste en encontrar, en suplicar a Dios que nos haga conocer la forma de vida cristiana que debe ser la nuestra. Es así cómo Dios quiere que encontremos la perfección y la santidad, sea cual fuere exteriormente esta forma de vida.

156

Princeton, *12 de julio de 1954.* A Jeanne Linn:

«...Permaneceremos este verano en Princeton porque el mé-

24. Raïssa pone la palabra «llamados» entre comillas; y al añadir «en grados diversos» lo matizaba fuertemente, y entendía que en muchos casos la contemplación de que se trata puede ser únicamente disimulada (cuando hay un ejercicio predominante de los dones activos), y reducirse a toques fugitivos (si el alma no ha franqueado el umbral de la vida bajo el régimen habitual de los dones del espíritu). Si se trata de la contemplación bajo sus formas típicas, todos son llamados *de derecho*, por lo menos de una manera alejada. Pero *de hecho*, y como Raïssa anotaba el 16 de febrero de 1935, (cf. más adelante, *Textos breves*, p. 342) y teniendo en cuenta las circunstancias humanas, esta llamada sólo se dirige a unos pocos. (J.)

dico juzga que Jacques necesita todavía mucho reposo [25]. Desaparecida la angustia de la enfermedad, sufrimos con toda nuestra alma porque, una vez más, nos es imposible pasar por lo menos tres meses en Francia... Todo el año pensábamos en la fecha en que podríamos tomar el barco. El último verano estuve muy enferma, y la convalecencia dura todavía; por lo menos he podido mantenerme en pie y cuidar a Jacques, pero, una vez curado él, me he sentido peor, hasta el punto de no poder ir a la iglesia el domingo. El sacerdote es muy bueno y viene a darme la comunión.

...No estamos abandonados aquí, es cierto y es justo decirlo. Se nos ha ayudado de todas las maneras, y se ha rezado mucho por nosotros. Es una costumbre que existe aquí ofrecer numerosas misas por aquellos que se ama, y comulgar por ellos; y esto sucede a menudo con personas que sólo conocen a Jacques a través de sus libros. Sí, Jacques es aquí muy querido... Y nosotros amamos profundamente este país, conocemos las cualidades espirituales y la bondad de este pueblo.

Pero por lo mismo que tú dices que vives con nosotros y nos sigues en el presente, nosotros también vivimos con vosotros a quienes amamos...»

157

Princeton, *martes, 25 de enero de 1955.* «La mayor de las verdades cristianas es el amor a la verdad» (Pascal).

158

Domingo de Laetare, 1955. Los milagros que la caridad de Dios realiza en este mundo, para erigir, y mantener y aumentar

25. El 26 de marzo caí enfermo de un ataque al corazón (trombosis coronaria). Tuve que permanecer en cama obligado a la inmovilidad absoluta durante más de dos meses, cuidado por Raïssa (bastante enferma ella también, pero que me lo ocultaba) y por Vera. (J.)

nuestra Fe, esos milagros no son contrarios a la Sabiduría de Dios, no debilitan las leyes de la naturaleza, las leyes de este mundo.

En este mundo y en el otro, en la tierra y en el cielo, reina la Sabiduría de Dios.

Las leyes de este mundo por el que vamos de paso antes de la muerte son de una naturaleza que, en esta vida, conocemos más o menos perfectamente; lo que está de acuerdo con la naturaleza rebasa, no obstante, nuestras posibilidades cognoscibles aunque esas posibilidades sean de la misma naturaleza de que estamos hechos. Para conocer todas las causas y efectos de lo que es cognoscible en este mundo, sería preciso que nuestro tiempo en él fuera infinitamente largo.

Aun suponiendo la existencia de una ciencia perfecta, ni siquiera ésta podría conocer lo que viene de lo alto —lo que pertenece al mundo—, regido también por la sabiduría de Dios, a quien debe su ser todo lo que existe.

Por la Revelación sabemos la existencia del otro mundo del que tendremos conocimiento después de la muerte, según las posibilidades del alma inmortal, del estado de gracia, y del estado de gloria.

Allí, el espíritu de los Ángeles y las almas inmortales, conocen las leyes de un mundo creado también, pero según un modo de existencia e inteligibilidad del que no podemos tener ningún conocimiento en nuestra vida mortal.

Es *otro mundo*.

No metafóricamente, no hiperbólicamente, sino realmente. Una realidad cuyo conocimiento en esta vida es imposible. Nosotros sabemos por la Fe que existe otro mundo, pero no sabemos *lo* que es. Nosotros sabemos que la Sabiduría divina es allí más resplandeciente, que las llaves de la vida eterna resplandecen —allí donde reina la gracia—, y que la visión del Rostro de Dios en la Gloria ilumina allí toda la creación.

Todo lo que nosotros sabemos en la confianza y la oscuridad de la Fe —las almas, los espíritus iluminados con una luz desconocida lo alcanzan claramente en este mundo—, lo conocere-

mos allí dentro de una luz nueva proporcionada a la realidad, *inaccesible* a nuestra inteligencia en este mundo.

Allí se revelarán las leyes divinas que intervienen en los milagros de este mundo —allí se nos aparecerá la Sabiduría eterna e infinita de Dios— gobernando una realidad *creada* pero tan diferente de la de nuestro mundo que nada acá abajo puede proporcionarnos su conocimiento.

Allí se descubrirán los milagros sublimes de la presencia de Jesús Hombre y Dios en toda hostia consagrada, de la Inmaculada Concepción de la Virgen, de la milagrosa virginidad de la Madre de Jesús, de la resurrección de los muertos como Lázaro y la hija de Jairo, en este mundo, y de la resurrección de los cuerpos para nuestra vida eterna.

159

Domingo de Pasión, 1955. Epístola de san Pablo a los Hebreos, IX, 11-12. «...Cristo viniendo como Gran Sacerdote de los bienes futuros, entró de una vez por todas en el santuario por un tabernáculo mayor y más perfecto, que no fue hecho por mano de hombre, es decir, que no es *de esta creación...*»

Pero esta creación no ha sido tampoco «hecha por mano de hombre». Dios es su Creador. Los tabernáculos, en esta creación, han sido hechos «por mano de hombre», pero la generación humana, y animal, depende de la naturaleza animal y humana creada por Dios.

¿Qué significa pues ese texto de san Pablo? «Es decir que no es de esta creación», sino la *divina Encarnación del Verbo*, la milagrosa concepción de Cristo, y su nacimiento de una Virgen, y, por tanto, la afirmación del *otro mundo...* [26]

26. Si por ese «santuario» por el que Cristo entró se entiende, según una interpretación corriente, el cielo en que entró después de su Ascensión, entonces, está bien la afirmación *el otro mundo* del que habla Raïssa, porque «el cielo» es el mundo desconocido por nosotros donde viven y actúan, según leyes inaccesibles a nuestro espíritu en este mundo, los Angeles y las almas bienaventuradas, y los cuerpos gloriosos de Jesús y María, y que, después de la resurrección de la carne será el mundo de los resucitados, la «nueva tierra» y los «nuevos cielos». (J.)

160

East Hampton, *22 de julio de 1956.* Por fin, he podido asistir a misa a las diez de la mañana.

Sorprendida por el canto, transtornada de amor. De repente, el cielo, Jesús, la vida eterna, todo me parece muy próximo, la beatitud solamente oculta tras un velo. La Madre de Dios me ha hecho sentir también su proximidad.

La presencia de Jesús en la Comunión sensible a la fe, atravesando la desnudez de la fe.

El otro mundo, presente.

161

East Hampton, *28 de agosto de 1956.* Dejar actuar dentro de sí los cantos, la música, dejar el alma «abrirse a las cosas divinas» (santo Tomás). Cuando se produce la acción liberadora de la música, escapamos súbitamente a la violencia del esfuerzo y de las distracciones, a las imágenes extrañas, y, de algún modo, a la distancia entre el tiempo y la eternidad. El amor ardiente invade el alma, ilumina la fe. El corazón vencido nos ofrece la dulzura de las lágrimas.

162

Sin fecha (probablemente 1956). Fuentes de paz: Dios y los árboles.

163

Princeton, *miércoles 21 de noviembre de 1956,* presentación de la Santísima Virgen.

Esta mañana, entre las diez y media y la una del mediodía, Vera ha estado en el hospital para un examen general por

rayos X, que el médico quería hacerle. La ha acompañado nuestra querida amiga Jane Somerville. Jacques y yo hemos pasado unas horas de inquietud terribles. Yo he rezado con toda mi alma, presentando a Jesús los numerosos sufrimientos por los que Vera ha pasado en su vida y la pureza de su alma y su caridad y su abnegación, y las numerosas angustias que mis enfermedades y los sufrimientos de Jacques le han causado... Y me ha venido la inspiración (la he tenido estos días) de rogar a Jesús en el nombre mismo de Vera a la que Él ama de una manera especial, de rogar por ella en su propio nombre. Le he dicho este secreto a Jacques, he rogado por Vera en nombre de la santidad de Vera, en nombre del amor de Jesús por ella [27].

164

Sin fecha (probablemente 1957). Un dogma es la punta de un cono cuya abertura crece hasta el infinito. La realidad divina nos toca por esta punta.

165

Sin fecha (probablemente 1958). Quizá no es exactamente cierto que la contemplación tienda esencialmente al silencio: *Misericordias Domini in aeternum cantabo.* Si en la eterna contemplación el canto desborda del amor, ¿por qué no también en la contemplación que atraviesa el tiempo?

27. Y Jesús, por uno de esos consuelos ambiguos que anuncian lo peor al tiempo que dan una oportunidad de gracia, concedió a Raïssa la aceptación de su plegaria para *ese día* («Todo está perfectamente bien», telefoneó el médico después de haber visto las radiografías). Pero había llegado el tiempo de las grandes pruebas. (Por ello, sin duda, le fue concedida a Raïsa la inspiración de rogar como ella lo hizo; por esa plegaria en nombre de la *santidad* de Vera ella pedía la curación de Vera, pero, a decir verdad, es la *fuerza por el sacrificio aceptado* que connotaba por sí misma tal plegaria.) El 28 de mayo de 1957, Vera, atacada de cáncer, debía sufrir la ablación de un seno. Una metástasis en la cadera se produjo a fines de 1958. Después de un año, mucho más duro todavía que los dos precedentes, de sufrimientos, ininterrumpidos a partir de entonces, y siempre crecientes, soportados con una paciencia y un valor que no se desmintieron jamás, nuestra pequeña hermana murió dulcemente el 31 de diciembre de 1959. (J.)

Aspiramos a Dios hasta el más profundo
y silencioso retiro del alma,
y el aliento que sale de nuestra boca
puede ser canto y palabra de amor.

Así como la acción santa, la palabra de sabiduría y de belleza desborda la contemplación: los Salmos y toda la Escritura inspirada.

La contemplación y el canto son como el río y el mar. La inclinación, el fin del río, es perderse en el océano; pero si las aguas desbordan de su lecho, se vierte a derecha e izquierda. El fin del alma contemplativa es perderse en Dios, pero el exceso del corazón se vierte en cantos y en actos [28].

166

Sin fecha (probablemente 1959). El sufrimiento es necesario en este mundo, tal como Dios lo ha hecho.

Hay quizás otros mundos, respondiendo a otras miras del Creador.

Nuestra vida en este mundo está bajo un signo trágico.

Dios lo dio —antes de la caída de los Ángeles, antes de la caída del tronco de la humanidad: la primera pareja, Adán y Eva— a ese gran Arcángel (era bueno en el instante de su creación) que una vez caído se convirtió en el Príncipe de las tinieblas de este mundo.

Y a partir de entonces fue preciso que la humanidad fuera rescatada, que el tiempo de este mundo fuera rescatado.

El rescate se hizo por el sufrimiento unido al amor de Dios en los dos sentidos de la expresión, Él amándonos y nosotros amándolo.

28. El pensamiento de Raïssa es, pues, perfectamente claro: 1.º el *fin* de la contemplación es la unión de amor con Dios, en el silencio de los conceptos y de las palabras, mientras que el *fin* de la intuición poética es la palabra o la obra producida; 2.º, pero lo que es *fin* para la intuición poética puede ser *sobreabundancia* (y sobreabundancia normal, desbordando la posesión del fin o del movimiento hacia ella) para la contemplación. (J.)

El alma humana no tiene por sí sola el poder de la salvación, ni siquiera con el amor unido al sufrimiento. No hay proporción entre el poder del alma y la salvación eterna.

Y, sin embargo, Dios nos salva por una alianza con la humanidad.

En primer lugar, es la alianza del Verbo asumiendo la naturaleza humana.

En segundo lugar, la aceptación del sufrimiento que hace cada alma por amor a Dios.

El sufrimiento del Verbo Encarnado, del Verbo hecho verdadero Hombre por el amor de Dios, por amor de la humanidad, por amor a toda alma.

Y la unión de nuestro sufrimiento y de nuestro amor a la Pasión y al Amor de Jesús.

Toda *aceptación* del sufrimiento (si procede, no de una pasividad primitiva o de cualquier orgullo filosófico, sino de la humildad) está unida a la caridad y es deudora de la gracia divina.

Los santos no hacen más que aceptar el sufrimiento, lo piden a Dios por amor a Él y por la salvación de las almas.

167

Sin fecha (probablemente 1959). Ser capaz de recibir mucho de Dios es la plenitud de la perfección.

168

Princeton, *8 de febrero de 1960.* A Anne Green:

«...Existía, además, entre Vera y yo una unión particular, una invención ingenua, un juego perpetuo entre nosotras. Aunque más joven que yo, Vera era, en este juego, mi madre, y yo, su hija. En realidad, esta invención era para mí un descubrimiento —el descubrimiento de la bondad, de la generosidad del

alma de Vera— que se verificó durante toda nuestra vida. Ese juego tan grave se perpetuó más allá de la infancia. Sin prestar atención a ello, yo la llamaba mi madrecita, y, hasta su muerte e incluso ahora, me sorprendo llamándola así cuando le hablo, cuando la llamo, cuando le rezo. Su presencia ha sido siempre una fuerza para nosotros, incluso en sus últimos y dolorosos años...»

169

18 de marzo de 1960. A Josette Cayssials:

«...Su carta es muy clara, muy buena. Ni siquiera me reprocha mi largo silencio. Ha tenido confianza en mi amistad hacia usted. Vera ha sufrido durante tres años de una manera cada vez más dolorosa, y no me quedaba ya libertad de espíritu. Su muerte en un adormecimiento ha sido muy dulce. Dios le ha ahorrado los dolores, más crueles todavía, que hubiera tenido que soportar. El médico, sorprendido, se alegraba de ello y nos felicitaba como por una bendición. Vera ha sido liberada de las penas de este mundo; a partir de ahora es feliz unida a Dios en la luz, como lo estuvo siempre en sus sufrimientos. Mas para nosotros, su ausencia es todavía incomprensible; miro su fotografía y le pregunto cómo ha podido abandonarnos. Sé que mi confusión es absurda, pero la sensibilidad, en este mundo, no puede alcanzar nada de la dicha del otro mundo.

Usted me escribe, Josette, que en la pena, en la tormenta, llega a pensar: «Si Raïssa estuviera aquí...» Cuánto lamento estar lejos, cómo deseo poderla ayudar...

Me dice que *para usted* «a menudo Dios no es bastante humano»; pero no es solamente para usted; hay en ello un gran misterio, la bondad de Dios no es como la bondad humana. Sólo podemos conocer el mundo divino en la medida en que para nosotros es «el otro mundo». La bondad humana, la piedad humana, son tesoros, pero debemos pasar por la pena y el dolor —y por la muerte— para llegar a la bienaventuranza eterna. Por la pena y el dolor, Cristo ha definido en el Evangelio todos

los valores morales y espirituales como bienaventuranzas. En la muerte de Cristo, Dios se muestra a la vez inhumano y humano —inhumano por la Pasión infligida a su Hijo—, humano por la Pasión aceptada por Jesús, verdadero Hombre y verdadero Dios, por nuestra salvación.

Lo cierto es que necesitamos la bondad los unos de los otros para soportar la vida y todas sus dificultades...»

170

Sin fecha (probablemente 1960).

«Sin otra luz, ni guía,
sino la que en el corazón ardía».

Sin otra...

Esta negación significa la noche de la Fe. El deseo de la visión que yace en el alma es en cierto modo una queja, un gemido. Por más que la caridad abrase el corazón

y avive con la luz del amor
el fuego de la fe y de la gracia.
Pero en la noche oscura
brilla una luz
en el corazón abrasado brilla una luz
una luz brilla en el corazón abrasado
el corazón se abrasa de amor
el amor ilumina toda el alma.

171

París, *sábado, 27 de agosto 1960.* De mi carnet de notas:

Hacia la tarde, Raïssa repite varias veces con una sonrisa radiante: «Voy a morir, voy a morir...» Luego, dice para consolarme: «No lo decía en serio». Después de esto me dice que

hace algunos días ha soñado «que iba a morir y a realizar mi ascensión», y que estaba contenta. «Es bueno estar con Dios.» (J.)

172

Martes, 4 de octubre de 1960. De mi carnet de notas: Pierre van der Meer viene de su abadía de Holanda para ver a Raïssa. Está transtornado. Ella irradia amor. Le dice gravemente, apaciblemente: «Nadie puede ayudarme.»

Él la bendice. Cuando se marcha (ya en la escalera), ella pide que vuelva para decirle adiós. (J.)

Raïssa pasó en paz a la otra vida el 4 de noviembre de 1960.

IV

FRAGMENTOS ANEXOS[1]

1. He agrupado en esta sección fragmentos que, ya porque son la primera idea para un ensayo, ya por alguna otra razón, me pareció que debían ser puestos aparte de las notas que componen la serie cronológica de las *Hojas sueltas*. Por otra parte, no he creído tampoco que debía clasificarlas entre los *Textos breves*. (J.)

I

(A propósito de P. H.)[2]

Usted cree en los pequeños milagros, crea también en los grandes; la historia del cristianismo está llena de ellos.

Su debilidad es que usted no puede afirmarse y existir más que oponiéndose, de manera que plantea siempre su bien con relación al nuestro.

—Usted no puede escapársenos.

¿Por qué elige como guía al mayor vencido del mundo?

Sus invenciones son muy limitadas, mientras que las invenciones del amor son infinitas.

Un acto gratuito es aquel que se *da por nada.*

No hay nada gratuito sino el don. No existe mayor don que el de la propia vida. Es lo que dio el mismo Dios. Y nosotros no podemos probar nuestro amor sino por el don, hasta el de la propia vida. Nuestra prueba del 9 es la de la sangre.

El mismo Lucifer obedeció a Dios. Y el que obedece a Lucifer es ridículo a ojos de Lucifer.

Usted no quiere recibir nada.

Y no puede dar nada.

Dios mismo ha querido recibir de su criatura la inclinación al sufrimiento.

2. Para ese fragmento y el siguiente, cf. *Diario* de 1931, Raïssa me contó sus conversaciones con P.H.: así es como ella le replicaba y, naturalmente, el tono no era menos vivo por la otra parte. (J.)

Y, por ello, el sufrimiento mismo, ese desecho, ha sido marcado con el signo infinito del amor y de la salvación.

Dios tendrá piedad de los verdaderos desesperados, porque, sin saberlo, su desesperación es la de no conocer a Aquel que es digno de un amor infinito.

Se me pide demasiado.

¿Qué es lo que *se* me pide?

—Todo.

Todo.

Nuestra dicha no es insolente. Nuestra alegría está prendida en la Cruz.

Nuestra inocencia está manchada de sangre.

Usted ha mostrado lo esencial de lo humano en el crimen y el vicio.

No hay nada más cercano al crimen y al vicio que el hombre honesto.

La inocencia se reencuentra, está alimentada con nuestra sangre y la sangre de Dios.

Sólo hay un acto gratuito y perfecto, el Amor creador y salvador.

Frente a él hay el amor que le responde, el amor del hombre por Dios y por el prójimo.

El hombre que ignora o quiere ignorar a Dios y probarse a sí mismo su independencia no puede aproximarse al acto gratuito más que por el suicidio.

¿Y entonces? Ese solo acto de independencia lleva la muerte consigo, y lo priva para siempre de toda independencia.

Y esta vida que tenía por único principio y único fin *la vida* no se realiza sino en la muerte.

Mayo 1931

2

(Carta a P. H.)

Meudon, *5 de agosto 1931.* Querido señor, si no le he escrito antes, es porque la enfermedad no siempre deja tiempo para ello. Pero me encuentro ya un poco mejor, y si me empeño en escribirle en condiciones tan desfavorables, cuando usted habrá olvidado, sin duda, la carta a la que voy a intentar responder, es porque esa carta es demasiado grave, demasiado dolorosa para usted y para mí, para caer en un silencio sin eco.

Ante todo, no me crea disgustada por haberme escrito que me matará alegremente algún día, cuando sea digno de ello. Al contrario. No soy digna de una muerte tan bella, y jamás he recibido una carta que me honre tanto. Puede estar seguro de que no bromeo. Mi padrino Léon Bloy, al morir, sólo estaba afligido por no haber dado, de su fe, el testimonio de la sangre. Si Dios me hace digna de ello, yo también llegaré a conocer tal deseo.

En cuanto a su libro, no tema, usted no ha traicionado a su Dios. ¿Qué clase de Dios sería aquel a quien traicionara una palabra sincera? Me ha comprendido bien poco si cree que he buscando en él atribuirme un triunfo... Su libro, que no quiere probar *nada*, nada prueba tampoco y no me da ningún arma contra usted. Usted lo llama «el pantano». Si de este modo quiere designar lo que hay en él de humanidad y de piedad, la miseria que confiesa y la ternura que la cubre, sea. Pero no es todo lo que lo haría a usted «soportable» a mis ojos. Lo que yo estimo en usted es el hombre a la búsqueda de un amor absoluto, de un objeto que valga la pena de esta vida.

Usted discute que Dios sea este objeto. Considera que nuestras pruebas son muy pobres. Y olvida que nuestra miseria, humana al fin y al cabo, sólo es imputable a la negación de la gracia, que los hombres rechazan, totalmente o en parte, porque

la gracia exige que seamos duros e implacables, pero con nosotros mismos. Usted olvida o ignora que el cristianismo se impuso por sus mártires y por su doctrina y que todos los días la Iglesia ofrece a la tierra, con la sangre de su Dios y de los santos, la doctrina de la verdad y del amor. No hay en ello nada de desabrida ternura. *La fe no es un sentimiento,* es una dura voluntad de la verdad, usted no sabe lo que ella exige, usted no sabe lo que da. No está hecha para saciarnos. Nuestro reino, en efecto, no es de este mundo. Pero ahí también es preciso comprender. No debemos atarnos a nada de este mundo como si éste fuera nuestro fin último. Pero no nos debemos desinteresar de él. Ese desinterés egoísta es el gran crimen de nuestra civilización sin grandeza. No es en el Paraíso donde deberemos ser justos y puros, sino que esto se nos exige *hoy.* Es en esta tierra donde debemos dar nuestra vida por amor a Dios y a todo hombre que lo necesite. Tal es nuestra fe. Dios nos ofrece los medios de practicarla y nosotros los rechazamos. Y así no hay ya medio de vivir.

Usted me suplica que comprenda. Yo lo deseo con toda mi alma y creo comprender. Me dice que busca el amor, el verdadero, y yo le creo. Sé que usted quiere construir un mundo sin Dios y sin los valores de perfección que nosotros tenemos por verdaderos... En su lugar yo también me encaminaría a la búsqueda de un mundo nuevo, un mundo sin egoísmo y sin hipocresía, un mundo tan libre y tan puro que no recordara ninguna ley divina ni humana. (En una visión tal de las cosas, la misma idea de ley desaparece.)

Pero *yo sé,* ahora, que hay leyes y preceptos que forman parte de la naturaleza de las cosas: tal es el Decálogo. Yo sé que la vida humana tiene su plenitud en otra parte.

Usted considera la corrupción de este mundo y hace responsable de ella a la religión, cuando sólo se debe al abandono de las leyes mismas de la vida.

Yo también le suplico que comprenda: no defiendo a «los católicos», no me defiendo a mí misma. Nosotros lo hemos merecido *todo.* (Considere sin embargo que, de la misma manera,

todos los hombres han sido, son y serán llamados a ser verdaderos católicos; y que, por lo mismo, incluso usted, que no ha respondido a ese llamamiento, se ha hecho merecedor de todo.) Yo defiendo la verdad divina, y la santidad de la Iglesia que reside en sus santos, no necesariamente en cada uno de sus miembros visibles. Defiendo esa santidad y esa verdad en el pasado y en la hora presente: la verdad que yo amo, sé que responde a toda cuestión planteada lealmente. Sé que hay santos entre nosotros y, personalmente, conozco a algunos de ellos.

Sé también que esa santidad no le impresiona (una vez más, la ignora usted). Piensa usted que la perfección es muy otra y que, si es posible, se debe «cambiar el sentido de la vida, falseado y envilecido por veinte siglos de cristianismo».

¿Ve usted acaso en el paganismo anterior a esos veinte siglos el verdadero sentido de la vida, y desviado el curso de ésta por la sangre de los cristianos? ¿Desea usted ir en ese sentido? ¿Hacia el enseñoreamiento de los dioses de la ciudad, hacia la crueldad al servicio de la lujuria, hacia la esclavitud, única que podría sostener civilización semejante? Indudablemente, no. No valdría la pena querer *cambiarlo todo;* nuestra sociedad capitalista y atea, capítulo final del llamado Renacimiento, apenas ha reencontrado la tradición...

Usted cree que debe luchar con todas sus fuerzas contra nosotros que creemos en Dios. Quizás sí contra nosotros, porque no hemos creído bastante, porque no hemos vivido según las exigencias de la Fe (si lo hubiéramos hecho, habríamos realizado la Revolución por los medios del amor). Contra nosotros. No contra Dios. Él es el único autor de la justicia y la misericordia. Sé que esto le resulta incomprensible; parece que no haya entre nosotros ningún principio común. Pero la humanidad profunda es en todos la misma; nos queda esa fraternidad (junto con la de la poesía). Y yo le haría reparar en que existen valores universales y humanos de los que usted no puede prescindir. Por ejemplo: *pureza.* Es una noción que usted transpone ampliamente, pero que le es necesaria de una manera o de otra. Lealtad, justicia, amor. Y ese valor que se opone a «puerco»

(creo que estamos de acuerdo sobre el sentido de esta palabra) y del que ignoro el nombre que usted le daría. ¿«Hombre», quizás? Esto va más lejos de lo que usted cree (pero sería preciso pensar en ello).

Es difícil expulsar a Dios de una manera inmediata. Él vuelve siempre humildemente disimulado bajo un nombre u otro; y sin que se sepa se hace amar bajo el nombre que nosotros hayamos elegido. Yo recomiendo a los que me rodean el libro que usted ha dejado de amar, y espero con gran curiosidad el que está preparando (y también sus poemas). Pero sobre todo me preparo, yo también, a luchar, no contra usted, sino por usted, y por todos aquellos que no podemos alcanzar por los medios visibles.

3

Leyendo a Kierkegaard

(«Temor y temblor»)

Si yo misma no hubiera sufrido la angustia durante un año largo, quizás no habría podido leer, como lo hago hoy, este libro de Kierkegaard.

Si he comprendido bien, toda su obra se origina de una experiencia íntima y religiosa: de un hecho absolutamente individual y cuyo contenido no puede ser generalizado: se trata del sentimiento que hizo romper su noviazgo a Kierkegaard.

Un protestante o un hombre no vinculado a ninguna Iglesia puede construir una obra partiendo de una experiencia íntima, religiosa e incomunicable —¿quién se lo impediría?— desde el momento en que la experiencia ha sido vivida. Lo ignora todo de la ciencia teológica y apenas conoce nada de reglas, excepto de las morales.

Un católico debe ante todo reencontrar la libertad profunda de los hijos de Dios viviendo de su ciencia teológica y de su experiencia religiosa a fuerza de fidelidad, de amor, de espiritualidad verdadera, no reencontrarla, sino alcanzar esa libertad. Su ventaja reside en que esta libertad se armoniza con toda la verdad. La desventaja consiste en que, en general, se consigue tarde.

Meudon, *16 de febrero 1935*

* * *

El ejemplo de Abraham o de Juana de Arco es el caso de una fe cuyo objeto ha sido propuesto por una revelación especial y privada.

Y como una fe de este género no se propone a cada uno de nosotros, Kierkegaard tiene razón en decir que, en este sentido, no tiene fe (esa fe así propuesta a un determinado objeto particular).

Además, en su caso, él no recibe por parte de Dios la seguridad de que su prometida le será devuelta, mientras que Dios había prometido a Abraham una posteridad por Isaac.

Sin embargo, al consentir a ese sacrificio: la ruptura de su noviazgo, quizá Kierkegaard esperó, a pesar de todo, que Dios se contentaría con su buena voluntad y le devolvería a su prometida —pero no le ha sido devuelta—; por ello, sin duda, Kierkegaard dice y repite que no tiene fe.

Meudon, *17 de febrero 1935*

4

La poesía de nuestro tiempo [3]

Tiempo de odio, tiempo de dolor. Del dolor infligido por el odio. Tiempo de desorden. Tiempo de la muerte. La hosca esperanza no sabe dónde aferrarse. La agonía de los cuerpos y las almas es como una cúpula de gritos y de sangre sobre nuestra tierra. Las promesas de paz no podrán ser mantenidas. La miseria desencadenada por la miseria no podrá ser socorrida, hasta la muerte, hasta la muerte. Hasta que se agoten el odio y el poder del odio. Hasta después del suicidio de la tierra, después que la tierra haya aportado su pleno fruto de fuego. Y Dios a su venida sólo encontrará muertos para juzgar.

Nuestro tiempo de sangre y de muerte; de torturas, de desesperación, de caos, de desconsuelo, de miseria, de hambre, de angustia, de descubrimientos malditos; tiempo de la desdicha irremediable y desmedida, sumergiendo, anegando todo corazón que la crueldad no ha devorado todavía.

Si la paz gana algunos años a las guerras futuras, pronto la ligereza lo habrá olvidado todo hasta el día de la nueva irrupción del infierno. Ese tiempo, el último de nuestra vida, es aquel en que vuestros amigos y los nuestros están muertos, enteramente sacrificados. Ni debilidad, ni dulzura, ni infancia, ni vejez, ni, sobre todo, la inocencia, los ha preservado de la visión del horror infinito, de la pasión inimaginable, de la dolorosa pasión de sus miembros, de su corazón, de su carne, de su alma y de su espíritu; vuestros amigos, nuestros amigos, aplastados, destruidos, apiñados como parásitos, veo a éste y a aquél, cuyo rostro y cuyo nombre conozco,

3. Estas páginas fueron escritas, evidentemente, en respuesta a una pregunta o encuesta sobre lo que se puede esperar de la poesía de nuestro tiempo. (¿En qué fecha? Supongo que en 1945, en Roma) ¿Fueron enviadas al autor de la encuesta y, quién era éste? No recuerdo nada a ese respecto. Lo importante, en todo caso, es tener ese texto surgido de un primer impulso, en un irresistible movimiento del alma. (J.)

sin poder soportar la visión de su angustia
y de su muerte humillada
ni aceptar jamás lo que el mundo ha hecho
lo que los hombres han hecho
sólo Dios, Él solo puede recibir nuestra aceptación
la remisión de nuestra queja, en la fe árida y desnuda
en Su misericordia, en Su sabiduría
de tal modo traicionadas por las apariencias
que constituyen nuestra realidad,
—entretanto, que la poesía haga penitencia, que se calle, porque carece de palabras para la realidad de nuestro tiempo;
que se cubra el rostro; que cese de jugar con nuestro dolor; que olvide las flores, los juegos, las gracias, la retórica y la elocuencia; que se desnude y se humille si quiere sobrevivir a lo inimaginable, lo indecible, la mortal tiniebla de nuestro tiempo.

Sin fecha (probablemente 1945).

La poesía es un lenguaje musical

La Poesía no es únicamente «musical», es música. Y esto no sólo a causa del placer sonoro de las palabras que reúne, sino porque posee, además del sentido literal más o menos claro u oscuro, una significación análoga a la del lenguaje musical.

El lenguaje musical tiene el poder de despertar en quien lo percibe una actividad espiritual compleja que es su misterioso comunicante, poder propio de todo lenguaje, pero, en este caso, indirecto. La Poesía es por sí misma un lenguaje de significación indirecta, hasta el punto de que ésta es una propiedad esencial en ella.

El lenguaje musical de la Poesía es tan variado como el de la Música. No se mantiene en un ritmo determinado, pero no existe sin el ritmo. No se limita a una forma única, pero posee un centro de irradiación y de atracción que constituye la unidad y la forma del poema, como la de la obra musical.

Sin fecha (probablemente 1958).

V

TEXTOS BREVES

1

Sobre la oración[1]

Val d'Illiez (Suiza)

29-31 de agosto de 1922

Mi querido hermano en Jesús:

Le envío el pequeño Directorio destinado a los Círculos tomistas, y que el padre Garrigou-Lagrange nos ha encargado redactar. Acaba de aprobarlo, en principio, pero como no nos ha prohibido intentar mejorarlo, le agradeceríamos que nos ayudara a ello, indicándonos las correcciones a realizar. Al apoyarnos en santo Tomás y en san Juan de la Cruz, hemos intentado responder a varias de las preguntas que usted plantea respecto a la contemplación mística, y creo que no nos alejamos de las soluciones propuestas por usted, a las que se adhieren, en cuanto a lo esencial, el padre Garrigou y la madre Marie-Thérèse.

Si he tardado en escribirle, a pesar de su insistencia fraterna, se debe, ante todo, a que la fatiga del viaje me ha obligado a guardar cama a mi llegada; la aclimatación ha sido larga también, y, ahora, después de algunos días de alivio, me encuentro de nuevo sin muchas fuerzas. Además, el trabajo de reflexión y expresión me resulta, cada vez más, una carga; mi alma tiende por sí misma hacia el interior, hacia la oscuridad y el reposo en Dios. Y mi memoria me parece vacía hasta tal punto que me pregunto cómo puedo, todavía, dar a Jacques

1. Carta a C.H.

la pequeña colaboración que me pide y que, gracias a Dios, ni la enfermedad, ni la oscuridad me han impedido hasta ahora.

Le digo todo esto a fin de que no tome por indiferencia mi largo silencio. Su amistad nos es muy querida y yo me siento dichosa de que en su corazón no me separe usted de Jacques, a pesar de que lo merezca tan poco.

Lamento no tener una copia de su carta al canónigo Saudreau, ya que usted me pide escribirle respecto a él. Temo no responderle de manera lo bastante directa, pero usted pondrá las cosas en su punto.

Después de haber leído su carta, he releído los primeros capítulos de *L'État Mystique*, y me ha parecido que, en efecto, el canónigo Saudreau ha incurrido en el error de no insistir lo bastante sobre la oscuridad inherente a ese estado, y de mostrar textos en que las palabras *conocimientos* y *luces* necesitarían ser explicadas.

No sé por qué, había llegado a creer que también para usted la oración mística tenía cierto carácter de claridad, y, a pesar de todo lo que ya sabía y de la confianza que me daba el padre Dehau, comenzaba a temer por mi oración que es, desde hace varios años, totalmente oscura. Lo que usted me ha escrito, me tranquiliza por entero, y me siento dichosa de que mi pobre experiencia, de la que sólo puedo hablar con confusión, se vea confirmada por la suya que me inspira tan gran confianza. Puesto que usted se empeña, voy, pues, a exponerle mis pequeñas ideas, y usted, a su vez, me dirá simplemente lo que piensa de ellas.

Se puede decir que todo lo que es místico comporta un doble aspecto y una doble definición: ontológica y psicológica.

Ontológicamente, creo que la esencia de la contemplación mística consiste en ser producida *en virtud de la unión*, y, por tanto, de una manera *pasiva*, por una voluntad especial de Dios que le lleva a darnos, en cierto modo, el conocimiento de su amor por nosotros.

Psicológicamente, la esencia de la contemplación mística me

parece ser un conocimiento experimental de Dios, «*Dios inefablemente percibido*». ¿Es esto lo que usted cree?

Al principio, Dios se manifiesta en nosotros vertiendo en nuestra alma, como dice santa Teresa, «una gran satisfacción interior y exterior», una alegría que no se parece a ninguna otra. Luego, nos purifica y nos sacrifica: es la *noche* en nuestra alma. Después, nos beatifica de nuevo y de una manera más espiritual y profunda. Pero siempre *actúa el primero y principalmente*. Nuestra actividad acompaña a la Suya ya con mayor o menor intensidad, ya dichosa y fácil, ya dolorosa; ya visiblemente, ya de una manera desconocida para nosotros, imperceptible. No puede ser aniquilada, porque nuestras facultades espirituales son inmortales como nuestra alma; y como Dios es Espíritu y Vida, nuestra alma es tanto más viva y libre cuanto mayor es la acción de Dios en ella. Pero no podemos tener un conocimiento directo de esta vida esencial. Por el contrario, la inteligencia, la más espiritual de nuestras facultades, nos parece disminuir. En la oración hay una suspensión de las operaciones intelectuales.

Con qué exactitud se expresa la madre Marie-Thérèse al decir: «Cuando hablo de suspensión de operaciones intelectuales, me refiero con ello al aspecto humano de esta operación, porque la contemplación acrecienta ¡y de qué manera! la vida de nuestra inteligencia como tal. Sólo como inteligencia humana hay aniquilación, por así decirlo.»

La manera humana de actuar cede su lugar a la manera sobrehumana.

La manera humana es ir de lo visible a lo invisible, de los sentidos al espíritu, y de lo creado a lo increado.

La manera sobrehumana tiene sus raíces inmediatas en Dios; pero en la vida mística Dios actúa por una infusión muy particular de su gracia que lo lleva ya a iluminar nuestro espíritu, ya a abrazar nuestra voluntad, ya a fortalecer nuestro corazón, o a darnos a la vez luz, exaltación y fuerzas naturales, o a no dejarnos percibir más que la destrucción de nuestra manera humana de actuar, nuestra impotencia, nuestra nada.

Como siempre que se trata de la obra muy especial del Amor divino, es obra del Espíritu Santo. El alma vive entonces más intensamente bajo el régimen de los Dones. Todos los dones del Espíritu Santo la preparan a la unión mística, pero el don de Sabiduría es el que le hace comprender y gustar de esta unión.

Por ser el más simplificador es el de mayor fuerza de unión. El don del temor purifica y repara; la ciencia, el consejo, iluminan sobre los actos buenos y malos; la piedad, la fuerza, ayudan a perseverar; la Inteligencia hace adherir más firmemente a la fe, las verdades de la fe se encuentran iluminadas con una luz más fuerte en un alma más viva. El don de la Sabiduría produce el conocimiento experimental, amoroso e inefable de Dios.

Lo que en la vía ascética o activa se hacía por el «mandamiento del amor» se hace a partir de ese momento «por el amor mismo». Y no sólo el recogimiento sino todos nuestros actos pueden ser llamados místicos, cuando se hacen «por el amor mismo», es decir, por el Espíritu Santo.

La pasividad, en el sentido *de la acción primera y principal del Espíritu Santo en la vía mística*, es ontológicamente el carácter esencial.

Esta pasividad, *passio divinorum*, se traduce psicológicamente no sólo por la sujeción y la muerte (aparente) de nuestras facultades naturales, sino también, en ciertos casos, por su exaltación; es así como, en los santos, incluso la acción puede ser calificada de mística.

Esta pasividad se manifiesta en la contemplación sobre todo por la sujeción, la impotencia, el anonadamiento,[2] porque nuestras facultades de conocer están en una desproporción absoluta con el objeto de la contemplación, que es Dios en Sí mismo. Es preciso que la inteligencia reconozca aquí su incapacidad, y deje hacer al amor que por infusión de la divina Sabiduría connaturaliza al alma y Dios y le da el conocimiento en una certeza oscura e inefable.

2. Var.: por una especie de anonadamiento.

A través de los otros dones, por el contrario, cuyo objeto es, en cierto modo, más singularizado, el Espíritu Santo exalta nuestras facultades y las proporciona a actos arduos, difíciles, santos, aplicándolos él mismo, iluminándolos y confortándolos.

Volviendo a la oscuridad inherente a la contemplación, creo que Denys la considera sobre todo ontológicamente, y san Juan de la Cruz psicológicamente.

La oscuridad de la que habla Denys se mantiene en la desproporción absoluta que existe entre la actividad natural de toda inteligencia finita y el objeto divino, y sólo cederá ante la luz de la gloria.

La oscuridad que *describe* san Juan de la Cruz (o por lo menos aquella sobre la que más insiste) es la *Noche purificadora* e infinitamente dolorosa, que cesa cuando el alma ha alcanzado el grado de pureza y santidad querido por Dios.

Dice san Juan de la Cruz, «el fuego comienza por ennegrecer la madera; sólo la inflama después de haberla secado». Es preciso, pues, pasar por las noches, por todas las angustias y terrores de la noche, verse entenebrecido, y secarse de dolor, antes de que se produzca el verdadero abrazo del alma, no un abrazo que consume como el del fuego natural, sino abrazo vivificador de la vida eterna.

Decididamente no tengo nada que decir de la *Noche del espíritu* y de lo que sigue. Al leer a los místicos, parece, sin embargo, que lo que sigue es luz y alegría, y ya no más sufrimientos ni noche.

El amor beatífico sucediendo al amor purificador, es *Dios percibido «en virtud de la unión»* e *«inefablemente percibido»*. En la contemplación, ya sea totalmente oscura o la acompañen visiones intelectuales, Dios permanece inefable e «inefablemente percibido». De modo que la esencia de la contemplación mística permanece siempre en las mismas definiciones, ontológica y psicológica.

En la contemplación, Dios es percibido por medio de nuestro ser finito y más o menos puro, del mismo modo que por el

tacto el objeto es percibido por medio de una mano más o menos sensible.

Dios es percibido como Amor porque une y atrae, hace sufrir o da la alegría, se revela al alma como su fin, su reposo, su beatitud. Es percibido como alguien que nos toca y no como alguien a quien se ve.

El alma tocada por Dios se lanza a la búsqueda de la evidencia y de la unión, pero si su impulso de amor la lleva hacia Dios, no ve a quién toca, y su experiencia permanece ciega.[3]

Experimenta el amor de Dios por ella, y el amor por el que ella responde es en sí mismo como la sombra del amor divino en ella; y, en cierto sentido, estos dos amores tan distintos constituyen un único amor, así como dos espíritus que se adhieren uno al otro, constituyen uno sólo: *Qui adhaeret Deo unus spiritus est.*

He ahí los guijarros que he podido extraer del agua; me parecen sin ningún brillo. ¿Qué hará usted de ellos, querido hermano? No importa. Ha sido dulce para mí hablarle de Dios, y usted habrá rogado una vez más por su hermana,

RAÏSSA

Profundamente unida a usted en Cristo.

3. Con respecto a la pregunta de si puede haber amor sin conocimiento, san Juan de la Cruz responde admirablemente a ella en la *Llama de amor viva*, v. 3, cap. X. El simple conocimiento de Fe basta al amor infuso, ya produzca o no «el conocimiento de la contemplación», que, a su vez, alimenta el amor. (Nota de Raïssa).

2

Dios y los hombres[1]

He llegado a tomar a la humanidad tranquilamente, tal como es. Sin exclamaciones, lamentaciones, suspiros y gemidos. Y en un sentido totalmente distinto del optimismo leibnitziano, todo sucede para lo mejor. *Dios sabe lo que permite.*

No como un hombre que permitiese con pesar aquello que no puede impedir. Él ha dejado ir a los hombres provistos de su libertad —y ellos van, juegan y trabajan, lo arriesgan todo, ganan más o menos, y terminarán quizá por ganarlo todo. Simplemente, Dios se ha reservado en la humanidad un Hombre que es su Hijo. Y ese Hombre-Dios apela, porque también debe hacer su trabajo con libertad, a un pequeño número de hombres —un puñado por siglo—, para trabajar a su manera. «El que quiera ser mi discípulo, que tome *su* cruz y me siga», esto basta.

A todos se nos ha dado el precepto de la caridad —el deber de la esperanza— y estas palabras que fundan la esperanza:

«Mucho le será perdonado porque ha amado mucho.»

* * *

El *permiso* de Dios no es como una debilidad de Dios —el permiso de Dios es tan ordenador como su voluntad; permite que las naturalezas falibles desfallezcan—, pero esos mismos

1. Título mío. (J.)

desfallecimientos tienen su utilidad en el desarrollo de lo humano —de toda la humanidad— de toda la vida en este mundo.

Si esos desfallecimientos no hubieran sido permitidos, la humanidad habría sido asumida por entero en la vida sobrenatural desde su origen, y mucho más, en la visión beatífica, pero sin haberla ganado libremente.

* * *

De hecho, y teniendo en cuenta las circunstancias humanas, la llamada a la contemplación se dirige a un pequeño número.

Meudon, *16 de febrero de 1935*

3

De la «humanidad» del cristianismo

«Si alguien viene a mí y no desprecia a su padre, a su madre, a su mujer, a sus hijos, a sus hermanos, a sus hermanas, e incluso su propia vida, *no puede ser mi discípulo*» (*Lc* XIV, 26).

Las exigencias de Cristo con respecto a sus *discípulos* son absolutamente inhumanas, son divinas. No hay duda alguna, el que quiere ser discípulo de Cristo, *debe despreciar su propia vida*. La imagen de Jesús Crucificado es *para el discípulo*.

Pero tales exigencias *sólo* son para los discípulos. Respecto a la comunidad de los hombres el cristianismo es *humano* en el sentido de que toma a los hombres en su debilidad e inconstancia, y también en su naturaleza vinculada a los bienes naturales (padre, madre, etc.) Ellos no sentirán jamás una llamada tan severa como la que refiere san Lucas.

Solamente se les pide creer, amar, y esperar, aun después de los mayores extravíos.

No es el pecador, el «mundano» quien tiene el mayor temor de Dios, sino aquellos que habiendo sido elegidos como discípulos saben que son y serán más severamente tratados. A ellos se les pide *todo*.

Sin fecha.

4

De la poesía como experiencia espiritual

El que desea conocer las profundidades del espíritu, o, si se quiere, la espiritualidad del ser, comienza por entrar en sí mismo. Y es también en la interioridad de la vida, del pensamiento, de la conciencia, donde encuentra la Poesía, si está destinado a ello. Sobre todo si es de esos poetas en quienes la creación poética —la emoción, la intuición creadora—, surge, no del rumor continuo de la imaginación, sino del recogimiento en el silencio más desnudo de formas y de palabras, cuando el silencio alcanza un alto grado de profundidad y de pureza.

Yo diría, repitiendo lo que ya indiqué en un estudio sobre el mismo tema, que, en mi opinión, la fuente de la poesía como la de toda intuición creadora se encuentra en cierta experiencia que puede llamarse «conocimiento» oscuro y sabroso, un sabor espiritual, porque en tales profundidades todo es espíritu y vida. Y el poeta sabe que penetra en ella por un recogimiento de todos sus sentidos, por fugitivo que sea; es la condición primera de la concepción poética; se trata de un recogimiento pasivo como lo es también esa quietud de la que hablan los místicos, no de una concentración voluntaria y activa (que se requiere también, pero en otros momentos).

La poesía se me aparece como el fruto de un contacto del espíritu con la realidad, en sí misma inefable, y con su origen, que es el mismo Dios en el movimiento de amor que lo lleva a crear imágenes de su belleza. ¿Acaso no había dicho Boccaccio

que «poesía es teología»? Es, en todo caso, ontología, porque nace, cuando es auténtica, en las misteriosas fuentes del ser. Allí se traba el conocimiento poético en que el poeta abraza la singularidad de las cosas. Conocimiento sustancial, la poesía es el canto de ese conocimiento. Conocimiento por connaturalidad con el objeto que lo ha hecho nacer, conocimiento concreto y singular, tan íntimo agudo y profundo, que conmueve el corazón del poeta, ya tenso, ya dispuesto a cantar el descubrimiento, como la alondra dormida que se despierta al ser tocada por el sol, vuela hacia el cielo, y canta.

El poeta se sumerge en el río del espíritu subyacente a toda nuestra actividad habitual, siente el contacto de esa realidad extraña a las fórmulas en ese recogimiento raro y fecundo, que es preciso merecer en cierto modo, y del que sale vivificado en sus facultades y enriquecido en sus dones.

Esta inmersión en las profundidades espirituales no se confunde con el simple abandono al automatismo de la imaginación que sólo desciende hasta la capa freudiana de la memoria psicológica, en sí misma fuente de puro verbalismo. Se realizan en ella hallazgos de imágenes, pero ningún descubrimiento real. La poesía no ha sido ni será jamás renovada por el automatismo, y el solo concurso de las palabras. Un Eluard, por ejemplo, es una gran poeta, *a pesar de* ciertas recetas y teorías preconcebidas, no a causa de ellas.

El poeta que se contenta con el procedimiento de la técnica freudiana, ese pseudo-recogimiento que no es más que un abandono de sí puro y simple, sólo toma contacto con el «hecho consumado», no penetra sino en la región de los recuerdos inscritos en el inconsciente como nudos de víboras y como traumatismos. No se ve en qué puedan interesar a la poesía los descubrimientos que hagan el psicólogo y el psiquiatra. Que el automatismo desate hasta cierto punto la imaginación verbal, no basta para justificar el procedimiento, cuyas consecuencias son, por otra parte, nefastas, porque el automatismo desliga lo que la concentración y el recogimiento han llevado a la unidad de la vida, a la creación de una forma nueva.

El recogimiento real y fecundo es el don primero que recibe el poeta, y es también en él una disposición natural que debe ser cultivada. El poeta desea esa entrada en sí mismo, e intenta perseverar en ella. Del mismo modo que Dios atrae a Sí a quienes aspiran a Él, la Poesía espera a aquellos que la buscan y se deja encontrar por los que la aman.

Dios. La Poesía. Una actividad interior absolutamente recta y pura va a uno y a otra, va, quizá, de uno a otra. El recogimiento divino estalla en salmos, y la quietud del poeta a veces descubre a Dios. Pero lo más frecuente es que los poetas, los artistas, opongan, si no Dios a la poesía, por lo menos las exigencias de Uno y de otra. Reconocen, generalmente, el origen divino de sus dones. Y poetas y músicos dicen: «Todas las fuentes están en Ti».[1] Pero miran las exigencias de la ley de Dios como un obstáculo a su libertad creadora, y la obediencia a esa ley como una mutilación. No saben que esta ley es espiritual y, por consiguiente, liberadora de nuestra propia libertad. «Los que creen en Jesucristo están sometidos a la ley de Dios como a una luz en el camino de la libertad.»[2] «La ley es espiritual, dice san Pablo, pero yo soy carnal, vendido al pecado.»[3] Baudelaire sabía esto (y sin duda también Rimbaud), y aceptó plenamente el desgarramiento que comporta tal conocimiento, y la humildad que impone.

Baudelaire aceptó el universo de la verdad objetiva, que no era para él un escándalo. Esto es raro entre los artistas de nuestro tiempo; el cielo radiante del universo metafísico es para ellos un sombrío desierto. Dirigirse a un objeto inmutable en su esencia es para ellos como salir de la vida. Los artistas, los poetas, por prejuicio o por real imposibilidad, no conocen, o no quieren saber, más que lo que hacen, o, más bien, lo que se hace en ellos: su emoción, la concepción de la obra en ellos, su trabajo, su expresión. Si por un acto de humildad pudieran admitir la realidad de un mundo objetivo de los seres y

1. Salmo 87.
2. Jacques Maritain, *La Pensée de saint Paul*.
3. *Rom.* VII, 14.

de las leyes que el Creador de los poetas ha puesto *también* en la existencia, les serían descubiertos nuevos y múltiples campos de belleza. Se convertirían entonces —algunos de ellos, los más grandes— en verdaderos inspirados, profetas de este mundo, y la experiencia espiritual de la verdad divina aumentaría, armonizaría, iluminaría en ellos la experiencia espiritual del estado poético.

Un artista en estado puro se encuentra tan raramente como un ateo en estado puro. No obstante, a los que de entre ellos son de una buena fe absoluta y creen que existe una antinomia insuperable entre las exigencias del arte y las de Dios, es preciso que Dios les encuentre un lugar en la vida eterna. Es preciso que esos obreros de la belleza que no creen rechazar a Dios al rechazar su Ley, reciban también su salario, por lo menos aquellos que, a semejanza de los santos, no lo reciben en este mundo. Será necesario, pues, que se resuelva la aparente antinomia. Allí donde la verdad y la libertad se enfrentan una a otra como enemigas se hace una llamada a la caridad que será escuchada por la santidad. En alguna parte se encuentra una carga de amor y santidad que añade a un bien temporal un bien de un valor eterno, que salva la belleza pasajera de este mundo, que rescata la belleza creada por los poetas y la arranca a aquel que se vale de sus derechos sobre toda belleza creada porque es el Príncipe de este mundo.

Nada se hace, en realidad, sin el amor. El artista crea una criatura que el santo rescata al diablo, el cual, a menudo, colabora en su creación dando al poeta una experiencia de este mundo, de sus «pompas», de sus delicias. Pero no existe bien, ni belleza, ni ser, que la gracia no quiera o no pueda salvar, si simplemente nos colocamos en la fila de los pecadores, si simplemente nos reconocemos responsables de la Sangre de Cristo y del martirio de los santos.

Nueva York, 21 de noviembre 1941.

(Aparecido en la revista *Fontaine*, marzo-abril 1942. —Cf. *Nova et Vetera*, abril-junio 1961.)

5

La divina trascendencia

La divina trascendencia fundamento de la inmanencia u omnipresencia de Dios

Dios nos envuelve y nos penetra y su ser nos es desconocido. Sabemos que existe e ignoramos cuál sea su existencia.

Cuando, liberados por la muerte, transformados por la Gracia, aparezcamos ante Dios, conoceremos su trascendencia, pero será un descubrimiento total, absoluto.

«Lo que el ojo no ha visto, lo que el oído no ha oído, lo que no ha llegado al corazón del hombre», es lo que conoceremos.

No obstante esa trascendencia, esa infinita omnipotencia por encima de nosotros, lejos de hacernos distantes, es lo que nos introduce en ella sin distancia.

Nuestra dependencia es otro absoluto que nos lleva al seno de Dios, donde vivimos de la vida eterna, donde nacemos, por el alma, a la vida eterna.

Si Dios no fuera absolutamente trascendente, sería, en cierto modo (según una falsa concepción de la trascendencia, que a veces se encuentra) unívocamente semejante a cualquier atributo de la criatura llevado al absoluto, y, por ahí, se distinguiría de los atributos propios de lo creado. De este modo, estaría cercado en su absoluto por una especie de límite, y, por tanto, alejado o ausente de nosotros.

Pero la trascendencia del Omnipresente ignora toda limita-

ción. Nada lo encierra o lo limita. ¿Qué podría crear entre Él y nosotros una distancia? ¿Qué podría alejarnos de Él?

Nosotros somos el fruto que Dios lleva en Él y hace vivir. Hagamos lo que sea de nuestra libertad, estamos en el seno de Dios.

Inmersos en Él, y Él en nosotros.

Si Él no fuera la trascendencia, habría una separación de Él a la criatura, un vacío de Uno a otra.

Todo lo que Él hace subsiste en Él. Como los peces ciegos sumergidos en las grandes profundidades.

Allí donde se da la gracia sobreviene una luz difusa. Allí donde se recibe la gloria, estalla la visión beatífica.

El alma se siente más unida a Dios por la negación de toda semejanza de la deidad a lo creado, que por todas las analogías de la criatura como imagen de Dios.

Cada uno de los rasgos de esta imagen es decepción y fatiga para el alma.

El reposo del alma en Dios es tanto mayor y perfecto en tanto que el número de imágenes disminuye.

La imaginación vacía permite a Dios aspirar al alma hacia Él, y, si subsiste un esfuerzo en el alma, es una especie de aspiración hacia la unión, hacia la disolución de toda diferencia, hacia la fusión de amor (no de esencia) del alma creada con lo Increado, de la criatura con la Deidad.

21 de febrero (1957?, 1958?)

6

Y el Verbo se hizo carne

Algunos espirituales creen que la más alta contemplación, al estar libre de todas las imágenes de este mundo, es la que prescinde completamente de imágenes, incluso la de Jesús, y, por consiguiente, no entra en ella la Humanidad de Cristo.

Es este un profundo error, y el problema desaparece cuando se comprende con qué verdad y profundidad el Verbo ha asumido la naturaleza humana, de tal modo que todo lo que pertenece a ella, sufrimiento, piedad, compasión, esperanza..., se convierten, por así decirlo, en atributos de Dios. Al contemplar, por tanto, esos atributos de Dios, es Dios mismo quien es contemplado.

Porque en lo que respecta a las perfecciones divinas, el Verbo Encarnado posee cualidades humanas que son *de Dios*, y, aunque con imágenes son objeto de una contemplación también espiritual.[1]

Y el alma no debe temer pasar por los estados humanos y la piedad humana de Jesús, y hacerle peticiones y rogar por una curación, por ejemplo, porque todas estas cosas son una participación en los deseos y la compasión de Cristo, y pertenecen a la misma Persona divina.

Sin fecha.
(probablemente 1958 ó 1959.)

1. Esas imágenes no son «una decepción y una fatiga para el alma» porque no muestran cualquier analogía creada de la deidad, sino algo del mismo Dios Encarnado. (J.)

7

La Faz verdadera de Dios o el Amor y la Ley

Las almas puestas a prueba, tentadas, sienten confusamente que la ley cuyo cumplimiento tan duro les resulta, no puede ser identificado con Dios que es Amor.

Pero ese sentimiento o permanece confuso, o conduce a un cierto desprecio de la ley, o bien vuelve el alma contra Dios, considerado entonces como un señor duro y exigente —lo que equivaldría a negar a Dios— o se le negaría si el alma llevara hasta el fin tales pensamientos, hasta sus consecuencias lógicas.

Pues bien, es saludable *distinguir* (para hablar en términos jurídicos) *la causa de Dios de la causa de la Ley.*

Solamente de ahí puede derivar la actitud que el alma debe tener respecto a Dios, y respecto a la ley.

Jesús se sintió abandonado de Dios en la Cruz porque el rostro del Amor se le había ocultado, y su humanidad estaba enteramente sometida a la ley, sin ningún atenuante, y ningún hombre más que el Hombre-Dios habría podido soportar sin morir.

Jesús en la Cruz, y particularmente en ese instante del total abandono, sufrió en todo su rigor la ley de la transmutación de una naturaleza a otra, *como* si no hubiera sido Dios: es la humanidad como tal, tomada de la Virgen, la que debía conocer esta ley. Porque el señor debe conocer la ley que impone a sus

miembros. Porque habiendo tomado la naturaleza humana debía conocer esta suprema ley a la que ella, llamada a la participación de la naturaleza divina, está sometida.

Y si no hubiera sufrido el rigor de esta ley no se habría podido decir que el Verbo había tomado un corazón semejante al nuestro para compadecerse de nuestros sufrimientos.

Esta ley de la transformación de las naturalezas —que comprende en ella todas las leyes morales y divinas—, es algo necesario, físico, ontológico, si se quiere, que no puede ser abolido por el mismo Dios, así como Él no puede producir el absurdo.

Pero esta ley —la ley— no es Él, porque Él es el Amor.

Así, cuando un alma sufre por esta Ley inexorable de transmutación de una naturaleza en otra superior —y éste es el sentido de toda la historia humana—, Dios está con esta naturaleza que Él ha creado y que sufre, no está contra ella. Si pudiera transformar esta naturaleza en la suya aboliendo la ley del sufrimiento y de la muerte, la aboliría, porque Él no se complace en el espectáculo del dolor y de la muerte. Pero no puede abolir ninguna ley inscrita en el ser.

El rostro de la ley y de su rigor, el rostro del dolor y de la muerte, no es el rostro de Dios; Dios es amor.

Y su amor le hace tener, respecto a los hombres, una conducta que puede parecer caprichosa.

A Abraham y a los demás patriarcas no se les reveló toda la ley; en ese estado de naturaleza ni siquiera reveló a los hombres todas las leyes morales inscritas en la naturaleza. Porque el cumplimiento de esas leyes habría supuesto que la perfección de la naturaleza humana estaba ya realizada —y ello no era cierto—, o bien habría exigido el socorro de gracias crísticas[1] que no habían sido conseguidas todavía. De ahí esa extraña libertad permitida a los hombres en el estado de naturaleza —incluso cuando esos hombres son Abraham, Isaac y Jacob— y,

1. Todas las gracias recibidas por los hombres después de la caída de Adán son gracias crísticas. Pero Raïssa se refiere aquí a las gracias del Cristo *venido*, o gracias *sacramentalmente crísticas*. (J.)

luego, Moisés y los judíos hasta el advenimiento de Cristo. Y fue en ese estado, sin embargo, donde Dios eligió a Abraham para ser el Padre de los Creyentes.

Abraham, ese hombre sencillo, cuyo corazón no oponía resistencia a la voz de Dios. *Él cree a Dios* que le habla. Hace lo que Dios le dice que haga. Va de sacrificio en sacrificio: primero abandona su país y su padre —el hogar de Ur en Caldea— acepta la vida nómada. Luego, abandona la fe fácil: es relativamente fácil creer en Dios que promete abundantes bendiciones, y una posteridad inmensa; pero incluso el hijo único, el niño todavía estéril debe ser sacrificado, ¡qué doloroso resulta creerlo! La obediencia hace cometer lo que aparece como un crimen, que sería imposible obedecer si la fe no condujera a Abraham como de la mano.

Jamás ha sido concedida a un hombre mayor gracia de fe. Y jamás un hombre ha sido más grande en su fidelidad, si exceptuamos a José y María.

Abraham, él también, conoció así la dura ley de la transformación del hombre natural en hombre espiritual y divino, pero con un amplio margen de libertad humana donde habían sido puestas entre paréntesis muchas leyes dejadas por Dios en la sombra.

En cuanto a nosotros, Él nos ha revelado todas las terribles exigencias de la divinización del hombre.

Pero ha venido Él mismo a revelarnos —no con la sangre de los toros y los machos cabríos— sino con la Sangre de Cristo por el que se nos ha hecho visible su Amor por nosotros.

Así, la nueva Ley es más dura que la Ley antigua.

Pero al mismo tiempo el amor de Dios (que todo lo mitiga) está más extendido.

Es en la Sangre de Jesús Crucificado donde han nacido los Sacramentos,

los que purifican, el Bautismo.
los que vivifican, la Penitencia
los que enriquecen, la Eucaristía...

La ley —todas las leyes—, se han hecho claramente y terriblemente visibles.

El rostro del amor de Dios corre el riesgo de ser oscurecido.

Por ello es más necesario que nunca distinguir el Amor de la Ley.

Cuando la naturaleza, intimada a obedecer, gime y sufre, no es odiosa a Dios, porque abandonar su forma propia es una pérdida para toda naturaleza, y un sufrimiento para las naturalezas sensibles.

Cuando en ese trabajo la naturaleza humana retrocede y cae, no es odiosa a Dios; Él la ama, desea salvarla, la salva dado que desea no estar separada de Él, puesto que reconoce la necesidad de la purificación para la salvación: si un pecador reconoce esto en la hora de su muerte, está ya salvado y va a purificarse al Purgatorio.

Lo que es preciso decir, siempre y ante todo, a los hombres es amar a Dios, saber que Él es el Amor y confiar hasta el fin en su Amor.

La ley es justa. La ley es necesaria, con la necesidad de la transformación para la salvación, es decir para la vida eterna con Dios.

Pero la ley no es Dios.

Y Dios no es la ley. Él es Amor.

Si Dios tiene para los hombres el rostro de la ley —los hombres se alejan porque sienten que el amor es más que la ley—, se equivocan solamente al no reconocer la necesidad saludable de la ley.

Pero la observación de la Ley sin el amor no sería saludable.

Y el amor puede salvar al hombre incluso en el último instante de una vida pecadora —si en ese instante el hombre ha encontrado la luz del amor—, quizá, si ha creído siempre que Dios es Amor.

Es preciso librar a las almas de ese sentimiento de enemistad que experimentan (pasiva y activamente) respecto a Dios, si lo ven en la trama de las leyes que son para ellos una ima-

gen enemiga del amor, y que oculta el verdadero rostro de Dios.

Jesús tomó la Cruz —es la Ley quien se la impuso— para compartir con nosotros la dureza de la ley.

Es preciso decir esto a los hombres. Si no se dijeran estas cosas, los hombres se alejarían de Dios cuando sufren, porque la ley es algo que parece separar de Dios, y entonces se presenta a nosotros —si no pensamos en el amor— como una *enemiga* nuestra, y jamás Dios puede presentarse como un enemigo.

La Ley se opone, en cierta manera, al amor. Dios la ha hecho como creador del ser, pero como fin y beatitud nuestra, nos llama más allá.

La ley es exteriormente propuesta, implica una sujeción y en sí misma no parece tener nada que ver con la misericordia, ni con la igualdad de la amistad, ni con la familiaridad.

Es verdaderamente una necesidad; solamente una necesidad.

El amor *da por encima* de la Ley.

Perdona.

El amor crea la confianza, la libertad de espíritu, la igualdad, la familiaridad.

Sin fecha.

VI

DOS CARTAS A RAÏSSA

1

Una carta de A. G.

(Cuando esta carta me fue escrita por nuestra amiga Antoinette Grunelius, el médico había perdido ya toda esperanza. J.)

«Kolbsheim, 9 de octubre de 1960.

Querido Jacques:

En 1937,[1] Raïssa me confió, con motivo de su estancia aquí, lo que ahora creo un deber transmitirle.

Habíamos ido a Misa juntos, usted estaba sentado a la derecha, con los hombres, según la costumbre local, yo estaba cerca de Raïssa, quizá Vera estaba a mi lado, no lo recuerdo.

Durante la Misa, Raïssa, que estaba de rodillas, de repente, pareció tenderse hacia Dios. Yo advertí algo insólito y me volví hacia ella. Recordaré siempre la expresión de su rostro, no era doloroso, pero su mirada reflejaba inexpresablemente el don de todo su ser. No hice, desde luego, alusión alguna a lo que

1. Por un error de memoria, nuestra amiga me indica esta fecha. El acontecimiento mencionado en su carta tuvo lugar el 16 de abril de 1939, como puede comprobarse en la pequeña agenda en la que Raïssa lo escribió y que yo encontré más tarde (cf. *Hojas sueltas*, Fragmento 88). Los que viven atentos a los caminos de Dios en las almas, pueden advertir que Edith Stein hizo la misma ofrenda de su vida en la misma época. El domingo de Pasión (1939) le escribía a la Superiora del Carmelo de Echt para pedirle que le «permitiera ofrecerse al Corazón de Jesús en sacrificio de expiación por la paz del mundo» Y añadía: «...Sé que no soy nada, pero Jesús lo quiere, y El dirigirá sin duda la misma llamada a otras almas.» Cf. Jean de Fabrègues, *La Conversion de Edith Stein*, Wesmael-Charlier, p. 119. (J.)

había sorprendido sin querer, pero en el curso de aquel día Raïssa me confió que se había ofrecido a Dios.

Me pidió que sólo se lo dijera después de su muerte. Me ha parecido, querido Jacques, que debía saberlo ahora, no creo haber traicionado su deseo, porque si ella no le habló de esto fue para no angustiarlo, y conocer ahora su secreto puede ser para usted una luz en estas horas de agonía...»

2

Una carta de O. L.

(Agradezco a nuestro amigo Olivier Lacombe haberme autorizado a publicar esta carta tan plena de delicado afecto. Ella ilumina ciertos rasgos de la vida de Raïssa a los que en el *Diario* solamente se hace alusión de una manera muy indirecta; y confirma, al mismo tiempo, la ley general según la cual, cuando la acción se une a una vida auténticamente contemplativa, ésta no pasa *al servicio* de la acción, sino que *sobreabunda* en acción. J.)

«25 de julio de 1963.

Muy querido Jacques:

La lectura de las pruebas del *Diario de Raïssa*, me conmueve infinitamente, ¿necesito decirlo?

Fue a comienzos de 1926, quizás usted lo recuerde, cuando comencé a frecuentar su casa de Meudon. Hasta entonces, sólo lo conocía a través de sus libros. Pero desde entonces, y hasta el cruel verano de 1939 en que la guerra me obligó, durante su ausencia, a hacer retirar el Santo Sacramento de la capilla, y, prácticamente, a poner punto final a aquellos años benditos, me fue concedido ser el testimonio atento, discreto y afectuoso de los principales acontecimientos de los que está lleno a rebosar el «período de Meudon».

Ciertamente, el secreto del Rey estaba bien guardado allí, incluso a ojos de los familiares, por transparente que fuera su casa, tan generosamente abierta.

Mi emoción se renueva, en su respetuosa fidelidad, al descubrir a través de su *Diario* lo que fue entonces, como antes y después, la vida espiritual, profunda, de Raïssa. Muchas almas le agradecerán conmigo el don infinitamente precioso que se nos hace más allá de su muerte. Por mi parte, me siento muy indigno de recibirlo, pero me exalta y fortalece en Cristo.

Desde un punto de vista menos elevado, lo que impresiona más quizás en este *Diario*, es el dominio soberano con que Raïsa supo estar libre para el Señor en medio de obligaciones humanas tan numerosas, tan variadas y absorbentes, y a pesar de la inseguridad de una salud siempre amenazada.

Ciertamente, el ocio y las horas livianas, más todavía que las horas vacías, era lo que faltaba más en Meudon para cada uno de ustedes tres. Al escribir esto no me refiero aquí a algunas «crisis» graves vinculadas a los acontecimientos de la época, en que les fue preciso movilizar un común aumento de energía para una acción inmediata en condiciones que a veces rozaban lo imposible. No, pienso ahora en el desarrollo habitual y «normal» de sus vidas durante los años de Meudon.

Raïssa proseguía su trabajo de poeta y de escritora, y su obra personal no es solamente de una calidad superior: es de un volumen importante.

Ella colaboraba con usted de una manera constante. Nada de lo publicado por usted, de su abundante obra, dejó de ser seguido por ella en las diferentes etapas de su elaboración y hasta la última; y usted daba el mayor valor a su juicio vigilante y penetrante.

Bajo su techo se ejercía un arte maravilloso de la acogida, que era la perfecta donación de sí al visitante, al huésped enviado por Dios a lo largo de los días. Sus puertas y sus corazones se abrían ampliamente en los Domingos de Meudon, y, a menudo también, en las veladas durante la semana. Y cada uno regresaba a casa conmovido hasta el fondo del alma por haber

sido aceptado y reconocido personalmente, con una amistad atenta que iba al centro más íntimo de sí mismo. Esta facultad de escuchar al otro, de comprenderlo sin violentarlo jamás, exigía, especialmente de Raïssa, ama de casa y corazón del hogar, una verdadera prodigalidad en la donación y el olvido de sí, en el servicio al prójimo.

Y además (sin hablar de muchas otras reuniones adicionales, filosóficas o «ecuménicas») había una vez por mes las reuniones de estudio de los Círculos tomistas, cada una de las cuales ocupaba toda una tarde. Y, una vez por año, los retiros espirituales de esos mismos Círculos tomistas, en que su casa era, durante algunos días, el centro de una tupida red donde se entrecruzaban recogimiento, plegaria, preocupaciones doctrinales del orden más elevado, encuentros decisivos para el destino de muchos.

Era la búsqueda incansable de todo lo que una época podía inventar de bueno, de bello, de verdadero... La preocupación de permanecer a la espectativa de la vida intelectual, artística, del tiempo... Los desplazamientos a París para mantener contacto con la música, la pintura, la poesía y seguir los movimientos del pensamiento.

Era también, el apoyo ofrecido a muchos por el impulso de grandes colecciones como el *Rouseau d'Or*, *Les Iles*, con todas las cargas materiales y espirituales que comportaban: la investigación, la lectura, la apreciación de manuscritos, su impresión...

Raïssa tomaba una parte efectiva y muy amplia en todas esas actividades comunes. Si evoco estas cosas que usted conoce mejor que yo, es para subrayar la armoniosa unidad de la acción y la contemplación, de una acción y una contemplación intensas en la vida de Raïssa durante el período de Meudon.

Le repito muy afectuosamente mi agradecimiento, querido Jacques, por haberme comunicado antes de su aparición el tan precioso *Diario de Raïssa*.

OLIVIER LACOMBE»

(Si le he pedido a Olivier Lacombe el permiso para hacer uso de su carta, es porque se refiere a aspectos de la vida de Raïssa que, evidentemente, no podían ser objetos de notas como las que constituyen el Diario. *Es preciso recordar que los años de Meudon fueron para Raïssa años de trabajo y trastornos sin descanso, debidos, a un tiempo, a las exigencias de la vida intelectual y a las de la apertura hacia el prójimo y la preocupación de las almas. Por otra parte, permanece el hecho, esencial para Raïssa durante todos estos años, de que lo único fundamental fue siempre mantenerse, respecto a la unión con Dios, disponible a la llamada interior y al recogimiento. Ella dio cada día a la oración todo el tiempo que le fue requerido; el resto, por necesario que pudiera ser en otra parte, fue siempre para ella una sobreabundancia, un acrecentamiento. Para sostener durante veinte años [primero en Versalles, luego en Meudon] tal régimen de vida, más duro día a día, se necesitaba no solamente una aceptación del sacrificio de sí poco común y una fuerza de alma excepcional, sino también que las condiciones exteriores permitieran encontrar cada vez —al precio que fuera— el tiempo exigido por el recogimiento.*

Estas condiciones existían en Meudon, pero le fueron negadas a Raïssa después de nuestra partida hacia América, a comienzos de 1940. Entonces se le hizo materialmente imposible encontrar el tiempo para el recogimiento prolongado que ella necesitaba. Sufrió mucho por ello, pero lo aceptó sin perder nunca su paz. Sabía que, a partir de entonces, debería permanecer fiel a la oración en medio del zumbido ininterrumpido de las tareas de la vida cotidiana, o en los intervalos de soledad siempre demasiado cortos, pero que ella no dejó nunca de reservar al silencio con Dios, por irregulares que se presentaran. Solamente en Princeton, por lo menos cuando la enfermedad y el sufrimiento físico no se lo reclamaban todo, pudo reencontrar una cierta regularidad en los espacios de tiempo consagrados al recogimiento. Pero ¿dónde estaba el gabinete de trabajo (el de Meudon) que daba sobre nuestra capilla, y desde donde podía ver, a través de una pequeña ventana, el tabernáculo con el

Santo Sacramento presente muy cerca de ella? Sin embargo, nadie, en realidad, pudo arrancarle su tesoro. Ella lo guardaba escondido en la humildad. ¿Y acaso no sabemos que la plegaria puede hacerse ininterrumpida cuando el alma, según palabras de un anacoreta referidas por Casiano «reza sin saber siquiera que lo hace»?

Quisiera todavía añadir que, aun con el riesgo que significa sugerir tales distinciones en el complejo movimiento de la vida, veo tres grandes periodos en su vida espiritual. Raïssa, en cuya conversión fue muy importante el ejemplo de los santos y de los grandes contemplativos, entró en los caminos de la oración después de su bautismo. Es en la paz del reposo con Dios donde leería por primera vez a santo Tomás de Aquino, y recibiría las certidumbres intuitivas que a partir de entonces iluminaron su razón. Así, el aprendizaje y los comienzos, como de un amanecer a la vida contemplativa, constituyen el primer período (1906-1916). Un segundo período comenzó cuando, en mayo de 1916, Raïssa decidió entregar a la oración todo el tiempo que Dios le pidiera. Duró hasta fines de 1939. Al comienzo, las cosas le fueron facilitadas por un empleo del tiempo relativamente poco cargado. Pero desde 1920-1921, y, sobre todo, después de nuestra instalación en Meudon en 1923, le fue preciso —y a qué precio, solamente Vera y yo lo supimos—, conceder, como ya he dicho, su plena disponibilidad a exigencias particularmente absorbentes de la vida de oración, ello junto a las molestias de las demás actividades de las que da una idea la carta de Olivier Lacombe. Un tercer período es el que va de 1940 a 1960 y del que he hablado ya en el párrafo precedente. J.)

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN A LA EDICIÓN CASTELLANA ... 7

PRÓLOGO ... 17

ADVERTENCIA ... 27

I. CUATRO CARNETS (1906-1926) ... 37

1. Primer carnet: 1906-1917 ... 39
2. Segundo carnet: 1918-1919 ... 75
3. Tercer carnet: 1919-1923 ... 104
4. Cuarto carnet: 1924-1926 ... 142

II. DIARIO DE 1931 ... 171

III. HOJAS SUELTAS ... 187

1. 1931-1935 ... 189
2. 1936-1939 ... 219
3. 1940-1960 ... 242

IV. FRAGMENTOS ANEXOS ... 283

V. TEXTOS BREVES ... 295

Sobre la oración ... 297
Dios y los hombres ... 303
De la «humanidad» del Cristianismo ... 305
De la poesía como experiencia espiritual ... 307
La divina transcendencia ... 311
Y el Verbo se hizo carne ... 313
La Faz verdadera de Dios o El Amor y la Ley ... 315

DOS CARTAS RESPECTO A RAISSA ... 321

1. Una carta de A. G. ... 323
2. Una carta de O. L. ... 325

3

HOMBRES EN RUTA

3

HOMBRES EN RUTA

DIARIO DE RAÏSSA

MARITAIN